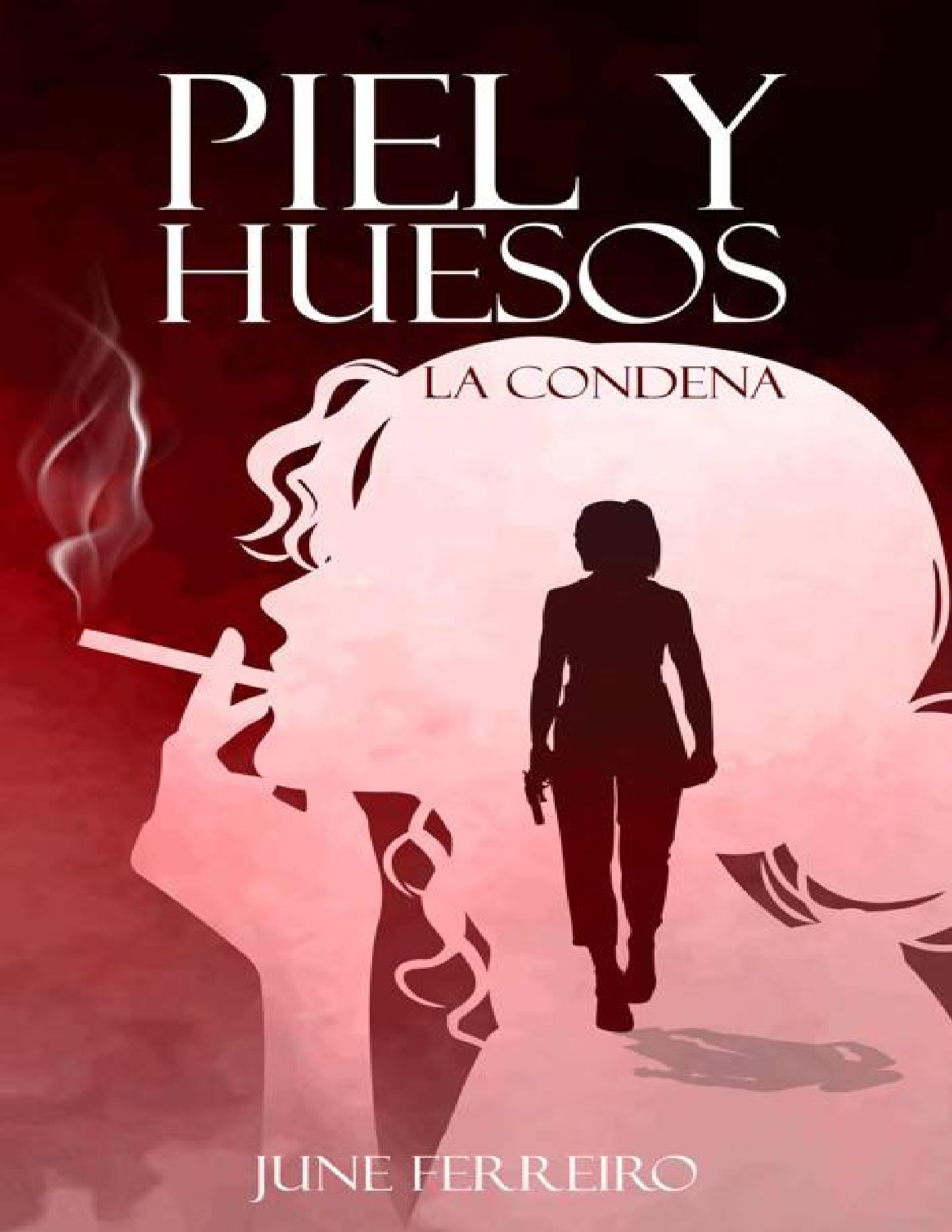
PIEL Y HUESOS

LA CONDENA



JUNE FERREIRO

Contenido

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
Libros de este autor

Piel y huesos
La condena

June Ferreiro

Copyright © 2024 June Ferreiro

Todos los derechos reservados.

@FerreiroJune

Todos los acontecimientos, lugares, personajes y relaciones entre los mismos son ficticios y en ningún caso pretenden retratar sucesos reales. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

A la gente que esperaba este libro.

CAPÍTULO 1

Hacía rato que Sofía no escuchaba las palabras del párroco y no podía evitar sentirse culpable de que su mente estuviera ausente en un momento así. A pesar de que trataba constantemente de prestar atención a lo que ocurría a su alrededor y de hacer volver a su cerebro al lugar en el que se encontraba, sus pensamientos no podían evitar irse a otra parte, pero no era para menos, los acontecimientos que habían agitado su vida en las últimas semanas no la dejaban vivir en paz, y eso, mezclado con el menosprecio que sentía hacia cualquier tipo de religión o creencia propia de seres humanos de épocas antiguas y con el pesimismo que sentía respecto a una remota vida después de esta, de la única que conocía ella y el resto de criaturas, le impedían tener fe y consuelo en las palabras cada vez más lejanas que emitía aquel anciano.

Su cara y expresión llevaban siendo las mismas desde hacía tiempo y juraría haberse olvidado de gesticular. Aunque a veces se proponía forzar una sonrisa, fruncir el ceño o dar movimiento a cualquier parte de su rostro, no era capaz, así que se había resignado a aceptar la oscuridad que se apoderaba de su vida y a esperar que fuera el tiempo quien le devolviera las emociones que solía sentir antes. Tampoco podía llorar, a pesar de estar viviendo uno de los momentos más devastadores de toda su existencia, vivía con los ojos enrojecidos, húmedos, la cara hinchada, las ojeras negras de siempre cada vez más pronunciadas y, en general, tenía un aspecto tan lamentable que a veces le costaba reconocerse frente al espejo, pero por mucho que se esforzara, su llanto no encontraba salida, y eso solo le añadía más culpabilidad a la que ya sentía, ¿se le habían acabado las lágrimas? ¿Acaso eso era posible? Posible o no, Sofía estaba convencida de que no le quedaba nada dentro y se limitaba a vagar como un zombi por su casa y las oficinas de SOMBRA, a pesar de las reiteradas peticiones por parte de sus compañeros de marcharse a casa y dejarles el trabajo a ellos. La euforia que había sentido tras la muerte de Bruno y tras las últimas conversaciones con sus compañeros en las que se habían propuesto continuar con la persecución de Gabriel Mendoza, habían sido solo un espejismo y las circunstancias posteriores la habían devuelto de un duro golpe contra el suelo a la realidad. Lo que tampoco ayudaba a mejorar su apariencia y a obtener la discreción que tanto anhelaba, eran las heridas y lesiones que tenía por todo el cuerpo, pero que se manifestaban sobre todo en su cara. A menudo agradecía que la ropa ocultara el maltrato que había sufrido su cuerpo porque si ya la gente la miraba por la calle e incluso los desconocidos se preocupaban por su salud, no quería ni pensar en cómo reaccionarían si vieran el resto de su piel y huesos. Lo único que la desconcertaba era que Gabriel la hubiera dejado con vida, sus golpes habían alcanzado un ritmo tan frenético que la detective creyó que nunca más iba a poder levantarse del suelo de su casa.

—Yo ya no tengo nada que ver con tu hermana, así que puedes estar tranquilo. —Optó por la calma, por un diálogo lo más pacífico posible teniendo en cuenta el odio que los atraía. Pero Sofía se encontraba en una situación de debilidad, intoxicada por el alcohol, desarmada y extremadamente cansada, así que no le convenía enredarse en una pelea, y menos con Gabriel, cuya presencia física le imponía más de lo que jamás hubiera admitido. La miraba con una sonrisa de medio lado que ya había visto antes y que, por mucho que le irritase, no podía evitar recordarle a Nicole. Llevaba una de sus camisetas ajustadas de siempre, que le hacían parecer de lo más hortera y que en lugar de hacerle parecer un hombre con poder y con una cantidad de dinero que podría desmayar a cualquiera, lograba asemejarse más bien a un joven con aspiraciones de rico al que le gustaba aparentar. Pero Sofía sabía perfectamente que Gabriel no

aparentaba, que Gabriel era así y, si le daba la gana, podría tener a cualquier a sus pies, a cualquiera menos a ella. Tenía las manos juntas, como si no supiese qué hacer con ellas, como si viniese a negociar, parecía haber acudido allí sin nada ni nadie más. La detective lo miró de arriba abajo, pero El Príncipe no parecía ocultar un arma, venía completamente desnudo, sin ninguna pertenencia más allá del bulto del bolsillo de sus vaqueros ajustados que asemejaba la forma de un teléfono móvil. La detective miró a su alrededor, incapaz de disimular el pánico, pero no vio a nadie más, estaban completamente solos y desarmados y eso le inquietaba más de lo que hubiera imaginado. Sin armas, Sofía era incapaz de predecir qué pretendía Gabriel y eso se traducía en que las posibilidades eran infinitas, lo que la ponía aún más nerviosa. Sabía que ocurriría algún tipo de sorpresa y que no iba a ser agradable.

—¿Estás segura? No es eso lo que parece. —Gabriel hizo un gesto burlón que dejaba claro que no confiaba lo más mínimo en las palabras de Sofía—. Parece que te tiene en alta estima— añadió.

Sofía no dijo nada, se limitó a mirar fijamente a Gabriel a los ojos. ¿En alta estima? La detective sabía que Nicole sería capaz de matar por ella, de comprarle un castillo o de atravesar el océano nadando solo por estar con Sofía y que lo de las dos no se trataba de aprecio o cariño sino de algo mucho más profundo e intenso que una persona como Gabriel nunca podría entender y, por ello, no iba a invertir ni un segundo en intentar explicárselo. Para ser justos, ni ella misma era capaz de terminar de entenderlo, así que permaneció frente a él en silencio.

—Se ha ido, lo sabes, ¿no? —preguntó el joven intentando sacarle alguna palabra a Sofía, pero la detective no tenía ni idea de a qué se refería Gabriel y su gesto de desconcierto lo estaba dejando claro—. Ha dejado La Salvación, ha desertado, ha sido la primera persona que lo ha hecho y que sigue con vida.

Sofía trató de reprimir el gesto de sorpresa que estaba por hacer, pero no sabía bien hasta qué punto lo había conseguido. Estaba impactada y aún más desconcertada. Nicole le había dejado claro que solo tenía que pedirle lo que desease y ella lo haría sin pestañear, también le había dicho en su carta que hubiera dejado La Salvación por la salud de su relación si fuese necesario, pero la detective estaba convencida de que aquello era solo un farol y que una persona que solo conocía la riqueza y el crimen no estaba dispuesta a deshacerse de todo lo que tenía por nadie, y Sofía no era la excepción.

—Mi hermana nunca había tenido una amiga y creo que no sabe cómo comportarse, por eso hace este tipo de tonterías.

Sofía se tranquilizó al escuchar la palabra *amiga*. Gabriel no tenía ni idea de que eran mucho más que eso, de que fueron mucho más que eso, ahora no eran nada, y eso la tranquilizó un poco. De algún modo, creía que todo sería peor si El Príncipe se enterase de lo que se trajeron entre manos las dos mujeres, no solo porque no parecía un fiel activista de los derechos homosexuales, sino porque, si se enterase de las dimensiones de su relación y de lo que podría suponer para el derrumbe de La Salvación, Gabriel temería mucho más el peligro que era Sofía y ya hubiera acabado con ella hace tiempo él mismo, sin permitirse el error de enviar a Bruno a por ella.

—Así que me gustaría pedirte un favor. —Sofía sabía que lo que fuera que estuviera a punto de decir Gabriel no era una petición, sino más bien algún tipo de amenaza—. No dejes que Nicole vuelva a buscarte, no dejes que vuelva a ti y nunca la perdones, si vuelve a aparecer, haz que vuelva a mí y a La Salvación y, si lo logras, te dejaré vivir, pero hasta que eso no ocurra, me entretendré contigo y tus amigos.

—Nicole y yo no somos amigas, Nicole y yo no somos nada y aunque lo fuéramos, lo

último que se me ocurriría sería hacerte de niñera.

En ese momento, el portero, que hasta ahora se había ausentado de su puesto, apareció y se colocó tras el mostrador, ajeno a las personas que se encontraban en el exterior. Gabriel y Sofía se distrajeron de su conversación por un segundo, mirando al anciano al mismo tiempo a través de la puerta de cristal.

—¿No me vas a invitar a subir? —preguntó Gabriel como si los uniera algún tipo de amistad.

—No.

Gabriel inclinó la cabeza hacia un lado, como si se estuviera impacientado y quisiera pedirle a Sofía que entrara en razón. No tuvo que decir nada más para que la detective se acercara a la puerta e introdujera la llave. ¿Qué más daba? Gabriel sabía perfectamente dónde vivía, conocía a todos su círculo y, si quisiera destruir a Sofía y todo lo que le quedaba, no le llevaría mucho tiempo, así que calculó las posibles consecuencias de sus decisiones y optó que la mejor de ellas era dejarlo entrar sin oponer resistencia. Sofía entró primero y Gabriel detrás. Le colocó una mano en la espalda, en la zona lumbar, firme y cálida, para que no se detuviera y para hacerle saber que, si intentaba algo, correría serio peligro. Aquel gesto no intimidó demasiado a la detective, pero sí que logró asquearla, no soportaba el contacto físico con desconocidos y menos que proviniera de la persona más repugnante que había conocido, a la única a la que le deseaba una muerte lo más retorcida posible. Se acercaron despacio al ascensor, los pocos segundos que la separaban del mostrador de recepción se convirtieron en una eternidad, Sofía miró al portero fijamente, con una mirada que atravesaría a cualquiera, intentando comunicarse, con la fe de que notase algo raro y llamase a la policía. Seguían acercándose y Sofía seguía intentando lanzar un mensaje con la mirada llena de miedo, de urgencia, pero el anciano no apartaba la vista de uno de los monitores, hasta que llegaron a la altura del mostrador y el hombre alzó la vista. La detective sintió que el tiempo se paraba y solo podía escuchar los latidos de su corazón, lo miró, lo miró todo el tiempo con los ojos más expresivos que nunca y su interior se llenó de esperanza cuando lo vio mover los labios.

—Buenas noches, Sofía —fue lo único que dijo cuando Gabriel y ella pasaron de largo.

Sofía se sentía tan impotente que quería llorar, ¿es que aquel hombre era idiota? Estaba segura de que cualquier otra persona habría captado el mensaje de inmediato. Su optimismo volvió a ser aplastado cuando alcanzaron el ascensor y Gabriel pulsó el botón, solo era un piso, pero aquel viaje se le hizo eterno. Gabriel parecía de lo más tranquilo mientras que ella daba golpecitos rápidos y continuos al suelo con su pie. Cuando sonó el timbre del ascensor y se abrieron las puertas, Sofía tragó saliva, ya nada podría impedir que aquel hombre entrara en su casa, y para colmo, ella misma iba a ser quién le abriera las puertas. La detective se acercó, introdujo la llave en la cerradura y, tan pronto la giró, Gabriel la lanzó violentamente al suelo, sin darle tiempo ni siquiera de abrir la puerta por completo. Sofía calló de bruces y comenzó a sentir la hinchazón de sus labios. Se dio la vuelta y se arrastró hacia atrás de forma patética, incapaz de levantarse, intentó alcanzar su bolso, pero no lo consiguió, y aunque lo hubiera conseguido, ¿qué iba a hacer? ¿atacar a Gabriel con un paquete de pañuelos? No estaba armada y por mucho que se esforzó, no logró recordar donde estaba su pistola. Ni, aunque Gabriel le diera una tregua, era capaz tan siquiera de levantarse y coger un cuchillo.

La detective sintió cómo el alcohol se esfumaba de su cuerpo, comenzó a sudar, su respiración era cada vez más agitada y su corazón latió más rápido contra su pecho cuando Gabriel se agachó y la cogió de las mejillas, inmovilizándola tan solo con una mano. Sofía lo miró a los ojos, seria, sin miedo, disimulando el terror que sentía.

—Si yo te digo que hagas algo, lo haces. Vas a seguir mis instrucciones antes de que te mate, porque, si no, voy a matar a todas las personas que conoces antes que a ti —dijo con un tono grave, sin lograr hacer desaparecer la ira de su rostro.

Cuando Sofía sintió que la presión se comenzaba a ir de sus mejillas, la respuesta que le dio a Gabriel fue un escupitajo en la cara.

—Antes muerta que compartir oxígeno contigo, y mucho menos trabajar para ti.

Gabriel sonrió antes de levantarse y dar una patada con todas sus fuerzas a Sofía, lo que la volvió a tumbar en el suelo. La detective sacó fuerzas de flaqueza y se levantó a una velocidad que hasta a ella misma la sorprendió, se abalanzó hacia Gabriel y le asestó un puñetazo en la barbilla. Mientras él se recuperaba del golpe, Sofía corrió a la cocina a hacerse con cualquier objeto que pudiera darle ventaja frente a Gabriel, pero cuando estiró el brazo para alcanzar un rodillo, él la empujó con fuerza contra le encimera y Sofía sintió como se le retorcía el estómago y todas las entrañas. Mientras se deslizaba por el dolor, él la agarró de la nuca y golpeó su cabeza con el borde. Sofía sintió cómo la sangre le resbalaba por la cara, comenzó a marearse y, aunque intentó erguirse, lo único que consiguió, fue caer al suelo, donde Gabriel siguió golpeándola, como si no hubiera tenido suficiente con haberla dejado hecha un trapo. Después la arrastró hacia el salón, dejando un rastro de sangre. Sofía ya estaba rendida, a penas consciente, aceptando que había llegado su fin cuando Gabriel cogió un cuchillo de la cocina. Las lágrimas brotaron con fuerza de sus ojos cuando sintió la hoja afilada, que, en lugar de atravesarle la piel, se deslizaba por ella lenta y dolorosamente. En el pecho, cerca del hombro, Gabriel grabó las iniciales «GM» de las que brotaba la sangre a borbotones. Tiró el cuchillo al suelo y volvió a agarrar el rostro de Sofía.

—Ahora siempre estaré contigo. —Sonrió de medio lado y se fue, cerrando la puerta con suavidad.

El dolor de la herida la había despertado por un momento, pero a medida que la sangre brotaba, y aún mareada por los golpes, fue durmiéndose rápidamente hasta perder el conocimiento.

Sofía recuperó la atención al momento presente de improvisto, cuando escuchó decir al párroco que era el momento de meter el ataúd bajo tierra y unos hombres corpulentos, que ella solo conocía de vista, colocaban la caja de madera en el agujero. Tenía un nudo en la garganta cada vez más apretado, pero era incapaz de derramar una lágrima o de cambiar de expresión facial. Miró a la madre de Samuel, que lloraba desconsoladamente, también a su padre que consolaba a la mujer con una mano en el hombro. Alzó la cabeza por primera vez para mirar a Marta que estaba a su lado y no paraba de gimotear mientras se limpiaba con un pañuelo. Sofía se preguntó qué sería de ella si aquella noche su mejor amiga no hubiera aparecido en su piso por casualidad, y se preguntó también si no hubiera sido mejor que Marta nunca hubiese ido y que la hubiese dejado dormir. Hacía tiempo que Sofía había perdido las fuerzas y ya no estaba segura de querer continuar con nada.

Era un día triste en todos los sentidos, el cielo estaba negro, amenazaba con tormenta, pero apenas caían unas gotas cada pocos minutos. El viento despeinaba el recogido ya desaliñado de Sofía y los invitados comenzaron a irse hasta que solo quedaron las amigas solas en el cementerio. Al irse, algunos de los seres queridos de Samuel, posaban una mano en el hombro de la detective cuando pasaban por su lado, ya que conocían los años de amistad que compartió con el joven. Marta y Sofía miraban la lápida en silencio, inmóviles, ninguna de las dos podía creerse que hubieran encontrado el cuerpo de su mejor amigo y aún menos que fuera su nombre el que estaban leyendo en aquel mármol.

Marta colocó su mano en la espalda de Sofía con toda la delicadeza del mundo y entre lágrimas le preguntó:

—¿Nos vamos?

—Sí.

Marta cogió la mano de Sofía, dieron la vuelta y caminaron juntas a la salida, dejando atrás la tumba de Samuel.

CAPÍTULO 2

Por fin había salido. Después de pasar los meses más duros de su vida, despojada de los lujos a los que había estado acostumbrada siempre, Nicole recuperó su libertad, a pesar de haber sentido en incontables ocasiones que la había perdido para el resto de sus días. Aunque se sentía más ligera, no estaba feliz en absoluto, al menos no cómo esperaba. Ya no tendría que compartir residencia con otras prisioneras que no soportaba, y eso le aliviaba, pero por primera vez en su vida, se sentía perdida, sin un lugar a donde ir y casi sin dinero.

Se acarició las muñecas recordando el dolor que le provocaron las esposas meses atrás, si se esforzaba un poco, era capaz de sentirlo otra vez. Cerró los ojos y dejó que el viento le acariciara la cara por primera vez en mucho tiempo, antes de volver a sus preocupaciones, cuando los abrió, vio su coche aparcado frente a unos metros y se alegró enormemente de que Kalajara le hubiese hecho el favor de llevárselo. Ahora, su primera misión era averiguar a dónde iría. Nicole estaba más perdida que nunca y eso estaba logrando hundirla.

Se acercó al vehículo y dejó la bolsa con ropa en el maletero, observó el coche antes de entrar y pensó, con tristeza, que aquel era el único rastro de abundancia que le quedaba de toda la que había tenido alguna vez. Nicole condujo todo el camino en silencio, sin ni siquiera la compañía de la música que tanto le gustaba, estaba demasiado abstraída en sus pensamientos, demasiado decaída, pensando en ella, como había hecho durante meses. Nicole solo era capaz de recordar a la misma persona una y otra vez, todo lo que habían vivido era demasiado reciente.

La morena se sentó en la cama con la espalda apoyada en la pared. Miraba al frente, con la vista perdida, incapaz de asimilar cómo iba a sobrevivir tanto tiempo en prisión teniendo en cuenta que había entrado a su celda hacía unos minutos y ya le parecía que el tiempo se había congelado. Estaba muy cansada, tanto que no se había percatado de la presencia de su compañera de celda, que leía un libro tranquilamente en su cama. El proceso de entrada a prisión de Nicole había sido muy rápido, no dejaba de sorprenderle la eficacia de la justicia española para algunos casos, sin embargo, su hermano, un líder criminal mucho más conocido y poderoso que ella, seguía viajando a sus anchas por el mundo.

Hasta ese momento, en ese día, la morena no había tenido tiempo ni de pensar en cómo había llegado hasta ahí, el torbellino de emociones que había sentido en los últimos días le había impedido recordar todo lo vivido meses atrás. La primera imagen que apareció en su mente fue la del cuerpo de Bruno sobre ella, de cómo dejó caer todo su peso, sin piedad, de la inmensa fuerza que tenía y de cómo ella solo pudo permanecer inmóvil, sin posibilidad de escapar. La joven pudo respirar tranquila durante unos días y, tras la muerte de Bruno, creyó que podría recuperar la calma que siempre la había caracterizado, pero eso solo fue un oasis que no tardó en desaparecer y, cuando se había acostumbrado a la ausencia de aquel hombre que solo le causó problemas, la angustia no tardó en volver a inundar su vida. Las semanas pasaban, pero el recuerdo permanecía fresco, congelado, aún recordaba el olor, las emociones, el tacto y todos los sonidos del día de su violación. Justo cuando estaba sintiendo los temblores y creía que iba a vomitar, recordó a Sofía y lo dolorosa que fue su ruptura. Nicole no era una persona que solía darse por vencida, de hecho, en el fondo, sabía que su carisma y su bonita cara podían conseguir prácticamente todo lo que quisieran, pero con Sofía, por primera vez sentía que no tenía el

control, que estaba completamente perdida y que la detective hablaba muy en serio cuando le dijo que no quería verla nunca más. Se había rendido, se había rendido más rápido de lo que lo había hecho nunca y no pensaba molestar nunca más a Sofía, por mucho que quisiera. Era incapaz de asumir que no la volvería a ver, pero después de todo, lo único que podía hacer para enmendar sus errores, era mantenerse alejada de ella.

Nicole miró a su compañera de celda que seguía absorta en la lectura. Era morena como ella, con los ojos y la nariz grandes, la melena negra ondulada y desaliñada. Debía tener más o menos su misma edad. Parecía despreocupada y Nicole no pudo evitar verse a sí misma cuando la miraba a ella, o más bien a sí misma antes de conocer a Sofía, ya no era despreocupada como solía serlo.

Cuando comenzó a sentirse más calmada, recordó el motivo por el que ella y Sofía ahora eran desconocidas. Recordó cuando Samuel le salvó la vida y cómo ella hizo lo mismo por él, recordó cómo habían trabajado juntos para hacerse con las armas, recordó que Samuel fue el responsable de rescatarla a ella y, lo último que recordó, fue ver la silueta borrosa del mejor amigo de Sofía, la última imagen que tenía era de unos minutos antes de que lo mataran. Recordó despertarse y enterarse de que el joven estaba muerto por su culpa y volvió a sentir la misma oleada de pánico que había sentido en ese momento.

Nicole corrió hacia el váter, agarró la taza con fuerza y vomitó.

—Espérate a probar la comida, ahí sí que vas a vomitar —dijo levantando la vista del libro por primera vez.

La respuesta de Nicole fue escupir por última vez dentro del váter y tirar de la cisterna.

Se levantó, se limpió la boca con la mano y volvió a sentarse en su cama.

—¿No hay menú a elegir? —respondió Nicole igualando su actitud burlona.

Nicole pudo percibir la leve sonrisa de medio lado que esbozó su compañera sin despegar la vista del libro.

—No. Solo hay un plato: pienso para perros. Es eso o morir de hambre.

—Qué tentador —respondió Mendoza sin molestarse en disimular el gesto de asco al imaginarse comiendo comida para perros.

—Pero bueno, parece que eso para ti no será un problema —añadió la desconocida observando por primera vez el aspecto desnutrido de Nicole.

Nicole no pudo evitar sentir cierto pudor al sentirse tan observada y, sobre todo, al recibir un comentario tan inoportuno de una persona que no conocía. Normalmente le hubiera dado una respuesta ingeniosa, quizá hiriente, algo que concluyera aquella conversación, pero la morena ni siquiera tenía fuerza para discutir y, aún peor, aquella mujer tenía razón. Lo último que se había planteado en las últimas semanas era comer. No tenía apetito y cada vez que intentaba ingerir algún alimento acababa con arcadas o vomitando. Imágenes de Sofía, Samuel y Bruno se le pasaban por la mente a tanta velocidad que acababa dejando el plato. Llegada a cierto punto, había decidido aceptar su ayuno involuntario y comer algo solo cuando sentía que estaba a punto de desmayarse, pero su comportamiento poco saludable le estaba pasando factura, hasta el punto de que desconocidos le advertían sobre su apariencia, y no pudo evitar sentir cierto reparo al respecto.

—¿Tienes un cigarro? —preguntó para cambiar de tema.

—¿Estás aquí por drogas? —dijo ella.

A Nicole le molestó el comentario, pero, en el fondo, le molestó aún más que aquella mujer no supiera con quien estaba hablando.

—Joder, ¿en serio? ¿Así conoces gente? —dijo apartando la mirada y dirigiéndola al

ventanuco de la pared.

—Bueno, es que…

—Que sí, que ya sé las pintas que tengo, cállate si no vas a decir nada útil —replicó malhumorada.

La joven enarcó las cejas y volvió a su libro. Después alzó una de las libretas que tenía en la mesa y cogió un cigarro que le lanzó a Nicole. Miró hacia la puerta y cuando comprobó que no venía nadie, sacó un mechero de su ropa interior y encendió el cigarrillo mientras Nicole absorbía todos los químicos del cigarrillo.

—Gracias —dijo echando el humo, con voz triste, sorprendida por el gesto amable de su compañera—. No sabía que había tan buen rollo en prisión.

—Bueno, si quitas los abusos policiales y las prisioneras locas, puede ser un lugar muy cómodo.

Nicole sonrió y preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Leyla, ¿y tú?

—Nicole.

—¿Y qué te trae por aquí, Nicole?

—Bueno, un poco de todo, la verdad. Pero me gusta echarle la culpa a mi hermano, puede ser muy mala influencia.

—Y que lo digas, la familia cuanto más lejos mejor.

Nicole asintió dándole la razón.

—¿Tu familia tampoco te trata bien?

—Mi familia ya no es mi familia. —Torció el gesto—. A veces tienes que hacer cosas que no quieres para sobrevivir.

Nicole entendió de inmediato a qué se refería.

—¿Tu marido? —preguntó con miedo de entrar en un terreno peligroso.

—Y mi hijo. —Nicole se sorprendió, pero no dijo nada—. La situación se volvió muy difícil, todos los días tenía que…

—Tranquila. No tienes que explicármelo. No te voy a juzgar —interrumpió—. Al final las dos estamos aquí —dijo encogiéndose de hombros.

Leyla esbozó una sonrisa, satisfecha con la respuesta de Nicole.

—¿Y tú? ¿A quién has matado? —No sabía si era por la pregunta tan directa o por el recuerdo de Samuel, pero en lugar de contestar, Nicole sintió una arcada—. ¿Estás bien?

Nicole se levantó de un salto y de milagro alcanzó el retrete y volvió a vomitar. Leyla se apresuró detrás de ella y le sujetó el pelo hasta que se sintió mejor.

—Gracias.

—Tranquila. Y perdona, no sabía que era un asunto tan delicado.

—No te preocupes. —Nicole se levantó y volvió a su cama con el rostro pálido—. Fueron muchas personas, pero quien me hace sentir especialmente mal es el mejor amigo de mi nov… de mi expareja.

Leyla enarcó las cejas con sorpresa y frunció el ceño.

—¿Qué… qué te hizo? ¿Fue una venganza?

—No, fue un accidente, pero ella no parece comprenderlo. De todas formas, la entiendo, es algo horrible y no he dejado de sentirme culpable. No puedo pedirle que me perdone, ni siquiera me atrevo.

—¿Le has explicado que fue un accidente? —preguntó Leyla intentando entender la

complicada historia de Nicole.

—Sí, pero no es tan fácil. Además, me ha dejado muy claro que no quiere volver a verme.

—Bueno, ella se lo pierde —sonrió Leyla. —Nicole le devolvió la sonrisa, aquella mujer era la primera que le había mostrado un poco de amabilidad y comprensión desde su ruptura con Sofía—. Además, no es la última mujer del mundo.

Nicole se ajustó el pelo con cansancio.

—Eso espero, pero ahora mismo lo parece.

—Uy, parece que va a ser un luto largo. Toma, para que te distraigas. —Leyla le pasó uno de los libros que tenía en su mesa—. Literatura libre de romanticismo. Un regalo de mi hermana.

Nicole cogió el libro con desgana y esbozó una sonrisa cansada.

—Por cierto, ¿te gustan las mujeres? —preguntó extrañada al recordar las palabras de Nicole.

La morena asintió.

—Joder, no te pega nada, pareces tan hetero.

Nicole la miró con una mezcla de diversión y confusión, no sabía si Leyla bromeaba o no, pero ese comentario la había descolocado.

—Tú pareces un poco lesbiana para tener marido —replicó mirando a su compañera de arriba abajo.

—No tengo marido. Lo maté —le recordó. —Leyla sonrió entre orgullosa y bromista, y Nicole no pudo reprimir la carcajada.

—*Touché*. En cualquier caso, nunca es tarde para cambiarse de bando.

—¿Estás ligando conmigo? —bromeó Leyla.

—¿Te molesta que lo haga? —dijo Nicole.

—A ver, si una tía va a ligar conmigo, prefiero que sea como tú, pero lamentablemente soy del equipo contrario.

—¿Como yo?

—Guapa.

—Vaya, gracias—respondió—. Haces bien, de todas formas, las mujeres son muy complicadas —dijo con despecho.

—Nunca es tarde para cambiar de bando —dijo repitiendo las palabras de Nicole.

—Calla, calla. —Nicole gesticuló con la mano como si así pudiera disipar la nube de pensamientos que se le venían a la cabeza—. Ahora no cambio ni muerta.

—Vale, pero a partir de ahora te pediría que no me miraras con ojos libidinosos —bromeó.

—Trato hecho —respondió burlona.

Nicole no pudo evitar sonreír mientras conducía. Los recuerdos de su única amiga se le agolpaban ahora que ella había salido de la cárcel y una nostalgia terrible se estaba adueñando de su alma. Hacía tiempo que su memoria no le permitía poner atención a la carretera, por eso, cuando aquella mujer se colocó frente a su coche, tuvo que dar un frenazo que hizo que los neumáticos chirriaran.

Su primer instinto fue enfadarse y gritarle a aquella mujer tan despistada, pero cuando puso un poco más de atención, vio que era un paso de peatones y que el semáforo estaba en rojo.

Bajó del coche y vio el estropicio que había provocado su descuido. Un montón de platos

rotos estaban repartidos por toda la carretera. La desconocida la miró a los ojos, estaba en estado de shock, recuperándose del miedo que le había provocado pensar que iba a ser atropellada. Era pelirroja, un poco más baja que ella, con la cara salpicada de pecas y la piel ligeramente enrojecida por el sol. Las dos se miraron durante unos segundos, sin saber qué decir, la velocidad de los acontecimientos las había dejado sin palabras, hasta que la desconocida se recuperó.

—¿A ti qué coño te pasa? ¿No sabes conducir o qué? ¡Mira por dónde vas!

—Perdón, perdón —dijo Nicole mientras se agachaba al suelo para recoger la vajilla rota —. ¡Ah! —Se hizo un corte en la mano.

La mujer relajó su expresión enfadada cuando vio que Nicole intentaba solucionar el desastre sin rechistar, entonces, ella también se agachó y recogió los pedazos más grandes de vidrio para reanudar el tráfico lo antes posible.

—Lo siento. No sé en qué estaba pensando —añadió.

Ambas se pusieron de pie.

—Bueno… déjalo. Tampoco ha sido para tanto.

—Te lo pago, no te preocupes. —Nicole se encaminó hacia el coche para coger su cartera.

—No, tranquila, no te preocupes de verdad. Si eran muy baratos, no merece la pena. Con que me invites a un café queda resuelto.

Nicole sonrió con cansancio, aunque lo que más quería en esos momentos era irse a descansar, concluyó que compensar a aquella chica tan amable no podría ser tan difícil, después de todo, ella había tenido la culpa del accidente, así que, a pesar de que no le apetecía lo más mínimo, aceptó.

—Claro, sin problema —respondió—. Soy Nicole, encantada. —Cuando se dio cuenta, Nicole se había presentado con su nombre verdadero por primera vez en mucho tiempo, pero ya no importaba, había bajado la guardia y ya ni siquiera sabía si seguía formando parte de La Salvación, así que lo dejó estar y estiró el brazo.

—Lola, un placer. —Apretó su mano.

CAPÍTULO 3

Antes de subir los escalones, ya sabía que algo iba a pasar. Los tres adolescentes, que conocía tan bien, la tenían tomada con ella desde siempre y, por el modo en el que la estaban mirando desde lejos, sabía que esa mañana no iba a ser muy distinta. Pero ese día estaba especialmente agotada, no tenía ánimos ni fuerzas para replicar y mucho menos para empezar una pelea, así que agachó la cabeza, agarró con fuerza su cuaderno y pasó por su lado manteniendo un perfil bajo, ni siquiera se escuchaban sus zapatillas contra el suelo, como si fuera capaz de flotar solo por no levantar sospechas. Se sorprendió cuando logró pasar de largo sin que Iván, Sergio y Javier dijeran nada. Sin embargo, su alegría se esfumó cuando recibió un empujoncito de uno de ellos que la hizo tropezar. No dijo nada. Se giró despacio, con un aire tenebroso y los miró fijamente, después se dio la vuelta y continuó con su camino.

—Estúpida —murmuró uno de ellos para asegurarse de que Sofía lo escuchara, pero no los profesores.

—Corre, llama ahora a tu madre para que te defienda.

Sofía no respondió, sabía que no merecía la pena.

—Ah, no… que está muerta —añadió sonriendo de medio lado.

La joven sabía que estaban utilizando sus trucos más sucios para provocarla y obligarla a pelear, así podrían darle una paliza entre los tres y después culparla de haber sido quien lo había empezado todo, pero no solo estaba demasiado cansada, también sabía que tenía las de perder, así que trató de entrar en clase lo más rápido que pudo.

—Déjala, es igual de cobarde que ella. Al final va a ser mejor que ya no esté entre nosotros. A lo mejor Sofía también tendría que desaparecer —dijo otro de ellos.

Sofía sonrió con enfado, las provocaciones estaban surtiendo efecto, pero ya solo le quedaban dos pasos para alcanzar el aula.

—Sí, mejor. ¡Sofía! Saluda a tu madre de mi parte cuando…

Antes de que pudiera terminar la frase, apareció una especie de misil que golpeó la cara de Iván y lo derribó al suelo. Cuando Sofía miró con más atención, se dio cuenta de que se trataba de Samuel. Su amigo se echó sobre el cuerpo de Iván, le agarró del brazo y comenzó a golpearle la cara sin darle tregua. Sergio y Javi miraron sorprendidos la escena, hasta que reaccionaron y le dieron una patada a Samuel para quitarlo de encima, después lo agarraron y entre los dos y comenzaron a pegarle. Sofía salió disparada como un rayo y antes de que pudiera entrometerse, una de las profesoras se interpuso en su camino y con ayuda de otro profesor, concluyeron la pelea.

Sofía se fijó en su amigo, tenía la cara llena de magulladuras y sangre. Nunca lo había visto así, estaba más encendido que nunca, era como si toda su testosterona hubiese salido de golpe, respiraba muy rápido, Sofía se fijó en cómo se le hinchaba el pecho cada vez que lo hacía, tenía dificultades para coger aire. Samuel le lanzó una última mirada amenazante a Iván mientras sus amigos lo levantaban del suelo y después escupió sangre en el mismo. Tenía la camiseta rota y el pelo hecho un desastre. Miró a Sofía y su expresión cambió drásticamente, se calmó y le dedicó una especie de sonrisa a su amiga.

—Avísame si vuelven a molestarte —dijo entre jadeos—. La próxima vez no me va a parar la profesora.

Sofía lo miró con una mezcla de miedo y agradecimiento, nunca había visto así a Samuel

y no sabía si sentirse protegida o todo lo contrario. Pero se sentía bien, esos acosadores habían recibido solo una pequeña dosis de lo que le hacían pasar a ella casi todos los días, así que solo podía sentirse feliz de tener a alguien como Samuel al lado.

—Samuel, ve al despacho de la directora. Ya.

El joven no rechistó, se limpió la sangre de la cara con la mano y se encaminó a su destino.

Sofía llevaba varios minutos moviendo la pierna de arriba abajo descontroladamente, no podía evitar sentirse culpable por Samuel, porque si ahora estaba recibiendo una bronca de la directora era por defenderla a ella. Aunque ella no había instigado nada, no le gustaba que su amigo se metiera en problemas por protegerla, él era una persona muy pacífica, tranquila, nunca se metía en los asuntos ajenos ni tenía problemas con sus compañeros. Pero cuando se trataba de Sofía, Samuel ya había demostrado más de una vez que sería capaz de sobrepasar cualquier límite, a pesar de saber que su mejor amiga no necesitaba a nadie que la protegiera.

La puerta se abrió y Sofía se levantó de inmediato. Samuel le dedicó una sonrisa amable cuando la vio.

—¿Qué haces aquí? ¿No tenías examen? —preguntó el chico.

—No he entrado.

—Si te ven los que están de guardia te va a caer una bronca.

—Bueno, por ahora no me han visto. Además, al que le ha caído una bronca es a ti.

—Sí… es curioso cómo se implican los profesores cuando quieren, pero luego dejan que esos gilipollas hagan lo que quieran todos los días.

—Ya…

—Son lo peor, son cómplices y les da exactamente igual.

—Sí… lo son. —A Sofía no se le daba muy bien expresarse y no sabía qué más decir—. ¿Qué te ha dicho?

—Me han expulsado.

—¿En serio? —Sofía se escandalizó—. ¿Y a ellos no?

Samuel negó con indiferencia.

—Vaya… perdón…

—No hay nada que perdonar. Acabo de comprarme un juego para el ordenador que estaba deseando empezar, ya tengo la excusa para viciarme toda esta semana —dijo frotándose las manos.

Sofía sonrió.

—Ah, pues de nada, entonces.

—Gracias. —Samuel le chocó el puño—. Y ya sabes, si quieres que los matemos, avísame.

—Cuando menos te lo esperes.

—Vamos a la cafetería, que ahora no hay cola —dijo emocionado—. Además, me debes un bocadillo por las molestias —Le robó el monedero de la mochila y salió corriendo camino a la cafetería.

Sofía no hizo nada, se limitó a caminar detrás de él.

Ese, y decenas de recuerdos más, se le cruzaban por la mente cuando llegó a casa. Samuel ya no estaba y no iba a volver. Sofía tenía la idea muy asimilada, no le había costado procesarlo, pero lo que sí le estaba costando era deshacerse de la tristeza. Aunque nunca había

sido una persona especialmente alegre, desde hace unas semanas Sofía estaba viviendo una pesadilla, una pesadilla de la que no estaba segura de poder salir.

Borró cualquier pensamiento de un plumazo para que su mente pudiera descansar y se acercó al buzón que estaba a punto de estallar por el correo acumulado. La detective sacó todas las cartas, algunas se les cayeron y las volvió a recoger, otras se le rompieron al extraerlas y, al final, acunó decenas de cartas en sus brazos y entró con ellas a casa. La mayoría se trataba de propaganda y facturas que ya había pagado, así que ni siquiera se molestó en abrirlas, solo revisó los sobres y fue acumulando uno a uno para tirarlos a la basura. Pero algo entre todos esos papeles le llamó la atención. Uno de los sobres era especialmente llamativo, de color azul, con líneas doradas, más bonito que cualquier otro que había recibido nunca, así que se detuvo en él, lo miró y lo abrió.

Queremos invitarte a nuestra boda. Te esperamos el siete de abril en el Ayuntamiento del Puerto de Teira a las 12:00.

Claudia y Sara.

La boda de Claudia. Sofía se había olvidado completamente de que Claudia se casaba y casi se había olvidado también de que tenía una compañera de trabajo que se llamaba Claudia. Por suerte había visto la invitación a tiempo, aún faltaban unos meses para el gran acontecimiento y todavía podía prepararse mentalmente. Su compañera, discreta como siempre, ni siquiera había mencionado su boda durante las horas de trabajo y Sofía agradeció de corazón que, dadas las circunstancias y la muerte de Samuel, Claudia no dedicara ni un momento a centrar la atención en ella, ni ejerciera ningún tipo de presión para que sus compañeros confirmaran su asistencia. Sabía que eran momentos difíciles y se estaba comportando a la altura.

Sofía colocó la invitación en una mesa cerca del recibidor para asegurarse de que no se le volvía a olvidar, después se llevó una pastilla a la boca, bebió agua y tragó. Escuchó un llanto a sus pies y se agachó a coger al cachorro que acababa de venir a recibirla.

—Hola.

Sofía acarició y besó a la criatura indefensa que tenía en sus manos, sonrió al verla y pensó en Marta. Marta, que ya no sabía qué hacer para darle ánimos a Sofía, se había presentado en casa de su mejor amiga con aquel animal con la intención de animarla. Tras los acontecimientos de unos meses atrás, a Sofía lo último que le apetecía era hacerse cargo de un ser vivo, apenas podía cuidar de sí misma, así que no se veía capaz de tener otra responsabilidad. Pero Marta había aparecido con aquel regalo traicionero y, cuando la detective lo vio, no fue capaz de rechazarlo, es más, sintió que debía protegerlo bajo cualquier circunstancia. Coco, como lo había llamado, era uno de los motivos por el que la detective se veía obligada a seguir con su vida, levantarse para pasearlo era una obligación y mantenerse levantada para alimentarlo también, así que decidió aceptar esta nueva tarea y resistir en pie mientras aquel animal viviera. También tenía que reconocer que no le había venido nada mal como compañía, la detective se sentía muy sola y la soledad se acentuó con la muerte de Samuel y la ruptura de Nicole, ya se había acostumbrado a cuidar del cachorro así que, aunque no lo hubiera demostrado, le estaba muy agradecida a Marta.

Marta fue la que llamó a la puerta en ese momento, aún no había abierto, pero Sofía ya

sabía que se trataba de su amiga. Marta llevaba viéndose con Sofía regularmente desde que anunció su vuelta a SOMBRA y desde que le puso precio a la cabeza de Gabriel. Lo hacía con el pretexto de charlar, salir o tomar algo, pero la detective sabía que en realidad todo aquello era una excusa para comprobar que Sofía estaba bien y para convertir sus charlas en sesiones de terapia. La detective lo había aceptado y no le importaba, le venía bien saber que todavía tenía a alguien que se preocupara por ella.

Abrió la puerta y Marta le dedicó una sonrisa que, si se observaba detenidamente, estaba llena de tristeza. Sofía intentó imitar el gesto y resultó tan falso como el de su amiga.

—Pasa —dijo finalmente.

Marta entró con la cabeza gacha y Coco se acercó a saludarla. Ella respondió con alegría, sosteniendo al animal en sus brazos y después colocándolo en el suelo. Miró el desorden de la mesa de Sofía y se sentó en una de las incómodas sillas de madera. Marta echaba tanto de menos la antigua casa de Sofía como la propia Sofía.

—¿Cómo estás?

Sofía se encogió de hombros y cerró la puerta.

—Mal. Como siempre —respondió con sinceridad.

—¿Estás tomando la medicación?

Sofía señaló la caja de medicamentos abierta que había sobre la mesa a modo de respuesta.

—Sí. —Hizo una pequeña pausa—. ¿Quieres ser mi pareja?

Marta frunció el ceño, Sofía cogió la invitación de la boda de Claudia y se la mostró.

—Ah, sí… claro.

—Espero que a Mario no le importe que le robe a su novia por un día —bromeó la detective.

—Y si le importa es su problema —contestó Marta con una sonrisa, aunque sabía perfectamente que Mario era la persona menos posesiva del mundo—. ¿Va a ir…?

—¿Lola?

Marta asintió.

—Ni idea. Hace mucho que no la veo, pero supongo que siguen siendo amigas. Ya sabes cómo es Claudia, no habla mucho de su vida privada.

—Ya… —respondió dudosa.

—Marta, no te preocupes, está superadísimo. Además, Lola y yo acabamos bien. No hablamos, pero podemos ser cordiales. No tengo ningún problema con ella y a estas alturas ni siquiera me importa que me engañara.

—A veces eres tan zen…

—Tú que te lo tomas todo muy a pecho —contestó Sofía dándole un golpecito con la invitación. Aunque sabía perfectamente que, si allí había alguien que se tomara todo a lo personal, era ella, no Marta.

Claudia era la responsable del noviazgo que tuvo lugar entre Lola y Sofía. Lola era amiga íntima de Claudia y en un intento desesperado de encontrar pareja le pidió a su amiga que le presentara a alguien. Sofía era la única mujer que conocía Claudia a la que le gustaban las mujeres además de ella, así que solo por dejar de oír los lamentos de Lola, organizó una salida y las dos mujeres se llevaron tan bien que a las pocas semanas comenzaron a salir en serio. Aunque aquella relación le había traído muchos dolores de cabeza a la detective, le estaba muy agradecida a Claudia porque Lola le había regalado algunos de los años más felices de su vida y a pesar de todo, no le guardaba demasiado rencor. El daño emocional y las mentiras de Lola le

habían dejado huella y, en un momento, Sofía pensó que no se iba a recuperar nunca, pero con el paso del tiempo, hacía tanto que no la veía que solo recordaba los buenos momentos y estaba segura de que el problema de Lola era la inmadurez y no la maldad.

Marta y Sofía se quedaron calladas durante varios minutos, sentada la una frente a la otra, sin saber cómo rellenar aquel silencio. El silencio lo rellenaron las lágrimas de Marta, justo cuando Sofía estaba a punto de hablar. La detective miró a su amiga con extrañeza, sin saber a qué venía aquel llanto.

—Marta. —Marta no contestó—. Marta, ¿qué te pasa? —Le sacudió del brazo.

—Pues que me tienes preocupada, ¿qué va a pasar?

—¿Yo? ¿Por qué? —Frunció el ceño.

—No sé, Sofía, estás muy rara, o sea, más que de costumbre. —Sofía dejó pasar eso último, sabía que proviniendo de Marta no era un insulto—. No hablas, no comes, no bebes, no sales…

—Bueno, dame tiempo.

—No, joder, quiero que estés bien —dijo Marta con la voz llena de frustración.

—Marta, acabamos de enterrar a Samuel, ¿cómo quieres que esté?

—Sabes que no es solo eso. Nunca has estado bien, pero estás peor desde que te enteraste de quien era Nicole. —Marta sabía que tenía prohibido mencionar ese nombre, pero aun así se arriesgó, no hablar de ello no iba a hacer que dejara de ser real.

—Ah, muchas gracias. Siento no estar a la altura de tu felicidad —dijo con sarcasmo.

—Sofía…—Le agarró la mano—. Sabes que no es eso lo que quiero decir. Lo que quiero decir es que hables conmigo, que te expreses y que salgamos juntas.

—Es difícil cuando todo lo conviertes en una sesión de terapia. Joder, Marta, dame un respiro, lo único que haces es agobiarme.

Estaba siendo injusta y lo sabía, pero le costaba controlar sus palabras en aquellos momentos.

Marta miró para otro lado y asintió.

—Bueno, pues perdona, eh.

Marta se estaba mordiendo la lengua de lo lindo, sabía que cualquier cosa que dijera podría afectar más de la cuenta a su amiga, así que trató de frenar sus impulsos. Para ella tampoco era fácil cargar con la depresión de una persona que no se dejaba ayudar, pero, a pesar de todo, no se separaba de Sofía y nunca lo iba a hacer—. Mejor me voy. —Agarró su bolso y se levantó.

—No. No te vayas. Quédate a dormir esta noche —le pidió con ojos de cordero degollado. Sabía que ese era el modo de Sofía de disculparse—. Por favor.

—Vale. —Se volvió a sentar—. ¿Has sabido algo de Nicole? —se atrevió a preguntar.

Sofía negó con la cabeza.

—Supongo que se sigue pudriendo en la cárcel, o eso espero.

—¿Y si algún día sale?

Sofía percibió un ápice de temor en la voz de su amiga.

—Marta, Nicole no te va a hacer nada. Nunca lo haría. Cuando te dije que La Salvación iría a por mi círculo no me refería a ella. Ella nunca te haría daño y aún menos después de todo lo que me ha hecho. No creo que se quiera enemistar más conmigo.

—Ya, si no es ella la que me preocupa, no sé, no quiero que venga nadie a por mí.

—El único motivo por el que sigo aquí, por el que estoy viva, es para asegurarme de que no te ponen un dedo encima. Así que, si te quieren hacer daño, van a tener que pasar antes por

encima de mi cadáver —dijo con tanta determinación que Marta tuvo que parpadear varias veces para procesar aquellas palabras.

Marta sonrió satisfecha.

—En ese caso voy a hacer la cena.

Se levantó y se fue a la cocina mientras que Sofía se quedó sentada recordando con tristeza a Nicole. Todavía no podía creer lo bien que se le daba mentir y la manera en la que le había traicionado. Después volvió a recordar el funeral de Samuel y finalmente el de su madre. Sacudió la cabeza cuando los pensamientos volvían a amenazar su cordura y se levantó.

—Te ayudo —le dijo a Marta que ya estaba cortando verduras en la cocina.

CAPÍTULO 4

Nicole llevaba sentada unos dos minutos y en todo ese tiempo no había podido dejar de sacudir la pierna. Lola se había ofrecido amablemente a ir a la barra a por los cafés y, mientras tanto, a ella el tiempo se le hacía eterno. No podía evitar sentirse como un pez fuera del agua, había pasado los meses más largos de su vida entre rejas y ya ni siquiera sabía lo que significaba interactuar en el mundo real, con alguien que no fuera una prisionera, con una persona normal y corriente. Tampoco estaba segura de si quería entablar cualquier tipo de relación con alguna desconocida, la última vez no le salió demasiado bien y no le apetecía que su corazón y su mente pasaran por ese maltrato de nuevo. Aunque Lola parecía una persona amistosa y alegre, Nicole desconfiaba de que entablar una amistad, o lo que fuera, le devolvería la felicidad, de hecho, estaba segura de que no era el momento. Con el amasijo de pensamientos y vivencias traumáticas recientes que le ocupaban la cabeza sabía que no iba a poder dedicar demasiada atención a nadie que no fuera ella misma. Las ideas de siempre se repetían por su mente una y otra vez, distrayéndola de todo lo que le rodeaba, hasta tal punto, que se olvidó de que tenía una acompañante aquella tarde.

Miró a Lola que sonreía con amabilidad al camarero mientras cogía las dos tazas. Llevaba un vestido alegre como los que solía llevar ella, era rojo con flores y hacía juego con su pelo cobrizo recogido en una coleta. A los pies llevaba unas sandalias marrones y al hombro un bolso de tela del mismo color. La vio llegar a la mesa y le sonrió con incomodidad.

—Oye, que no te preocupes por los platos, de verdad. Que sé que ha sido un accidente —dijo percatándose de la melancolía en los ojos de Nicole—. Lo bueno es que no me has atropellado a mí —añadió para aligerar el ambiente.

Nicole sonrió.

—Sí… últimamente no estoy muy acertada, la verdad, discúlpame —dijo sin apartar los ojos del líquido marrón mientras movía la cucharilla con aburrimiento.

—Tranquila. —Hizo una breve pausa—. Y si tampoco te apetecía quedar podemos dejarlo para otro momento.

Nicole se sintió avergonzada de que Lola pudiera ver lo cansada que se encontraba, y culpable, culpable por tener esa expresión de seta continuamente y no poder darle a Lola la cita que esperaba. Lo único que tenía que hacer para pagar la vajilla rota era mostrar un poco de interés y ni siquiera eso le estaba saliendo bien.

—No, lo siento, de verdad. Es que iba conduciendo muy distraída y todavía sigo asustada por el accidente.

—Bueno, cambiemos de tema entonces. ¿A qué te dedicas?

—Al crimen —respondió sin titubear—. Soy dueña de una organización criminal.

Lola rio. Nicole la miró fijamente y no cambió su expresión, se limitó a observar cómo la sonrisa de Lola se le borraba poco a poco y se volvía incómoda.

—Ahora de verdad —dijo haciendo un ejercicio de paciencia.

—Esa es la verdad. Narcotráfico, tráfico de armas, blanqueo de capitales, secuestro, extorsión… —Hizo un gesto con la mano para indicar que la enumeración seguía y que lo que había mencionado era solo una pequeña parte del negocio.

Lola ahora sí que estaba incómoda, no entendía si Nicole bromeaba o no, pero en cualquiera de los casos, no le estaba haciendo gracia. ¿Por qué alguien diría una tontería así en

una primera cita?

—De hecho, cuando estaba conduciendo venía de prisión, acabo de salir —añadió.

—Bueno mira, no quería hacerte perder el tiempo y si querías que esto se acabara cuanto antes lo has conseguido. —Cogió su bolso y se levantó.

Nicole no pensaba mentir más, ¿qué podría hacer Lola si se enteraba? ¿Denunciarla? Probablemente no serviría de nada y lo más realista era que no se atreviera. Además, su hermano podría volver a pagar su fianza y estaría en la calle en un abrir y cerrar de ojos. Mentir ya le había traído muchos problemas y no pensaba empezar una amistad así.

—Lola. —La agarró de la mano para que se detuviera—. Siéntate, por favor.

Lola obedeció y ella sacó su teléfono. Buscó una de las tantas noticias sobre su detención y se la mostró. La expresión de la pelirroja iba cambiando a medida que iba leyendo y su boca se abría poco a poco con cada palabra de aquel artículo. La cara de Lola se volvió una mezcla de sorpresa y terror, tragó con dificultad y miró a Nicole con los ojos llenos de miedo, incapaz de volver a juntar su labio inferior con el superior y la morena esbozó una especie de sonrisa como diciendo *te lo he advertido* a modo de respuesta. Le dio tiempo a que la pelirroja se recuperase, pero esta solo logró volver a sentarse y colocar las palmas de la mano en la mesa como intentando recuperar el centro de gravedad, pero todo le daba vueltas. Miró a la mesa como si esta le fuera a dar una respuesta, pero cuando comprobó que no iba a ser así, alzó la cabeza y miró a Nicole todavía con la boca abierta. Lola analizó la expresión tranquila de la morena, que esperaba pacientemente a que saliera del *shock*. Miró sus ojos, su nariz, su boca y de repente sintió la tentación de dejarse llevar y lanzarse a una aventura con aquella mujer que acababa de conocer, con una criminal. No le vendría mal darle un poco de emoción a su vida, además, estaba segura de que las anécdotas que tendría para contar después de haber mantenido una relación con una de las criminales más importantes del mundo serían, cuando menos, interesantes. La contempló con deseo, como si se hubiera vuelto más interesante ahora que conocía esa faceta de ella, además, que Nicole fuera una mujer extremadamente atractiva también contribuía a las fantasías cada vez menos cabales de la pelirroja. Su lado más sensato apareció justo cuando se estaba hundiendo en sus deseos y la sacó de su ensimismamiento. Sacudió la cabeza para recuperarse y balbuceó.

—Yo… No creo que esto sea buena idea. —Volvió a levantarse.

—Bueno, tú te lo pierdes —respondió Nicole cuando Lola ya estaba a sus espaldas. Era como si de repente hubiese emergido su interés por ella.

Lola dio media vuelta de manera dramática, ofendida por ese comentario.

—¡Pues claro! ¡Yo me lo pierdo! De eso se trata. ¿Qué crees, que me quiero jugar la vida por una persona que acabo de conocer? —le reprendió mientras la apuntaba con el dedo.

Nicole lamió su cuchara bañada en café y la miró desde abajo, con sumisión, como si ahora que Lola había sacado su carácter le gustara más. El efecto fue inmediato, pues cuando Lola la miró a los ojos se olvidó de hablar, quería seguir regañándole, pero no podía.

—Me recuerdas a mi ex —dijo Nicole, segura del efecto que ese comentario iba a tener. Cuando Lola estalló, la morena sonrió satisfecha y siguió llevándose a la boca la espuma del café que había quedado en el fondo de la taza mientras la pelirroja alzaba cada vez más la voz. Lola no dejaba de gritar improperios mientras Nicole permanecía impasible, esperando a que su acompañante se calmara, a pesar de que había sido ella quien había provocado aquella situación. Para la suerte de ambas, la cafetería no estaba demasiado llena, solo dos mesas más aparte de la suya estaban ocupadas y en ambas, sus integrantes eran incapaces de apartar la vista del escándalo que provenía de la boca de Lola, que recalcaba lo mucho que detestaba a Nicole, lo

maleducada que había sido y que ahora le debía treinta euros por la vajilla rota.

—Y no me extraña que tu ex te dejara —añadió la pelirroja para acabar con aquella situación.

Nicole se inmutó por primera vez y frunció el ceño, no entendía cómo Lola sabía que la habían dejado, pero estaba en lo cierto. La penetró con la mirada y la pelirroja volvió a asustarse. El miedo empeoró cuando la morena se levantó velozmente y cogió el cuchillo con el que su acompañante había estado cortando su trozo de tarta. La agarró de las muñecas y se las colocó a la espalda, como si la acabase de arrestar. Lola no opuso resistencia, estaba demasiado asustada, a punto de llorar, comenzó a sudar y a respirar agitadamente. Nicole sacó un billete mucho más superior a la cantidad que necesitaban para pagar los cafés y lo dejó en la mesa sin soltar a Lola. La escasa clientela y el camarero contemplaba la escena atónitos, como si pareciera una cámara oculta más que un delito. Nadie hizo nada y Nicole se llevó a Lola de ahí con una tranquilidad y elegancia sorprendentes. Mientras Lola imaginaba cuáles hubieran sido sus últimas palabras si hubiera tenido la oportunidad de despedirse de sus seres queridos, no pudo evitar pensar que aquel estaba siendo el secuestro más tranquilo de la historia.

Salieron del local a plena luz del día. La pelirroja miró a su alrededor buscando alguna mirada cómplice que la sacara de esa situación, pero no la encontró. No se podía creer que nadie se estuviera dando cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—No te atrevas a gritar —la amenazó.

Lola obedeció y tragó saliva a modo de respuesta.

Caminaron hacia el vehículo de Nicole, cruzaron el mismo paso de peatones en el que se habían conocido. Llegaron hasta el coche y Lola dejó salir un suspiro de alivio cuando la morena retiró el objeto punzante de su espalda, pero lo que más le sorprendió fue la amabilidad con la que Nicole abrió la puerta del coche y la invitó a entrar más que obligarla. Aquel estaba siendo un secuestro de lo más curioso. Lola tuvo tiempo de intentar huir, aunque quizá le hubiera salido mal, así que entró y tomó asiento en el deportivo de su secuestradora que se puso al volante e inició la marcha. Jugueteaba con la falda de su vestido, nerviosa, intentaba memorizar el camino que estaban recorriendo para planear su escape y saber dónde se encontraban, pero estaba resultando inútil, estaba demasiado asustada como para concentrarse.

—Ponte el cinturón —dijo Nicole interrumpiendo el mapa mental que, más o menos, estaba trazando Lola. La pelirroja se percató por primera vez de que un pitido intermitente no dejaba de sonar, forzando a que todas las pasajeras se abrocharan los cinturones. Era bastante molesto, pero Lola estaba tan ensimismada en el recorrido que no se había dado cuenta hasta que Nicole habló. Obedeció y abrochó el cinturón.

—¿A dónde me llevas? —se atrevió a decir muerta de miedo.

—Te estoy secuestrando. —Sonrió. Lola estaba cada vez más confundida, ya no sabía qué era mentira o qué era verdad—. Si no quieres tener esa cita por las buenas la vamos a tener por las malas.

Pasó una media hora hasta que el trayecto terminó. Nicole aparcó cerca de un bordillo en el que estaba claro que no se podía aparcar, pero no le importó. Abrió la puerta de su pasajera y le dio la mano para ayudarla a bajar. Lola se sorprendió con la belleza de aquel parque, un lugar tranquilo, alejado de la sociedad, era como si hubieran entrado en otro mundo, no podía creer que nunca hubiera estado ahí, era un sitio en las afueras del puerto de Teira, cercano al mar, pero Lola llevaba viviendo toda su vida ahí y nunca se había detenido a apreciar el turismo local.

Nicole soltó la mano de su acompañante cuando esta bajó del coche, Lola estaba tan concentrada apreciando el parque que ni siquiera se había dado cuenta de que la morena le había

estado dando la mano. Cuando se soltaron, la pelirroja encogió sus dedos como si de repente echara en falta el contacto de la morena. ¿Estaba siendo secuestrada o se estaba dejando secuestrar?

—No te muevas de aquí —le pidió Nicole antes de correr al supermercado que se encontraba en la acera que tenían a sus espaldas.

Lola podía haber escapado, podía haber escapado perfectamente, pero obedeció a Nicole sin saber muy bien por qué. Miró a su alrededor, varias personas paseaban tranquilamente por el parque, podría haberse acercado a alguna de ellas e informar de que estaba siendo retenida, pero no lo hizo. Quizá sentía demasiada curiosidad por saber qué tramaba su acompañante, por saber cómo iba a acabar todo aquello.

Pasaron unos minutos hasta que escuchó unos pasos acelerados aproximándose. Nicole llegó jadeando, con una bolsa repleta de objetos.

—Toma. —Lo primero que sacó fue un pequeño ramo de margaritas que vendían a la salida del supermercado. Lola miró desde la lejanía y consiguió divisarlos cerca de la salida.

—Gracias —respondió.

La pelirroja observó la escena de lo más confundida, aquel estaba siendo el día más extraño de su vida. Nicole comenzó a sacar objetos de la bolsa. En primer lugar, extrajo un mantel que extendió sobre el suelo, luego la comida que ya venía preparada, algunos trozos de fruta fresca cortada, una botella de champán barato, vasos de plástico y una caja de bombones.

—Siéntate —le indicó.

Lola miró el mantel dubitativa, no estaba entendiendo nada y no sabía si era buena idea estar tan cerca de Nicole.

Venga, siéntate —insistió.

Lola obedeció y se sentó sobre el mantel. Apretaba el ramo de flores entre sus manos, ya le había quitado varios pétalos sin darse cuenta.

—¿Tienes miedo? —preguntó Nicole mirándola de arriba abajo.

—No —mintió.

—Un poco sí, ¿no? —se burló la morena.

Lola la miró a la cara con desprecio en sus ojos.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué es esto? Es que no entiendo nada.

—No hay mucho que entender. Es una cita. Tú misma me la has pedido cuando nos hemos conocido.

—Yo te he pedido tomar un café, no esta especie de secuestro.

—Venga ya. No me digas que no es la cita más original que has tenido nunca.

—Más que original yo la llamaría rara. No… Lo único que estás consiguiendo es incomodarme —se sinceró.

Nicole, que hasta entonces había estado comiendo fresas despreocupada la miró. El comentario de Lola no le hizo sentir bien, no quería intimidar a nadie, solo quería divertirse un poco y sorprender a su acompañante. La morena asintió aceptando la derrota.

—No tienes que quedarte, no quiero obligarte a estar aquí.

—¿Qué? Si ahora me levanto, ¿me vas a dejar ir?

Nicole asintió.

—Puedes irte. No te voy a hacer daño. Nunca le haría daño a una chica tan guapa como tú, tan… inofensiva. Todo esto ha sido un impulso —dijo señalando la comida y bebida que había sobre el mantel—. Nunca me habían rechazado antes.

No me extraña, pensó Lola sintiendo una repentina debilidad por Nicole y sus palabras.

—Bueno, entonces no voy a ser yo la primera que lo haga.

Nicole la miró y sonrió satisfecha.

—Pero tienes que contarme más, quiero saber si estoy en peligro.

Nicole comenzó a relatar su vida y pasaron las horas. Confesó a Lola varios de sus crímenes, se sinceró sobre su hermano y le contó la realidad de lo que era estar con una persona como ella y que siempre estaría en peligro. Fue muy honesta con Lola, aunque nunca desveló detalles importantes que pudieran poner en peligro su negocio, a pesar de que Lola parecía una persona incapaz de entrañar algún peligro para ella o para La Salvación. Le contó también que ni siquiera sabía si seguía perteneciendo a aquella organización criminal, ya que ella misma había dimitido y había estado en prisión durante seis meses. Cuanto más escuchaba Lola, más le intrigaba la mujer que tenía enfrente y lo que más le gustaba era lo brutalmente sincera que estaba siendo, parecía que no temía expresar sus sentimientos, su forma de pensar, ni tampoco temía ser juzgada. Lola era una completa desconocida y se estaba abriendo en canal ante ella y eso no pudo resultarle más atractivo. Exponer su intimidad no era algo que la gente hiciera así cómo así, de hecho, le resultaba casi imposible conocer a una persona por completo, así que valoraba cada una de las palabras de Nicole. Tanto era así que la pelirroja ni siquiera llegó a conocer del todo a su última pareja. Su ex era la persona más cerrada e inaccesible del mundo, pasaron años juntas y Lola nunca llegó a sentir que aquella mujer confiara en ella. Quizá por eso se habían alejado tanto en los últimos meses de su relación para terminar rompiendo.

—¿Por eso te dejó tu ex? —preguntó Lola cuando vio que Nicole le había contado casi toda su vida—. ¿Por tu… trabajo?

—Sí. Algo así —respondió volviéndose escueta de repente.

La morena era capaz de hablar durante horas, pero lo último que quería era hablar de Sofía, ya había hablado suficiente y no quería recordarla más. Le hizo sufrir como nunca nadie lo había hecho y, viendo que conversar sobre su ruptura no mejoraba el luto, decidió adoptar la técnica de no mencionarla para que no existiera. Si nadie hablaba de Sofía, no era real. Y, que Nicole supiera, nadie sabía de su existencia, excepto Bruno, que ahora estaba muerto y no podría sacar el tema a colación.

Lola decidió no insistir. Si Nicole no quería tratar aquel tema tendría que tener sus motivos. No era justo pedirle más después de que le hubiera contado tan grandes secretos.

Cuando aquel encuentro estaba alcanzando su mejor punto entre las dos mujeres, la morena consultó su teléfono, al que no le había prestado atención en todo el día y Lola supo que algo pasaba cuando su expresión cambió por completo. Decenas de llamadas perdidas de Gabriel fueron las primeras notificaciones que aparecieron cuando Nicole encendió el móvil, así que la cita terminó abruptamente.

—Me tengo que ir —dijo.

—Sí, claro —respondió Lola mientras se levantaba y recogía todas las cosas con brío para no hacerle perder más el tiempo a Nicole.

Nicole la interrumpió agarrándola de la muñeca.

—Pero me gustaría volver a verte.

Se hizo el silencio mientras Lola la miraba embobada, con la boca abierta, como si nunca hubiera visto nada tan bello como Nicole.

—Si quieres, claro —tartamudeó al ver que no obtuvo respuesta inmediata.

—Sí, sí. Por supuesto. Cuando quieras.

La respuesta fue automática. Después de todo lo que le había contado, la pelirroja sabía que no era lo más inteligente ponerse en peligro de aquella manera solo por una relación que

probablemente no iría a ninguna parte, pero fue incapaz de resistirse. Tener a Nicole enfrente le hacía sentirse tonta, a su merced. Sus instintos más primarios se adueñaban de ella, así que no dudó en lanzarse a la aventura y averiguar más sobre aquella mujer tan interesante.

—Y perdón por el susto. No te volveré a secuestrar —le susurró antes de darle un beso en la mejilla.

Lola se quedó parada como una tonta en mitad del parque mientras Nicole se acercaba a su deportivo. No sabía a dónde ir, no sabía qué planes tenía antes de conocerla, ni siquiera recordaba muy bien dónde estaba su casa. Lo más inteligente hubiese sido pedirle a Nicole que la llevara a algún sitio, pero su cerebro no volvió a funcionar con normalidad hasta pasados unos segundos y cuando buscó a la morena con sus ojos, su coche ya se estaba alejando, así que se quedó plantada tratando de procesar todo lo que le había ocurrido aquella tarde.

Nicole llegó a la mansión de su hermano desganada, con una mezcla de sentimientos que la tenían aturdida. Debería estar feliz de haber salido de la cárcel, pero esa felicidad se había evaporado y ahora estaba furiosa, furiosa y cansada de tener que verlo, el mismo que la había dejado pudrirse en prisión, a su suerte, mientras él seguía viviendo su vida en el exterior despreocupadamente. A medida que avanzaba por el inmenso jardín, una sensación de angustia se estaba abriendo paso en su estómago y en su garganta, no entendía a qué venía ese repentino malestar. No quería ver a su hermano, pero eso ya lo sabía, ¿a qué venían esas náuseas? Cuando entró en la casa comprendió que inconscientemente estaba esperando ver a Bruno, al lado de su hermano, como siempre, y eso la estaba poniendo enferma. Trató de tranquilizarse y decirse a sí misma que era imposible que Bruno estuviera ahí, pero el estrés se instaló en su cuerpo de igual manera, así que con ese amasijo de pensamientos y emociones avanzó hasta el despacho de su hermano ignorando todo lo que le pasaba por la mente.

Abrió la puerta y encontró a Gabriel revisando unos papeles mientras fumaba un cigarrillo sentado en aquel trono que le daba aires de realeza. A Nicole le molestó que a pesar de que su hermano casi le hizo estallar el teléfono con tanta llamada perdida, actuó como si no esperara su llegada. Se limitó a mirarla y a volver a centrar su atención en esos papeles.

—¿Qué quieres? —dijo cuando se le agotó la paciencia.

Gabriel soltó los folios con un golpe, entrelazó sus manos y la miró.

—Que me expliques donde has estado, por qué no has aparecido durante todo este tiempo, tienes un negocio, lo sabes ¿no?

—No te hagas el tonto. Sabes perfectamente por qué he desaparecido, de hecho, me sorprendería que tú no hubieras tenido nada que ver.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí, Nicole? —dijo con sarcasmo.

Nicole dejó caer su bolso en la silla de al lado y se sentó con pereza.

—¿Qué quieres? ¿Ahora de repente tengo un negocio? ¿No me habías dicho que si me iba no volviera? De hecho, me has dejado encerrada durante seis meses, los peores seis meses de mi vida, ¿qué pasa? ¿Por qué me has liberado ahora?

Gabriel sonrió de medio lado, su hermana no era tonta y eso le molestaba. Le hubiera venido muy bien poder manipularla a lo largo de los años, en pro del negocio, pero nunca lo había conseguido, que Nicole tuviera personalidad propia no jugaba a su favor. Sabía que ahora le guardaba rencor y tendría que ganársela.

—Creo que es mejor que los dos juntos nos ocupemos del negocio, sería más beneficioso para ambos.

Que Gabriel estuviera dejando a un lado su orgullo para pedirle a Nicole que volviera no podía significar nada bueno. Pasaba algo y algo grave.

—Ya… sobre todo para ti, ¿no? Gabriel déjate de rodeos, dame un buen motivo para volver y lo haré.

—En primer lugar, no tienes donde caerte muerta.

—Empezamos mal —respondió. El Príncipe tenía razón, pero Nicole no lo iba a admitir.

—En segundo lugar, gracias a tu querido Bruno, El Dorado va a por nosotros, más que nunca, y probablemente vayan a por ti también.

—¿Y eso por qué?

Gabriel alzó las cejas con incredulidad.

—Porque Bruno mató a Claudio, el hermano de Adriano y, ¿a por quién crees que va ir? A por mi hermana y después a por mí.

Nicole se había olvidado por completo de que antes de morir, Bruno se las apañó para joderlo toda una vez más, mató impulsivamente a Claudio y ahora los que quedaron con vida pagarían las consecuencias de sus actos. Había escuchado algo al respecto mientras se recuperaba de la tortura que había sufrido en manos del Dorado, pero había estado a punto de morir, demasiado malherida, y apenas había estado consciente como para recordar nada.

De todos los argumentos que Gabriel le estaba dando para reincorporarse a La Salvación, el hecho de no tener donde caerse muerta era el más convincente. Ese, y no tener que ser ella quien le pidiera volver, sino que fuera al revés, que por una vez fuese su hermano quien se arrastrase un poco. Para ser sincera, Nicole ya había pensado en regresar, de hecho, su plan era pedírselo a su hermano y que la compensara por no haberla sacado de prisión, pero quería esperar un poco porque no sabía cómo encontrar las palabras después de haberse ido en aquel momento de orgullo. También conservaba la esperanza de que Gabriel quisiera ponerse en contacto con ella y, sorprendentemente, así había sido.

Fingió pensar una respuesta, aunque la decisión ya estaba tomada, solo quería hacer sufrir a su hermano un poco más.

—Vale. Si se trata de mi seguridad…

Nicole no sabía hasta qué punto Gabriel se había tragado su interpretación, pero no le importaba, lo importante era que volvía a disfrutar de poder y dinero ilimitados.

—Jefe, ya he conseguido los números de teléfono que me habías…

Una voz se abrió paso en el despacho de Gabriel, una voz que Nicole habría jurado escuchar en algún momento de su pasado, pero no fue hasta que no se giró cuando descubrió de quién se trataba.

—Samuel —dijo atragantándose con cada letra de su nombre.

—Clara —respondió con la misma sorpresa—. O debería decir, Nicole.

Nicole giró el cuello bruscamente para mirar a su hermano, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas, tratando de decirle que eso no podía estar pasando.

—¿Sabes quién es? Gabriel, ¿sabes quién es? — Gritó y apuntó a Samuel García como si fuese un peligro inminente.

—García, mi mano derecha todos estos meses. Tu sustituto y de Bruno.

—¡Es mi ex! ¡Es mi ex pareja! Si está aquí es por algo, ¿cómo se te ocurre dejarlo entrar?

—Lo que os traigáis entre manos me da igual, ¿qué crees, que no lo he puesto a prueba? Ha demostrado su lealtad, además, tampoco me sorprende que te acabes tirando a todos los hombres que me rodean, es lo de siempre.

Las lágrimas abarrotaron los ojos de Nicole, pero consiguió evitar que cayeran, lo último que quería era demostrar debilidad delante de su hermano y del psicópata de su ex. Sentía demasiada rabia de que aquel demente hubiera entrado en una organización criminal solo para

estar cerca de ella y de que su hermano lo hubiera permitido.

—¿Y esta es tu manera de pedirme volver?

—Venga ya, Nicole, deja de hacerte la dura, los dos sabemos que no tienes a donde ir.

Estaba harta, no quería seguir con aquello, así que, mientras meditaba sobre todo lo ocurrido en aquel día que parecía no tener fin, cogió su bolso y, sin decir nada más, se fue a una de las habitaciones vacías.

Entró al cuarto dando un portazo y dejó que las lágrimas salieran. Estaba furiosa, triste, su mente no paraba de correr intentando buscar cualquier posibilidad de abandonar La Salvación y a su hermano sin perder su estatus. No habían pasado ni dos minutos cuando ya estaban llamando a la puerta.

—¿Qué? —respondió con enfado.

La puerta comenzó a abrirse y Nicole vio a García, pero antes de que este pudiera entrar, Nicole se abalanzó sobre la puerta para intentar cerrarla.

—Fuera de aquí, ¡vete!

Sus esfuerzos fueron en vano y García acabó entrando.

—Nicole, escúchame —dijo con un tono suave, de lo más calmado, gesticulando para que Nicole se tranquilizase.

—¡Que no te quiero escuchar! ¡Que te vayas, loco!

—Nicole, no te voy a hacer daño, solo quería verte por última vez y que me explicaras.

Nicole se preguntó cómo demonios la había encontrado, que ella supiera, García nunca llegó a saber quién era realmente y ahora se encontraba dentro de La Salvación, desde luego habría tenido que ser muy perseverante para llegar hasta ahí, perseverante, o un acosador.

—¿Y lo más sensato que se te ocurre es entrar en una organización criminal? ¿Pero tú sabes quiénes somos? Esto no es un juego, Samuel. No estás bien de la cabeza. Fuera de aquí.

—Nicole, no quiero nada de ti, solo escúchame.

—¡Que te vayas!

Pero antes de que el muchacho pudiera seguir las órdenes de la joven, se escuchó una explosión seguida de una balacera que rompía ventanas, puertas, cristales y madera y que, además, hacía saltar todo por los aires. García se abalanzó sobre ella y la rodeó con los brazos, la empujó al suelo y consiguieron rodar hasta debajo de la cama, mientras que aquel ruido no cesaba. Lo último que escuchó la joven antes de que todo se volviera oscuro fue una enorme explosión.

CAPÍTULO 5

Sofía llegó a Sombra con las pocas ganas que tenía habitualmente, pero antes de poder regodearse en su apatía, la forma en la que se giraron las cabezas de sus compañeros cuando entró, la distrajo. Hugo, Paula y Claudia la miraron como esperando algún tipo de reacción, con expresiones serias, pero sin decir nada. Claudia recorrió el cuerpo de Sofía con la mirada tras sus gafas, de arriba abajo, sorprendida de que no dijera nada, pero casi más sorprendida de que estuviera allí, en SOMBRA. La detective no había dejado su trabajo exactamente, pero era cierto que se había estado ausentando cada vez que lo necesitaba, sin avisar de cuando iba a ir o no. Mandar un simple mensaje de texto a sus familiares o amigos se le hacía un mundo, así que sus compañeros ya estaban acostumbrados a que Sofía apareciera al azar por las oficinas. Eso sí, en ningún momento se había planteado dejar a un lado la caza de La Salvación, aunque no lo pareciera, la idea de acabar con ellos jamás se le había ido de la mente, le quitaba el sueño y eso era algo que sus compañeros debían, al menos, intuir.

Si la asistencia de la detective no era demasiado regular, tras el entierro de Samuel, sus compañeros de trabajo no esperaban verla mucho por ahí, pero al contrario de lo que pensaban, allí estaba, plantada con su maletín y sus características ojeras.

Nadie esperaba que, después de tanto tiempo, encontraran el cuerpo del joven, pero El Dorado, después agujerearlo con balas, no se había tomado la molestia de ocultar el cadáver ni de hacer nada con él. Tras el caótico enfrentamiento con La Salvación en la mansión de Claudio Caruso, murieron decenas de personas, el edificio quedó destrozado e inutilizable y todos los que alguna vez vivieron allí, se vieron obligados a abandonar el lugar, así que el cuerpo en descomposición de Samuel quedó abandonado por los alrededores hasta que un perro policía lo encontró y finalmente pudieron darle un entierro digno, aunque ya nada quedara de Samuel en aquellos restos.

La detective miró confundida a sus compañeros que la penetraban con miradas expectantes.

—¿Qué pasa?

—¿No te has enterado? —preguntó Paula.

—No. ¿De qué? —Colocó el maletín y su chaqueta en una de las sillas.

—Ha habido un atentado —intervino Hugo.

Sofía lo miró e hizo un gesto con la cabeza como para que siguiera hablando, no podía evitar preguntarse qué tenía que ver un atentado con SOMBRA. Por muy buenos que fueran en sus trabajos aquello eran palabras mayores y poco podían hacer por solucionarlo.

—Contra La Salvación —añadió Paula.

La detective alzó la vista para contemplar el televisor que todos sus compañeros habían debido estar mirando antes de que ella llegara y vio que el rótulo de las noticias decía que, efectivamente, alguien había intentado acabar con La Salvación mientras que la presentadora informaba sobre los hechos.

La detective casi entró en cólera, pero reprimió su ira llenando sus pulmones de aire y suspirando. Después de dedicar toda su vida a tratar de aniquilar esa maldita organización criminal ¿alguien se le había adelantado? ¿Así? ¿De un día para otro? Aquello no podía estar pasando. Estaba furiosa. Si siempre había sentido un intenso deseo de venganza arder dentro de

ella, desde que supo quién era Nicole y desde aquella visita de Gabriel a su casa, las ganas de matarlos con sus propias manos se había multiplicado exponencialmente y, que ahora se diera la posibilidad de que Gabriel hubiese sido asesinado, frustraba todos sus planes de vida, los mismos planes que la hacían levantarse cada mañana, su único propósito, el que evitaba que se simplemente se suicidase porque en esos momentos, Sofía no encontraba la diferencia entre estar viva o muerta.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién ha sido? —preguntó enfadada.

—No estamos seguros, pero todo apunta a que ha sido El Dorado —contestó Hugo—. Por el asesinato de Claudio. Van a por ellos ahora más que nunca.

—¿Quién ha muerto? —dijo no muy segura de querer saber la respuesta.

—No lo sabemos.

Sofía suspiró, estaba ansiosa por saber si había alguna baja importante, pero sobre todo por saber si Gabriel Mendoza había dejado de ser un problema o no. Si algo le reconfortaba, era que Nicole estaba en prisión y se había librado del atentado por casualidad. Si Nicole tenía que morir, Sofía prefería ser ella la que se asegurara de que no volvía a jugar con nadie como lo hizo con ella.

—Vaya, de menuda se ha librado Nicole. Supongo que bicho malo nunca muere —dijo casi sonriendo.

—Nicole acababa de salir de prisión —habló Claudia por primera vez intuyendo por dónde estaban yendo los pensamientos de su superiora.

—¿Cómo? —la sonrisa se le borró de un plumazo—. ¿Nicole ha salido de la cárcel y no me lo habéis dicho? —dijo más preocupada porque alguien hubiera matado a Nicole y no hubiera sido ella que por otra cosa.

—Salió ayer —añadió—. Apenas nos ha dado tiempo a enterarnos a nosotros mismos.

—¿Está viva? ¿La han matado?

En ese instante intervino la presentadora de las noticias para aclarar la situación y todos prestaron atención al final de aquella frase.

Al parecer, los líderes de la organización, Gabriel y Nicole Mendoza siguen con vida, pero decenas de miembros y empleados han fallecido…

Todos miraron a Sofía que no esbozó ningún gesto, se quedó mirando la pantalla como si de repente no le interesara el tema.

—Joder, no hay manera. Ese cabrón no se muere ni en un atentado —dijo Claudia rompiendo aquel silencio.

—Pues nada, a trabajar como siempre —dijo Paula agitando los folios que tenía entre las manos.

—Bueno, hablando de trabajar, os dejo, tengo una reunión importante.

Sofía recogiendo el bolso y la chaqueta que había dejado en la silla previamente.

Se giró sin ni siquiera mirar a sus compañeros, como si tratara de ocultar algo. Fueran cuales fueran sus intenciones, no surtieron efecto porque a sus espaldas tenía pegadas las miradas de sospecha de Paula, Claudia y Hugo, que después se miraron entre ellos extrañados, a pesar de saber lo discreta que era Sofía y lo mucho que le gustaban los secretismos. Ninguno de los tres le dio demasiadas vueltas al tema y volvieron al trabajo, si ocurría algo relacionado con SOMBRA ya se enterarían.

Sofía atravesó las calles y esquivó a los transeúntes con paso ligero, sin correr, pero con una agilidad y una gracia admirables, como si estuviera ejecutando una coreografía de gimnasia rítmica más que intentando llegar a su destino. Aquella reunión la tenía motivada desde hacía

varios días, no podía creer que hubiera conseguido que aquella persona accediera a reunirse con ella y, aún menos, que el encuentro estuviera a punto de dar lugar. Quizá por eso recorría las calles de aquella forma, a un ritmo que llamaba la atención de muchas de las personas que se encontraban allí.

En un rincón remoto de su cerebro, algo le decía que aquello no era buena idea del todo, que, aunque fuera un gran progreso también entrañaba un enorme peligro y que quizá no compensara. Pero hacía tiempo que la detective sentía que no tenía nada que perder y, por ende, nada que temer, así que, si tenía que pagar las consecuencias de sus actos, ya lo haría en otro momento, ahora mismo solo le preocupaba llegar a su destino. Aun así, estaba nerviosa, cada vez más con cada paso que daba y, cuando la gente empezó a quedarse atrás y ella a adentrarse en aquella zona tan despoblada, comprendió que lo que estaba pasando era real y que podría lamentarlo más tarde. Trató de no hacer caso a sus pensamientos y avanzó sin mirar atrás, sin tan siquiera detenerse a atarse los cordones de sus zapatos, agachó la cabeza hasta que llegó a aquella puerta oxidada.

La pequeña casita de campo estaba en ruinas, llena de polvo y telarañas, Sofía imaginó que aquel sitio había servido alguna vez para guardar herramientas de agricultores y no para vivir dentro de ella, era demasiado pequeña e incómoda. Alzó la mano para tocar la puerta metálica, pero al ver el óxido y la pintura desconchada que amenazaban con cortar sus manos, se detuvo para después golpearla torpemente con el lateral del puño. Antes de que abrieran la puerta, alguien la agarró del brazo con firmeza, imposibilitando una posible huida. Sofía miró hacia arriba sobresaltada y vio a un hombre enmascarado que no le devolvió la mirada. El hombre golpeó la puerta con mucha fuerza, haciendo que el sonido metálico atravesase los oídos de la detective violentamente.

—¡Abrid! ¡Soy yo! —dijo la voz grave del enmascarado.

Otro desconocido abrió la puerta desde dentro, también estaba enmascarado y de su hombro colgaba un fusil de asalto enorme que habría atemorizado a cualquiera menos a ella.

Sofía no tuvo que esperar ni un segundo a que llegara, no se dio ningún momento de suspense ni el encuentro se hizo de rogar, tan pronto como aquel hombre abrió la puerta y reveló el interior, Sofía vio a Adriano Caruso sentado en una endeble silla de madera tras una mesa que, como todo ahí, apenas se mantenía en pie.

Tragó saliva y trató de reprimir su sorpresa, aquella reunión imponía mucho más en persona de lo que había imaginado. Adriano Caruso, el Gabriel italiano, uno de los hombres más peligrosos y poderosos del mundo se encontraba frente a ella, con dos hombres armados, en un cubículo de unos tres metros cuadrados.

—Siéntate —dijo él con un fuerte acento italiano, la voz ronca que resonó por la habitación.

Era un hombre viejo, claramente mayor que Gabriel. Sofía pensó que, si los dos se enfrentaran en una pelea cuerpo a cuerpo, Adriano tendría las de perder. Ella misma había sentido la brutalidad del Príncipe en sus propias carnes.

Sofía obedeció y se sentó frente a él. Adriano la miró recostado en la silla, dando una calada a su cigarro, la contempló de arriba abajo mientras ella no sabía cómo colocarse ni donde apoyar las manos, pero trataba de fingir seguridad a pesar de estar de lo más incómoda por la manera tan sucia en la que estaba siendo observada. El jefe del Dorado estaba tranquilo, sonreía de medio lado, curioso por aquella reunión tan imprevisible que estaba teniendo y curioso porque una joven se hubiese atrevido a ir allí sola.

—Eres una chica muy guapa —añadió.

La detective se animó a cambiar de tema para acabar con aquella situación tan desagradable y sobre todo para distraer a Adriano de su cuerpo y, justo cuando estaba a punto de pronunciar las primeras palabras, ese hombre volvió a interrumpirla.

—Antes de que hables déjame dejarte algo claro: si esto es una pérdida de tiempo o algo de lo que dices aquí resulta ser mentira, estás muerta. Pero antes de que mueras tú, voy a matar delante de ti a Marta, a tu padre, Fernando y hasta a tu *cagnolino* Coco. ¿Comprendes?

Sofía asintió. Sabía que se exponía a amenazas cuando preparó aquel encuentro, pero no esperaba que Adriano lo supiera todo de ella tan rápido.

Adriano le hizo un gesto con la mano para cederle la palabra.

—Antes de matarme a mí creo que le interesa más acabar con otra persona, ¿me equivoco? —Adriano entrecerró los ojos—. No solo con otra persona, sino con todo su imperio.

—¿De quién me estás hablando?

—De Gabriel Mendoza y de La Salvación.

Adriano rio sarcástico.

—¿Y qué puedes hacer tú contra ellos que no pueda hacer yo?

Sofía se llevó la mano al bolsillo de su chaqueta y, antes de que pudiera hacer nada, los dos guardaespaldas enmascarados alzaron sus fusiles y la apuntaron. Una reacción que ella ya esperaba, así que no se achantó y continuó con lo que estaba haciendo. Sacó una tarjeta de SOMBRA, la colocó sobre la mesa y la deslizó hasta Adriano. Él ni siquiera se molestó en cogerla, se limitó a observarla desde la distancia.

—He dedicado toda mi vida a investigar a La Salvación y a Gabriel por el asesinato de mi madre. Tengo más información sobre ellos que usted y que cualquiera —dijo igualando la chulería con la que actuaba Adriano—. Y lo único que me interesa en estos momentos es que todos ellos desaparezcan cueste lo que cueste. Yo tengo la información, pero no tengo los recursos ni las armas, ni los hombres, así que, ¿qué le parece si yo le digo todo lo que sé y El Dorado se encarga simplemente de matar a Gabriel y a todo lo que le rodea?

Adriano volvió a reír.

—¿Qué te hace pensar que necesitamos lo que sepas? ¿Crees que no tengo gente dispuesta a reunir información? La Salvación pronto dejará de ser un problema, sabemos dónde y cuándo atacar.

—No lo parece. El último atentando no ha sido del todo eficaz, ha acabado con un montón de muertos, pero no con El Príncipe.

Adriano se volvió serio por primera vez.

—¿Y qué quieres a cambio? —preguntó con curiosidad.

—Que me deje a Gabriel para mí, ser yo quien lo mate, usted solo tiene que abrir el camino y hacer con él lo que quiera, yo solo quiero darle el golpe final y asegurarme de que está bien muerto cuando todo esto acabe. Esto no es un juego ni una pérdida de tiempo, lo único que quiero es que La Salvación deje de existir —dijo con determinación—. ¿Y bien? ¿Le interesa?

—¿Y qué me impide a mí torturarte hasta que me des la información?

—Nada se lo impide. Pero va a acabar matándome y sin información útil. Yo no he venido a chantajearle, solo quiero lo mismo que usted. Puede hacer lo que quiera conmigo cuando compruebe si todo lo que te digo es cierto o falso.

—Quizá tú y yo podamos divertirnos cuando Gabriel esté muerto.

—Claro —dijo Sofía forzando una sonrisa.

Sofía prefería una tortura china antes de que Adriano la tocase, pero lidiar con aquel baboso era un problema de futuro, ahora mismo tenía un interés demasiado grande como para ser

antipática y, en el fondo, la afición del jefe del Dorado por las mujeres, había jugado a su favor, aunque él no supiera que no iba a obtener nada de ella.

Sofía le contó información que había ido reuniendo a lo largo de los años y también cómo SOMBRA continuaba siguiéndole la pista a La Salvación día tras día, le contó que Gabriel tenía planes, pero que aún debía cerciorarse de cuáles eran y de cómo iban a actuar antes de informarle, hasta que Adriano, que no tenía nada que perder, aceptó esa especie de alianza.

Sofía se levantó de la silla y se sacudió los pantalones con las manos.

—Pues un placer hacer negocios con usted —dijo.

—Igualmente —respondió Adriano sonriendo de medio lado. Estiró el brazo y estrechó la mano de Sofía—. Y ya sabes, *stai attenta*.

—Ah y una cosa más. El Príncipe tiene una hermana: Nicole Mendoza, es su mano derecha y muy peligrosa, asegúrese de acabar con ella también. No servirá de nada matar a Gabriel si ella sigue viva.

Adriano no dijo nada, asintió a modo de saludo y Sofía entendió que era el momento de marcharse.

Cuando la claridad del día volvió a golpearle la cara, resopló. No estaba muy segura de lo buena idea que había sido la reunión que acababa de tener, pero por ahora solo podía conformarse con haber salido viva de ahí. Sofía le había entregado a otra organización criminal todo lo que sabía y todo lo que quería, incluyendo sus familiares, amigos y su trabajo, cualquier desliz podría pagarlo muy caro, así que, a partir de ahora, le convenía estar concentrada y no hacer enfadar al Dorado.

Corrió a las oficinas de SOMBRA. Sus compañeros no eran conscientes del importantísimo encuentro que acababa de tener. Sofía era de las personas a las que no le gustaba celebrar antes de tiempo ni contar a sus amistades sus planes por miedo a fracasar y que todo quedara en nada. Sentía que, hasta que algo no estaba hecho, era mejor no mencionarlo para que no se gafara, así que, ahora podía informarles del paso agigantado que acababa de dar.

Entró a las oficinas apresurada, casi sin aliento, y vio a Claudia tecleando en uno de los ordenadores de la sala principal.

—¿Dónde están Paula y Hugo? —preguntó.

Claudia, que ni la había visto entrar, despegó los ojos de la pantalla por primera vez y miró a su alrededor.

—Pues no sé, creo que…

Antes de que Claudia pudiera continuar la frase, Hugo y Paula salieron de unos de los despachos. Paula iba contándole algún tipo de avance a su compañero que escuchaba con atención.

—¡Paula! ¡Hugo! Venid aquí.

Ambos se sorprendieron al verla, pero obedecieron sus indicaciones.

—¡Sofía! ¿Qué haces aquí? ¿Y la reunión que tenías? —dijo Paula sorprendida de ver a su compañera. Ya habían sido dos veces en el mismo día las que aparecía Sofía por SOMBRA y eso no era algo habitual.

—De eso precisamente vengo a hablaros. Sentaos, es importante.

Paula enarcó las cejas con interés y obedeció, Hugo, cogió la primera silla que vio y se sentó. Los dos estaban muertos de curiosidad.

—¿Qué pasa ahora?

—La reunión que acabo de tener ha sido con Adriano.

—¿Qué Adriano? —preguntó Hugo.

—Adriano Caruso.

—Sí, claro. —Rio el muchacho.

—Venga ya —dijo Paula.

—Sofía… —empezó a decir Claudia que parecía ser la única que se lo había tomado en serio—. ¿Por qué lo has hecho? —Se llevó las manos a la cara con cansancio.

Paula miró a Claudia boquiabierta.

—Ah, ¿que es verdad?

Sofía asintió.

Paula quería seguir hablando, tenía muchas preguntas, pero estaba tan impactada que era incapaz de articular palabra y lo mismo le pasaba a Hugo. Así que fue Sofía la que continuó.

—No pretendo desmoralizar con esto que voy a decir, pero no tenemos nada que hacer contra La Salvación nosotros solos. Somos unas pocas decenas de personas y ellos están repartidos por todo el mundo, son casi invencibles, necesitamos armas más potentes, por eso he hablado con Adriano.

—¡Claro que podemos nosotros solos contra La Salvación! —protestó Hugo—. Mira lo cerca que estuvimos de Gabriel en la fiesta de disfraces.

—Hicimos un buen trabajo, pero también tuvimos mucha suerte. No creo que podamos acercarnos a Gabriel otra vez, así como así, estará muy atento a todo a partir de ahora.

—Bueno, ¿y Adriano ha aceptado? —intervino Claudia impaciente.

Sofía volvió a asentir.

—Es que sigo sin entender cómo te has reunido con Adriano Caruso y cómo sigues viva para contarlo —dijo Paula.

—Sofía, ha sido una locura, podría haber salido muy mal —añadió Claudia tratando de hacerla razonar.

—Tenéis razón, pero ya está hecho —dijo para no seguir escuchando las represalias de sus compañeros, no porque pensara que tuvieran razón.

—¿Entonces ahora estamos aliados con El Dorado? —Hugo estaba muy angustiado, se abanicaba con los folios que tenía en la mano para tratar de recuperar el aire. Sofía lo miró y vio cómo una gota de sudor le resbalaba por la frente.

—Algo así. Ahora debo informarles de todo lo que averigüemos sobre La Salvación para que ellos puedan atacar.

—O sea, que trabajamos para ellos —dijo Paula.

—Veámoslo como una colaboración. Imaginad que conseguimos acabar con Gabriel, no tendremos de lo que preocuparnos después de eso, podremos estar tranquilos.

—Bueno, pues supongo que a seguir trabajando. No informar al Dorado puede suponer la muerte —Claudia gesticuló con derrota y volvió a su ordenador.

Paula y Hugo miraron a Sofía sin saber qué decir, así que cuando el silencio se hizo lo suficientemente largo se dispersaron y volvieron a su trabajo.

CAPÍTULO 6

El comedor estaba repleto, como siempre. Aunque Nicole solía ser una persona bastante sociable que se crecía en ambientes concurridos, desde que había entrado en prisión, tenía la sensación de estar viviendo en una lata de sardinas. El comedor, los baños, el patio, las salas para pasar tiempo libre… todo estaba a rebosar de gente, las presas aparecían por cada esquina y eso la tenía muy angustiada. Se sentía pequeña e insignificante en un ambiente tan hostil en el que ni siquiera era capaz de cruzar palabra con alguna de las presas en un intento desesperado de establecer un vínculo, al menos, cordial. No se reconocía, se sentía torpe y ridícula.

No sabía cuánto tiempo iba a durar aquel castigo de su hermano, pero llevaba solo unos días encerrada y su estancia ya se le estaba haciendo eterna, y la incertidumbre de que su hermano podría sacarla de allí en cualquier momento o dejarla a su suerte, así fueran dos semanas o dos años, no estaba ayudando. Por muchas peleas que hubiera tenido con Gabriel a lo largo de su vida, ninguna había acabado con medidas drásticas y estaba segura de que su hermano solo la estaba castigando por poco tiempo, y que en un futuro temprano volvería a ser libre, pero lo cierto es que eso no lo podía saber y cuanto más esperaba más se desesperaba.

Miró a su alrededor y vio a cientos de mujeres charlando despreocupadamente mientras devoraban sus desayunos. Parecía mentira que todas ellas hubieran tenido un primer día en prisión por la manera en la que actuaban, como si no les desagradara en absoluto vivir allí. La envidia que sintió le hizo un nudo en la garganta, ella estaba pasando los peores momentos de su vida y en ese instante, le pareció imposible que algún día también pudiera acostumbrarse a vivir en prisión. De hecho, prefería no pensar en la posibilidad de tener que acostumbrarse, confiaba en que, como mucho, pasaría allí unos días, pero mientras tanto, cada minuto era una agonía.

—Come.

Por suerte la tenía a ella. Nicole se sentía muy afortunada de haberse topado con Leyla, y no solo eso, sino también de que fuera su compañera de celda. Leyla había sido su compañera fiel y había estado cuidando de Nicole como si de una hija se tratase, a pesar de que tenían prácticamente la misma edad.

Leyla deslizó la bandeja con comida para acercarla a Nicole. El olor de aquella especie de puré le subió por las fosas nasales tan rápido que tuvo que reprimir una arcada. Arrugó la nariz y giró la cara, tan solo mirar el menú le daba asco. Volvió a empujar la bandeja hacia Leyla como una niña pequeña que se había encaprichado en comer otra cosa.

—Cuando dijiste que esto era comida para perros no pensaba que fuera tan en serio. De hecho, he visto perros rebuscando en la basura que tienen mejor dieta que nosotras.

—Eso es verdad, pero tienes que comer algo —dijo despreocupada mientras masticaba un trozo de pan como si fuese un manjar. Leyla no parecía disgustada con el menú, de hecho, por como se llevaba la comida a la boca, parecía que no iba a probar bocado nunca más.

El guardia que había estado recorriendo la cantina desde que había empezado la hora del desayuno volvió a pasar por la mesa en la que estaban sentadas las dos mujeres y Nicole juró que ya había pasado al menos cinco veces por el mismo sitio. Por primera vez, despegó la vista de la mesa y estableció contacto visual con el aquel hombre que miraba a Nicole como una presa a la que devorar. A la morena aquello no le intimidó, cientos de hombres la habían mirado de la misma manera repulsiva a lo largo de toda su existencia, pero a pesar de no tener miedo sentía un

enorme asco que solo acentuó las ganas que ya tenía de vomitar. Como un objeto, Nicole estaba siendo observada como un objeto sin sentimientos o emociones que había sido creado para satisfacer el deseo sexual de animales violentos e inseguros como aquel hombre. Sabía de qué pasta estaba hecho y sabía que solo era un Bruno más. Volvió a observar la comida, lo último que quería era que, por una milésima de segundo, aquel hombre pensara que le interesaba algo de él. Miró a Leyla que fulminaba al guardia con la mirada, invitándolo a irse, pero él solo miró a Nicole hasta que se cansó y se fue.

—¿Es por Sofía? —preguntó Leyla.

—¿Qué?

—Que si Sofía es lo que te quita el hambre.

Nicole había puesto a Leyla en contexto de todo lo que le pasaba, era la única persona en la que podía confiar y en pocos días le contó parte de su vida, pero, sobre todo, lo que le impedía descansar en esos momentos: Sofía.

—¿Eh? No, no, no es por Sofía.

—¿Has sabido algo de ella? —se interesó.

—No. ¿Qué te crees? ¿Que va a venir a verme a la cárcel o mandarme una carta de amor? —dijo con sarcasmo—. Debe estar encantada de que esté aquí.

—No creo.

—Como se nota que no la conoces. Es un témpano de hielo. Ahora que he salido de su vida, sé perfectamente que cuando te echa no hay manera de volver.

—Pues en ese caso es imbécil, no va encontrar a nadie que pierda el culo por ella como lo haces tú.

—Un poco imbécil sí que es —dijo con despecho.

—¿Una casa? ¿Quién le compra una casa a otra persona como regalo de cumpleaños?

Nicole negó con la cabeza como si ahora se arrepintiese de haber tenido aquel gesto con su expareja.

—Oye, si quieres, tú y yo podemos intentarlo —Leyla acarició el brazo de Nicole flirteando—, me compras una casa a mí y después me dejas y me rompes el corazón.

—Qué tonta eres —dijo Nicole lanzándole una miga de pan. La morena hizo el primer esbozo de sonrisa en días—. Además, ya sabes que no eres mi tipo.

—Ya, te gustan un poco más…

—¿Antipáticas? ¿Bordes? ¿Repelentes? —Nicole se levantó y cogió su bandeja de comida que seguía intacta.

—Sí, eso iba a decir —dijo Leyla que no se había atrevido a decir lo que pensaba de Sofía por miedo a la reacción de Nicole.

Imitó a la morena y recogió su bandeja, con la diferencia de que ella se había terminado hasta la última migaja. Llevaba el suficiente tiempo allí como para saber que lo mejor era comer cualquier cosa, sin rechistar, por poco apetecible que fuera, y su amplia experiencia en prisión le permitía estar acostumbrada al menú.

Nicole se acercó a una de las papeleras y tiró la comida, cuando colocó la bandeja junto con el resto, se dio cuenta de que, una vez más, no podía disfrutar de un momento de soledad. El mismo policía la estaba mirando apoyado en la papelera como si estuviera ligando en la barra de un bar. La morena se limitó a mirarlo con desgana, pero antes de poder girarse, aquel hombre habló.

—Hola —el policía se tomó la libertad de coger la identificación que colgaba de la camiseta de Nicole y leer su nombre —, Mendoza.

Nicole le dio un manotazo para que la soltara y respondió.

—Adiós.

Trató de seguir con su camino, pero él se puso delante para impedirle avanzar.

—Con carácter, cómo a mí me gustan. Y dime, Mendoza, ¿vienes mucho por aquí?

—¿Tú qué eres? ¿El gracioso?

—Soy el que te puede sacar de aquí antes si te vienes un rato conmigo al baño.

Nicole puso los ojos en blanco, sabía que solo había una persona que podía hacer que su estancia en prisión fuera más larga o más corta y ese era su hermano.

—Te pregunto solo para saber cuándo va a ser la próxima vez que me vas a desfilar por aquí —dijo mirando su trasero.

—Me tendré que amputar las piernas entonces —sonrió con burla—. Así no podré desfilar más.

Él le devolvió la sonrisa.

—Nos vemos por aquí, Mendoza —susurró el apellido cerca de su oído y Nicole percibió el olor a whisky y a cigarros de su aliento. Arrugó la nariz con asco, pero antes de poder alejarse, él la agarró de la cadera y la acercó a él, después pasó la palma de su mano por el trasero de Nicole y le guiñó un ojo.

Sintió una impotencia que le llenó los ojos de lágrimas que logró reprimir. Después le dio un puñetazo a la papelera metálica.

En ese momento entró Leyla.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ha hecho?

—Nada… me ha sobado —Agachó la cabeza.

—Menudo cerdo. —Soltó su bandeja y rodeó a Nicole con su brazo—. Anda, ven aquí. Sé que es difícil, pero evita a Durán a toda costa, tiene un historial turbio con las presas.

—Ya… me he dado cuenta —dijo agotada.

Nicole suspiró. Apenas se había quitado a Bruno de encima y ya tenía a otro hombre violento persiguiéndola por los pasillos, porque no, no necesitaba saber mucho más de él para saber lo que sería capaz de hacer por obtener un pedacito de la morena.

—Nicole, no te preocupes. —Le apartó el pelo de la cara y la miró a los ojos—. Si Durán intenta algo contigo, va a ser lo último que haga.

La morena no necesitaba a nadie que la defendiera, pero últimamente se sentía tan débil que todo apoyo era poco. Aunque no estaba segura de qué podía hacer Leyla contra un hombre así, se alegró de, al menos, tener a alguien con quien desahogarse.

Se había olvidado de cuando había sido la última vez que había mirado las cuentas de los negocios de La Salvación. Había estado tan distraída por razones obvias, que había estado haciendo de todo menos su trabajo, si mal no recordaba, había pasado más de un año desde la última vez que realizaba activamente su empleo. Todo parecía normal, excepto por algunos números rojos, todo indicaba que Gabriel y sus subordinados habían estado haciendo un buen trabajo para mantener su imperio a flote, lo que le hacía preguntarse si tenía algún sentido que ella estuviera allí. Quizá su hermano solo quería tenerla cerca y controlada, Nicole era mucho más peligrosa como enemiga que como hermana, así que al Príncipe le convenía tenerla distraída, aunque aquello le costara cantidades ingentes de dinero.

—¿Todo bien con las cuentas? ¿Hay algo raro? —preguntó la voz de su hermano. Abrió la puerta de golpe, sin ni siquiera llamar.

A Nicole se le erizó el vello de todo el cuerpo, últimamente, estar cerca de Gabriel le

encendía todas las alarmas. No sabía si se trataba de rencor por lo mal que la había tratado en los últimos meses o si era porque su vida corría peligro estando cerca de él. Lo que sí sabía era que no quería verle por el momento, que no quería tenerlo cerca y que estaba mirando aquellas cuentas como excusa para encerrarse en una habitación y fingir que trabajaba para que él la dejara en paz y ella siguiera manteniendo su posición.

Se esforzó por no dedicarle una mirada de desprecio, hundió su cabeza en sus manos y siguió mirando la pantalla de aquel ordenador como si la mantuviera demasiado concentrada para prestarle atención a cualquier otra cosa, hasta que finalmente reunió las fuerzas para contestar.

—Sí, todo está bien.

—Perfecto, tengo otra misión para ti—. Gabriel se colocó frente a ella obligándole a mirarlo. La morena alzó la cabeza y estableció contacto visual a modo de respuesta—. Tienes que buscar desertores del Dorado, tienes que buscar gente dispuesta a desertar y a ayudarnos a atacar a Adriano Caruso.

—¿Y cómo quieres que lo haga? —Nicole no podía imaginar lo difícil que debía ser encontrar a criminales de otras organizaciones, después de todo, no es como si sus números de teléfono aparecieran en las páginas amarillas.

—Saliendo a la calle, haciendo contactos… Ya sabes, hacer lo que sueles hacer.

—¿Qué quieres decir con eso? —Frunció el ceño.

—Que socialices y busques gente que nos pueda ser de utilidad —respondió poniendo fin a una posible discusión.

—Ya… Vale, lo haré.

—Y para eso te he traído a alguien que te puede ayudar mucho.

García entró por la puerta y Nicole suspiró con frustración. Gabriel se fue y los dejó solos.

—Antes de que hables: no vas a ayudarme a hacer nada, me da igual lo que mi hermano te haya dicho, dedícate a no molestar y a pasar tiempo en una habitación en la que no esté yo. No te quiero escuchar ni ver. Estás mal de la cabeza si crees que vas a conseguir algo de mí solo por haberte comportado como un loco y haber llegado hasta aquí que, por cierto, vete a saber cómo lo has conseguido.

García obedeció a Nicole y guardó silencio, después miró alrededor de la habitación incómodo. No sabía qué hacer ni dónde meterse, desobedecer a Gabriel podría ser muy peligroso, pero, por lo poco que había visto de Nicole, no parecía que la hermana fuese a recibirlo con los brazos abiertos.

—Eh… En realidad, te he encontrado gracias a Sofía.

Aquellas palabras sí que captaron la atención de la morena que alzó la cabeza por primera vez para atravesar con la mirada a García.

—¿Qué Sofía? —preguntó cómo si no supiera perfectamente a quién se refería.

—Sofía Quirós, es detective, trabaja en SOMBRA. Deberías conocerla, según me dijo es… era tu novia.

—¿Y qué tiene que ver ella en todo esto? —dijo con una mezcla de enfado y curiosidad.

—Fui a pedirle ayuda porque me dejaste sin explicación, hacía muchísimo tiempo que no sabía nada de ti y quería darle un cierre a aquel capítulo de mi vida.

—Ya… ¿y ella te dijo quién era yo realmente?

—Al principio ni siquiera lo sabía, estaba muy desorientada contigo porque habías desaparecido sin dejar rastro, pero luego se enteró y…

—¿Y qué?

—Estaba enfadada y triste, supongo que se sentía cómo yo.

—¿Puedes dejar de reprocharme? —Se puso a la defensiva, estaba especialmente sensible y cualquier palabra le afectaba más de lo normal.

—No te estoy reprochando, te estoy contestando —protestó.

Se hizo un silencio que permitió a los dos poner sus pensamientos en orden antes de volver a hablar.

—Nicole, yo no he venido a pedirte volver ni nada de eso, solo quería saber por qué te fuiste, nada más. Si te digo la verdad, ya ni siquiera tengo tanta curiosidad, habiendo visto en qué consiste tu vida y tu trabajo me imagino que debe ser difícil compaginarlo con una relación, ya solo quería verte y saber de ti, al menos para despedirme.

—Pues ahora no te vas a poder despedir, es mucho más fácil dejarme a mí que a mi hermano. ¿Sabes dónde te has metido? Estás en un lío, esto es muy peligroso.

—Sí… me estoy dando cuenta. Te mentiría si te dijera que no me he arrepentido varias veces, pero tu hermano me da demasiado miedo como para irme.

—No me fui porque hicieras algo mal. Nada de lo que pasó fue tu culpa. Es más bien lo que dices, mi hermano y lo que hace infecta toda mi vida y no quería que supiera de ti ni exponerte al peligro, así que me agobié y me fui.

—¿Sentías algo por mí cuando lo hiciste?

La morena negó con la cabeza.

—La verdad es que ya no.

García no pudo evitar sentirse un poco decepcionado con aquella respuesta.

—¿Y qué tal con Sofía? ¿Sabes algo de ella? Imagino que ya no estáis juntas.

—Imaginas bien y, si te digo la verdad, no me apetece hablar de ella. Sofía ya no existe, no es real y no quiero saber nada de ella —dijo hundiendo la cabeza en sus manos otra vez.

—Claro, lo entiendo.

Se hizo otro silencio incómodo que ninguno de los dos se atrevía a interrumpir. García estaba dónde Gabriel le había dicho que estuviera, pero Nicole no quería que estuviese ahí, así que permaneció de pie sin saber qué hacer.

La morena no sabía qué decir. ¿Le apetecía que García estuviera ahí? No, y eso ya lo había dejado bien claro, pero después de mantener aquella conversación tan extraña que había sacado a flote recuerdos del pasado que resultaban ser delicados para ella, no se atrevía a volver a expulsarle de la sala con la misma fiereza con la que lo había hecho antes.

—Nicole.

—¿Qué?

—¿Crees que podríamos establecer una tregua mientras esté aquí?

Nicole lo miró dubitativa. A decir verdad, ella no quería establecer una tregua ni llevarse bien, quería no llevarse, ni bien ni mal. Ahora que habían aclarado las cosas entre ellos lo que más le hubiera gustado es que García se hubiera ido sin protestar y no volver a verlo, pero algo le decía que aquello no iba a ser posible por el momento.

Antes de que la morena contestase, él volvió a hablar.

—Te juro que me iré en cuanto pueda. Me he dado cuenta de que no me gusta estar aquí, esto no es para mí y tengo miedo de que Gabriel me encargue trabajos más violentos. Por favor, ayúdame a que esto sea un poco más fácil, si tengo tu apoyo no lo pasaré tan mal.

—Una tregua, nada más. No vamos a ser amigos ni nada que se le parezca —respondió ella.

No confiaba del todo en su expareja, pero sabía que en el fondo no era una mala persona,

así que llegó a la conclusión de que no corría peligro cerca de él, porque si lo hiciera, ella misma se encargaría de que Gabriel o uno de sus hombres le diese el peor de los finales en La Salvación.

—Y ándate con ojo Samuel, —le apuntó con el dedo—, aquí la jefa soy yo —añadió. García asintió—. Ahora siéntate, tenemos que buscar a desertores del Dorado.

El joven obedeció y se sentó junto a Nicole tratando de no invadir demasiado su espacio. Después pasaron horas revisando información que les pudiera ser de utilidad.

CAPÍTULO 7

—¡Sofía! Qué bien que has venido —dijo Claudia cuando vio a la detective entrar por la puerta. La joven se encontraba en su mesa de siempre, autoasignada por ella misma, tecleando y haciendo clics con velocidad como era costumbre.

Sofía se sorprendió con el recibimiento de su compañera. Dejó su abrigo y su bolso en el primer sitio que vio para acercarse a hablar con ella.

—¿Qué pasa?

—Tenemos noticias, muchas, de hecho. O muy importantes, mejor dicho —dijo colocándose sus gafas sobre la cabeza.

—Dime.

—Paula está en la sala de briefing, esperaba poder informarte hoy así que le alegrará verte. Vamos, si quieres.

Sofía asintió y siguió a su compañera. Cuando entraron en la sala, Paula estaba ordenando unos papeles y Hugo jugueteando con un bolígrafo.

—¡Sofía! Me viene muy bien que estés aquí, tenemos noticias —la recibió Paula cuando la vio entrar por la puerta.

—Sí, eso me ha dicho Claudia, ¿qué ocurre?

—Parece que ahora no nos tenemos que preocupar solo de La Salvación y El Dorado —añadió.

—¿Qué quieres decir?

—Parece que existe otra organización criminal que está cogiendo cada vez más peso en el Puerto de Teira.

Sofía frunció el ceño extrañada. ¿Cómo era posible que una ciudad tan pequeña fuera el lugar de residencia de tantas organizaciones criminales? Y, sobre todo, ¿cómo es que nunca había oído hablar de esta organización que mencionaba Paula?

—¿Qué? ¿Quién?

—Los Cuervos —intervino Hugo y Paula asintió.

—¿Los Cuervos?

—No sabemos mucho de ellos, creemos que tienen poca trayectoria, pero cada vez se cometen más delitos en su nombre.

—¿A qué se dedican? —preguntó Sofía.

—A lo de siempre: drogas, extorsiones, secuestros, armas…

—Son básicamente una versión renovada de La Salvación —añadió Hugo.

—Pues vaya, qué bien, no teníamos suficiente solo con ellos y ahora aparecen otros más —dijo con el tono derrotista de siempre.

—El tema es que están creciendo muy rápidamente y cada vez son dueños de más edificios del Puerto, tenemos que frenarlos —dijo Paula.

—Y me imagino que La Salvación quiere cargárselos.

—No lo sabemos, pero sí sabemos algo que nos puede ayudar.

—Que sería…

—La Salvación quiere comprarle unos cuantos edificios a Los Cuervos.

Se hizo el silencio, Sofía esperó pacientemente a que Paula aportase más información que

le diera sentido a aquella conversación.

—Y El Dorado también.

La detective asintió encajando cada una de aquellas palabras.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—En que quizá nos sea mucho más fácil acabar, no solo con La Salvación, sino también con El Dorado, si continúan su enemistad y se matan entre ellos —intervino Claudia que hasta ahora había estado en silencio, apoyada en el marco de la puerta, sin entrar del todo.

—El Dorado y La Salvación siempre han tenido una enemistad y ya han intentado matarse, y ahí siguen, vivitos y coleando. ¿Qué cambia esto?

—Bruno mató a Claudio, el hermano de Adriano, eso ya es motivación suficiente para atacar, pero con esto de los edificios la rivalidad va a aumentar —explicó Paula.

—Tenemos que enredarlos para vuelvan a atacarse entre ellos —añadió Hugo.

—Suponemos que habrá un intercambio de dinero o algo así, solo tenemos que descubrir cuándo y dónde va a ser, y hacer que ambos bandos se encuentren allí —indicó Claudia.

—Ya veo… Pues ya tenemos un objetivo: averiguar cuándo van a ser las negociaciones. Ahora a trabajar —dijo Sofía dándose la vuelta.

—No hemos terminado. Hay más.

Sofía miró a Paula con intriga.

—Puede que ni siquiera haga falta preocuparse del intercambio de dinero porque quizá las cosas cambien drásticamente. Gabriel pretende atentar contra Adriano como respuesta al ataque del otro día en el que murieron decenas de miembros de La Salvación.

Sofía se sentó. Aquella era una información muy delicada y ahora tendrían que elegir cómo actuar. Ella también traía noticias, pero esta avalancha de datos la empujó contra la silla y le hizo preguntarse si tan siquiera deberían intervenir o dejar que la enemistad entre Gabriel y Adriano siguiera su propio cauce.

—De hecho, yo también quería contaros algo. —Todos la miraron con curiosidad y esperaron a que continuara la frase—. Pero, la verdad es que al lado de todo lo que me habéis contado ni siquiera es tan importante.

—¿De qué se trata?

—Gabriel está buscando desertores del Dorado. Supongo que para ayudar con el atentado a Adriano o para hacerle daño, en definitiva.

—Vaya, ¿y qué vas a hacer con toda esta información? —preguntó Paula.

—Voy a contárselo a Adriano.

Los compañeros de Sofía no supieron qué cara poner, aunque habían aceptado esa alianza tan comprometida, en el fondo no creían que fuera buena idea jugársela y regalar toda la información que habían reunido a otra organización criminal que no era, en absoluto, más digna u honrada que La Salvación. En primer lugar, aborrecían tener que hacer el trabajo más complicado y laborioso, como lo era investigar, para luego entregarlo todo a Adriano sin esperar nada a cambio, ese no era el motivo por el que había nacido SOMBRA y Paula, Hugo y Claudia no podían evitar sentirse estafados. En segundo lugar, estaban seguros de que, para ese momento, El Dorado sabía perfectamente quiénes eran ellos, a qué se dedicaban, quiénes eran sus seres queridos y, en definitiva, toda su vida y la presión que sentían por cometer un fallo que les costara la vida era abismal. Tampoco lo habían discutido con Sofía por el estado en el que se encontraba, que apareciera por las oficinas era todo un milagro y lo último que querían era perjudicar de alguna manera su estado mental, así que se habían limitado a aceptar las condiciones de su jefa porque sentían que no les quedaba más remedio.

—¿Crees que es buena idea? —se atrevió a preguntar Claudia.

Sofía la miró con el gesto serio, pero Claudia, que tenía un carácter parecido, no se achantó y le sostuvo la mirada.

—Lo que a mí me parezca no importa, la alianza está hecha y no hay vuelta atrás, si no le llevo información pronto, va a resultar sospechoso y lo último que quiero es que intente hacernos daño, porque lo más probable es que lo consiga. Además, tiene que evitar el atentado para que nos pueda ayudar contra La Salvación.

—Ya… —dijo Hugo, que no había valorado esa opción.

—No le voy a contar que La Salvación también quiere comprar los edificios a Los Cuervos, esa información me la voy a reservar para cuando sepamos más y podamos manipularla para que se ataquen entre ellos, todavía es pronto, pero tengo que contarle lo demás para resultarle útil.

Hugo y Claudia asintieron conformes y Sofía se fue de la sala, preparada para reunirse con Adriano, sin decir nada más. Escuchó unos pasos acompañados por un jadeo que la seguían.

—Sofía. —Era Paula—. ¿Estás segura de que no es peligroso entregarle toda esta información a Adriano?

—Sería más peligroso no entregársela.

Paula miró a un lado buscando las palabras. No sabía cómo decirle a su jefa lo que pensaba.

—Es que…

—¿Qué?

—Digamos que no nos encanta que le regales toda la información que hemos estado reuniendo a Adriano.

—Es que eso no me importa. He hecho lo que me parece mejor opción, y sí, quizá debería haberos consultado, pero la realidad es que no podemos solos contra La Salvación —dijo con dureza.

—Nos has puesto en serio peligro —replicó Paula.

—Sabías dónde te metías cuando entraste a esta agencia.

—Lo que no sabía era que mi propia jefa me iba a entregar a los malos.

Sofía no se esperaba esa replica y se tuvo que tomar unos segundos para procesarla.

—¿Tienes algún problema con la forma en la que dirijo SOMBRA?

—No, es que creo que este pacto nos va a perjudicar más que beneficiar. Y siento decírtelo así, pero bueno, eres tú la que manda. —Miró a Sofía con tristeza y volvió a la sala de briefing sin decir nada más.

Sofía se quedó plantada en la sala principal, casi se le había olvidado lo que iba a hacer, pero cuando recordó que debía informar a Adriano se apresuró en su camino.

La reunión con el máximo jefe del Dorado fue sorprendentemente bien, el anciano no la acosó esta vez y tampoco intentó retenerla, se comportó como una persona, más o menos, decente y mostró su agradecimiento a Sofía, lo que le resultó inédito. Para su asombro, tampoco trató de sonsacarle otro tipo de información, se limitó a escuchar todo lo que tenía que decir la detective sobre los planes que tenía Gabriel contra El Dorado y, cuando terminó de contarle todo, apretó su mano mientras le daba una calada a su puro. En realidad, Sofía no sabía si aquello era buena señal del todo. Adriano estaba demostrando su confianza plena en la detective y Sofía le estaba mintiendo, u ocultando información, que en este caso era lo mismo. No tenía ni idea de si el jefe del Dorado estaba fingiendo que confiaba en sus palabras o si realmente lo hacía. Lo más probable era que estuviera mostrando una fachada a Sofía y que, en realidad, la estuviera

vigilando de cerca, lo cual era extremadamente peligroso y le ponía un límite de tiempo para actuar, ya que si no lo hacía con rapidez y Adriano la descubría, las consecuencias podrían aparecer en cualquier momento y tendría un pie en la tumba, no solo ella, sino también Marta, su padre y «hasta su cachorrito Coco», como le había advertido.

A pesar de tener siempre presentes las posibles consecuencias de sus actos, Sofía trataba de no darle demasiadas vueltas a aquel juego tan peligroso que estaba jugando con las dos organizaciones criminales más importantes del país y del mundo, trabajar bajo semejante presión no podía ser saludable y ni siquiera obtendría buenos resultados, así que ponía todo su empeño en mirar hacia adelante sin excederse, sin imaginar un futuro lejano, solo pensando en el próximo paso.

Miró a su mascota y le costó creer que incluso alguien como Adriano pudiera hacer daño a una criatura tan indefensa que solo vivía para dar amor a otros seres vivos y en especial a ella. Llevaba una media hora en aquel parque esperando a que el animal hiciera sus necesidades y estaba comenzando a perder la paciencia, estaba muy cansada, había tenido un día ajetreado y estaba deseando meterse bajo las sábanas, pero parecía que Coco no estaba por la labor. Lo volvió a mirar, no dejaba de sorprenderle lo rápido que crecía, tan solo habían pasado unas semanas desde que el animal había llegado a su vida y ya casi pesaba unos veinte kilos y tenía más fuerza que ella.

Aquello se demostró cuando un gato negro se les cruzó velozmente y Coco comenzó a perseguirlo como si le fuera la vida en ello, como si Sofía no lo alimentara y tuviera que buscarse su propio alimento cazando a otros animales. La detective ni siquiera pudo oponer resistencia mientras aquel animal tiraba con una fuerza brutal, arrastrándola por todo el parque, deslizando sus pies como si estuviese esquiando. Sofía se dejó llevar preguntándose cuánto tardaría el animal en cansarse de buscar al gato ya que sus brazos no iban a resistir mucho más sin que se le desencajase alguna articulación. Para su fortuna algo la frenó en seco, y es que su mascota detuvo la búsqueda cuando dos mujeres se interpusieron en su camino para oler la comida que llevaban encima.

Sofía suspiró aliviada y trató de recuperar el aire. Abrió la boca para elaborar una disculpa a las dos jóvenes, pero se le cerró cuando vio a quién olfateaba su mascota.

—¡Sofía! ¡Cuánto tiempo! —la saludó alegremente. Lola estrujó a la detective entre sus brazos como si hubiera estado anhelando verla todo ese tiempo—. ¿Y esta belleza quién es? —Colmó al perro de caricias y comenzó a hablarle con un tono infantil.

Cuando Sofía había procesado que se trataba de Lola y pretendía corresponderle el saludo, la sonrisa se le esfumó de la cara al ver quien la acompañaba.

Aquello no podía estar pasando.

La detective esperaba encontrarse antes con un alienígena que con Nicole caminando junto a Lola. ¿Qué significaba aquello?

—¿Qué tal? ¿Cómo estás? —preguntó la pelirroja acariciándole el hombro.

Sofía escuchó aquellas palabras muy lejanas, a kilómetros de sí, en otro continente, como si le estuvieran hablando desde la Antártida y por algún motivo ella pudiera percibir el sonido que transmitía la boca de Lola. No contestó, no pudo contestar, ni siquiera sabía qué le había preguntado la pelirroja, lo único que pudo hacer fue atravesar a Nicole con la mirada mientras la morena también la observaba sin saber qué hacer o qué decir. Era difícil saber quién estaba más incómoda de las dos mientras Lola seguía con sus preguntas, ajena a toda la historia que aquellas dos mujeres compartieron un día.

El perro de Sofía decidió ahora que era el turno de saludar a Nicole, así que se abalanzó

sobre ella y, la morena, que casi perdió el equilibrio, lo saludó efusiva como si lo conociera desde siempre. Sofía observaba la escena incrédula, no entendía nada, ¿estaba viendo a Nicole? ¿paseando con Lola?

Lola miró a Sofía, que no paraba de observar a la morena, y después a Nicole. El ambiente era extraño.

—¡Sofía! —insistió Lola.

La detective pareció ahora caer en la cuenta de la presencia de la pelirroja, que seguía frente a ella tratando de mantener una conversación.

—¿Eh? —Sacudió la cabeza—. ¿Qué? Ah… es un regalo de Marta, se llama Coco.

Sin que ninguna de las dos mujeres se diera cuenta, Nicole miró de reojo a Sofía al escuchar el nombre de «Marta», que Sofía la mencionara de esa manera solo significaba que Lola sabía perfectamente quién era la mejor amiga de la detective y, por lo tanto, la relación que tenían debía ser estrecha. Aquello la confundió, para ser sincera, nunca se hubiera imaginado que Lola y Sofía se conocieran y, francamente, no sabía cómo la hacía sentir ni si supondría un problema en el futuro para mantener una relación con Lola. No es que se hubieran comprometido, ni siquiera eran pareja, simplemente se estaban conociendo, pero desde que habían empezado a salir, Nicole había encontrado un refugio de todo lo que la rodeaba en Lola, lo cual era un remanso de paz que le permitía respirar. Si su expareja y la pelirroja eran buenas amigas o mantenían una relación estrecha, ¿eso significaba que Lola y ella debían poner fin a lo que sea que estuvieran teniendo?

—¡Marta! Hace mucho que no la veo, ¿cómo está? Bueno, supongo que me odiará —dijo Lola refiriéndose a la ruptura que tuvieron ella y Sofía.

—No, no te odia… —Sonrió—. Pero tampoco es que le parezcas encantadora, para que nos vamos a engañar.

Sofía volvió a mirar a Nicole tratando de hacerle mil preguntas con los ojos, entre ellas, qué hacía allí y desde cuándo conocía a Lola.

—¿Qué pasa? ¿Os conocéis? —preguntó percibiendo la energía extraña que había entre las dos.

—No… no —titubeó la detective.

Nicole frunció los labios y negó con la cabeza.

—Os presento entonces. Nicole, esta Sofía, Sofía, Nicole.

Ninguna de las dos se acercó a la otra ni dijo nada. Se limitaron a asentir y a mirarse como si eso equivaliese a darse dos besos o la mano. Lola las miró confundida, no entendía a qué se debía aquella frialdad, pero como a Nicole no la conocía demasiado bien y Sofía no era una persona especialmente cariñosa, supuso que aquellos solo fueron síntomas de timidez o incomodidad y no le dio demasiada importancia.

—Nicole es… —No estaba segura de cómo decirlo porque ni ella misma sabía lo que eran. Tampoco quería poner en un aprieto a Nicole diciendo que eran novias o algo que pudiera hacerla sentir abrumada—. Bueno, nos estamos conociendo, hemos salido algunas veces y…

Pero a partir de ahí la detective dejó de escuchar, cualquier explicación que pudieses darle Lola no le iba a servir ni podría a amortiguar la inquietud que le provocaba que sus dos ex estuvieran manteniendo una relación. ¿Era aquello una broma? ¿Nicole y Lola se sentían atraídas la una a la otra o era todo una cámara oculta que le había preparado el universo? Ni en tres vidas Sofía habría podido imaginar que a Nicole le interesara Lola y… Bueno, a decir verdad, no era difícil de imaginar que la pelirroja sí se sintiera atraída por la morena. Todos los seres vivientes de la faz de la Tierra se sentían atraídos por Nicole, heterosexuales o no, la morena podría hacer

que cualquiera que la mirase cayera rendido a sus pies, y Lola no estaba hecha de piedra. No es que Lola fuese una persona poco atractiva o jugase en una liga inferior, al contrario, era una joven bellísima, pero el embelesamiento que provocaba Nicole era difícil de explicar a quien no la conocía y Lola no era diferente. Eso la entristeció y le hizo pensar en lo remplazable que era ella, Nicole tenía el mundo en la palma de las manos y si alguien decidía irse de su vida, podría encontrar un sustituto en un abrir y cerrar de ojos. La detestaba, Sofía se juraba una y otra vez que no soportaba a Nicole y que no la quería ver nunca más, pero ¿acaso su relación no significó lo mismo para ella y ya había encontrado a alguien que pudiera entregarle todo lo que Sofía no le quiso dar? No sabía qué sentía, no eran celos, eso era un término casi desconocido para ella, era más bien enfado. Enfado por haber sido remplaza de aquella manera por dos personas que algún día fueron tan importantes en su vida. Se sintió pequeña, ridícula, sentía que molestaba y lo único que deseaba era que se abriese un agujero en el suelo y se la tragase para que Nicole y Lola pudieran seguir con su cita, que su relación prosperase, que se casasen y que tuvieran muchos hijos.

—Vaya, qué rápido —se le escaparon las palabras y tanto la pelirroja como la morena la miraron extrañadas.

—¿Cómo? —preguntó Lola.

La detective tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para morderse la lengua, ya había empezado a hablar y ahora no se quería detener. Qué rápido la había olvidado Nicole, era lo que quería decir, aquella persona que le juraba un amor eterno bajo cualquier circunstancia, al cabo de unos pocos meses, o puede que antes incluso, ya se había olvidado de ella. Y, aunque de Lola se lo podía esperar, ya que le había sido infiel durante su relación, no hizo que le doliera menos.

No era que Nicole no pudiera rehacer su vida, por supuesto que sí, la propia Sofía la había obligado expulsándola a patadas pero, después de todo el daño que le había hecho, sentía que no merecía recuperarse nunca, que debía guardarle el luto y arrepentirse de todo lo que era hasta morirse.

—No, nada, que me tengo que ir, tengo mucho trabajo. —Señaló hacía atrás con el pulgar —. Hasta luego. —Tiró de Coco y se fue.

—Está más rara que de costumbre —murmuró Lola.

—¿Quién es? —preguntó Nicole.

—Sofía, mi ex. Pero no tienes de qué preocuparte, eso está más que superado. —Le quitó importancia haciendo un gesto con la mano—. Es que hace mucho que no la veía y me quedé preocupada cuando rompimos.

—¿Por qué?

—Bueno, siempre ha sido una persona melancólica y nunca ha estado bien, no me porté bien del todo con ella y temía que eso la hundiera. Pero bueno, parece que no me guarda rencor.

—Mmm.

—¿Vamos? —Le extendió la mano.

—Sí. —Nicole sonrió, unió su palma con la de Lola y siguieron caminando por el parque.

Sofía tocó a la puerta con urgencia, como si la casa de Marta se hubiera prendido fuego y fuera menester que saliera cuanto antes para salvar su vida. Efectivamente, su amiga no tardó en abrir y, tan pronto como lo hizo, Coco se abalanzó sobre ella como si fuese su propia dueña y no la hubiera visto en una eternidad. Marta saludó a la mascota con rapidez y después miró con preocupación el rostro de su amiga, que era un poema.

—Sofía, ¿qué pasa?

La detective no contestó, se llevó la mano al estómago como si de repente tuviese

náuseas.

—¡Sofía! Me estás acojonando.

—Tranquila, no es para tanto —dijo jadeante. Trató de restarle importancia para no alarmar a Marta, aunque para ella sí que fuese un asunto un tanto delicado.

—¿Qué es? ¿Qué pasa? Parece que has visto un fantasma.

—Pues casi —respondió mientras entraba en casa de su amiga.

Sofía tomó asiento y Marta cerró la puerta tras de sí.

—Vas a tener que explicarte mejor si quieres que te entienda.

—He visto a Lola.

Marta echó la cabeza hacia atrás encajando el golpe.

—Guau. Eso sí que no me lo esperaba. Pero bueno, todo eso estaba superado ya, ¿no? ¿La echas de menos?

—Estaba con Nicole. En el parque. Juntas.

—¿Qué? —Los decibelios en el tono de voz de Marta subieron de golpe—. Juntas, ¿cómo? —preguntó para cerciorarse de que estaban hablando de lo mismo.

—Que están saliendo, que son novias o van a serlo, vaya.

—¿Qué cojones…? ¿Pero de qué se conocen? ¿Y Nicole no estaba en prisión?

—Por lo visto salió hace poco, yo me enteré hace no mucho.

—¿Y cómo te sientes?

—Es rarísimo. Ha sido muy extraño verlas juntas, por un momento creía que estaba alucinando. Son personas de universos diferentes, me parecía imposible que alguna vez pudieran encontrarse o verse, ni siquiera se me había pasado esa idea por la cabeza. Son personas de etapas tan diferentes de mi vida… No sé, ha sido incómodo y raro.

—Ya… ¿y cómo has visto a Nicole?

—Bien, no sé, mejor de lo que probablemente se merezca.

—O sea que ya no sientes nada de nada.

—No, ya te lo dije. Verla no ha cambiado nada. Está muerta para mí y lo que me molesta es que mientras yo estoy así ella esté rehaciendo su vida tan tranquila, ¡y encima con mi ex! Es injusto.

—Injusto o no, es mejor que te vayas haciendo a la idea, estas cosas pasan y quizá las vuelvas a ver juntas.

—¿Pero tú de lado de quién estás?

—Del tuyo. Siempre. —Se sentó junto a ella. Sofía sonrió conforme—. Oye ¿y Lola sabe quién es Nicole? Quiero decir, ¿sabe *QUIÉN ES* Nicole realmente? Puede correr peligro.

—Es verdad, le habrá contado un montón de mentiras como a mí. —Suspiró y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Vas a advertirle?

—Pues sí, algo tendré que hacer.

CAPÍTULO 8

Sofía llamó a la puerta de Lola, pero no abrió nadie, ¿estarían paseando aún? Miró por la ventana para ver si había rastro de Lola, pero dentro de la casa no vio ni un solo movimiento.

Sofía se había dado tanta prisa en buscar a Lola que ni siquiera se había planteado que podía seguir con Nicole y lo último que quería era volverla a ver. Se estaba arrepintiendo de estar allí, así que aprovechando que nadie respondió, se dio la vuelta y se fue.

Solo le dio tiempo a dar dos pasos cuando escuchó la puerta abrirse tras de sí.

—Sofía, ¿qué haces aquí? ¿Estás bien?

—Eh, sí, sí —dijo mirando al suelo—. ¿Estás sola?

—Sí, pasa.

Lola estaba ataviada con un delantal, sus cabellos cobrizos recogidos en un moño desaliñado y las manos ocupadas con un trapo de cocina.

Sofía entró y tuvo que reprimir la tos cuando inhaló aquel humo que inundaba toda la casa y que impedía que viera más allá de dos metros. Carraspeó. Cuando adaptó su vista y su garganta, el olor de esa comida fluyó a través de sus fosas nasales y el estómago le rugió por primera vez en todo el día.

—Qué bien huele.

—Gracias. ¿Quieres quedarte a comer? —dijo contemplando su aspecto desnutrido.

—No, no, gracias. En realidad, he venido a contarte algo.

—¿Qué pasa? Has estado muy rara antes en el parque.

—Ya, de eso precisamente vengo a hablar. Así que te voy a pedir que me escuches y no me interrumpas.

Lola asintió.

—De acuerdo. Dispara.

—Nicole, tu novia, o lo que sea, es miembro de La Salvación. Sí, de La Salvación, de la que estás pensando, de una de las organizaciones criminales más importantes del mundo que está asentada en el Puerto de Teira. Pero es que no solo es miembro, es la jefa y dueña junto con su hermano, Gabriel Mendoza, y su padre.

—Sofía…—trató de interrumpir.

—No. Escúchame que es importante. Por muy loco que te parezca y por muy encantadora que te resulte Nicole, es directamente responsable de miles de muertes, secuestros, extorsiones, corrupción y una larga lista de crímenes que no te podría contar en un solo día. Lo que te quiero decir esto es que estás en serio peligro con ella.

—¿Por qué estás tan segura?

—Eh… Porque la investigamos en SOMBRA, a ella, a su hermano y a toda la organización.

—Pero es que eso no es todo…

—¡Sofía!

—¿Qué?

—Que ya lo sé. Ya sé todo lo que me estás contando. Nicole me advirtió de todo antes de que empezáramos a vernos, me dijo que ocultar quién era le había traído mucho dolor en su anterior relación.

—¿Eso te dijo?

—Sí.

—¿Y te dijo quién fue su última relación?

—No, ¿eso qué importa?

—Pero vamos a ver, ¿te ha contado que es una de las criminales más peligrosas del mundo y aun así sigues estando con ella? Lola, me parece que no eres consciente del peligro que corres. Cuando sepan quién eres tu vida va a estar controlada y, si Gabriel decide que eres una molestia, te va a quitar del medio.

—No seas paranoica.

Lola se dio la vuelta y comenzó a cortar zanahorias.

—¡Lola!

Antes de que la discusión siguiera subiendo de tono, la puerta se abrió y ambas se quedaron mirándola expectantes. Sofía rezó porque no fuera Nicole, pero sus plegarias no fueron escuchadas y la morena entró con una bolsa de plástico.

—He traído lo que me has pedido.

Sofía tensó la mandíbula.

—Joder…

Nicole frunció el ceño.

—¿Y tú qué haces aquí?

Dejó caer la bolsa y se acercó amenazante a Sofía. La detective ni se movió, ni se dejó intimidar.

—Pero, ¿qué os pasa a vosotras dos?

Ninguna de las dos prestó atención a Lola, estaban demasiado ocupadas manteniéndose la mirada, rígidas, preparadas para dar el primer golpe.

—Nada que te importe —respondió Sofía.

—Me importa si has venido a molestar a mi novia —replicó Nicole.

—¿Tu novia? Vaya, qué rápido superas las cosas con todo lo que lloraste.

Lola observaba la escena atónita. Las dos mujeres se enzarzaban en una discusión cada vez más subida de tono ignorando por completo que ella también estaba presente.

—A lo mejor me he dado cuenta de que no merece la pena llorar por ciertas cosas. Ni por ciertas personas.

—Desde luego. Nunca sabes cuando te van a apuñalar por la espalda, ¿verdad?

—Ni tampoco cuando te van a dejar tirada después de haberle entregado todo. Si has venido a malmeter entre nosotras ya te puedes ir. No vas a contarle nada a Lola que no sepa.

Nicole le dio un empujón a Sofía, pero esta no entró al trapo y rio con sarcasmo.

—¡Eh! Nicole, ¿qué estás haciendo?

Lola se entrometió entre ambas y extendió sus brazos para separarlas.

Las dos se seguían mirando directamente a los ojos, desafiantes, con ganas de abalanzarse la una sobre la otra y descargar toda su rabia, pero Lola estaba en medio y eso las frenaba.

—A ti lo que te pasa es que no soportas que nadie vaya detrás de ti, porque estás sola y eres insoportable —le espetó Nicole.

Sofía trató de hacer oídos sordos, porque como hiciera caso a las provocaciones de Nicole, ella misma la iba a matar con sus propias manos delante de Lola, y aquello no procedía.

—Ah, ¿sí? Lola.

—¿Qué?

—¿Nicole también te ha contado que estuvimos juntas, que su última relación, de la que te ha hablado, era nuestra relación?

Lola miró a Nicole con el rostro completamente desencajado. Sus pensamientos iban tan rápido que su boca permaneció inmóvil, incapaz de encontrar las palabras.

Nicole la miró con ojos de cordero degollado. Sacudió la cabeza quitándole importancia a las palabras de Sofía, ahora tendrían mucho de lo que hablar cuando la detective se marchara.

—¿Te ha contado que Samuel está muerto por su culpa?

—Sigue diciéndote eso si te consuela —replicó Nicole—. Sabes perfectamente que eso no fue así y también sabíais donde os metíais.

Sofía hizo el amago de abalanzarse, pero Lola volvió a impedirlo.

—Sofía, vete, por favor —le pidió la pelirroja.

—¿Cuándo vas a dejar de hacerte la víctima? Supéralo, todos perdemos gente que queremos y no culpamos al mundo de ello. A ti lo único que te pasa es que eres una amargada y como nunca has sido feliz no soportas que nadie más lo sea.

—Tú que vas a saber lo que es perder a un ser querido si solo te quieres a ti misma y no te preocupa nada más que tu propio bienestar —respondió la detective—. Por eso has llegado tan alto, por ser un asco de persona, pero no te preocupes que todo llega a su fin y para eso estoy yo aquí.

Lola había dejado de importar en su propia casa, las dos mujeres la estaban ignorando por completo para centrarse en lanzar dardos envenenados.

—Tú también me engañaste con todo lo que creía saber de ti. Esto lo jodiste tanto tú como yo, ¿cuándo te vas a enterar? Al menos yo me hago responsable de mis acciones que es mucho más de lo que se puede decir de ti. Me investigabas a mí, investigabas a mi familia, a todo lo que tengo y quiero.

—¿Me vas a comparar? ¿De verdad me vas a comparar? Eso que llamas familia es Gabriel Mendoza y es el responsable del terror que sufren miles de personas todos los días. —Sofía se acercó lentamente a Nicole, pero Lola, que seguía en medio, no le permitió que entraran en contacto—. Si eso es tu familia, no sabes lo poco que me importa que sufra una muerte lenta y dolorosa —dijo con un tono grave—. Es lo mínimo que se merece. Y no hay nada que puedas hacer para impedirlo, vais a caer, tarde o temprano, y yo voy a estar ahí para verlo, así que disfruta de tus últimos momentos de riqueza y poder porque están a punto de llegar a su fin. —Se dio la vuelta y cogió el pomo de la puerta—. Y, Lola, tú eres más inteligente que esto, si te quieres un poco, no te pongas en peligro de una forma tan tonta.

Sofía se fue dando un portazo y el silencio se abrió paso entre Lola y Nicole.

La pelirroja estaba de pie, miraba al suelo con los brazos en jarra, ignorando la comida que estaba a punto de quemarse. La morena la miraba con la cabeza gacha, sintiéndose culpable, esperando a que Lola fuese la primera en hablar.

Aquello no era normal, apenas llevaba viendo a Lola unas semanas y ya lo había estropeado todo, y eso que se había propuesto ser sincera desde el principio. Y lo había sido, o al menos eso creía, pero Sofía había aparecido inesperadamente y lo había estropeado todo. ¿Pensaba contarle en algún momento a Lola la relación que tuvieron? Lo cierto es que sí, pero el dolor y rencor que sentían aún estaban demasiado recientes, a pesar de los meses que habían pasado, como para volver a sacar ese tema. Solo estaba conociendo a la pelirroja y aunque tenía grandes expectativas con ella, aún no tenía la suficiente confianza, ni había pasado tanto tiempo como para tratar sus asuntos más íntimos. Cuanto más la conocía y más se acercaban, Nicole pensaba en hablarle de toda su historia con la detective, pero contra todo pronóstico, ella se había

presentado en casa de la pelirroja de un momento a otro y había arruinado todo en un abrir y cerrar de ojos. Ahora era demasiado tarde para demostrárselo a Lola y nunca la creería.

—¿Por qué no me lo habías contado? —Lola rompió el silencio.

—No lo sé, todo ha pasado muy rápido. Te lo quería contar, pero no me sentía preparada. Sofía ha aparecido de repente y no me ha dado tiempo a nada.

—¿Es verdad todo lo que ha dicho? Sobre los crímenes, el peligro que corro…

Nicole asintió.

—Te lo dije —respondió en un tono apenas audible.

Efectivamente, Lola ya conocía las advertencias que la propia Nicole le había contado, pero, por algún motivo, escuchar esas palabras de la boca de Sofía, las había hecho más reales. Ahora le resultaba más difícil jugarse el cuello solo por vivir un escarceo amoroso que probablemente no llegaría a ninguna parte.

—Mi hermano no se anda con rodeos, intentó matar a Sofía y ni siquiera sabía que estábamos juntas. Metió las narices donde no debía y… bueno, acabó en el hospital.

Lola tragó con dificultad y miró a los ojos a Nicole.

—Lola… —Se acercó y sujetó sus mejillas con delicadeza—. No te va a pasar nada conmigo, mi hermano está demasiado ocupado gestionando el negocio y preocupándose de problemas que le pueden afectar. No le importa lo que yo haga, no sabe ni que existes, él cree que esto es solo un entretenimiento.

—¿Y si se entera?

—Si se entera va a tener que vérselas conmigo, y créeme, no le conviene tenerme en contra.

—¿Todavía sientes algo por Sofía? —dijo de repente.

Nicole no esperaba esa pregunta y no pudo disimular su gesto de sorpresa.

—No, claro que no.

—Se os ha visto muy acaloradas en esa discusión.

—Todavía quedaban algunos reproches por hacernos.

Sonrió.

—Sofía no es mala persona, no le hagas daño, no se lo merece.

Nicole lo sabía perfectamente, pero tenerla cerca la enfadaba tanto que sus instintos más primarios salían a la luz.

—Está bien.

—Tienes que acostumbrarte a ella, todavía tenemos amistades en común y lo más probable es que la volvamos a ver.

—A Sofía se le da muy bien evitarme así que creo que no tenemos de lo que preocuparnos.

—Aun así, ¿me prometes que la vas a dejar en paz?

—Te lo prometo.

Nicole besó sus labios en un gesto tranquilizador.

Pero de todas las palabras que se habían dicho esa tarde en casa de Lola, había unas que se le habían quedado incrustadas y no podía olvidar.

La pelirroja sabía lo importante que era Samuel para Sofía y solo pensar que Nicole podía tener algo que ver con su muerte la ponía enferma. Aunque no se atrevió a presentarse en su funeral por respeto a Sofía, porque no sabía si ella quería que estuviera allí en un momento tan delicado, le guardaba un gran afecto al mejor amigo de su ex, se habían llevado muy bien y recibir las noticias de su trágico fallecimiento fue muy impactante.

—Hay otra cosa que quiero preguntarte, ¿crees que puedes ser sincera?

—Dime.

—¿Qué pasó con Samuel? ¿Fue culpa tuya?

—Sí y no.

Lola se alejó.

—Explícate.

Sus deseos fueron órdenes y Nicole le contó con todo lujo de detalles cómo había sido la muerte de Samuel, la última conversación que habían tenido y lo culpable que se había sentido después de que ocurriera. Le contó también que aquello supuso un daño irreparable en su relación con Sofía y que a partir de entonces sus caminos no se volvieron a cruzar hasta ese mismo día.

También hablaron de la madre de la detective y Nicole le explicó cómo ella no tuvo nada que ver con su asesinato.

—Bueno, supongo que hasta aquí llega nuestra relación —dijo con derrotismo.

—No, pero déjame procesar esto, ¿vale?

Nicole asintió.

—Te dije que no te iba a juzgar, ¿no?

La morena sonrió. Aquellas palabras eran mucho más de lo que le había ofrecido nadie respecto a su profesión, así que le pareció la mejor de las respuestas. Quería besar a Lola, pero no sabía si era el momento después de que le hubiera pedido espacio, así que cogió su mano y la apretó con cariño.

—Gracias.

—¿Entonces es oficial que has vuelto a La Salvación?

—Sí. —Asintió—. Al menos por ahora, tengo que independizarme, pero no sé cómo, no es tan fácil.

—Ya, me imagino.

—Mi hermano me necesita a mí tanto como yo a él, no me va a dejar marchar así como así.

—Bueno, si algún día lo haces, estaré aquí para apoyarte.

Nicole sonrió.

—Nos vemos, entonces.

Se levantó, preparada para irse, pero notó que la mano de Lola la retenía.

—Espera, no te vayas todavía. Vamos a despedirnos de la mejor manera posible, ¿no?

Lola atrajo a la morena hacia sí y besó sus labios. Nicole se sentó en el sofá y agarró las mejillas de la pelirroja como si temiera que se escapase.

Después, Lola olvidó que había querido que Nicole se fuera en algún momento y lo único que se marchó fue su cordura cuando empezaron a tocarse.

CAPÍTULO 9

—Joder, tampoco encuentro mi radio, ¿tú la has visto?

Últimamente Nicole no sabía dónde tenía la cabeza, cada vez le desaparecían más objetos personales u olvidaba donde los había puesto. Comenzaba a sospechar de las otras presas, pero ella misma pasaba casi todo el tiempo en su celda y le parecía imposible que alguien hubiera entrado a robarle sin que ella se diera cuenta. En cualquier caso, ya había perdido dos libros, su radio y su cepillo de dientes.

Leyla, que estaba recostada en su cama leyendo un libro, como de costumbre, negó con la cabeza.

—¿Seguro? —insistió Nicole.

—Regístrame —dijo sin apartar los ojos del libro.

Nicole no se lo pensó dos veces y abrió todos los cajones de Leyla, miró en su estantería, debajo de la cama y de la almohada, pero no encontró ninguna de sus cosas.

—Joder, no lo entiendo. Últimamente me está desapareciendo todo y no sé cómo, si apenas salgo de aquí.

—A lo mejor hay un monstruo viviendo bajo tu cama que te quita las cosas solo mientras duermes.

—Pues si tiene tu cara sí que debe de dar miedo.

Nicole no recibió una respuesta, en su lugar escuchó las hojas del libro volando por la habitación y después recibió un impacto en su espalda.

—¡Ah! Me has hecho dañó, imbécil —dijo recogiendo el libro y tirándoselo a Leyla.

—Por bocazas.

—Ahora me va a salir un moratón.

—Bueno, otro más…

—Estás muy graciosa tú últimamente, ¿no? —Nicole golpeó el brazo de Leyla sin que esta se inmutara y continuó con su lectura.

Salió de la celda y puso rumbo al baño, en vistas de que su compañera no estaba por la labor de ayudarle a encontrar sus cosas ni de hablar. De camino allí, vio a las internas disfrutando de su tiempo de ocio, algunas jugaban a las cartas, otras charlaban y otras se arrinconaban en una esquina para escuchar la radio como ella misma había hecho tantas veces.

En el baño tiró de la cisterna y comenzó a lavarse las manos. No estaba sola, alguien más salió de la zona de los váteres y comenzó a lavarse las manos junto a ella. Nicole la miró extrañada, había muchos más lavabos y aquella mujer había tenido que ir a parar justo al que estaba a su lado, invadiendo su espacio personal. No la había visto antes, tenía el pelo rubio ceniza, largo, unos ojos grandes azules y una cara de niña inocente.

—Nicole, ¿verdad?

—Eh… sí.

Que alguien la reconociera sin que ella misma se hubiese presentado siempre le había resultado sospechoso. Nunca traía nada bueno que los desconocidos se les acercasen ya que solían hacerlo para sacar algo de ella o para hacerle daño.

—Yo soy Bea, encantada.

—Igualmente —contestó sin disimular su desinterés, mientras se enjuagaba las manos y

se miraba en el espejo.

—No he podido evitar escuchar antes que te están desapareciendo cosas de la habitación.

Aquello captó rápidamente el interés de la morena. Se giró y miró a Bea directamente a los ojos, esperando una buena explicación.

—Y has decidido seguirme hasta el baño para contármelo, ¿no te parece que da un poco de mal rollo?

Fingió que no le interesaban las palabras de la rubia y se centró en aclarar sus manos.

—Bueno, he pensado que a lo mejor te interesa saber dónde están.

Volvió a mirarla y se acercó a ella con la esperanza de que su figura más alta y corpulenta le resultara intimidante.

—¿Dónde las has puesto? Y, sobre todo, ¿qué pretendes que te dé a cambio?

Bea sonrió con timidez, si no era una persona inocente se le daba realmente bien fingirlo.

—No, yo no he sido.

—¿Y quién ha sido?

—A Durán le gusta pasearse de vez en cuando por las celdas para quitarle a las presas lo que le apetece, cualquier cosa que pueda hacerles el día más fácil, hasta la comida. A veces lo hace porque realmente quiere algo que tienen o simplemente por joder o… porque le han rechazado.

—Ya… qué sorpresa que sea él.

Nicole ni siquiera cuestionó cómo lo hacía, por mucho que Durán tuviera las llaves de todas las celdas era muy difícil que entrara sin que nadie lo viera, cuando Nicole no estaba en la celda, Leyla estaba allí y viceversa.

—Pero claro, para que pueda hacerlo necesita ayuda.

Nicole no necesitó escuchar más para saber qué insinuaba Bea.

—Cuidado con lo que insinúas, a ver si te vas a poner en contra a las demás presas —le advirtió.

—Hablas como si tú no fueras una de ellas.

La morena no supo qué contestar, al fin y al cabo, puede que nunca se hubiera acostumbrado a ser una más y, en el fondo, sabía que podía salir de allí en cualquier momento, solo necesitaba un pequeño empujón de su hermano que todavía no había estado dispuesto a darle.

—Bueno, yo solo digo que aquí hay mucha rata y es mejor no fiarse de nadie, después de todo, todas estamos aquí porque hemos hecho cosas malas.

Bea se sacudió las manos para deshacerse del agua y dejó a Nicole en el baño.

La morena emprendió su camino de vuelta a la celda para contarle a Leyla las estupideces que acababa de decir Bea. Querían ponerlas en contra por algún motivo y eso lo tenía claro, pero Nicole llevaba demasiado tiempo dedicándose a eso de engañar a la gente y hacía falta mucho más para tomarle el pelo.

Pero antes de que pudiera llegar, su orientador la llamó interrumpiendo su recorrido.

—Mendoza, a mi despacho. Toca orientación.

Obedeció. Se dio la vuelta y siguió a aquel hombre viejo. Llevaba un triste traje gris que no ayudaba a levantar el ánimo y desde esa posición, Nicole le podía ver el poco pelo que conservaba en la parte más baja de la cabeza y en los laterales. Portaba una carpeta en una mano y unas llaves en la otra a las que les daba vueltas con el índice.

Entró y el despacho no era solo uno sino varios dentro de uno. Unas cuantas mesas repartidas por la estancia en la que cada guardia hacía su trabajo y donde probablemente tenían

las reuniones pertinentes, pero todas las mesas presididas por las del orientador, que ostentaba el escritorio más grande de todos.

—Siéntese.

Se sentó.

—Ya lleva varias semanas aquí y queríamos saber cómo se encuentra y si le podemos ayudar en algo.

—Bueno, la verdad es que estaría mejor en mi casa —dijo con toda la sinceridad del mundo. El orientador rio— Pero como supongo que ahora no es posible que me vaya, no estoy mal del todo teniendo en cuenta que estoy en prisión.

—¿Todo bien con tu compañera de celda? ¿Has tenido algún problema con alguna de las mujeres?

«El único problema lo he tenido con uno de tus guardias», pensó.

—No, ningún problema.

Charlaron informalmente sobre temas protocolarios a los que Nicole no prestó demasiada atención y se levantó de la silla. Todo transcurría de forma tranquila hasta que pasó por uno de los escritorios y vio sus libros, su radio y su pasta de dientes en la papelera. Miró con disimulo y no tardó en comprobar que, efectivamente, era el escritorio de Durán.

Quiso recuperar sus cosas, pero sentía los ojos del orientador pegados a su espalda así que se resignó a salir con las manos vacías.

—¡Mendoza! ¿Qué haces? Al patio —le dijo uno de los guardias mientras caminaba por el pasillo.

—Ya voy, voy a coger un libro —mintió. Quería ir a buscar a Leyla para contarle todo lo que le había pasado.

Todas las salas comunes estaban vacías, era uno de los pocos momentos en el que las reclusas podían disfrutar de un poco de aire puro y eso estaban haciendo.

A Leyla no le gustaba el patio, prefería alejarse del ruido y quedarse leyendo, así que casi todos los días era Nicole quien la tenía que sacar a rastras.

La morena aceleró el paso para evitar las reprimendas del guardia, pero antes de entrar a su celda, frenó en seco. El ruido de esos besos la puso en alerta sin saber muy bien por qué, y en lugar de mirar dentro y comprobar qué estaba pasando, se quedó quieta en el pasillo sin saber a dónde dirigirse.

Aquellas respiraciones eran cada vez más aceleradas, si alguien no interrumpía, Nicole sabía cómo iba a acabar aquella escena y lo último que le apetecía era que alguien tuviera sexo en su celda y mucho menos en su cama, tanto si era Leyla como si era otra persona.

Trató de ser sigilosa, levantó el pie despacio y después lo apoyó silenciosamente, como si fuera todo un ninja, se apoyó en la pared y se asomó lo justo y necesario para ver aquella imagen que ahora se le iba a quedar impregnada en la retina para siempre.

Durán estaba besando a Leyla y esta no parecía oponer resistencia. Estaban de pie, pegados a la pared, a punto de pasar a la cama.

Se le pasaron muchos pensamientos por la cabeza, pero ninguno de ellos con sentido. ¿Bea tenía razón? ¿Leyla le había estado mintiendo todo este tiempo? ¿Pero con qué objetivo? Nicole tenía poco que ofrecerle allí dentro, más bien era al contrario, había sido Leyla quien había estado manteniendo a Nicole en pie desde que había entrado en prisión, de la manera más desinteresada posible, o al menos eso creía. ¿Por qué le había advertido sobre Durán y ahora era ella quien estaba pegada a sus labios?

Leyla abrió los ojos y vio a Nicole que, por culpa del shock, no había conseguido

disimular su presencia.

La joven se despegó inmediatamente del guardia y salió de la celda a toda velocidad, con la cabeza gacha, más avergonzada de lo que lo había estado nunca. Pasó por el lado de Nicole, que seguía con el rostro desencajado, como si aquella fuera la imagen más espantosa que había visto en toda su vida, a pesar de haber vivido una vida de crimen y muertes. Leyla pasó a unos cinco centímetros de distancia, pero fingió no ver a su compañera de celda, no dijo nada, la morena tampoco, solo corrió a la luz que provenía desde el final del pasillo y salió al patio.

Nicole había llegado a casa de Gabriel tal y como este le había pedido. Después de pasar una maravillosa noche con Lola, estaba segura de que su hermano quería tenerla cerca para tenerla controlada no precisamente porque necesitara su ayuda. Veinticuatro horas eran más de lo que El Príncipe podía soportar sin saber qué estaba haciendo Nicole, así que solo por ahorrarse una discusión, la morena no se lo pensó dos veces y atendió las peticiones de su hermano.

Entró en el despacho de Gabriel y lo vio presidiendo su silla mientras hablaba con García, parecía que después de todo sí que confiaban el uno en el otro, o al menos Gabriel en él. A García no le quedaba más remedio que estar donde se le ordenaba.

Parecían divertirse, una conversación amena, Gabriel sonreía mientras le daba una calada a su cigarro. Pero la sonrisa se le borró cuando Nicole entró por la puerta.

—¿Dónde estabas?

—Por ahí, dando una vuelta, ¿qué quieres?

—Hola, Nicole —dijo García con amabilidad.

—Hola —respondió con sequedad.

—Siéntate —ordenó Gabriel.

Nicole obedeció.

—Parece que tu querida amiga no se da por vencida.

—¿Qué amiga? —Nicole se hacía una idea de quién hablaba Gabriel, pero quería asegurarse.

—Sofía.

—Sofía no es mi amiga.

—Justo eso me dijo ella cuando fui a…

—¿A dónde?

El Príncipe sabía que bastaba con una sola palabra para tener a Nicole en contra, así que decidió omitir esa parte de la historia por el momento.

—No importa. —Abanicó el aire con la mano para restarle importancia—. Pero me viene muy bien que digas que no es tu amiga porque necesito que me hagas un favor.

—¿Un favor o un encargo absurdo para mantenerme entretenida?

—Las dos cosas. —Sonrió mostrando todos los dientes— Quiero que mates a Sofía.

El giro violento de cuello que hizo García para mirar a Nicole, indicó que también era la primera vez que él escuchaba ese encargo.

—¿Y por qué tengo que hacerlo yo?

—Siempre insinúas que te hago perder el tiempo y que solo te pido ayuda con tonterías para mantenerte entretenida, así que aquí tienes: una auténtica misión.

—Puedes encargarme cualquier otra misión importante que no implique matar a nadie. Sabes que odio estropearme las uñas.

—¡Ja! —Fingió reírse—. Y yo necesito que demuestres lealtad a La Salvación y a mí.

—¿A ti por qué? Ni que fueras mi jefe, se te olvida que este negocio es tanto tuyo como

mío.

—Lo sé, y por eso quiero que demuestres que estás dentro de verdad. Sofía y su agencia de mierda siguen investigándonos como si nada y eso es algo que no podemos tolerar y si alguien tiene que hacerla desaparecer, ¿qué mejor que tú?

—¿Qué tal si lo hago yo? —se ofreció García.

Gabriel y Nicole lo fulminaron con la mirada e ignoraron su propuesta.

—Que Sofía y yo ya no seamos amigas no quiere decir que la quiera ver muerta y mucho menos ser yo quien la mate.

—Nicole, ¿estás dentro o estás fuera? No me hagas perder el tiempo, cualquiera de nuestros hombres puede hacer desaparecer a Sofía de un plumazo, pero desde que llegaste has estado por ahí haciendo vete a saber el qué y ni siquiera sé si estás aquí porque no tienes donde caerte muerta o porque realmente quieres que prospere el negocio.

—Yo podría hacerlo —insistió García.

—Tú cállate —le advirtió Nicole—. No voy a matar a Sofía ni tú tampoco —dijo mirando a Gabriel—. He demostrado incontables veces que La Salvación es mi vida y no tengo por qué hacer lo que te dé la gana como si fuera un mindundi como este — dijo señalando a García—, o como lo era Bruno.

—Verás, Nicole, resulta que sí tienes que hacer lo que yo diga porque Sofía es un problema y porque si no, estás fuera, no seas cabezona, es más fácil de lo que parece. Y como sé que no es fácil para ti te voy a dar cuarenta y ocho horas, en lugar de veinticuatro.

«Qué generoso», pensó.

—Y, por supuesto, quiero pruebas de que la has matado.

Nicole apretó los dientes, se mordió la lengua y logró reprimir los sapos y culebras que estaban a punto de salir por su boca. No le había dado una respuesta a Gabriel, pero su hermano debía saber bien que no le había dejado otra opción así que, sin decir nada más, salió del despacho y García detrás de ella.

—Nicole —gritó en un susurro.

La joven ya tenía el pomo en la mano y estaba a punto de entrar en una de las habitaciones de aquella mansión, pero, últimamente, García tenía otros planes para ella y no la dejaba entrar en la habitación que quería en el momento que quería.

—¿Vas a dejar de seguirme en algún momento? —preguntó malhumorada.

—Solo quiero decirte que lo de matar a Sofía no iba en serio, solo quería sacarte de ese apuro y ayudarte a ganar tiempo. Yo nunca le haría daño.

—Pues muy bien, Samuel —dijo desinteresada mientras giraba el pomo de la puerta—, pero te advierto que mi hermano te hará matar o torturar a alguien en algún momento y si no lo haces vas a ser tú el que acabe bajo tierra.

El chico tragó saliva.

—¿La vas a matar?

Nicole miró a García mientras abría la puerta y entraba en la habitación.

No contestó.

CAPÍTULO 10

—Pero, ¿por qué eres así? —dijo con las lágrimas a punto de estallarle de los ojos. Tenía la cara enrojecida y no sabía cómo había hecho hasta ese momento para no echarse a llorar.

—¡Sofía! Ya te he dicho que, si no puede ser, no puede ser. Y a mí no me hables así —le reprendió.

Amelia llevaba casi una hora escuchando los lamentos y súplicas de su hija sobre el dichoso ordenador que le había estado pidiendo desde que a Samuel le habían regalado uno.

Cada vez que se encontraba con Sofía en la calle o en el instituto, el chico no hablaba de otra cosa, de la cantidad de juegos que tenía, de lo divertido que era y de la cantidad de horas que se pasaba al día frente a la pantalla.

A Sofía siempre le habían gustado los videojuegos, pero la situación económica que asolaba a su familia desde que tenía uso de razón, impedía que como regalo obtuviera algo más que ropa y un postre casero. Desde que podía recordar, le había estado pidiendo a su madre un ordenador, consola, teléfono o algo que tuviera una pantalla y le permitiese pulsar botones y salvar el mundo en un universo ficticio, pero su madre siempre se había negado rotundamente.

Amelia no era fan de las *maquinitas* como lo llamaba ella, pero lo era aún menos de sus precios desorbitados, así que cuando trataba de abrir la mente y pensaba en darle a su hija lo que tanto había pedido, miraba los precios de aquellos aparatos y sus deseos de hacerla feliz no tenían más remedio que esfumarse.

Si la joven siempre había querido un ordenador, desde que a su amigo le habían regalado uno y se enteró de que podrían jugar juntos a través de internet, sus deseos de jugar habían aumentado exponencialmente y estaba segura de que, a base de súplicas, lamentos y, en definitiva, cansar a su madre, esta acabaría cediendo. Pero no era así, Sofía estaba convencida de que el hecho de que fuera su cumpleaños ablandaría a su madre y solo haría falta una serie de ruegos para que finalmente diera su brazo a torcer, así que cuando Amelia se negó por enésima vez, Sofía no pudo disimular su decepción.

—Me he portado bien, he sacado buenas notas, siempre limpio mi habitación, ¿qué te cuesta? Hasta Samuel tiene uno, ¿por qué yo no?

—Sofía, te lo he dicho mil veces: un ordenador es carísimo, no podemos pagarlo, da gracias a que te podemos comprar ropa, y sacar buenas notas es lo que tienes que hacer así que deja de protestar.

—¡No te soporto!

Salió dando un portazo.

Amelia, que estaba partiendo unas verduras para el almuerzo, sacudió la cabeza agotada por los berrinches de su hija.

Sofía se restregó los ojos con los puños para intentar deshacerse de sus lágrimas, pero antes de poder conseguirlo vio a Samuel en su puerta con las manos en los bolsillos, como si hubiera estado esperando a que saliera.

—¿Qué haces? —preguntó aún sollozando.

—Felicidades.

—Gracias. ¿Y Marta?

—No sé.

No habían planeado una salida, pero Sofía esperaba poder ver a Marta y salir con sus amigos por el día de su cumpleaños, aunque solo fuera a dar un paseo, no había mucho más que hacer en El Puerto de Teira y Sofía había estado tan enfadada que ni siquiera se le había ocurrido pedirle dinero a su madre para salir a comer con sus amigos.

Los dos jóvenes comenzaron a caminar.

—¿Por qué gritabais?

—Mi madre no me quiere comprar el ordenador. Le he puesto todas las excusas posibles, pero ni aun así me hace caso. Le he dicho que lo necesito para el instituto, que me viene bien para estudiar, que además podría jugar contigo y no me lo compra.

—Lo que te faltaba para no salir de casa es un ordenador.

Sofía sonrió.

—Ya… ¿Qué tal con Isa?

—Bien, la semana que viene hacemos dos meses juntos.

—Vaya, quién lo iba a decir que te ibas a conformar solo con una.

—Bueno, eso ya lo veremos —bromeó.

—Oye, respétala, bastantes hombres hay por ahí que la tratarían mal como para que también tú lo hagas.

—Qué presión.

Isabel era la primera novia oficial que tenía Samuel. Cuando empezaron a salir, ni Sofía ni Marta daban un euro por que esa relación durara, pero para la sorpresa de todos, los chicos ya llevaban casi dos meses juntos.

A Sofía nunca le había caído bien Isa y, aunque siempre le había costado disimular sus emociones, hacía todo un esfuerzo solo para no perturbar el bienestar de su amigo y su relación. En realidad, los sentimientos de Sofía hacia la novia de Samuel eran solo un contraataque, había sido Isabel la primera que había dejado claro lo poco que le gustaba la mejor amiga de su novio.

La joven no parecía entender que Sofía era lesbiana y que no había motivo por el que estar celosa y aun así decidía enfrentarse a Sofía en cada ocasión que tenía. Comentarios hirientes llenos de sarcasmo, miradas desafiantes y marcaje del territorio cerca de Samuel, como si de un perro se tratase.

Sofía se había puesto a su altura en más de una ocasión, no le gustaba dejarse amedrentar por nadie y menos por una recién llegada con celos absurdos, pero, tras varias discusiones con Samuel y algunas palabras pacificadoras de Marta, se había jurado mantener una relación cordial y tratar lo menos posible con ella.

A pesar de todo, Sofía no podía evitar sentirse dolida porque su mejor amigo, al que conocía desde que era una niña, estuviera con una persona que la trataba tan mal, que hablaba mal de ella y que trataba de envenenar a Samuel con sus comentarios tóxicos. En el fondo de su corazón, eso era algo que siempre le iba a entristecer.

—¿A dónde vamos? —preguntó Samuel.

—No sé, ¿vamos a buscar a Marta?

—No, vamos a comer unas hamburguesas, yo invito.

—Vale.

Pasaron la tarde juntos, riendo y hablando, sobre la relación de Samuel con Isa, sobre la chica que le gustaba a Sofía y sobre mil cosas más, que por muy serias que fueran, a los dos lograban hacerles reír mientras estaban juntos. Aquel tipo de celebración era el cumpleaños soñado de Sofía, en la intimidad, con la única persona en la que confiaba (solo faltaba Marta para que fuera perfecto), sin gente a su alrededor que no le importase y con la que no podía ser ella

misma, comiendo algo que le encantaba y riendo hasta que le doliera el estómago.

Había anochecido, habían pasado las horas mientras permanecían sentados en la misma mesa en la que habían comido las hamburguesas a mediodía y ahí se habían quedado sin planearlo.

—¿Te acompaño a tu casa? —se ofreció el chico.

—Sí, vamos.

Llegaron a la puerta de su casa y a Sofía le extrañó que su amigo la siguiera después de haberse despedido, pero supuso que solo quería saludar a sus padres. Dejó la puerta abierta tras de sí y Samuel caminó al interior.

Todo estaba a oscuras, no había ni una luz encendida, pero a Sofía le extrañó ver esa tenue iluminación proveniente del salón, como si hubiesen encendido unas velas. Siguió la luz y dio un salto cuando Marta apareció de la nada y gritó:

—¡Felicidades!

—¡Marta! —protestó Samuel—. Hemos dicho que decíamos felicidades cuando encendiera las luces.

—Pues enciéndelas, Sofía lleva media hora aquí dentro —exageró—, iba a ver la tarta si no salíamos ya.

Samuel encendió las luces.

—Felicidades —repitió.

Sofía vio a su madre detrás de la tarta, con una sonrisa de oreja a oreja esperando la reacción de su hija que, por ahora, había sido puro shock.

—¡Sopla las velas! —la apresuró Marta.

Sofía caminó hacia la tarta con la boca abierta y sopló las velas.

—Felicidades —dijo su madre y depositó un beso en su cara.

Samuel y Marta se le acercaron para darle un abrazo, a la joven ya se le había olvidado que había estado furiosa unas horas antes. Nunca habían hecho nada así por ella, eran las primeras personas que se habían tomado la molestia en hacerle una sorpresa por el día de su cumpleaños.

—Toma. Sé que no es lo que habías pedido, pero ya es hora de que tengas un móvil.

Sofía cogió la caja boquiabierta. No era un ordenador, pero aquel regalo era lo último que esperaba, había superado todas sus expectativas. No soportaba llorar delante de otras personas, así que se esforzó por reprimir las lágrimas.

—Gracias —dijo en voz baja.

Comieron la tarta, hablaron y se divirtieron, aquel era el mejor cumpleaños que Sofía había tenido jamás.

Y ahora no tenía nada, Sofía sentía que aquellos recuerdos solo eran imaginaciones suyas, algo que había vivido en otra vida muy lejana.

Giró la llave y, cuando abrió la puerta, se encontró con la el silencio que asolaba su vida desde siempre. Se le hizo imposible no pensar en Nicole. En esa misma fecha hace un año, Nicole le había hecho el regalo más bonito que le habían hecho nunca, y no se refería a comprarle casa, Sofía seguía sin encontrar las palabras para describir aquello. Solo se le ocurría que la morena había sufrido una especie de episodio psicótico y que no sabía muy bien lo que hacía cuando invirtió tales cantidades ingentes de dinero en el hogar de Sofía, hogar que luego su hermano le arrebató obligándola a ocultarse para salvar su propia vida y la de sus seres queridos.

Hace un año, no recordaba aquella sorpresa de Samuel, Marta y su madre, hace un año veía todo tan negro que hasta los buenos momentos que alguna vez había vivido se habían

ensombrecido. Pero ahora que no tenía a Nicole y eso no la distraía, pudo recordar que ella no fue la única que le dio un gran cumpleaños, sí que tuvo gente que la quiso y sí que se habían tomado la molestia por sorprenderla y hacerla sentir querida en el pasado.

No pudo evitar sentir cierta melancolía al pensar en Nicole. No la echaba de menos, pero ahora le parecía que lo que había vivido con ella era un sueño del que ya había despertado. No podía creer lo feliz que había estado hace un año, lo calmada que se encontraba con su presencia, lo mucho que le había gustado, por primera vez en siglos, celebrar el día en que nació, todo gracias a ella, que había caído del cielo para rescatarla. Ahora no le quedaba más remedio que rescatarse a sí misma.

Recordó la nota que le había dejado Nicole pensando que era Marta y lo mucho que le había confundido. Recordó recibir el mensaje de su amiga y que en ese preciso instante apareciese Nicole en la puerta de su casa, con un gesto inocente, con el sobre del banco en la mano que indicaba que la casa ya estaba pagada y que era totalmente suya.

Sacudió la cabeza como si con ello pudiera sacudir los pensamientos. Ahora, pensar en todo eso solo le traía dolor y le costaba creer en lo que había acabado su relación con la morena, lo que, en un principio, parecía idílico ya no era nada más que un amargo recuerdo.

Empujó la puerta, pero no la escuchó cerrarse. Dejó las llaves en la mesa y sacó una carpeta de su maletín preparada para seguir trabajando. Miró hacia atrás, la puerta aún no se había cerrado, era vieja y pesada, a menudo tardaba en hacer el recorrido completo y había que darle un empujón extra para cerrarla. Pero ese no era el caso esta vez.

En el resquicio de la puerta vio un pie, miró hacia arriba y vio un brazo decorado con pulseras doradas que ya conocía muy bien. Sus sospechas se confirmaron cuando Nicole entró en su casa.

Sofía no se movió, no sacó un arma, ni intentó atacar, estaba demasiado cansada y lo último que le apetecía era verla a ella. En su casa. Sin previo aviso. Molestando.

—Creía que no querías ni verme. ¿Primero intentas echarme de casa de Lola y ahora vienes tú aquí? ¿Se puede saber qué quieres?

—Quiero que te vayas. —Entró al salón y se acercó a Sofía.

Sofía rio. Eso era lo último que le faltaba por oír.

—Si has venido a contar chistes te sugiero que lo hagas en otro momento, ahora estoy muy cansada. —Siguió ordenando los folios de la carpeta.

—Mi hermano quiere que te mate, si no, lo hará él y después no sé qué hará conmigo.

Sofía se giró y volvió a mirar a Nicole. Ese comentario sí que había logrado captar su atención.

—Inténtalo —la desafió—. Aquí estoy. —Se puso frente a ella y extendió los brazos.

—¿Puedes dejar de ser tan prepotente? Te estoy diciendo que te vayas.

Sofía observó a Nicole, no estaba armada, había llegado con las manos vacías, vestida de paisana, no parecía que realmente tuviera intenciones de hacer daño a Sofía.

—No me voy a ir, y menos porque tú lo digas.

—No quiero matarte.

—No sé qué decirte, decídete, pero no me hagas perder el tiempo. O habla con tu hermano.

—¿Por qué lo haces todo tan difícil? ¿Por qué no pones las cosas fáciles? Si te vas no tengo que matarte.

—¿Fáciles para quién? ¿Para ti? Venga ya, no me hagas reír. Yo no tengo que ponerte nada fácil y tú no me vas a matar.

Nicole sacó una pistola de la parte trasera de su pantalón y apuntó a Sofía.

Sofía sonrió de medio lado.

Nicole quitó el seguro de la pistola.

—Vete.

Sofía negó con la cabeza y apuntó a Nicole con su arma. Las dos se apuntaban y se miraban a los ojos, mientras la tensión crecía en el ambiente. No se escuchaba nada, ni vecinos, ni vehículos, ni gente en la calle. Lo único que podía oír la detective era su corazón bombeando sangre, hasta que quitó el seguro de la pistola que produjo un eco ensordecedor en aquella habitación vacía.

—¿De verdad vas a disparar, Nicole? Después de todo lo que me has hecho, ¿también vas a matarme?

—Pues mira que ahora mismo no me faltan ganas. Así, quizá, podrías dejar de hacerte la víctima.

Sofía rio con sarcasmo.

—Siempre has sido un asco de persona, por mucho que te hagas la buena.

—Mira quién fue a hablar. Solo quieres venganza, cueste lo que cueste y caiga quien caiga. No te importa que mueran tus amigos, no te importan las vidas que robas, solo piensas en ti, no eres mejor que yo, métetelo en la cabeza. Las dos estamos protegiendo lo nuestro.

—Tú no sabes ni lo que proteges, a ti ya ni siquiera te interesa La Salvación, solo temes perder tu posición privilegiada, tu poder, porque no tienes a donde ir, nadie te quiere por lo que eres, estarías perdida sin el dinero que robas a la gente. —Se acercó y bajó el arma.

—Lo que sí sé es que no te quiero ver y que cada vez me dan más ganas de apretar este gatillo.

—Ya me lo has quitado todo, haz esto también.

—No seas dramática, Sofi —dijo mientras seguía apuntándole.

El teléfono sonó. Salvadas por la campana.

Nicole ya no sabía qué hacer ni cómo iba a acabar esa situación.

Sofía tampoco quería darle un final dramático, prefería que de eso se encargara Adriano o alguno de sus hombres. Quería ver desaparecer a Nicole, no encontrársela nunca más, pero no quería ser ella quien ejecutara el golpe, le parecía desagradable, un gesto feo a lo que habían vivido. Pero de lo que sí estaba segura era de que su expareja merecía pagar igual que lo iba a hacer Gabriel o igual que lo hizo Bruno.

Nicole sacó su teléfono con una mano mientras seguía apuntando con la otra. Leyó el mensaje y bajó el arma. Le dedicó una última mirada amenazante a Sofía y, sin decir nada más, se fue.

La detective suspiró aliviada, aquel encuentro no deseado estaba alcanzando unos niveles de tensión que no sabía por dónde iba a salir, lo mejor para ambas es que alguien las hubiera interrumpido.

Como si el universo se hubiera puesto de acuerdo, el teléfono de Sofía empezó a sonar. Se sorprendió al ver el nombre de Lola en la pantalla.

—¿Lola? ¿Qué pasa?

Pensó que quizá se trataba de Nicole, de inseguridades propias de Lola, quizá quería más información sobre su nueva pareja y para eso no había nadie mejor que Sofía.

—Eh… Hola, Sofía.

La voz de Lola se escuchaba jadeante, temblorosa, como si tuviera mucha prisa o se encontrara nerviosa.

—¿Estás bien?

—Verás, es que creo que me están siguiendo.

—¿Qué? ¿Quién? —Sofía se alarmó.

—No tengo ni idea. Es un hombre encapuchado, va todo de negro y no se le ve la cara.

Ya era de noche, Lola no veía nada, era todo un logro que se hubiera dado cuenta de que la estaban siguiendo, pero era imposible identificar a ese hombre a no ser que estuvieran cara a cara.

—Vale, Lola, ¿dónde estás?

—Estoy entrando a mi casa. —La respiración de Lola era cada vez más pesada. Nubes de vaho salían por su boca cada vez que hablaba—. Joder.

Sofía escuchó las llaves golpear contra el suelo.

—¿Lola?

—Me tiemblan mucho las manos, Sofía. ¿Puedes venir, por favor?

—Sí. Voy. ¿Has entrado en casa?

Silencio.

—¿Lola?

Nadie respondió. Sofía no escuchó nada que no fuera un silencio absoluto. No escuchó el móvil caerse, no escuchó la llamada cortarse, no escuchó un forcejeo ni las palabras de nadie.

Lola se había desvanecido con aquel hombre.

—¿Lola?

Nada.

—Mierda.

Sofía cogió su bolso y las llaves del coche y salió disparada de su casa. Condujo hasta SOMBRA a una velocidad no permitida por la ley, pero en ese momento no importaba, la situación no era para menos.

Entró en las oficinas esquivando al personal y cuando irrumpió en la sala principal, todos la miraron.

—Han secuestrado a Lola —dijo antes de que alguien pudiera hablar.

—¿Qué? ¿Quién? —preguntó Paula.

Claudia no dijo nada, pero se levantó de la silla a la velocidad de un rayo, preparada para actuar.

—No lo sé, pero necesito vuestra ayuda para encontrarla.

—Claro —dijo Hugo.

—¿Qué sabes, Sofía? —preguntó Claudia.

—Poco, pero tengo mis sospechas.

—Gabriel, ¿no?

Sofía asintió.

—Tenemos que ir a casa de Lola.

—Vamos.

CAPÍTULO 11

Nicole corrió a la mansión en busca de su hermano. Era curioso, cuantas más veces iba a aquel sitio, menos sentía que le pertenecía. No era su casa habitual, eso lo sabía, pero, aun así, cada vez le gustaba menos pasar tiempo allí. Se sentía una desconocida durmiendo en aquel cuarto de invitados. A pesar de los intentos que había hecho por hacerlo suyo, no lo había conseguido. Casi se podría decir que se sentía como una intrusa.

Gabriel había hecho de aquella casa su mansión y centro de operaciones y, aunque Nicole entrara y saliera cómo y cuándo le apetecía, su hermano se había encargado de demostrar que aquel sitio era suyo y de nadie más.

La joven no aguantaba la espera, estaba deseando comprar una casa en algún sitio desconocido, fuera del alcance de Gabriel y de todo el mundo, en el que pudiera descansar y dedicarse a actividades que le interesasen realmente, en el que pudiera compartir su vida con su novia.

Pero para eso hacía falta mucho dinero y para conseguirlo su negocio debía seguir en pie.

Cuando el portón comenzó a abrirse, mientras Nicole esperaba pacientemente tras las rejas, vio restos de un incendio, piezas de coche que habían saltado por los aires y que estaban quemadas. Aquello la cogió desprevenida. ¿Habían sufrido otro ataque?

Miró a los empleados de la casa recogiendo trozos del vehículo por todo el jardín, otros barrían cenizas, todos uniformados estaban trabajando en conjunto para limpiar aquel desastre que solo podía haberlo provocado una explosión o una catástrofe de una magnitud similar.

Si aquello era un atentado, las cosas se ponían serias. Era el segundo ataque en muy poco tiempo y Gabriel no lo dejaría pasar.

Nicole entró a toda prisa después de ver el caos, ni siquiera esperó a que el gigantesco portón terminara de abrirse, se hizo un hueco en el pequeño espacio y atravesó el jardín corriendo. Cuando se acercó a los empleados les preguntó:

—¿Qué ha pasado aquí? —Extendió las manos señalando el desastre.

—Han intentado atentar contra el señor Mendoza, señorita.

—¿Qué? ¿Quién?

Todos estaban cabizbajos, como siervos, como si no se atrevieran a mirar a la cara a Nicole.

—¡Nicole!

García apareció por la puerta principal.

—Ven, tu hermano te busca.

Nicole se unió al chico y juntos atravesaron los pasillos en busca del despacho de Gabriel.

—¿Qué ha pasado? ¿Por eso me has escrito? —Señaló con el pulgar hacia el jardín.

—Sí —dijo mientras aceleraba el paso—. Han intentado atentar contra tu hermano, le han puesto una bomba lapa en el coche, pero por suerte le han avisado.

—Joder… Tiene que estar de buen humor —dijo con sarcasmo—. ¿Quién le ha avisado?

—Ni idea, pero casi no lo cuenta.

Llegaron al despacho.

Gabriel estaba sentado en su trono con la frente apoyada en la mano. Nicole pudo percibir

su humor de perros desde la distancia.

—¿Qué ha pasado, Gabriel?

Gabriel dio un puñetazo con todas sus fuerzas a la mesa, tanto que el vaso con el licor que siempre bebía se cayó y se derramó por todo el suelo.

—¿Tú qué crees que ha pasado, eh? ¿Se puede saber dónde estabas? ¿Se puede saber por qué nunca estás aquí?

—Eh… tengo una vida aparte de La Salvación, lo creas o no.

—Tu vida es estar aquí cuidando el negocio que te da de comer, luego, si tienes tiempo, puedes hacer lo que te dé la gana.

—Yo cuido del negocio, pero también puedo hacer lo que me dé la gana cuando me dé la gana, ¿para qué querías que estuviera aquí? ¿Para que me hubiesen matado?

Gabriel se levantó y dio una bofetada tan fuerte a Nicole que la joven perdió el equilibrio y casi cayó al suelo.

Nicole se llevó la mano a la mejilla incrédula. Era la primera vez que su hermano la agredía. García la agarró del brazo para mantenerla en pie.

—Eso no lo digas ni en broma.

A Nicole se le llenaron los ojos de lágrimas, pero consiguió que no se le derramasen, lo último que quería era llorar delante de su hermano.

García estaba muy incómodo, miraba a los dos hermanos sin saber qué decir ni qué lado escoger.

—El Dorado se ha adelantado a nuestro ataque y han ido a por mí para que no atentemos contra ellos —dijo mientras volvía a tomar asiento.

—¿Y cómo se han enterado? —preguntó ella.

Gabriel la miró fijamente, esperando a que Nicole diera con la respuesta por arte de magia.

—No… —La morena negó con la cabeza—. Sofía nunca se aliaría con El Dorado. Igual que te odia a ti los odia a ellos. Es muy… justiciera, detesta el crimen, no podría estar cerca de Adriano sin matarlo.

—Nicole. Sé que Sofía está trabajando con Adriano, no es una suposición. Lo sé.

—No. No puede ser.

—Es así. Basta. Y por eso he tomado medidas drásticas.

A Nicole le dio un vuelco el estómago cuando escuchó aquellas palabras. Gabriel podía hacer tantas maldades que le hicieran daño que ni siquiera adivinó de lo que podía estar hablando, solo sabía que no era nada bueno.

—¿A qué te refieres?

Alzó ligeramente el mentón para indicarle a su hermana.

Nicole y García se giraron al mismo tiempo y quedaron boquiabiertos.

Dos hombres arrastraban a Lola inconsciente. La agarraban cada uno de un brazo mientras ella dejaba un rastro de sangre tras de sí.

La morena se lanzó hacia la puerta a la velocidad de la luz, pero García reaccionó más rápido y se interpuso en su camino.

—Ahora no, Nicole —le susurró.

—¿Qué haces? ¡Quítate del medio!

Golpeó con furia el pecho del joven, pero no sirvió de nada. Cuando vio que sus esfuerzos eran inútiles y estaba demasiado agotada como para intentar pasar por García, se giró y fulminó a Gabriel con la mirada.

Nicole no podía creer que su hermano ya hubiera averiguado la relación que se traía con Lola y la estuviera utilizando para hacerle daño.

—¿Qué haces? ¿Por qué haces esto?

—Te dije que mataras a Sofía.

—¡Me diste cuarenta y ocho horas! ¡No han pasado ni veinticuatro!

—¿La ibas a matar?

Nicole tragó saliva.

—¡Claro que sí!

—Solo me he adelantado a los acontecimientos para no perder tiempo porque sé que no lo ibas a hacer.

—Sí lo iba a hacer, estaba a punto de hacerlo cuando García me ha avisado del atentado. He venido todo lo rápido que he podido.

—Por si acaso, tú amiga, o lo que sea, se va a quedar con nosotros hasta que acabes con Sofía. No te preocupes, mientras tanto nadie le va a poner una mano encima, simplemente se va a quedar encerrada hasta que ella misma se consuma, cuanto más tardes en matar a Sofía, más tiempo va a pasar en una de nuestras habitaciones.

—Das asco —le espetó.

Nicole le dedicó una última mirada de desprecio a García. Después lo apartó de un manotazo y se encaminó a la celda de Lola.

Esta vez no pudo reprimir las lágrimas cuando vio a su pareja tirada en el suelo como un trapo, golpeada por todas partes, aún inconsciente, sin tener ni idea de todo lo que se le iba a venir encima si Nicole no mataba a Sofía.

La morena golpeó varias veces el cristal de la sala, trató de abrir la puerta, pero fue en vano. Golpeó con fuerza hasta que su mano se volvió roja.

—¡Lola, despierta! —dijo entre lágrimas.

Siguió golpeando la puerta.

—¡Lola!

Lola, que estaba hecha un ovillo en el suelo, abrió los ojos con dificultad y trató de dirigir su mirada al ruido, pero estaba demasiado dolorida.

—¡Lola! ¡Aquí! ¡Soy Nicole!

Cuando la morena vio que Lola había reaccionado volvió a insistir con la puerta hasta que casi se le rompieron los huesos de la mano.

Lola se giró despacio, cuando vio a Nicole detrás del cristal, gateó hacia la puerta.

—Nicole, ¿qué ha pasado? —Se pasó la mano por la cara y observó la sangre que había recogido. La miró horrorizada—. ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?

—Ha sido mi hermano. —Agachó la cabeza avergonzada—. Joder, lo siento. —Zarandeó la puerta, pero no sirvió de nada.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho? ¿Por qué estás llorando?

—No has hecho nada. Mi hermano quiere que mate a Sofía y hasta que no lo haga pretende dejarte aquí.

—¿Qué? —preguntó casi sin aliento—. ¿Vas a matar a Sofía?

—Voy a hacer lo que tenga que hacer para sacarte de aquí.

—Aguanta, nadie te va a hacer daño mientras tanto.

—¿Cómo que aguante? Nicole, ¡me han secuestrado, joder! ¡Haz algo!

—Lo sé. —La miró a los ojos—. Te voy a sacar de aquí cuanto antes, ¿vale?

—Nicole.

—¿Qué?

—No mates a Sofía.

—No te prometo nada.

Se miraron una última vez y no dijeron nada más cuando Nicole se marchó.

Nicole puso rumbo al exterior de la casa, caminaba deprisa y, cuando se cruzó con García, este le preguntó:

—¿A dónde vas?

—A matar a Sofía.

—¿Qué?

Nicole ignoró las preguntas del muchacho, se subió en su deportivo y aceleró hasta que llegó a su destino.

Sofía había decidido hacer una última parada para coger una nueva arma, mientras tanto, sus compañeros la esperaban fuera. Todos se habían coordinado con una eficacia asombrosa y estaban preparados para ayudarla lo que, una vez más, la llenó de orgullo. El mundo podría estar cayendo sobre ella y Hugo, Claudia y Paula estarían ahí para evitarlo.

La pistola que Sofía solía llevar tenía años de antigüedad, era de su padre, se la había dado cuando entró a SOMBRA por primera vez y, aunque le guardaba un aprecio inmenso y no pensaba deshacerse nunca de ella, no resultaba tan práctica en los momentos críticos en los que debía usarla. No quería arriesgarse a cometer un error así que allí estaba, en aquella sala donde guardaban una reserva de armas jamás utilizadas antes.

Seleccionó una pistola muy parecida a la que llevaba siempre, una versión renovada, la observó, la sostuvo con fuerza entre sus manos, la probó y, cuando creyó que se podría acostumbrar con rapidez a ella, se la llevó.

Sofía ni siquiera había tenido tiempo de cerrar la puerta de la sala cuando una mano le agarró por el cuello y la otra le apuntó con un arma en la sien.

—No hagas ruido.

Reconoció esa voz de inmediato y el ritmo de sus pulsaciones se redujo.

—No hagas ruido o disparo.

Sofía suspiró y se dejó arrastrar hasta uno de los baños, lejos de ese pasillo donde pudieran verlas y allí permanecieron encerradas.

La detective confiaba en tener más fuerza que ella, en que si hacía un movimiento lo suficientemente rápido podría arrebatarle el arma y ser ella quien tuviera el control de la situación. Pero era demasiado arriesgado, después de todo tenía una pistola contra su cabeza y nada le aseguraba que no acabara con una bala alojada en el cerebro.

—¿De verdad te crees que vas a salir de aquí sin que te vean? Si me haces algo te van a matar —dijo Sofía que cada vez confiaba menos en sus posibilidades de sobrevivir.

—Por lo pronto he entrado sin que me vean y, hasta donde yo sé, podría matarte en un abrir y cerrar de ojos.

—Pero, ¿quieres hacerlo?

—Tengo que hacerlo. Si no mueres tú va a morir Lola.

—¿Qué? Ha sido tu hermano, ¿no? Lo sabía.

—Eso ya no importa, lo que importa es solucionarlo.

—¿Sofía?

Era Hugo. La detective estaba tardando demasiado en seleccionar un arma nueva y sus compañeros se empezaban a preguntar dónde demonios se había metido.

Su voz era amortiguada por las paredes, podían escucharlo en la sala de armas.

—No digas nada —advirtió Nicole.

La puerta del baño chirrió.

—¿Sofía?

Hugo estaba dentro.

Sus pasos sonaban con eco en aquel baño vacío, una sola puerta los separaba y cuanto más se acercaba, más se aceleraba el pulso de la morena que, de un momento a otro se iba a encontrar en una tesitura importante.

Hugo se agachó y miró por debajo de la puerta. Tragó saliva. No dijo nada y alcanzó su arma de la pistolera.

Por su frente corrió una gota helada de sudor.

Apuntó a la puerta del baño.

—Salid. No tenéis escapatoria. Si le haces algo a Sofía no vas a salir viva de aquí.

—Joder…—susurró Nicole.

El aliento de la morena rozó la oreja de Sofía y a esta le resultó imposible reprimir un escalofrío. Hacía tanto tiempo que no estaba cerca de Nicole que creía haberse olvidado de su olor. Pero no. Eso era imposible. Y allí estaban. El olor de Nicole era exactamente como recordaba y se sintió en casa a pesar de estar a un disparo de morir. En peligro de muerte. Sabía que Nicole podía dispararle, que tenía suficientes motivos para hacerlo, pero le resultaba difícil sentirse en peligro cerca de ella, cerca del mismo cuerpo que tanto la había protegido en el pasado.

—Sofía, ¿estás bien?

En lugar de contestar, Sofía dejó caer su peso hacia atrás haciendo tropezar a Nicole con el retrete. Salió corriendo de allí, estiró su mano para alcanzar su arma. Vio a Hugo.

El joven estiró su brazo para atrapar a Sofía, pero antes de que cualquiera de los dos pudiera salvar la situación, Nicole saltó como un guepardo sobre la detective y volvió a tenerla donde quería. Agarrada con una mano y apuntada con la otra.

—¡Mierda! —Sofía se zarandeó y trató de librarse de los brazos de Nicole, pero no obtuvo resultado.

—Deja de moverte o disparo —dijo tratando de retenerla—. Y tú, suelta el arma o disparo a tu amiga.

—¿Para qué has venido aquí si no es para disparar, eh? —la desafió Sofía.

—Cállate.

—Hugo, no le hagas caso.

Hugo siguió apuntando. Le temblaban las manos.

—Baja el arma, Hugo —repitió Nicole.

Esta vez obedeció, no quería tentar a la suerte. Se agachó muy despacio y colocó la pistola en el suelo.

—Ahora aléjate.

Así lo hizo.

Cuando parecía que esa situación no iba a acabar nunca, Paula y Claudia irrumpieron en la sala con sus armas en las manos y apuntaron a Nicole.

—Suéltala. Ya —dijo Paula.

Nicole rio.

—O si no qué.

—Ha sido Gabriel. Gabriel ha secuestrado a Lola y ha obligado a Nicole a matarme para liberarla.

—Que te calles —Nicole propinó un rodillazo a Sofía y esta cayó al suelo.

—Nicole, ¿qué pretendes? No vas a llegar a ninguna parte. Si haces daño a Sofía no vas a salir viva de aquí —advirtió Paula.

—¿Es verdad lo que ha dicho Sofía, Nicole? —preguntó Claudia.

Nicole dirigió su atención a Claudia, pero no contestó.

—Si es así, podemos ayudarte. Pretendíamos rescatarla, justo ahora íbamos a buscarla. Si nos ayudas todo será mucho más fácil, no tiene por qué morir nadie.

Nicole los miró a todos, calculando sus posibilidades, ¿estarían diciendo la verdad? ¿la dejarían ir sin represalias y además la ayudarían? Probablemente no.

—Nicole, todos queremos lo mismo —insistió Claudia.

—Si decís la verdad, bajad las armas.

Claudia y Paula se miraron dubitativas y asintieron. Se agacharon y dejaron las pistolas en el suelo.

—Ahora libera a Sofía, por favor, y te ayudaremos con Lola —dijo Paula.

—Con una condición.

—¿Qué?

—A mi hermano ni tocarlo. Si se da una situación en la que os lo encontráis no le hagáis daño.

—Y una mierda —intervino Sofía.

—¿Quieres dejar de tentar a la suerte? —Nicole apretó con más fuerza el arma.

—Vale, te lo prometemos —aceptó Paula.

—Yo no te prometo nada, si veo a tu hermano lo voy a matar —insistió la detective.

—¡Sofía! —dijeron los tres al unísono.

—Te prometemos no hacer daño a Gabriel, Nicole —añadió Claudia.

Sofía sintió cómo la presión de la pistola contra su sien era cada vez menor. Su cuello fue liberado de las manos de Nicole y por fin pudo respirar con normalidad. Frotó su nuca, le dolía, al igual que varios músculos de su cuerpo que había mantenido tensos durante todo ese tiempo. Se puso de pie.

Nicole bajó la pistola.

Los demás recuperaron la suya, pero no apuntaron. Todos estaban de pie, firmes y quietos, mirando a Nicole y Nicole mirándolos a ellos, hasta que la morena rompió el silencio.

—Bueno, ¿y ahora qué?

CAPÍTULO 12

Nicole, Paula, Claudia, Hugo y Sofía se encontraban en la sala de briefing reunidos, ninguno de los cinco habría pensado jamás que un encuentro tan peculiar podría ocurrir. El motivo de la creación de SOMBRA fue acabar con La Salvación, ¿y ahora estaban reunidos con la máxima jefa de dicha organización criminal? A simple vista, aquello parecía un sinsentido y, tanto el padre de Sofía como el de Nicole, estarían decepcionados si conocieran la reunión que se estaba llevando a cabo.

Habían pasado varios minutos desde que habían entrado en la sala, algunas habían tomado asiento y otras permanecían de pie, pero nadie sabía muy bien cómo empezar a hablar. La mayoría seguía tratando de recuperar el aliento después del momento tan tenso que acababan de vivir y se les hacía raro tener que mantener la compostura y llevar acabo un intercambio cordial con la persona a la que habían estado apuntando con un arma hacía un rato por amenazar de muerte a su jefa y amiga.

—Eh…—titubeó Paula. Estaba haciendo un esfuerzo por gestionar aquella situación de la mejor manera posible—. Nicole, ¿tienes idea de dónde está Lola?

Si los compañeros de Sofía estaban tratando tan bien a Nicole, no era solo porque la necesitaran para salvar a Lola y por su utilidad como jefa de La Salvación, sino porque todos eran conscientes de la relación que se había traído con la detective y sabían que, al menos, podrían tener un mínimo de confianza en ella. Por otra parte, desconocían los sentimientos que Sofía albergaba hacia ella debido a la discreción y apatía que solía mostrar, así que tampoco querían excederse ni tratarla mal, puesto que tenían mucho que perder.

Nicole asintió.

—Está en casa de mi hermano. En una de sus casas, quiero decir. Es la misma en la se celebró la fiesta de máscaras donde se coló Sofía.

Nicole estaba de brazos cruzados sentada en una silla con las piernas estiradas sobre otra. Le costaba mirar a la cara a los que estaban allí presentes. Ella y su hermano le habían dado tantos calentamientos de cabeza a SOMBRA que no podía evitar sentirse incómoda en aquella sala.

A Sofía, pensar en la fiesta de disfraces solo le traía recuerdos amargos. Había tenido a Gabriel a centímetros de distancia, pudo haberlo matado, pero se escapó, después tuvo un desagradable encuentro con Bruno del que, por suerte, salió victoriosa y, para colmo, cuando salió a perseguir a Gabriel, descubrió que Nicole era su hermana y que había estado viviendo la peor de las mentiras junto a ella.

Miró a Nicole de reojo, preguntándose si a ella también le produciría tanto malestar aquel recuerdo, pero parecía ajena a ello, miraba a la nada como si estuviera contemplando su existencia completa.

—Genial, eso nos facilita mucho las cosas —añadió tratando de mostrar algo de optimismo.

—No tanto, esa casa está rodeada por todas partes, tiene cientos de empleados —replicó —. Esta vez no hay máscaras para cubrirse.

—¿Qué sugieres?

—Que entremos, que lo hagamos igualmente, que finjamos normalidad, los empleados no

tienen por qué sospechar si llevo algún invitado o invitada a casa. Pero si entramos los cinco en grupo, igual que sí que queda raro.

—Está bien, nos dividiremos.

—El problema es que la celda de Lola no se puede abrir, así como así y no tengo ni idea de dónde están las llaves, ni de si hay llaves.

—Entiendo.

Todos se quedaron en silencio pensativos.

—¿Y si llevamos explosivos? Podríamos reventar la puerta —sugirió Hugo.

—¿Y la discreción? ¿Y la normalidad? —preguntó Claudia.

—A ver, no es tan mala idea, pero tendríais que salir volando de allí. Probablemente os dispararían, sería llevarnos a Lola de ahí y celebrarlo, o morir.

—No me importa, no me asusta —dijo Sofía—. Si vamos, vamos con todo.

—A ver, calma —intervino Paula viendo la actitud kamikaze de su compañera—. Quizá podamos encontrar las llaves o buscar otra manera.

—No hay otra manera, Paula, ¿cuánto tiempo tardaríamos en encontrar unas llaves en una mansión? Sería como buscar una aguja en un pajar.

—A mí lo que más me preocupa es que la explosión de la puerta haga daño a Lola —intervino Nicole.

—Por eso no te preocupes, está todo calculado, no vamos a dejar que le haga daño —la tranquilizó Claudia.

—Siendo realistas, lo más probable es que las llaves las tenga mi hermano o que las guarde cerca de él, pero no creo que vaya a ser tan fácil como ir a cogerlas sin más.

—Ya… me imagino. ¿Crees que podrías quitárselas?

Negó con la cabeza.

—Creo que podría distraerlo.

—Eso ya es mucho.

—Llevaremos los explosivos en caso de que nos sea imposible coger las llaves.

Nicole asintió.

—Me parece bien. Solo quiero sacarla cueste lo que cueste. Pero ya sabéis a lo que os arriesgáis.

—Bueno, no sería la primera vez —respondió Paula.

Sofía volvió a mirar a Nicole que permanecía ajena a la atención de la detective. Le resultaba extraño ver a la morena siendo tan devota de otra persona que no fuera ella, por un momento la había creído cuando le dio a entender que siempre la querría, pero parecía ser que había relaciones que sí se superaban.

Por lo que había visto hasta ahora, Nicole sí que daba la impresión de ser la persona generosa y desinteresada que había conocido, quizá, después de todo, no se trataba de un papel que había creado exclusivamente para Sofía, aunque ya era muy tarde para volver a confiar.

Aún así, verla dispuesta a todo por Lola, le hizo sentir una punción en el estómago cuyo significado no pudo comprender.

—Creo que es mejor que vayamos ahora, yo os digo por dónde podéis entrar y mientras distraeré a mi hermano.

—Perfecto —dijo Hugo.

—No sé, esto está muy poco planeado —comentó Paula.

—Paula, es ahora o nunca, no podemos arriesgarnos a que maten o torturen a Lola —dijo Sofía colocando una mano tranquilizadora en el hombro de su compañera.

Paula asintió tratando de entrar en razón.

—Sí, tienes razón. Vamos.

Todos cogieron sus armas y comprobaron que estaban bien cargadas.

Sofía estaba amontonando unos folios con información sobre otros casos antes de abandonar la sala, cuando notó una presencia a su lado.

—Sofía.

Era Claudia. Los demás ya habían salido y esperaban fuera junto a la puerta.

—Sé que no es un buen momento, pero es que últimamente nunca lo es, quería preguntarte si ya sabes si podrás asistir a mi boda.

—Ah, perdona Claudia, siento no haberte avisado antes. Sí que pensaba ir. ¿Te importa que lleve a Marta de pareja?

Claudia sonrió satisfecha por haber obtenido una confirmación al fin.

—No, claro. Puedes llevar a quien quieras.

—Genial, gracias.

—También quería avisarte de que vamos hacer una fiesta en casa unos días antes de la boda, una especie de despedida de soltera, por si quieres venir.

—¿Una fiesta? No te hacía yo muy fiestera.

—No… ni yo, pero Sara ha insistido y, bueno, estaría bien reunir a todos nuestros amigos para hacer algo más informal.

—Suena bien. Allí estaré.

A decir verdad, el espíritu fiestero de Sofía estaba por los suelos. No le apetecía celebrar nada, pensaba que no tenía motivos para hacerlo y además estaba segura de que se aburriría como una ostra. Pero Claudia no se merecía ese desaire, habían compartido demasiados años de amistad y confianza como para estar ausente en momentos tan importantes de su vida.

—Perfecto, pues contamos contigo. —Sonrió de oreja a oreja.

Salieron juntas de la sala de briefing.

—Antes de llegar quiero poner una regla —dijo Nicole cuando Claudia y Sofía se incorporaron.

—Adelante.

—No hagáis daño al personal de servicio, no van armados y son inofensivos, solo se dedican a hacer tareas del hogar y no tienen nada que ver en esta guerra que tenéis con mi hermano.

—Ya, pero si advierten de nuestra presencia no podemos dejar que avisen a los guardias o nos matarán.

—Haced lo que tengáis que hacer, pero no les hagáis daño, dormidlos, encerradlos, amordazadlos, pero no los matéis, son gente normal.

—Está bien —concluyó Paula—. Vamos, se nos está haciendo tarde.

—Hola, Elsa. —Nicole le dedicó una sonrisa encantadora a la empleada que barría la entrada principal.

—Hola, ¿cómo se encuentra?

Nicole seguía caminando por el jardín alegremente, sin interrumpir su recorrido.

—Todo bien, gracias.

Elsa era su empleada más cercana, la mujer había visto a Nicole y a Gabriel crecer y había cumplido tantas funciones propias de una madre en ausencia de los verdaderos progenitores que para Nicole era su verdadera madre. A pesar de que había tratado a Gabriel del mismo modo, el lazo que los unía no era más que el de hijo rico heredero y empleada del hogar,

algo muy diferente a la relación entre las dos mujeres que albergaban un afecto inquebrantable la una por la otra.

Elsa siempre obedecía a Gabriel, no protestaba y agachaba la cabeza cuando pasaba cerca, era una trabajadora modelo, pero Nicole era su ojito derecho, la alegría de trabajar allí y el motivo por el que permanecía en aquella casa.

Nicole siempre colmaba a Elsa con regalos y favoritismos cuando su hermano no estaba cerca, le otorgaba cantidades ingentes de dinero como pagas extra y hasta les había pagado los estudios a sus hijos, se aseguraba de que se encontrara bien y la protegía por encima de cualquier otro empleado. Hacía poco, le había conseguido la habitación más grande de toda la casa para que se sintiera lo más cómoda posible.

Así que se podría decir que entre los cientos de empleados que trabajaban en aquella mansión, Elsa era prácticamente la única persona en la que Nicole podía confiar.

La mujer continuó deshaciéndose de las partículas de polvo que se acumulaban en la entrada y Nicole se dirigió al patio trasero.

Abrió una de las puertas que daba a un trastero sucio y obsoleto que nadie solía visitar. Después emprendió su otro camino y fue en busca de su hermano a través de la entrada principal.

—Elsa, ¿has visto a Gabriel?

—Creo que está en su despacho, señorita, o si no en su dormitorio.

—Vale, gracias.

Nicole siguió los pasos que le había indicado Elsa y fue al despacho, llamó a la puerta, entró, pero no tuvo suerte. Gabriel no estaba allí, así que, esta vez, puso rumbo al dormitorio.

Llamó a la puerta.

Un Gabriel malhumorado le recibió sin camiseta, con los ojos entrecerrados acostumbrándose a la luz que provenía del exterior.

—¿Qué quieres? —dijo con voz ronca.

—Ah, bueno, si estabas durmiendo te dejo. Hablamos más tarde. —Se dio la vuelta.

—Nicole. —Advirtió con tono grave—. ¿Qué quieres?

Nicole se giró y se acercó a su hermano.

—Es sobre Sofía. —Entró y cerró el pestillo—. Siéntate.

Gabriel obedeció. Recogió la camiseta que había dejado a los pies de la cama y se la puso.

—¿Qué pasa? ¿La has matado? —Se encendió un cigarro.

—No. Pero he sabido que se ha reunido con Adriano, como dijiste. Tenías razón.

Nicole no sabía muy bien qué estaba haciendo. Había acudido a casa con tanta prisa que para distraer a Gabriel que lo mejor que se le había ocurrido era improvisar. Su principal objetivo era mantenerlo dentro de aquella habitación, todo el tiempo posible, mientras los demás se colaban en la mansión, quería distraerlo hasta tal punto que ni siquiera consultara su teléfono móvil.

A partir de ese momento era trabajo del resto ser discretos.

Paula, Hugo y Sofía estaban entrando por la puerta que Nicole les había dejado abierta mientras Claudia les daba su apoyo desde la furgoneta que había aparcada dos calles atrás. Para sorpresa de todos, no había guardias alrededor del jardín, como mucho se podrían haber topado con algún empleado demasiado distraído en tareas de jardinería o mantenimiento como para prestar atención a lo que ocurría a su alrededor.

Aunque ocasionalmente le servía a Gabriel como base de operaciones, aquel solía ser un lugar tranquilo, lo más parecido a una casa que podía disfrutar El Príncipe en El Puerto de Teira.

El lugar perfecto para relajarse, realizar trabajos tranquilos y celebrar eventos sociales, por lo que la vigilancia no era excesiva como en otros de los edificios que le pertenecían, además, poca gente sabía de esa casa más que algunos amigos cercanos.

—Vale, podéis salir del trastero, no hay nadie alrededor —dijo Claudia. Vigilaba el interior de la casa con las cámaras infrarrojos del dron que habían desplegado en directo.

Elsa, que seguía limpiando la entrada, vio aquel pájaro metálico sobrevolando la casa y entrecerró los ojos con sospecha.

Los tres jóvenes siguieron avanzando, Paula y Hugo se separaron de su compañera y se encaminaron en busca del despacho de Gabriel, mientras que Sofía fue en busca de la celda de Lola, siguiendo las instrucciones breves que Nicole le había dado de camino a la mansión.

Todo había ocurrido muy rápido. En el coche, Nicole había tratado de explicar a Sofía dónde se encontraba Lola, pero había sido tanta información en tan poco tiempo y aquella casa era tan grande que todas las palabras se le estaban mezclando en la cabeza y ahora ni siquiera recordaba dónde estaba.

Sin pensar demasiado, siguió avanzando dejando que su intuición la guiara.

—Sofía, viene alguien por la derecha, escóndete —dijo Claudia a través del pinganillo.

La detective entró en pánico y miró a su alrededor. El único sitio por el que podía escapar era una pequeña puerta que tenía a su izquierda, así que, mientras rezaba porque no hubiera nadie en esa habitación, la abrió y entró.

Permaneció en el interior escuchando los pasos acercarse y esperando a que se alejasen, pero no fue así. Estaban cada vez más cerca y se dirigían hacia ella.

Sacó su pistola y la cargó. La puerta se abrió.

—Sofía, están entrando a la habitación en la que estás.

Sofía apuntó con el arma esperando a que el visitante revelara su identidad y, cuando lo hizo, vio a una mujer con un carrito de limpieza.

La detective se llevó el índice a los labios y la mujer calló. Abrió mucho los ojos y tragó saliva, parecía a punto de sufrir un infarto.

—Date la vuelta —susurró e hizo un movimiento circular con la pistola.

La empleada obedeció. Sofía le ató las muñecas y los pies, le hizo sentarse y la amordazó, después la miró a los ojos y le dijo:

—Si te quedas aquí no te va a pasar nada.

—Sofía, puedes salir —indicó Claudia.

La detective abrió la puerta muy despacio, con un sigilo propio de ella y la cerró sin que nadie pudiera escucharla. Para su fortuna, no había tenido que pelear con aquella mujer, la empleada fue muy obediente y permaneció en el suelo sin protestar, ahora solo le quedaba confiar en que no emitiera ningún sonido.

Siguió recorriendo los pasillos de aquel lugar inmenso sin demasiada dificultad, no hubo ningún aviso de Claudia ni ninguna sorpresa desagradable, hasta que se topó con unas escaleras que descendían y recordó que Nicole le había mencionado algo parecido en el trayecto en coche. Sofía no se lo pensó dos veces y bajó.

En la planta inferior se encontró con un corto pasillo que no llevaba a ninguna parte. Sus paredes constaban de cuatro pequeñas celdas en total, dos a cada lado, todas ellas vacías. Sofía las recorrió varias veces, incrédula, eran demasiado pequeñas para ocultar a alguien, si Lola no se veía a simple vista era porque no estaba allí.

—Claudia, están vacías —susurró.

—¿Qué?

—Aquí hay cuatro celdas como las que ha descrito Nicole y están vacías.

—Entonces solo se me ocurre una cosa.

—¿Crees que la han matado?

—No, creo que la han cambiado de sitio para despistar a Nicole.

—Mierda.

—Salid de la casa antes de que os pillen, ya no tiene sentido que estéis allí.

Sofía volvió a las escaleras lo más rápido y sigilosamente que pudo, y antes de Claudia pudiera avisarle, escuchó unos pasos que descendían en su camino.

—Sofía, alguien se acerca.

—¿Y dónde quieres que me meta? No hay salida.

Corrió y tiró de todas las puertas tratando de esconderse en alguna de las celdas, pero no tuvo suerte, así que, como último recurso, apuntó su arma hacia las escaleras y esperó.

Sofía vio a un hombre bastante más corpulento que ella, alto y musculoso, y pensó que estaba perdida, que solo le quedaba disparar, pero cuando elevó su mirada, se dio cuenta de que aquello no era lo que esperaba encontrar.

—¿Samuel?

—¿Sofía? ¿Qué estás haciendo aquí? Aquí me llaman García —puntualizó.

—Eso te lo debería preguntar yo a ti, ¿no crees? ¿Trabajas para La Salvación? ¿Me engañaste?

—No, cuando te fui a buscar no había empezado a trabajar aquí. Fue después de hablar contigo cuando me di cuenta de lo mucho que quería encontrar a Nicole y que me diera una explicación.

Sofía estaba boquiabierta. No sabía por dónde empezar, tenía demasiadas preguntar que hacerle y algún que otro reproche.

—¿Me vas a matar? ¿Vas a chivarte de que estoy aquí?

—¿Qué? —se escandalizó—. No, pero si no te vas de aquí nos van a matar a los dos, ¿a qué has venido?

—Estoy buscando a Lola, ¿sabes dónde está?

—La han llevado a otra casa, pero no sé muy bien a dónde.

—¿Seguro?

—Seguro. Gabriel tiene demasiadas casas como para saberlo, quizá Nicole te pueda ayudar.

Lo miró de arriba abajo, dudando de que estuviera diciendo la verdad.

—Bueno, tú y yo ya hablaremos.

Sofía corrió hacia las escaleras en busca de la salida, con suerte, Claudia ya habría avisado a Paula y a Hugo y todos estarían dirigiéndose al exterior.

Nicole trató de analizar a su hermano con todo el disimulo que pudo, pero Gabriel no tardó en darse cuenta de que su hermana estaba actuando de una manera un tanto extraña.

—¿Qué pasa? ¿Qué miras tanto? —preguntó frunciendo el ceño.

—Nada, ¿la camiseta es nueva?

—No.

—Ah… es que es muy bonita.

Gabriel enarcó las cejas y sacudió la cabeza, no entendía qué mosca le había picado a Nicole.

Se levantó y alcanzó su teléfono de la mesa que había junto a la enorme ventana y cuando se dio la vuelta, Nicole vio un conjunto de llaves colgando de su cinturón.

—Sofía se ha reunido con Adriano me decías…

—¿Eh? —dijo sin apartar la mirada de las llaves, gesto que no pasó desapercibido para Gabriel—. Así es, pero antes de contarte nada quiero ver a Lola.

Gabriel rio.

—Lola no está aquí, ¿creías que te lo iba a poner tan fácil? Y ahora no me hagas perder el tiempo. Habla.

De aquella improvisación tan absurda como arriesgada, a Nicole la salvó el sonido de notificación del teléfono de Gabriel.

—Han entrado.

—¿Qué?

Gabriel apartó a Nicole de un empujó y salió de la habitación arma en mano. Ella corrió detrás de él.

Tan pronto abandonaron la estancia, Hugo y Paula pasaron por delante de la habitación corriendo como alma que lleva el diablo. Gabriel dio dos disparos. El primero hizo a Hugo tropezar con sus propios pies al agacharse para esquivarlo, estuvo a punto de caer al suelo, pero, para su fortuna, no lo hizo. El segundo se convirtió en una bala perdida que fue a parar a una anilla de las cortinas.

Nicole corrió detrás de los detectives, sobrepasando a Gabriel, como si eso impidiera que siguiera disparando.

—¡Nicole! ¿Qué haces?

Nicole no escuchó nada y siguió corriendo para alcanzar a los dos jóvenes.

—¡Por aquí! La salida está por aquí —dijo casi sin aliento.

Gabriel persiguió a su hermana, pero ella fue más rápida.

Atravesaron los pasillos, giraron a izquierda y derecha, hasta que cuando pudieron ver la salida, se toparon con Sofía de frente.

—¡Sofía! ¡Por aquí! —exclamó Hugo.

La gigantesca puerta principal estaba cerrada, al contrario que cuando Nicole había entrado, y a su lado, una confundida Elsa que aún sujetaba su escoba.

Los disparos eran cada vez más y más ruidosos, ya no era Gabriel el único que disparaba, a él se le habían unido los guardias.

—Elsa —Jadeando, Nicole apenas pudo pronunciar su nombre—. Abre, por favor, abre.

Si Elsa no abría aquella puerta, las posibilidades de que todos murieran a tiros era altísima. Ya casi podían tocar el picaporte, pero aún les faltaban unos metros para llegar y sus piernas comenzaban a fallarles.

—¡Elsa! ¡Por favor!

La mujer reaccionó y, antes de que el grupo llegara, les abrió la puerta de par en par para que pudieran escapar. Después se hizo a un lado y fingió estar asustada por la situación.

Nicole quiso darle las gracias, pero no había tiempo. Los cinco salieron al jardín entre las balas. Sofía cayó al suelo, pero pudo reincorporarse rápidamente. Hugo se escondió tras una estatua y esperó a que los disparos le dieran un respiro.

Milagrosamente, ninguno fue herido y cuando consiguieron atravesar el portón, Claudia apareció derrapando con la furgoneta.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Subid!

Todos subieron y Claudia pisó el acelerador a fondo. Nicole fue la última en subir, con las pocas fuerzas que le quedaban cerró la puerta de la furgoneta.

—¿Cómo coño se han enterado de que estábamos ahí? Paula y yo no nos hemos

encontrado con nadie —preguntó Hugo.

—Ha sido Samuel García, seguro —dijo Sofía.

Todos respiraban con dificultad tratando de recuperar el aire.

—Me lo he encontrado en las celdas, pero no parecía que me fuera a traicionar de esta manera.

—No creo que haya sido él —intervino Nicole.

—Alguien ha tenido que ser y solo él me ha visto.

—Dejemos las discusiones para luego —añadió Claudia.

—Lola no estaba ahí dentro, García me ha dicho que se la han llevado a otra casa, pero que no sabe dónde.

—Nicole, ¿alguna idea? —preguntó Claudia al volante.

—Sí, se me ocurre un sitio. Sigue recto —le indicó.

Justo cuando empezaban a recuperar el aliento, un coche apareció tras ellos a toda velocidad y tres hombres comenzaron a disparar desde su interior.

—Joder… —dijo Claudia que estaba haciendo todo lo posible por no chocar—. Disparad.

Hugo, Paula y Sofía se asomaron por las ventanas y devolvieron los disparos.

Nicole miraba muy confundida a ambos bandos, no sabía qué hacer, estaba desarmada. Desarmada y asustada.

—¡Claudia, acelera! —exclamó.

—¿Y qué crees que estoy haciendo?

Afortunadamente, una de las ruedas de aquel vehículo explotó y cuando el conductor perdió el control, el coche chocó contra un bordillo.

No tardaron en llegar al lugar que Nicole había indicado. Se trataba de la misma casa en la que Samuel había sido retenido. Nicole la llamaba *La casa de los secuestros*.

—Siempre que mi hermano quiere hacer daño a alguien lo trae aquí —indicó la morena —. Lola tiene que estar cerca.

Bajaron de la furgoneta y observaron la casa. No había nadie en el exterior, nadie vigilaba ni amenazaba con matarlos. Atentos a cada ángulo, arma en mano, no se demoraron en entrar.

La casa estaba igual que el exterior, vacía.

—¿No hay nadie? —preguntó Hugo.

—Qué raro —dijo Sofía.

—Vamos a darnos prisa —indicó Nicole—. Solo hay una habitación en el sótano, no va a ser difícil encontrarla.

Los detectives siguieron los pasos apresurados de Nicole que bajó unas escaleras ocultas que llevaban a aquel lugar oscuro y tenebroso.

Nicole agarró los barrotes del ventanuco y miró en el interior.

—¡Está ahí! ¡Está ahí! —Señaló y dio un salto.

Sofía se acercó y vio a Lola en una esquina hecha un ovillo. Golpeada por todo el cuerpo y con un charco de sangre seca a su alrededor.

—Joder… voy a matar a Gabriel —dijo furiosa.

Nicole trató de tirar de la puerta, pero no sirvió de nada. Tampoco tenían llaves.

—Mierda, mierda, ¿cómo la sacamos ahora?

—Hugo, los explosivos.

—Sí.

Hugo abrió la bolsa y colocó los explosivos en la puerta. Todos se alejaron y el estallido

monumental echó la puerta abajo.

—Lola… —Nicole corrió al interior y se arrodilló junto a ella. Dio la vuelta al cuerpo de la pelirroja para ver su rostro. Tenía los ojos cerrados, estaba inconsciente. La morena colocó dos dedos en su cuello—. Está viva.

Como era de esperar, Gabriel no había cumplido su promesa de no volver a dañar a Lola, pues la joven tenía heridas frescas por todo el cuerpo y se le habían formado varios moratones de la primera paliza.

—Joder… está fatal —añadió con las lágrimas a punto de desbordar de sus ojos.

—Le diré a Sara que la vea —dijo Claudia.

—¿Quién? —preguntó confundida.

—Sara es la novia de Claudia, es médica —la tranquilizó Sofía.

Sara había sacado a los de SOMBRA de apuros en más de una ocasión. Eran incontables las veces que les había tratado por ser los amigos de Claudia, aunque normalmente trabajaba en un hospital, para ellos era como una más, una miembro esencial que les había llegado a salvar la vida y todos ellos le guardaban un gran aprecio.

—Tenemos que llevárnosla de aquí, estamos tardando demasiado —enunció Paula.

Hugo se acercó para recoger el cuerpo de Lola, pero Sofía se adelantó y cargó con la pelirroja en sus brazos.

—Vamos.

CAPÍTULO 13

Leyla apareció por primera vez en la celda en todo el día. Desde que había salido al patio, Nicole no la había vuelto a ver, era como si la hubiera estado esquivando desde su último encuentro.

La morena cerró el libro tan pronto la vio entrar y lo colocó sobre la cama, buscando el contacto visual con su compañera de celda que todavía ni siquiera la había mirado a la cara.

—¿Se puede saber qué ha sido lo de antes?

A Nicole nunca le había gustado dar rodeos, se le daba fatal eso de fingir que algo no le importaba demasiado cuando en realidad se estaba muriendo por saberlo, y haber visto a Leyla besando a Durán era un acontecimiento tan aberrante que necesitaba respuestas antes de saber si podría seguir teniendo una relación normal con su compañera de celda.

—¿Lo de antes qué? —preguntó con la mirada gacha, prestando atención a las sábanas que estaba doblando.

—Venga ya, Leyla, espero que tengas una buena explicación.

—Es que, de verdad, no sé a qué te refieres.

Nicole se levantó rápidamente de la cama y se acercó al rostro de Leyla, tratando de que la mirara a los ojos de una vez por todas.

—Me refiero a que por qué coño estabas besando al asqueroso de Durán, a eso me refiero.

—Ah, eso… No es asunto tuyo.

Nicole soltó una carcajada incrédula.

—¿Primero me dices que no me acerque a él y ahora te pillo besándolo? ¿Y no es asunto mío? ¿Qué pasa, que lo quieres solo para ti?

Leyla lanzó a Nicole una mirada penetrante.

—No hables de lo que no sabes.

—No sé porque no me explicas, pero quiero saber. Cuéntamelo.

—Nicole, déjame en paz. —Dobló y colocó la sábana en el armario.

—Muy bien, si no me explicas se lo cuento al director y que decida él lo que quiere hacer contigo y con Durán.

Leyla rio.

—No te atreverías.

—¿Quieres ponerme a prueba?

—Eres una caprichosa insoportable.

—Lo que tú digas, pero cuéntamelo.

—Siéntate.

Nicole obedeció y se sentó en la cama.

—Durán me chantajea.

—Has ido a lo fácil, ¿no? Si eso es verdad, ¿por qué no me lo contaste el primer día?

—¿Me quieres escuchar? No te lo conté porque, si lo hacía, luego no sé con qué cara iba a pedirte que te alejaras de él. Es realmente peligroso, no solo acosa a las presas, va más allá. —Gesticuló con las manos—. Entiendes, ¿no?

—Sí, ¿y a ti qué te hace?

—Cuando acabé con la vida de mi marido y de mi hijo solo me quedó mi hermana, es el único ser querido que tengo. Durán se enteró rápido cuando ella empezó a visitarme, mi hermana era la única que entendía lo que había hecho y por qué lo había hecho. Al poco tiempo se aproximó a ella en la calle y le prohibió que volviera a visitarme, la amenazó.

—¿Por qué?

—Para aislarme, supongo. Para tenerme sola y débil, y hacer conmigo lo que quisiera.

—¿Entonces no has vuelto a ver a tu hermana?

—No. La última vez que la vi fue hace unos dos años.

—Joder…

—Después comenzó a amenazarme y me dijo que, si no le daba lo que quería, iría a por ella, yo también soy su única familia. Además, me dijo que me daría dinero para el economato, ya que mi hermana no puede hacerlo porque le prohibió venir.

—¿Eres tú quién le dio mis cosas?

Leyla asintió.

—Joder, Leyla, ¿cómo se te ocurre? Me has mentido y me has hecho sentir como una estúpida durante semanas.

—¿No has escuchado lo que acabo de decir? Nicole, me amenaza constantemente.

—¿Y qué? Leyla, tú no eres así, tú no te dejas extorsionar por nadie. ¿Cómo me pides a mí que no me acerque a él si luego tú vives así? Tienes que pararle los pies.

—¿De verdad estás diciendo que esto es mi culpa? ¿Te estás escuchando? ¿Sabes lo que es sufrir una violación? ¿Que amenacen con la vida de tus seres queridos si no lo haces? —Leyla estaba a punto de romper a llorar, pero estaba luchando por no hacerlo delante de Nicole.

Nicole nunca la había visto en ese estado, tan nerviosa, tan enfadada.

—Leyla —susurró. Nicole se acercó y la cogió de las manos—. ¿Se te ha olvidado? Claro que sé lo que es sufrir una violación, abusos constantes y maltratos. Precisamente por eso te lo digo, porque no mereces vivir así.

—Nicole. —Se zafó de sus manos y dio un paso hacia atrás—. Todo eso es muy bonito, pero tú y yo no estamos en la misma situación y se te podría ocurrir que no todo el mundo puede gestionar las cosas como tú.

Leyla se fue de la celda con el rostro quebrado de dolor y Nicole se quedó plantada sin saber a dónde ir.

—¿Se ha despertado?

La voz de Sofía la devolvió a aquel lugar. Nicole salía de la habitación de Lola. Estaban en casa de Claudia y Sara.

—Todavía no, Sara la está mirando.

Se sentó en el sofá junto a Sofía. Suspiró y se llevó las manos a la cabeza. Estaba llena de suciedad, su melena azabache estaba descontrolada y parte de su vestuario estaba roto.

Los demás no se diferenciaban mucho, todos estaban heridos, agotados y sucios. La persecución aún estaba reciente y ninguno de ellos había tenido ocasión de descansar desde que habían rescatado a Lola.

Sofía miraba al frente. Aún le resultaba extraño estar al lado de Nicole sin tirarse de los pelos, en silencio, en paz. Era incómodo tenerla cerca, no sabía bien cómo actuar, pero, a decir verdad, era un respiro no estar discutiendo, no tenía ánimos para volver a enzarzarse en una pelea.

—¿Entonces Lola y Nicole están juntas? —murmuró Hugo.

Hugo y Paula estaban apoyados en la ventana. Él había atracado la nevera de Claudia, como de costumbre, y estaba rebañando los restos de un yogur.

La discreción del muchacho brilló por su ausencia y, aunque las allí presentes habían escuchado la pregunta, decidieron fingir que no había sido así.

Paula asintió.

—Qué de vueltas da la vida —dijo lamiendo la cuchara y depositando el contenedor vacío en la papelera.

—Aunque, después de esto, no sé si va a seguir siendo así —respondió la morena con agotamiento.

Sofía miró a Nicole. Parecía derrotada, se le debían estar pasando muchas cosas por la mente, como haber traicionado a su hermano por su novia y las consecuencias que eso le traería.

—Quería darte las gracias —dijo para la sorpresa de la detective—, aunque no estemos en nuestro mejor momento, has hecho todo por ayudarme. Bueno, en realidad quería dároslas a todos. —Miró a Hugo y a Paula—. Sé que no lo habéis hecho por mí, pero igualmente os estoy muy agradecida —pronunció tragándose todo su orgullo, y al hacerlo, juró sentir cómo le quemaba la garganta. Había estado a punto de matarlos y, sin embargo, los detectives se habían convertido en el único motivo por el que Lola estaba viva.

—Para eso estamos —respondió Paula con una sonrisa—. Creo que me voy a ir, estoy agotada y ya me cuesta estar de pie.

—Sí, yo también —dijo Hugo—. Manda un mensaje cuando Lola se despierte, Sofía.

—Sí. Adiós.

—Nos vemos. —Saludó con las manos a ambas y Paula lo siguió hacia la salida.

Claudia salió de la habitación y Sofía y Nicole se pusieron de pie.

—Se ha despertado —susurró Claudia.

—¿Y qué? ¿Cómo está? —preguntó Sofía.

—Mal —respondió simple y llanamente.

Nicole no preguntó, en su lugar entró a la habitación como una exhalación y dejó a Sofía y a Claudia en la sala de estar.

Sara estaba guardando algunos objetos en su botiquín cuando llegó. Miró a Nicole.

—Os dejo. —Frunció los labios y se fue.

Al oír las palabras de Sara, Lola, que estaba tumbada bocabajo, giró el cuello y vio a la morena en la puerta. Su expresión al mirarla fue de lo más inerte, como si no le emocionara en absoluto aquella visita.

A Nicole no le importó y se sentó en la cama junto a ella. Lola tenía la mirada perdida y los brazos extendidos a lo largo de la cama, como si no se pudiera mover.

—¿Cómo estás? —pronunció casi en un susurro.

Lola rio con sarcasmo y sus ojos comenzaron a enrojecer.

—No estoy en mi mejor momento. —Cada una de esas palabras luchó por salir de sus labios, a Lola le dolía hasta hablar.

—Lola, lo siento. He intentado todo para que esto no pasara.

—Sofía tenía razón.

Aquello era quizá lo peor que podía haber dicho la pelirroja.

—No era consciente del peligro que corría estando contigo.

Una lágrima se deslizó por su mejilla.

Nicole unió sus manos y agachó la cabeza, no sabía qué decir.

—¿Qué estás pensando?

—Que lo mejor es separarnos.

Nicole carraspeó.

—Tu hermano me ha hecho mucho daño, nunca había pasado tanto miedo, pensé que iba a morir, lo entiendes, ¿no?

La morena asintió.

—No voy a intentar convencerte de que sigamos juntas porque sé que no es justo, pero entiende que yo no quería que esto ocurriera y que he hecho todo por evitarlo.

—Lo entiendo, pero entiende tú que no me gusta ser utilizada como un instrumento de chantaje. No quiero morir ni sentirme como un objeto en peligro constante.

—Claro. ¿Estás enfadada conmigo?

—No lo sé… con quién más enfadada estoy es conmigo misma, me siento una estúpida.

—No lo estés, nada de esto es culpa tuya. —Acarició su pelo y le secó una lágrima con el índice—.

—¿Cómo he salido de allí? ¿Quién me ha liberado?

—Los de SOMBRA y yo fuimos a por ti.

Lola miró a Nicole de arriba abajo.

—Estás hecha un desastre.

Nicole rio.

—Sí.

Lola trató de sentarse en la cama, pero fue en vano.

—No te muevas.

Nicole la sostuvo y la pelirroja se dejó caer otra vez en la cama.

—Lola. A partir de ahora nadie te va a poner una mano encima, ¿vale?

—¿Tú crees?

Nicole no podía estar segura de lo que prometía, pero creía que, si pronunciaba aquellas palabras con cierta confianza se cumplirían. También pretendía tranquilizar a Lola, la pelirroja debía estar al borde del colapso mental con los eventos traumáticos que acababa de vivir y no sabía si podría procesarlo algún día.

—¿Está Sofía aquí?

Nicole asintió con cierta decepción.

—¿Puedes decirle que venga?

—Claro. —Forzó una sonrisa.

Nicole salió de la habitación cabizbaja y buscó a la detective.

Sofía estaba sentada con las piernas cruzadas, se mordía el pulgar con nerviosismo y su mirada estaba en otro lugar que no era ese. Cuando vio salir a Nicole de la habitación, se levantó.

—Lola quiere verte.

Asintió e inmediatamente atendió la petición de la pelirroja.

Lola sonrió tan pronto vio a Sofía entrar por la puerta. La detective le devolvió la sonrisa.

—Hola.

Había conseguido sentarse en la cama apoyándose en el cabecero.

—Acércate —le indicó con la mano.

Sofía obedeció y se sentó a su lado.

—¿Cómo te encuentras?

—Tenías razón. —Sonrió con tristeza.

—Odio tener razón.

—Le he dicho a Nicole que lo mejor es separarnos.

Sofía asintió.

—Entiendo que te guste Nicole, pero no tienes que poner tu vida en juego por nadie.

—Ya… pero es difícil dejar de sentir lo que siento.

—Poco a poco, trata de recuperarte primero, han pasado muchas cosas en muy poco tiempo.

—Sí… de todas formas estoy demasiado asustada como para siquiera mirarla a la cara. —Comenzó a temblar—. Sofía, dime que no van a volver a por mí.

—No van a volver a por ti, y si lo intentan van a tener que vérselas con nosotros. Estoy segura de que Nicole también va a mover cielo y tierra para que estés bien.

—No sé… me siento tan vulnerada.

—No pienses demasiado ahora, solo descansa. Nadie va a encontrarte aquí y Claudia estará muy atenta de todas formas.

Sujetó su mano.

—¿Puedes quedarte tú también?

—Claro.

Sofía necesitaba descansar como el resto, pero no se veía capaz de dejar a Lola sola con tanto miedo.

—Voy a decirle a Marta que se ocupe de Coco. —Sacó el móvil de su bolsillo, salió de la habitación y mandó un mensaje.

En la sala de estar, se volvió a encontrar con Nicole.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada, necesita descansar. —Guardó el teléfono en su bolsillo trasero—. Quiere que me quede, tiene miedo.

—Ya… me ha dejado, ¿lo sabes?

—Sí, me lo acaba de decir.

—Estarás contenta, ¿no? —Trató de reprimir su ira con una sonrisa sarcástica.

—No, no lo estoy, pero quizá así dejes de hacer daño a la gente que te rodea.

Nicole rio.

—El día que dejes los reproches va a ser el día que seas feliz.

—No es un reproche. Lola no tiene la culpa de nada y no tiene por qué verse envuelta en esto.

—Lola es adulta y decidió estar conmigo con todas las consecuencias, yo no la obligué, yo la advertí.

—Quizá deberías haberte esforzado más. Lola es una persona de a pie, no creo que esté preparada para una relación tan arriesgada.

—Ya, pero para estar contigo sí, ¿no?

—Lola y yo no teníamos ningún futuro, lo nuestro acabó para bien.

—No me apetece discutir. —Cogió su bolso—. Has ganado, Sofía. Enhorabuena.

Se marchó de la casa de Claudia con un portazo.

—¿Te quedas a dormir entonces? —preguntó Claudia. Estaba sentada en el sofá junto a Sara.

—Si no os importa.

—Claro que no. Voy a buscarte unas toallas y un pijama.

—Gracias.

A la mañana siguiente, Sofía amaneció con un dolor de cabeza inmenso. Había tratado de

cumplir su promesa a Lola, pero acabó cayendo rendida y durmió toda la noche. Era un alivio, ya no recordaba cuando había sido la última vez que había dormido más de cuatro horas y la medicación no es que ayudara en sus horarios de sueño, más bien al contrario.

Miró a su lado y vio a Lola durmiendo, había podido sentir cómo daba vueltas toda la noche en la cama y estaba segura de que aquel era el único momento que había tenido para conciliar el sueño.

Se levantó sin hacer ruido y se puso la ropa del día anterior, salió a la cocina y se preparó un café con las cápsulas que Claudia había expuesto cómodamente en la encimera.

—¿Te vas ya?

Claudia apareció en la cocina frotándose los ojos con cansancio y bostezando.

—Sí, tengo que hablar con Marta. Lola sigue durmiendo, no la he despertado.

—Tranquila, me quedo con ella. Te llamo en caso de emergencia.

—Gracias, Claudia.

Le acarició el hombro, bebió lo que le quedaba de café de un trago y se fue.

Cuando llegó a su casa, llamó a la puerta y Marta le abrió.

—¿Qué pasó ayer con Lola? —preguntó angustiada.

—Gabriel Mendoza la secuestró y conseguimos rescatarla. Estaba muy asustada y hemos dormido en casa de Claudia.

Entró en casa.

—Ay, Dios, pobre, ¿cómo está?

—Pues mal, la verdad. No sé cuántas palizas le han dado, pero no te hubiera gustado ver su aspecto.

—Dios mío… Sofía, a mí esta situación me tiene en tensión constante, toda la gente a tu alrededor acaba mal, no quiero ser la siguiente.

—Marta, que a ti nadie te va a hacer daño, te lo he dicho mil veces —respondió con cansancio—. No te preocupes, de verdad.

—Búscate otro trabajo, anda.

—Ya me gustaría. Hablando de trabajo, quería comentarte algo para ver qué opinas.

Marta se sentó interesada en el sofá y miró a su amiga expectante.

—Cuenta.

—A ver… no sé cómo empezar.

—Por el principio, venga. —La urgió con la mano.

—He hecho algo y ahora no sé si es buena idea.

—¿Qué has hecho?

—Bueno, tú sabes que Nicole y yo acabamos mal, que está relacionada con la muerte de mi madre y con la de Samuel…

—Sí, ¿y?

—Hace poco me reuní con El Dorado, que son los mayores enemigos de La Salvación, y les pedí que acabaran con Nicole. —Sofía no estaba orgullosa de lo que acababa de decir, agachó la cabeza y esperó que Marta pudiera comprenderla.

—¿Por qué has hecho eso?

—Por venganza, por enfado, porque quería deshacerme de todas las posibilidades de volverla a ver.

Marta parpadeó varias veces.

—¿Y de verdad querías verla muerta? ¿No te parece una locura? Sofía, es una acción no reversible, si acabas con Nicole no solo no vas a volverla a ver, sino que tampoco te

diferenciarás mucho de la gente que acabó con Samuel.

Sofía permaneció pensativa sin saber cómo actuar.

—No me siento orgullosa.

—Normal. ¿Y no puedes anularlo?

—No, no es un pedido de comida. Les he regalado a Nicole, he puesto el foco en ella.

—¿Y ella lo sabe?

—No.

—No sé, Sofía, a mi todo esto me parece excesivo.

—¿Por qué dices eso? —gritó—. ¿Es que no te afecta la muerte de Samuel como a mí? ¿Por qué siempre excusas a Nicole? —Sofía estaba a punto de estallar.

—No la excuso, ya te lo dije, creo que es algo más profundo que culpar a Nicole. Nicole ha cometido errores, pero dudo que en algún momento pretendiera hacerte daño. A ti, precisamente, con lo enamorada que estaba. No sé, quizá me equivoque, pero ella no me parece una villana como su hermano.

—Pues lo es.

—Si tú lo dices.

—Joder, Marta…

—Sofía, entiendo tu dolor, de verdad, lo entiendo perfectamente, pero mira las cosas con perspectiva, de manera más calmada. Nadie dice que perdones a Nicole, pero, ¿de verdad quieres matarla? ¿crees que ella te haría algo así?

Sofía quería decirle que ella ya le había hecho algo peor provocando la muerte de Samuel, fuera un accidente o no, que haberle mentido deliberadamente la hacía sentir traicionada, vulnerada, como una tonta, que por primera vez en años había sido feliz gracias a Nicole y que lo último que esperaba era que fuera ella la causante de tantos de sus males, pero ya no tenía ánimos. Discutir le cansaba cada vez más y si Marta no entendía cómo se sentía ella no iba a volver a explicárselo.

—Puede que tengas algo de razón —dijo con orgullo—. Quizá no debería haber encargado su muerte.

—Solo te lo digo porque te puedes arrepentir, tú no eres así, no dejes que la ira te consuma.

—Odio que me hagas entrar en razón.

Marta sonrió.

—Fíjate, a mí me encanta. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Ya no hay nada que pueda hacer, Nicole no es tonta, sabe que puede ser un objetivo. Solo puedo dejar que las cosas sigan su curso, si ahora pido que la dejen con vida van a pensar que les estoy tomando el pelo y eso puede ser muy peligroso.

—¿Se lo vas a decir?

—No sé, quizá deba.

CAPÍTULO 14

Nicole entró a su habitación con los ojos húmedos y la tez enrojecida. Resoplando, dio un portazo, gesto que no pasó desapercibido para García.

El muchacho entró y Nicole lo miró con cara de pocos amigos.

—Se llama antes de entrar.

—¿Habéis encontrado a Lola?

—Sí. —Nicole se sentó en la cama y se frotó los ojos con cansancio—. ¿Por qué te chivaste?

—¿Qué?

—¿Por qué le dijiste a mi hermano que estábamos aquí?

—¿Qué estás diciendo? —preguntó molesto, y el volumen de su voz incrementó.

—Sofía nos dijo que la viste y justo después empezaron a perseguirnos. Cree que tú avisaste a mi hermano.

—Eso es mentira, yo lo único que le dije fue que, como no se fuera rápido, iban a matarla.

Nicole sacudió la cabeza.

—¿No me crees?

—¿Fuiste tú quien se lo dijo? Di la verdad, te prometo que no lo tendré en cuenta. Entiendo que tengas que informar a mi hermano.

—Yo no le dije nada, Nicole. Y me ofende que pienses eso de mí.

—Bueno, dejémoslo, no me apetece discutir. Lola me ha dejado.

—¿Qué? —García se sentó a su lado—. ¿Por qué?

—Está aterrorizada. Mi hermano… no quiero saber todo lo que le ha hecho, pero estaba muy mal. *Muy* mal —enfatizó—. Casi la matan.

García apoyó una mano en el hombro de Nicole.

—Ya… yo la entiendo muy bien. Tu hermano puede dar mucho miedo si se lo propone —susurró.

—Lo peor es que yo también la entiendo y por eso no soy capaz de pedirle que vuelva conmigo ni de reprocharle. Tiene razón en todo y no hay nada que yo pueda hacer.

—Tranquila, Nicole, ya aparecerá alguien para ti. Alguien que pueda llevar tu ritmo de vida.

—No sé… Estoy muy cansada, me siento muy sola —admitió y se echó a llorar.

—Me tienes a mí, aunque no sea lo que quieres —sonrió.

Nicole le devolvió una sonrisa cansada.

—¿Están las cosas mejor con Sofía?

—Si por mejor te refieres a que ahora podemos compartir oxígeno sin apuntarnos con armas de fuego, sí.

—Me alegro del avance.

—¿Qué sientes por Sofía? ¿Por qué siempre me hablas de ella? —preguntó extrañada.

—Nada… o sea, me cae bien, me ayudó a encontrarte y demás. Es solo…

—¿Qué?

—Tengo curiosidad por saber qué sientes tú.

—¿Yo? —Rio—. Yo nada. Lo único que siento es indiferencia.

—¿De verdad? ¿Después de todo lo que habéis vivido? Ella no parecía indiferente cuando hablamos.

—Estaría dolida, supongo. No fui del todo sincera.

Era la primera vez que Nicole hablaba sobre ella misma y confiaba en alguien de La Salvación. Excluyendo a Leyla, jamás había tenido con quien hablar de sentimientos tan profundos y todavía no sabía si le gustaba la sensación. No sabía hasta qué punto podía confiar en Samuel García, pero le daba igual. Estaba desesperada.

García escuchó y asintió. No quería inmiscuirse más de lo debido y salir escaldado.

—Entiendo.

En ese momento, el teléfono de Nicole sonó y cuando la pantalla se iluminó vio un mensaje.

Lola:
¿Podemos hablar?

Puntual como un clavo, Sofía llegó a la reunión que tenía con Adriano. Había pasado un tiempo desde la última vez que le había informado y ya era hora de contarle algún avance, aunque solo fuera por mantenerlo ocupado y demostrar que estaba tomando en serio su alianza.

Había aguantado la noticia todo el tiempo que había podido y ahora era el momento de informar.

Adriano la recibió con la sonrisa inquietante de siempre, como si estuviese esperando que Sofía se desnudase y comenzara a bailar. Pero nada más lejos de la realidad, Sofía se limitó a compartir la información que le debía.

—Hay otro grupo.

—¿Otro grupo?

—Otra organización criminal. Los Cuervos.

—¿Los Cuervos? ¿Y por qué deberían importarme? —Entrecerró los ojos con sospecha.

—La Salvación quiere comprarle los mismos edificios que usted, los hoteles que están cerca de la playa, los de Mar Celestial. El dueño es uno de los fundadores de Los Cuervos.

Adriano asintió conforme y dio un trago a su whisky.

—¿Algo más que deba saber?

—Eh…

Sofía solo era la informante, pero debía reconocer que temía la reacción de Adriano si recibía una noticia que no le gustaba.

—Habla.

—Parece que La Salvación y Los Cuervos han llegado a un acuerdo. Va a haber un intercambio de dinero en la playa.

—¿Cuándo?

—Aún no lo sé, estamos tratando de averiguarlo, pero tan pronto lo sepamos le informaré.

—Así me gusta.

Sofía forzó una sonrisa.

—¿Sabe algo de Gabriel Mendoza y su hermana? ¿Sabe cuándo va a atacar?

—Eso no es asunto tuyo, *mia cara*.

—Entiendo.

Agachó la cabeza y se dio por vencida, si Adriano no quería informar era inútil insistir. No parecía la mejor de las ideas poner a prueba su paciencia.

—Y espero que tú y tus amigos no tuvierais nada que ver con el atentado fallido del otro día.

—¿Perdón?

Aquella insinuación sí que no se la esperaba. ¿Para qué iba Sofía a pedirle ayuda a Adriano para matar a Gabriel y luego advertirle del atentado?

—Que Gabriel evitara el atentado fue pura casualidad. Nadie le advirtió. Al menos nadie de SOMBRA. Todos queremos verlo desaparecer.

—Yo no culpo a nadie, solo advierto. No doy segundas oportunidades, solo quiero que lo tengas en cuenta.

—Claro, lo entiendo.

—Puedes irte.

Sofía se marchó más confundida de lo que había entrado, no entendía a qué se debían las insinuaciones de Adriano, pero no le gustaban en absoluto, y lo que menos le gustaba era que aquel hombre pusiera en peligro su vida y la de sus seres queridos por una equivocación, por un impulso, por una injusticia. Si su atentado había sido un fracaso le tocaba reconocerlo y ella no iba a ser quien asumiera la culpa.

CAPÍTULO 15

Sofía no tuvo que esforzarse para convencer a Marta de ir a la despedida de Claudia y Sara, del mismo modo que no tuvo que convencerla de ser su acompañante en la boda. Si algo le gustaba a la detective de su mejor amiga es que siempre estaba dispuesta a ir a cualquier sitio. Sofía estaba convencida de que, si le proponía ir a otro continente a llevar a cabo labores sociales, Marta solo tendría que hacer la maleta y estaría preparada para partir a donde su amiga le dijera.

Para Sofía, una persona que solo salía de su casa por obligación, tener a una compañera dispuesta a todo para cuando ella quisiera, le resultaba de lo más reconfortante.

Y allí estaban, vestidas de noche, más elegantes de lo que habían estado nunca, plantadas en la puerta de Claudia esperando a que esta abriera.

En los pocos segundos que tardó, Sofía no podía parar de tener tics nerviosos, se colocaba el pelo, jugueteaba con su collar, se aclaraba la garganta. Miró al suelo y agarró su bolso con fuerza, como si se tratase de una pelota antiestrés.

Marta la miró y para reconfortarla le colocó una mano en el hombro. Era muy consciente del esfuerzo que estaba haciendo su amiga al salir de casa y exponerse a una situación social tan alborotada, así que acarició su espalda y se aseguró de mantenerse cerca, como una guardaespaldas.

Claudia abrió y las recibió con una sonrisa resplandeciente.

—Qué bien que habéis venido. Pasad. —Se hizo a un lado y las invitó a entrar con el brazo.

Claudia lucía un sencillo vestido negro que combinaba con su melena oscura. De sus orejas colgaban unos grandes pendientes negros y plateados que resaltaban sus ojos marrones. Y a los pies, llevaba unos tacones rojos brillantes. Por primera vez en mucho tiempo, se había quitado las gafas y se había puesto lentillas. Estaba guapísima, pero dado que, tanto a Sofía como a ella se les daba fatal encajar piropos y era algo que respetaban mutuamente, Sofía reprimió el cumplido y se limitó a entrar con la cabeza gacha.

—Gracias —dijo con timidez, como si no hubiera estado en casa de Claudia decenas de veces.

Claudia las guio hasta la barra donde estaban expuestos todo tipo de canapés y bebidas alcohólicas.

—Aquí está la comida, servíos vosotras mismas.

—Gracias —dijo Marta mientras se metía una rebanada de pan en la boca.

Claudia les dedicó una última sonrisa y fue a buscar el confort de Sara. Le gustaban las fiestas tan poco como a Sofía. Sara rodeó a su futura esposa de la cintura y la atrajo hacia sí sin dejar de entretener a los invitados con su conversación.

—Qué sola estoy —murmuró Sofía.

—Porque quieres —respondió Marta sin dejar de devorar la comida.

—¡Sofía! Qué alegría verte —Lola apareció de la nada y se lanzó al cuello de la detective.

Le dio un abrazo tan fuerte que tuvo que reprimir la tos.

—Hola. —Sonrió—. Qué bien verte tan recuperada, ¿cómo estás? —Acarició sus hombros.

—No te voy a decir que ha sido fácil, porque te mentiría, pero estoy mejor de lo que pensé que iba a estar.

—Ya estás fuera de peligro, no tienes de qué preocuparte.

—Sí, además Nicole me puso un guardaespaldas veinticuatro horas así que he estado más tranquila. ¿Una copa? —dijo sirviéndose de una de las botellas de champán.

—No, no, gracias.

—Venga ya, toma, es un día especial.

Lola acercó la copa a Sofía y esta la alejó con la mano.

—Lola, es la medicación, no puedo beber.

—Ah…—Lola agachó la mirada—. Perdona.

—Tranquila.

—¿Medicación? ¿Otra vez? ¿Es por Samuel?

—Sí, bueno, un poco por todo.

Lola apretó su brazo con afecto. Conocía perfectamente el historial de Sofía, pero nunca sabía qué decirle para hacerla sentir mejor, así que, como tampoco quería incomodarla, se limitó a dedicarle una sonrisa triste.

Sonó el timbre y sus miradas se dirigieron a la puerta, cuando una de las invitadas abrió, vieron a Nicole.

—¿Nicole? —Sofía no pudo evitar ahogar un grito.

Se dirigió hacia la entrada preparada para echarla ella misma a patadas, pero la mano de Lola la detuvo.

—¿Qué haces? —preguntó confundida.

—Sofía, la he invitado yo, por favor, déjala en paz.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Después de lo que te ha hecho pasar?

—Hemos vuelto. Y no quiero discutir, por favor.

Sofía vio cómo Nicole entró con timidez, una timidez impropia de ella. Llevaba un vestido negro centelleante de tirantes finos y su melena estaba más frondosa y salvaje que nunca.

Sofía nunca la había visto llevando ropa negra, pero le quedaba tan bien como todo lo que se ponía, estaba convencida de que Nicole podría llevar un trapo de cocina y haría que todos girasen las miradas a su paso.

—Lola, no creo que esto sea buena idea —dijo limpiándose el sudor que le perlaba la frente.

La morena entró buscando los labios de la pelirroja que le correspondió el beso. Sofía comprendió que era el momento de ir con sus amigos, así que se abrió paso entre las dos y fue a entablar conversación con Hugo que se encontraba frente a la encimera decidiendo qué canapé iba a ser su próxima víctima.

—Hola.

—¡Hola, Sofía! No te había visto, ¿cuándo has llegado?

—Nada, hace cinco minutos.

Hugo introdujo un huevo relleno en su boca y frunció el ceño.

—¿Qué hace Nicole aquí?

—No lo sé, creo que Lola y ella vuelven a ser pareja.

—Ah… ¿y cómo lo llevas?

—Genial —dijo con sarcasmo.

—Toma, entonces, para que lidies con la noche —dijo ofreciéndole una cerveza.

—No, no puedo.

—Ah, es verdad.

—Bueno, ahora nos vemos.

Sofía se desabrochó el botón de la camisa y tiró del cuello. Salió al balcón en busca de aire fresco. El aire era gélido, pero no le importó. En el interior, la calefacción estaba al máximo y sus mejillas se habían enrojecido, así que el contraste con el frío fue de los más placentero. Cerró los ojos y se dejó llevar por el silencio. Hasta que escuchó la puerta corredera tras de sí. Era Claudia, con un cigarro en la mano.

—¿Mucha gente?

—Voy a matar a Sara —Se llevó el cigarrillo a los labios y lo encendió—. Me dijo que solo iba a invitar a unos amigos, no a toda la facultad de medicina. —Expulsó el humo con un suspiro.

Sofía rio.

—¿Cómo es que has invitado a Nicole?

—No la he invitado. Lola me calentó tanto la cabeza que al final tuve que decir que sí. Solo le faltó arrodillarse. Pero se me sigue haciendo muy raro tener a la jefa de La Salvación en mi casa, no creas que me gusta la idea.

—Ya… a mí tampoco —dijo—. Pero Lola puede ser muy convincente.

—Y que lo digas. ¿Y tú? ¿Cómo lo llevas?

Sofía se encogió de hombros.

—Lo llevo. No es que me encante que mis dos ex estén juntas, pero bueno. Solo espero que Lola esté a salvo, no se merece estar en medio de todo esto.

—Tranquila, Lola no es tonta y Nicole la tiene muy cuidada. Ha tenido un guardaespaldas dos días en mi casa. De hecho, no sé si sigue por aquí.

—Sí, eso he oído.

Claudia aplastó el cigarro en un cenicero y se estremeció.

—Qué frío. ¿Vamos dentro?

—Vamos.

Sofía se acercó a la encimera y finalmente se animó a comer. Ya habían pasado las horas desde que había llegado y se notaba en el ambiente. Los invitados estaban cada vez más animados, charlaban y reían entre sí.

—¡Sofía! —Paula estiró el brazo desde la barra de las bebidas y la animó a acercarse—. No te he visto en toda la noche.

—Estaba en el balcón con Claudia. ¿Qué tal?

—Bien, ahogando mis penas en alcohol, ¿quieres? —le ofreció una copa.

—No, gracias.

Entonces Hugo llamó a Paula y se marchó, dejando a Sofía junto a las bebidas.

En el sofá, en un rincón poco iluminado de la sala de estar, Nicole y Lola se acariciaban las manos y sonreían en la boca de la otra. Estaban muy acarameladas y tan cercanas que a Sofía le sorprendió que todavía no se hubieran quitado la ropa.

Lola se levantó y dejó a Nicole sola sin nada más que mirar que no fuera Sofía. La música se apagó y los invitados se callaron, y Sofía juró que todo el universo también entró en un silencio ensordecedor. Se miraron. Los ojos de la morena brillaban con tristeza. Tenía las mejillas enrojecidas por el alcohol. Aquella era la Nicole achispada que a Sofía tanto le gustaba, pero detrás de sus ojos había una pena que no podía reconocer. Los ojos de Sofía se inundaron, pero su orgullo pesó más que su nostalgia y consiguió mantenerlos secos.

—Hola, Sofía, ¿te lo estás pasando bien?

Sofía sacudió la cabeza y salió de la burbuja. Todo volvió a cobrar vida y el ruido resurgió.

Era Sara.

—Oye, Sara, ¿qué pasa si mezclas antidepresivos y alcohol?

—Pues… no es buena idea. El alcohol te afectará más, te emborracharás más rápido, puedes sentirte sedada y…

—Perfecto.

Sofía cogió una de las copas de champán y se la bebió de un trago. Después volvió a rellenarla.

Sara enarcó las cejas con sorpresa.

—¿Estás tomando antidepresivos?

—No, no, solo era curiosidad.

—Ah, menos mal. Ven, vamos a sentarnos.

Sofía y Sara se sentaron en la larga mesa del comedor que pasaba desapercibida para el resto de los invitados.

—Sara.

—Dime.

—¿A veces no te inquieta que Claudia se dedique a lo que se dedica?

—¿Te refieres a su trabajo?

Sofía asintió.

—Pues sí —admitió—. He estado preocupada durante años. Pero ya no me queda otra que acostumbrarme.

—¿Alguna vez ha supuesto un impedimento para vuestra relación?

Sara negó rotundamente.

—Hemos peleado muchas veces, pero ni por un segundo me planteé dejarla por eso. Ni por nada. Es difícil saber que las dos podemos estar en peligro, pero no hay alternativa. Es lo que hay. Prefiero estar con Claudia y arriesgarme a morir a no estar con ella. ¿Por qué me lo preguntas?

Sofía miró a Claudia que charlaba con Paula y Hugo. Estaba sonriente, bellísima, despreocupada, ajena a la declaración de amor que Sara acababa de pronunciar. Y la soledad volvió a golpear a Sofía que no pudo evitar sentir envidia de la relación que tenían.

—Por nada… me preocupa que vuelvan a hacer daño a Lola por estar con Nicole.

—Creo que a Lola le pasa lo mismo que a mí. Creo que no le importan las consecuencias.

—Sí, debe ser eso. Los encantos de Nicole son peligrosos.

—¿Sientes celos? ¿De Lola, de Nicole o de que tus dos ex estén juntas?

—No. No siento nada en general. Además de rabia y tristeza —dijo jugueteando con su copa.

—El luto es difícil.

Sofía la miró y sonrió con tristeza. No sabía si Sara se refería al luto por Samuel o al luto de su antigua relación, pero agradeció que viera su dolor.

Quizá por el carisma natural de Sara o por el cansancio por el paso del tiempo, los invitados comenzaron a rodear la mesa y a sentarse cerca de las dos mujeres, de modo que la mayoría quedaron reunidos en un mismo punto.

Sofía estaba cada vez más alcoholizada y su lengua había obtenido vida propia. Se podía ver por el modo en el que charlaba alegremente con Marta.

—Estás guapísima, Marta. Sé que no te lo he dicho en toda la noche, pero ese vestido te

queda de puta madre.

—Sí, sí. Pero deja esa copa, anda. Ya has bebido suficiente —Trató de arrebatársela sin éxito.

—De eso nada —dijo dando un trago que, para fortuna de Marta, era el último que quedaba en el cristal.

—¿Entonces cuánto tiempo lleváis juntas?

Uno de los compañeros de trabajo de Sara hablaba con Lola y Nicole.

Cuando Marta escuchó la pregunta, sabía que estaban a punto de empezar los problemas.

—Más o menos desde que mató a mi mejor amigo —intervino Sofía señalando a Nicole con el mentón.

Nicole fulminó a Sofía con la mirada, pero decidió que no merecía la pena entrar al trapo. Movió los labios, pero no habló.

Marta le tapó la boca a Sofía.

—Perdona, es una broma —añadió con una sonrisa incómoda.

El muchacho trató de ser amable y continuó hablando con las dos mujeres.

—Yo que tú no me molestaría en hacer preguntas. Todo los que te vaya a contestar es mentira —agregó mirando a Nicole a los ojos.

—Sí, sin embargo, no soy una persona amargada que vive culpando a los demás de sus problemas y quiere impedir que el resto sea feliz.

Un segundo había pasado y ahora todas las miradas estaban sobre ellas y aquel pobre hombre no sabía dónde meterse.

—A lo mejor culpo a los demás de mis problemas porque tienen la culpa.

—Sofía —intervino Lola—. Para.

—Sofía, supérame, ya va siendo hora —añadió Nicole tratando de dar la discusión por finalizada.

Sofía rio con sarcasmo.

—Estás más que superada, lo que no entiendo es qué haces aquí cuando nadie quiere que estés aquí.

—Haya paz, por favor —fue lo único que supo decir Claudia.

—Amargada.

—Imbécil.

—Estúpida.

—Pu-ta —dijo Sofía asegurándose de pronunciar bien todas y cada una de las letras de esa palabra.

Nicole se habría esperado aquella palabra de Bruno, de cualquier hombre o incluso de su propio hermano. Lo que no esperaba era que proviniera de la boca de Sofía. La única que nunca la había juzgado ahora la estaba juzgando exactamente igual que los demás. Y le dolió. Le dolió, pero jamás lo reconocería delante de ella. Por eso, cuando las lágrimas comenzaron a subirle por las mejillas, dijo lo peor que podía haber dicho.

—Quizá no serías así si tu madre te hubiera querido más de pequeña.

Sofía no respondió. No con palabras. Lanzó la copa que tenía en las manos y Nicole la esquivó con una agilidad sorprendente. La copa estalló contra la pared y todos los cristales se esparcieron rápidamente por la sala.

Sofía saltó por encima de la mesa y se lanzó sobre Nicole para darle un puñetazo en la mejilla. Se revolcaron en los cristales y cuando uno de los invitados intentó separarlas, Nicole le devolvió el golpe a Sofía en el ojo y después en la nariz.

Entre los gritos de los presentes no se distinguía nada más allá de sus nombres.

Sofía no había terminado, estaba empezando. Y cuando alzó el brazo para volver a golpear a la morena que seguía tumbada en el suelo, clavándose los cristales en la espalda, Marta y Claudia la agarraron justo a tiempo.

—¡Sofía! ¿Se te ha ido la pinza o qué?

Marta, que se desembriagó al instante, miró a su amiga como si no la conociera.

Sara y Lola levantaron a Nicole del suelo.

—Te mataría si estuviéramos solas —amenazó la detective que todavía trataba de zafarse de las manos de sus amigas.

—Inténtalo, aquí me tienes —la desafió.

Marta arrastró a Sofía hacia uno de los dormitorios y Claudia las siguió.

—¿Eres idiota o qué? ¿Cómo se te ocurre tirar un vaso de cristal? ¿Querías matarnos a todos?

—Marta, no es el momento —respondió Sofía alzando la mano para que Marta dejara de hablar.

Marta la soltó del brazo. La miró con incredulidad y se dio la vuelta para irse.

—Vamos.

Claudia la guio hasta la habitación.

Sofía se sentó en la cama y Claudia examinó su rostro. Tenía un corte profundo en la mejilla, el ojo rojo y varias manchas de sangre.

—Claudia, lo siento mucho. Estoy muy avergonzada.

—Tranquila. Yo también he tenido ex. Solo espero que no te comportes así en la boda.

—No, claro que no. —Sonrió—. He jodido tu fiesta, creo que es mejor que me vaya.

Trató de levantarse, pero Claudia se lo impidió.

Su compañera cogió unas pinzas y le retiró de todo el cuerpo los minúsculos cristales que tenía clavados. Tenía numerosos rasguños, su camisa blanca estaba teñida de rojo.

—Voy a llamar a Sara, igual necesitas puntos ahí.

Claudia se marchó y Sofía permaneció sentada mirando a la pared.

Nunca pensó que se atrevería a pegar a Nicole, pero tampoco pensó que podía llegar a estar tan furiosa.

La puerta se abrió lentamente y Lola asomó con timidez.

—Por favor, no me regañes, es lo último que necesito ahora.

Lola sonrió y se sentó junto a ella. Se miraron a los ojos y la pelirroja comenzó a llorar.

—Lola, te juro que no volveré a acercarme a Nicole.

—No, no es eso.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Siento mucho haberte engañado —pronunció entre lágrimas.

Aquel giro de la noche sí que no se lo esperaba Sofía.

—Lola, eso ya está olvidado.

—No, no lo está. Al menos no para mí. Sofía, yo te quería mucho, de verdad. Lo que pasó no fue porque tú hicieras algo mal, lo sabes, ¿no?

—Lo sé, tranquila. —Agarró su mano.

—Nunca te he pedido perdón porque siempre he estado demasiado avergonzada y no sabía ni cómo mirarte a la cara. Pero fuiste una persona muy importante para mí, y lo sigues siendo.

—No te preocupes, Lola, tú también eres muy importante para mí. No tengo nada que

perdonarte.

Lola la abrazó.

—Gracias.

Sara entró con un botiquín y Lola se levantó rápidamente.

—¿Cómo está Nicole?

—Sobrevivirá —bromeó—. Nada que no mejore en unos días.

—Voy a verla. Nos vemos, Sofía.

—Adiós.

Sofía quiso disculparse con Sara, pero estaba tan avergonzada que no era capaz de decir las palabras, así que dejó trabajar a la doctora.

Sara extrajo el resto de cristales que tenía en la cara. Le dio puntos de sutura mientras la detective se quejaba y después limpió las heridas.

—Sara, perdón por todo esto.

—Tranquila. Da gracias a que habéis estado rodeadas de médicos.

—Sí… Claudia y tú sois tal para cual.

Sara rio.

—¿Y eso por qué?

—Sois muy tranquilas las dos. Sabéis mantener la cabeza fría.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Lo es.

—Esto ya está —dijo dando una última pasada con la gasa—. Si quieres ve al baño para limpiarte bien.

Y así lo hizo. Sofía fue a uno de los baños de la casa. Se desabrochó los primeros botones de la camisa y, con una toalla y un poco de agua, limpió la sangre seca de su pecho.

Escuchó la puerta y, cuando se giró, vio el picaporte descendiendo lentamente. Era Nicole.

Después de establecer contacto visual, Sofía trató de aparentar normalidad y fingir que no le importaba que ella estuviera ahí. De los tres baños que había en la casa, habían tenido que ir a parar al mismo.

Volvió a mirarse en el espejo y continuó limpiándose.

Nicole, que había acabado con la cara tan mal como la detective, se colocó en el lavabo de al lado y la imitó.

Un minuto fue lo que aguantó Sofía en presencia de Nicole. No sabía muy bien si era por la promesa que le acababa de hacer a Lola o porque no la quería ni ver. Pero dio su limpieza por finalizada y se encaminó hacia la puerta.

—Espera.

Como si hubiese recibido órdenes de un sargento, Sofía frenó en seco. No esperaba escuchar la voz de Nicole en ese momento.

Mientras la morena se acercaba a ella despacio, sus tacones resonaban por todo el baño. Sofía se preguntó qué pretendía, si realmente iba a aprovechar ese momento para atacarla. Ella no estaba preparada, así que caminó hacia atrás sin apartar la vista de su interlocutora.

Nicole se agachó y el corazón de Sofía estaba a punto de estallar. No sabía lo que iba a hacer, pero fue incapaz de moverse. Desabrochó los últimos botones de la camisa de Sofía y la abrió. Posó el paño húmedo en el abdomen de la detective y deslizó con suavidad, con toda la delicadeza del mundo, pero con firmeza, como si Sofía pudiera romperse. La detective tenía un corte en el abdomen que había pasado desapercibido, así que Nicole lo limpió en profundidad.

Cuando terminó, puso una gasa y volvió a cerrar los botones de la camisa.

—Te has dejado una mancha aquí —dijo con voz ronca y grave, la misma que solía poner cuando estaba cansada.

Nicole se acercó tanto que la espalda de Sofía chocó con la puerta y la cerró. Volvió a humedecer el paño y limpió la sangre seca del cuello de la detective. Estaba tan cerca que Sofía pudo notar su respiración sobre su cuello.

—Ya está, como nueva.

Nicole miró a Sofía y sonrió con tristeza, sus ojos centelleaban y aún sujetaba a la detective del brazo, inconscientemente, incapaz de romper el contacto.

Sofía estaba atónita, confundida, miraba a Nicole cómo si no entendiera nada, como si no hubiera sido ella la misma que le había provocado las heridas que ahora le estaba limpiando. Hacía unos minutos casi se matan ¿y ahora estaban así?

—Te van las pulsaciones a mil —observó Nicole que agarraba a Sofía de las muñecas.

La respuesta de Sofía fue tragar saliva.

—Siento mucho lo que he dicho antes de tu madre. Eres muy fácil de querer, Sofía, y estoy segura de que tu madre también lo hacía.

Sofía sentía que estaba sufriendo una alucinación y por más que buscó las palabras no fue capaz de encontrarlas. Realmente tenía a Nicole a tres centímetros de distancia. Realmente la estaba tratando bien. Realmente se estaba disculpando. Realmente se estaban mirando a los ojos y no se estaban insultando.

Ante el silencio, Nicole se alejó. Comprendió que era el momento de soltarla.

—Me tengo que ir —fue lo único que salió de su boca.

La detective salió del baño sin mirar atrás y con paso acelerado, se dirigió hacia su bolso. En el estrecho pasillo se cruzó con Marta.

—Sofía, ¿a dónde vas?

—Ahora no, Marta. Siento mucho lo de antes, pero me tengo que ir.

Marta la agarró de la muñeca.

—¿Qué dices? ¿A dónde?

—Luego te cuento, adiós.

Sofía cogió su bolso y su abrigo. Aprovechó el barullo para hacerse un hueco entre los invitados y alcanzar la salida. Cuando lo hizo, el silencio del exterior la arropó.

CAPÍTULO 16

—Pero ¿cómo me dices que la deje? ¿te das cuenta de lo que me estás pidiendo?

—Pues claro que me doy cuenta, si tuvieras dos dedos de frente lo harías sin que nadie te lo pidiera. Lo digo por ti, Samuel. —Le apuntó con el dedo como si lo estuviera amenazando.

—Por mí…—Rio—. Por mí y porque no la soportas.

—Efectivamente, no la soporto. Pero no se trata de eso, se trata de que es una basura de persona y de que trata a tu mejor amiga peor que a nadie y no entiendo cómo no te das cuenta. ¿De verdad la eliges a ella antes que a mí?

Sofía era consciente de que su enfado estaba escalando demasiado rápido y de que aquella última frase había sonado más dramática de lo que le hubiera gustado. Pero era incapaz de parar.

A Sofía le enfurecía que Samuel estuviera saliendo con una de las peores personas que había conocido en su vida, no solo eso, Isabel había mostrado hostilidad hacia Sofía desde que empezó su relación con Samuel de manera oficial. En la ausencia del chico, las dos jóvenes se habían enzarzado en tensas discusiones cargadas de agresividad pasiva que, gracias al autocontrol de Sofía, no habían acabado con las manos. Había tratado de mostrar su apoyo a su mejor amigo, pero ya no entendía si es que no veía la maldad de su novia o si directamente no le importaba. Si se trataba de la última opción, a la detective aquello le dolía mucho más. Samuel y ella habían compartido toda su vida juntos, tenían el vínculo más fuerte que jamás habían sentido por otra persona y, que al chico no le importara romperlo por otra mujer, le hacía sentir desolada.

—¿Pero por qué tengo qué elegir? ¿Qué tiene que ver? ¿No puedo tener una novia y una amiga? Sofía, no me esperaba esto de ti —dijo decepcionado—. No creía que fueras tan celosa.

Esa era probablemente la peor elección de palabras que Samuel podía haber hecho. Sofía no era una persona celosa y estaba segura de ello. Lo que le frustraba era que su mejor amigo no entendiera que no se trataba de un asunto de celos, si no de rodearse de personas que no le iban a hacer bien.

Samuel e Isa llevaban juntos años, era la primera relación seria del chico y la más duradera. Sofía había estado aguantando pacientemente durante todo ese tiempo los insultos, miradas y comentarios de la joven y, aunque le había hecho saber a su amigo que Isabel no era trigo limpio, esta era la primera vez que le pedía directamente que terminara su relación.

—No te enteras de nada, Samuel, pero no importa. Algún día vendrás dándome la razón.

—Sofía, creo que es mejor que no nos veamos durante un tiempo —dijo de sopetón.

—¿Qué? ¿Lo estás diciendo en serio?

Samuel asintió.

—No me gusta que me hagas elegir. No eres capaz de llevarte bien con ella ni con nadie, creo que es algo que deberías mirarte, a lo mejor el problema es tuyo.

Sofía tragó saliva. No podía creer lo que estaba escuchando, estaba convencida de que sus oídos le estaban jugando una mala pasada.

—Tienes toda la razón —dijo reprimiendo las lágrimas con todas sus fuerzas—, el problema es mío por creer que podía confiar en ti.

Sofía se dio la vuelta y se alejó.

—Sofía. —Sofía no se inmutó y siguió caminando en sentido contrario—. ¡Sofía!

Sofía llamó a la puerta, pero nadie contestó. Miró por ambas ventanas y tampoco vio a nadie en el interior. Lola no estaba. O lo que podía ser probable, estaba encerrada en alguna de las habitaciones con el volumen de la música al máximo y no escuchaba nada.

Llamó a su móvil, pero tampoco obtuvo respuesta. Sea lo que sea lo que estuviera haciendo, era demasiado importante como para dar señales de vida. Y el miedo volvió a apoderarse de Sofía. ¿Y si habían vuelto a hacerle daño?

Precisamente estaba allí para advertirle del peligro que corría teniendo a Nicole tan cerca. Y esta vez no se refería a Gabriel ni a La Salvación, sino al Dorado.

Desde que Sofía había avisado a Adriano del intercambio de dinero por los edificios, el peligro podía llegar en cualquier momento y tener a dos organizaciones criminales encima de ella eran palabras mayores. Si iban a por Nicole, lo más probable era que Lola cayera junto a ella y si la pelirroja no quería escucharla ese era su problema. Pero Sofía sentía que lo mínimo que podía hacer por ella era advertirla.

Se cansó de esperar y decidió violar la intimidad de su expareja. Sacó las llaves que Lola le había entregado cuando todavía estaban juntas y entró en su casa.

—¿Lola?

No obtuvo respuesta.

Sofía recorrió algunas de las habitaciones, pero no la encontró.

Hasta que escuchó un ruido en el lavadero.

La detective corrió, pero, en el interior, no vio a Lola sino a Nicole.

La morena cerró la puerta de la lavadora y se giró. Dio un saltito cuando vio a Sofía inmóvil en la puerta.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

Sofía le mostró las llaves.

—Tengo una llave. He venido a buscar a Lola.

—Lola no está. ¿Has venido a decirle otra vez que me deje? —preguntó mientras doblaba una camiseta.

Sofía se acercó con paso lento. No se estaba dando cuenta, pero volvió a cerrar el puño con fuerza y volvió a sentir ganas de golpear a Nicole.

—Yo nunca le dije que te dejara.

—No. Viniste a asustarla y a hacer todo lo posible por que lo hiciera.

—Quizá porque tiene motivos para tener miedo.

—¿Por qué no dejas de hacerte la dura? No me apetece discutir, déjame en paz.

La puerta se cerró con un sonoro golpe.

—¡No! —protestó Nicole.

Sofía se giró y miró la puerta confundida.

—Sofía, la puerta. Está rota.

—¿Todavía?

Sofía cogió el picaporte y forcejeó.

—Se atasca cada vez que se cierra y solo se puede abrir desde fuera.

—Ya, ya lo sé —dijo intentando abrir.

Tiró con fuerza y lo único que consiguió fue quedarse con el picaporte en la mano.

—Mierda.

Nicole se llevó las manos a la cabeza.

—Ahora sí que estamos encerradas.

—¿Cuándo vuelve Lola?

—No lo sé. Ni siquiera sé a dónde ha ido. Llámala.

Sofía obedeció y marcó el número, pero Lola no contestó.

—No contesta.

—Joder.

Nicole dobló un trapo viejo, lo colocó en el suelo y se sentó sobre él.

—¿Qué haces? —preguntó Sofía.

—Ponte cómoda. Esa puerta no se va a abrir hasta que no venga Lola.

Sofía zarandeó la puerta un poco más hasta que comprobó que no servía de nada. Después dejó su bolso en el suelo y se sentó junto a Nicole.

Miró sus brazos. En ellos pudo ver las cicatrices de las quemaduras de hacía más de un año. Sofía nunca supo cómo se las había hecho. También tenía rasguños frescos por la pelea sobre los cristales que tuvieron dos días atrás.

—Nunca me contaste cómo te hiciste esas quemaduras. Sé que no fue cocinando.

—Fue mi hermano. Obligó a uno de sus hombres a torturarme para…

—¿Para qué?

—Para contarle quien eras. Aguanté todo lo que pude, pero fue muy doloroso.

—Imagino.

—No, no te lo imaginas. Me abrasaron la piel. Me dejé quemar por ti. Por no revelar tu identidad.

Sofía vio cómo se encendieron los ojos de Nicole. Lo cierto es que no era capaz de imaginar el dolor que pudo haber sentido. Todo por protegerla. Y no supo qué decir.

Sofía asintió.

—Lo siento.

—No importa. Ya nada importa.

—También siento haberte lanzado el vaso, lo de los cristales y la pelea del otro día.

Nicole miró a Sofía.

—Da igual. Claramente gané yo esa pelea. Mírate.

Era cierto que el rostro de Sofía había quedado más magullado y conservaba cortes más profundos. Alrededor de su ojo la piel estaba morada.

—Ganaste porque me sujetaron —replicó.

—A mí también.

Nicole observó el bolso de Sofía en el suelo. De él sobresalía un paquete de tabaco precintado. Nicole metió la mano y lo sacó.

—¿Y esto? No me digas que te has hecho a los malos hábitos.

—No… no —balbuceó—. Dame eso.

Sofía trató de arrebatarle el cartón, pero Nicole fue más rápida.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tienes este paquete de tabaco entonces?

—Por nada, es…

—¿Qué? Venga. Dilo.

—Lo compré después de verte por primera vez. Quería tenerlo por si acaso te volvía a ver y tener una excusa para hablarte.

Nicole esbozó una sonrisa.

—Vaya. Eso sí que no me lo esperaba.

—¿A qué te refieres?

—No sabía que tenías un lado tan… romántico.

—No sabes nada —rio—. ¿Por qué te crees que estaba contigo entonces? ¿Crees que no sentía nada por ti?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo estás pensando. Nicole, yo estaba completamente enamorada de ti.

—¿Por qué me dejaste entonces?

—No vayas por ahí.

—No sé cuántas veces te tengo que decir que fue un accidente, no sé cuántas veces te tengo que decir que yo era demasiado pequeña cuando asesinaron a tu madre. Dejé La Salvación. Fui a por ti cuando supe que Bruno iba a matarte y, Sofía, lo hubiera hecho todo una y otra vez solo para ganarme tu perdón. Aunque estemos mal, aunque lo nuestro sea imposible, quiero que sepas que cada día me siento culpable y que sigo sintiendo mucho el daño que te hice. Yo también estaba completamente enamorada de ti y…

—¿Y qué?

—Yo no soy como mi hermano. No soy una desalmada, aunque me dedique a esto. Soy una hipócrita, pero eso es algo con lo que sé vivir. Nunca quise verte sufrir y nunca quise que le pasara nada a Samuel. Si hubiera una posibilidad, por remota que fuera, de traerlo a la vida, lo haría, pero no puedo. Y eso es algo que me atormenta. Aunque no lo creas.

—¿Por qué has vuelto a La Salvación entonces?

—Porque no tengo a donde ir. Porque El Dorado me quiere matar. Porque soy una hipócrita, ya te lo he dicho.

—¿Te han atacado?

—No, pero es cuestión de tiempo.

—¿Tienes miedo?

Nicole la miró a los ojos.

—No. Miedo tuve cuando Bruno te apuñaló y te encontré desangrándote en tu casa. Aquello fue terrorífico. Después de eso no existe el miedo. —Nicole recuperó el cartón del suelo —. ¿Puedo abrir el paquete?

—Sí, yo no fumo.

Nicole desprecintó el paquete de tabaco y algo se movió dentro de Sofía. Aquello era lo único que le quedaba de ella. La morena se palpó los bolsillos, pero estaban vacíos.

—Mierda, no tengo fuego.

Sofía rebuscó en su bolso.

—También compré un mechero —dijo y se lo entregó.

Nicole sonrió.

—Sí que estabas preparada. Gracias.

—De nada.

—Hubiéramos sido buena pareja tú y yo —añadió expulsando el humo.

—Sí, quizá en otro universo.

—Ahora es tarde para eso, ¿no?

Sofía asintió.

Se miraron fijamente. Durante unos segundos en los que se congeló el tiempo y, por un momento, todo parecía como antes. Pero ya nada era como antes y ambas lo sabían.

—¿Cómo está Lola?

Nicole absorbió el humo.

—Está bien. Estamos bien.

—Cuida de ella. Protégela. Siempre que esté contigo va a estar en peligro de muerte.

—¿Te crees que no lo sé? Yo también siento miedo por ella. Por las dos.

—¿Entonces por qué seguís juntas?

—Porque nuestra vida es un poquito más fácil si permanecemos juntas. Todo es más llevadero. No creas que no he intentado que Lola entre en razón, que nos separemos, al menos temporalmente. Pero las dos llegamos a la conclusión de que preferimos arriesgarnos.

—Sois unas irresponsables.

—Sí. Tienes razón.

Nicole dio la última calada y aplastó el cigarro contra el suelo.

—Sofía.

—¿Qué?

—¿De verdad ya…?

Pero Nicole no pudo terminar la pregunta porque de repente escuchó cómo llamaban su nombre.

—¡Nicole!

Era Lola. Por fin había llegado.

Sofía y Nicole se levantaron al mismo tiempo y aporrearon la puerta.

—¡Lola!

—¡Estamos aquí! ¡Abre!

Lola corrió al lavadero cuando escuchó los golpes.

—¿Qué pasa? ¿Quién está contigo, Nicole?

—¡Soy yo!

—Es Sofía, ha venido a hablar contigo y nos hemos quedado encerradas.

—Alejaos de la puerta.

Lola golpeó la puerta con el hombro y esta se desencajó levemente.

—Sigue, ya casi está.

Probó, esta vez con la pierna y tras dos patadas logró abrirla de par en par. La puerta ya era irreparable.

—Por fin. —Suspiró Sofía.

—Gracias.

Nicole abrazó a Lola, pero esta no parecía igual de contenta por verla.

—¿Qué te pasa? —preguntó Sofía.

Lola permanecía quieta. No le había devuelto el abrazo a Nicole.

—¿Qué hacéis aquí las dos? Encerradas.

—Ya te lo he dicho, Sofía ha venido a hablar contigo y nos hemos quedado encerradas.

—¿En el lavadero?

—Sí.

—Lola, ¿qué estás insinuando? —Sofía frunció el ceño.

—No sé, dímelo tú que últimamente no dejas en paz a mi novia.

—Si no la dejo en paz es por ti, idiota. Solo quería saber si estabas bien.

—Pues ya sabes que sí, te puedes ir.

—¿De verdad vas a ser tú quién se ponga celosa? ¿Con tu historial?

—A ver, tranquilas. —Nicole se colocó en medio de las dos—. Lola, no sé qué te estás imaginando, pero aquí no ha pasado nada. Nos hemos quedado en el suelo sentadas, esperándote.

—¿Por qué os veis tanto? ¿Qué tenéis?

—Lola, no empieces con tus inseguridades, por favor —dijo Sofía llevándose las manos a la cabeza.

—¡No tenemos nada! —protestó Nicole.

—Ese odio que os tenéis, esa tensión constante es demasiada pasión para dos personas que se detestan. Debajo de todo eso hay algo.

Al pronunciar esas palabras, sus ojos se entrecerraron con sospecha.

—Bueno, lo que me faltaba por oír. Yo me voy.

Sofía cogió su bolso y se fue. Ya no le correspondía lidiar con la desconfianza de Lola, así que confió en que Nicole se las apañaría y las dejó solas.

CAPÍTULO 17

La ceremonia estaba a punto de empezar, pero los invitados aún se encontraban a las puertas del castillo del Puerto de Teira que permanecían cerradas. Aquel era el sitio más famoso para celebrar bodas que tenía la ciudad. También estaba la iglesia, pero tanto los religiosos como los ateos se decantaban por el castillo, por sus impresionantes vistas y su gran jardín que albergaba una sala de fiestas en el interior. Todo en el mismo sitio, era el lugar idóneo.

Marta y Sofía habían sido puntuales. Durante más de una hora habían visto llegar a los invitados poco a poco y por el ritmo al que acudían, parecía que la espera estaba a punto de agotarse.

Sofía había hecho uso de toda su feminidad y elegancia y, por primera vez en años, llevaba un largo vestido negro que la hacía parecer irreconocible. Los grandes pendientes que colgaban de sus lóbulos y el voluminoso collar de perlas no hacían más que ocultar su habitual aspecto informal. Era la primera vez que llevaba algo que no fueran unos pantalones y todavía no estaba del todo acostumbrada.

Marta había optado por un vestido verde esmeralda que resaltaba sus caderas, y sus rizos dorados en un recogido habían hecho que todas las miradas se dirigieran hacia ella.

O más bien hacia las dos. Todos los invitados que subían por las escaleras de piedra giraban el cuello solo para mirarlas, a pesar de que se encontraban apartadas en una esquina como prefería Sofía.

Todos habían llegado menos ellas dos, Lola y Nicole no habían aparecido y la detective se preguntó si su ausencia tenía algo que ver con la discusión del otro día de la que ella escapó convenientemente.

—Marta, ¿puedes abrocharme bien la cremallera? Creo que se ha abierto.

Marta comprobó la espalda de Sofía y vio que todo estaba en orden.

—Sofía, estás bien, te lo he dicho mil veces.

Desde que las dos amigas se habían encontrado, Sofía no había parado de mostrar síntomas de estrés. Quizá fuera por el vestuario incómodo, por la cantidad ingente de invitados o por eso. Por el mismo motivo por el que todas las cabezas se giraban hacia las escaleras.

La atención fue robada de Marta y Sofía para centrarse en Nicole y Lola que hicieron su aparición unidas de la mano.

La pelirroja llevaba un vestido rosa que hacía juego con su piel pálida. Nicole llevaba un despampanante vestido rojo y los labios color carmín.

Si no se debía ir más guapa que la novia a una boda, Nicole estaba cometiendo el peor de los crímenes.

Todos. Hombres y mujeres se habían quedado prendados de ella y no eran capaces de disimularlo.

—Joder con tus ex —dijo Marta—. Desde luego no se puede decir que no tengas buen gusto.

—Dios mío.

Sofía se llevó la mano al pecho como si le faltara el aire.

—¿Estás bien? —preguntó Marta preocupada.

—Yo no sé si voy a poder con esto. ¿Has visto a Nicole? —dijo jadeante.

—Sí. Es la persona más guapa del mundo. Y Lola no tiene nada que envidiarle.

—¿Y si nos vamos?

—¿Estás loca? Piensa en Claudia, es tu amiga. Si te ha invitado es porque quiere que estés aquí.

—Tienes razón.

Sofía trató de recuperar el aire. Se tranquilizó poco a poco. Aquel iba a ser un día a largo así que le convenía mantener la calma. Pero, a decir verdad, tener a Nicole tan cerca, así vestida, no ayudaba en nada.

Las puertas del castillo se abrieron finalmente y los invitados se colocaron en sus asientos.

Sara esperó a Claudia en el altar y cuando llegó, los invitados ahogaron un grito.

La ceremonia se celebró con tranquilidad, sin sobresaltos y por fin había llegado la hora que todos esperaban. La hora de comer y beber.

No habían pasado ni treinta minutos desde que Sofía y Marta se habían sentado a la mesa y la detective ya se había bebido dos copas de champán e iba camino de la tercera.

—Sofía, baja el ritmo. Te va a sentar mal.

Sofía agarró su copa con fuerza para evitar que Marta se la quitara.

—Tranqui, Marta, es un día especial —dijo antes de tragar.

—Yo creo que sé porque estás bebiendo.

Sofía tragó el líquido y miró a Marta con un gesto serio.

—Ten cuidado con lo que vas a insinuar.

—Me darás la razón antes de que acabe la noche, ya lo verás.

—Por lo pronto voy a disfrutar del champán —replicó dando otro sorbo.

Comieron y bebieron. Las horas pasaron y el alcohol en sangre de los presentes aumentó. Algunos de los invitados ya se animaban a bailar, pero Sofía decidió que era el momento de darle un descanso a su cabeza y se ocultó en el baño.

Para su fortuna, el silencio la alcanzó cuando puso la mano en el picaporte y pudo respirar. Abrió la puerta despacio, como si los demás pudieran enterarse de dónde estaba y pudieran ir a molestarla.

«No puede ser», fue lo que pensó cuando vio a Nicole lavándose las manos. Había ido al baño en busca de paz y se había encontrado todo lo contrario.

—Hola. —Nicole sonrió amablemente, como si se alegrara genuinamente de verla.

—Hola —respondió con timidez.

—Estás…—La morena barajó las consecuencias de lo que iba a decir, y decidió que no tenía nada de malo—. Estás muy guapa. Nunca te había visto llevar vestido.

—Ya… no es mi prenda favorita, la verdad. Tú también estás…—No sabía cómo decirlo, así que simplemente lo dijo—. Espectacular. Como siempre.

—Gracias.

Nicole se acercó a Sofía y la detective no entendió qué estaba pasando. Caminó hacia atrás, hasta que la pared fue el límite. La escena del baño se estaba repitiendo. Nicole siguió acercándose y, cuando estuvo a dos centímetros de Sofía, estiró el brazo para coger un trozo de papel. Se secó las manos y lo tiró a la papelera.

—Ya nos veremos —dijo antes de salir.

Sofía resopló y corrió al lavabo para echarse agua en la nuca y el cuello. Después se miró al espejo y trató de recomponerse.

Llegó a la mesa y algunos de los invitados estaban disfrutando del postre mientras que el resto se movía en la pista de baile.

—Sofía, el postre —Marta le indicó con la mano que se acercara.

Sofía se sentó a su lado y comió del pastel de chocolate mientras Marta le narraba su última pelea con Mario.

—Y va y me dice que quiere que vivamos juntos. ¿Qué vivamos juntos? ¿En qué siglo estamos? Eso ya no se lleva, no es necesario, yo no quiero ni hijos ni un marido. Soy una persona independiente, necesito mi espacio. Además, es sabido por todos que la convivencia mata la pareja. Cualquier pareja.

—No tiene por qué. Mira Claudia y Sara —dijo señalándolas con el mentón.

Claudia y Sara estaban acarameladas en la barra de bar bebiendo alcohol.

—Claudia y Sara están en su mundo de lesbianas donde solo hay luz y color. Ellas no cuentan.

Marta siguió hablando, pero Sofía no podía escuchar. No podía escuchar porque tenía los ojos de Nicole sobre ella. Estaba sentada junto a Lola en la mesa de enfrente y esta también le estaba contando algo a la morena, pero parecía no escucharla. Estaba demasiado centrada en Sofía.

La detective humedeció su garganta con más champán y sonrió a Nicole con tristeza. La nostalgia la estaba inundando de repente.

Nicole apoyó el codo en la mesa y se mordió el pulgar. Miró a Sofía de arriba abajo, como si ahora le pusiera nerviosa su presencia.

Lola y Marta hablaban, pero sus voces eran lejanas. Se entrecortaban y Nicole y Sofía apenas captaban algunas de las palabras que decían sus interlocutoras.

Los ojos de Sofía se enrojecieron y del mismo modo sus mejillas. Bebió el resto de la copa de un trago. Y una lágrima resbaló por su rostro. Una lágrima que no pasó desapercibida ni para Marta, ni para Nicole, ni para Lola.

—Sofía, ¿estás llorando? ¿Qué te pasa? —preguntó Marta alarmada.

La expresión de Nicole cambió drásticamente. Hizo el amago de levantarse, pero demasiada gente las rodeaba y no quería volver a hacer enfadar a Lola.

Lola dejó de hablar y miró a Sofía.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—Ni idea —respondió Nicole.

—Voy a preguntarle.

Lola se levantó con decisión y se encaminó a la mesa de Sofía que había quedado prácticamente vacía.

—Lola, no. Para.

Nicole la agarró del brazo, pero fue inútil. Lola alcanzó su objetivo y se sentó junto a Sofía.

—Lola, yo…

Sofía se puso nerviosa al ver a Lola acercándose con tanta determinación y, por un momento, pensó que había cometido un error.

—No, Sofía. Soy yo la que te tiene que decir algo.

—Ah…

—Voy a pedir agua —Marta se levantó y se acercó a la barra.

—Solo quiero pedirte perdón por la escenita del otro día.

—Lola…

—No. Déjame acabar. Sé que lo tuyo y lo de Nicole se acabó hace tiempo. Sé que fue una ruptura muy dolorosa par ambas y sé que hacéis todo lo que podéis para llevaros bien. Es

solo que os vi tan encendidas en la despedida de Claudia que no pude evitar sentir celos. Cuando existe ese enfado entre dos personas es porque antes tuvo que haber una relación muy fuerte, muy importante. Y en ese momento yo me sentí dejada de lado.

—Nicole te quiere.

—Ya lo sé. Y sé que a ti también. O al menos antes. Pero eso no me da derecho a manejar vuestra relación, a decidir por vosotras. Podéis tener el tipo de relación que queráis y no es asunto mío.

—Pero entonces, ¿habéis vuelto?

—Sí. Estamos juntas. Pero estoy intentando confiar un poco más, ya sabes.

—Puedes estar tranquila, Lola. Nicole y yo te queremos y te respetamos.

—Lo sé. Y yo a vosotras.

Lola se levantó y depositó un beso en la cabeza de Sofía antes de marcharse.

Cuando llegó la madrugada, la detective decidió que era el momento de pasar a licores más fuertes, así que se acercó a la barra y pidió un trago de ginebra.

—Vaya, ¿ginebra sola? Tienes el paladar resistente.

Sofía giró la cabeza y vio a una mujer que la observaba. Una chica con una melena rubia infinita, alta y delgada. Parecía sacada de una revista.

La mujer sonreía mostrando todos sus dientes perfectamente blancos. Tan blancos que Sofía juró que, por un momento, la habían deslumbrado.

—Sí…bueno. A estas alturas de la noche solo quiero alcohol en mis venas.

—¿Ahogando las penas?

El camarero se acercó y atendió a la desconocida.

—Un *sex on the beach*, por favor.

—Algo así —respondió con sequedad.

—Podemos ahogarlas juntas. Si quieres, claro.

A decir verdad, a Sofía no le apetecía, en absoluto, mantener una conversación con una desconocida. Pero la joven se había mostrado tan amable que no supo rechazarla.

—Claro.

—Salud.

La desconocida chocó su copa con la de Sofía.

—¿Y cómo te llamas?

—Elena. Y tú eres…

—Sofía, encantada.

Sofía estiró la mano, pero Elena la acercó a su cuerpo y le dio dos besos en las mejillas.

Nicole bailaba en la pista con Lola y desde la distancia pudo percibir la interacción entre las dos mujeres.

—¿A qué te dedicas, Sofía?

—Soy detective privado. Trabajo con Claudia. ¿Y tú? Modelo, imagino —dijo visiblemente achispada.

Elena rio.

—No, trabajo con Sara. Pero gracias.

—¿Doctora?

—Sí. De urgencias.

—Vaya, igual nos vendrías bien en el equipo. Siempre estamos heridos, ¿sabes?

—Sí, ya veo —dijo observando todas las cicatrices en el rostro de Sofía.

La conversación, cada vez más subida de tono, siguió transcurriendo a lo largo de la

madrugada. Sofía no conseguía recordar en qué momento se habían acercado tanto la una a la otra, pero en esos momentos podía oler al aliento a vodka de Elena.

La doctora había desechado todo rastro de timidez que hubiera podido tener y acarició el pelo de Sofía para ponerlo detrás de su oreja.

A la detective ya nada le importaba, y si Elena quería lanzarse a sus labios, no iba a ser ella quien se lo impidiera. Apenas dos centímetros las separaban y cuando Sofía comenzó a sentir el calor de su boca, algo las separó abruptamente.

—Un gin-tonic, por favor.

Era Nicole. Se había interpuesto entre las dos mujeres y había quedado en medio.

—¡Hola, Sofía! No te había visto —exclamó con una sonrisa—. ¿Y tú eres…? —preguntó girándose hacia Elena.

—Elena, encantada.

Elena estiró el brazo, pero Nicole no le dio la mano. Cogió su copa y bebió de la pajita.

—¿Y a qué te dedicas, Elena?

—Soy médica.

—Vaya… una salvavidas, ¿eh?

—Sí —respondió con incomodidad—. Oye, ¿sois pareja o…?

—No, qué va —intervino Sofía—. Nicole, ¿qué estás haciendo?

—Nada, solo quiero conocer a nuestra amiga Elena —respondió sonriente—. Sofía y yo somos amigas —dijo girándose hacia Elena.

Sofía frunció el ceño.

Nicole y ella nunca habían sido amigas y le resultaba rarísimo referirse a su relación de tal manera.

—Ah, pues… Si me disculpas, estaba intentando ligar con tu amiga.

Nicole dio dos pasos hacia la doctora.

—¿Con Sofía? Vas a tener que trabajar duro. Ella no se fija en cualquiera —respondió desafiante.

—Nicole, por favor —Sofía se llevó la mano a la frente.

—Quizá yo no soy cualquiera —replicó Elena. Imitó a Nicole y dio dos pasos más al frente.

—Le gustan más… morenas.

—Para eso están las excepciones. Para romper las reglas.

—¿Podéis parar? Esto no es una competición. Nicole, déjame hablar con Elena.

—¡Nicole!

Para suerte de todas, Lola llamó a la morena desde la pista de baile y le indicó con la mano que volviera.

Nicole le lanzó una última mirada vigilante a Elena y se marchó con Lola.

—¿Tu ex? —preguntó Elena.

—Sí.

—Un poco territorial, ¿no?

Cinco minutos fueron los necesarios para que Elena recuperara los labios de Sofía. Los besos con sabor a licor habían hecho su acto de presencia y, finalmente, las dos mujeres habían obtenido lo que tanto querían. Eso sí, bajo la atenta mirada de Nicole, que no era capaz de prestar atención a Lola mientras bailaban juntas.

Cuando Elena se ausentó para acudir al baño, Sofía decidió que era el momento de dar un descanso a sus pies, así que se encaminó a una silla. Ya todas estaban vacías y los invitados,

intoxicados por el alcohol, bailaban enérgicamente en la pista.

Antes de poder sentarse, antes de poder tan siquiera doblar las rodillas, Sofía sintió cómo la agarraban del brazo y se giró bruscamente preparada para espantar a aquel baboso que, probablemente, intentaría ligar con ella.

—Baila conmigo.

Era Nicole, mirándola con una expresión seria. Tragando su orgullo para pedirle lo que tanto deseaba.

Sofía comprobó el terreno y le sorprendió no ver a Lola por ninguna parte.

—¿Y Lola?

—Se encuentra mal, ha ido al baño.

—¿Quieres bailar conmigo o quieres separarme de Elena?

—Quiero que dejes de hacer preguntas que no importan y que vengas.

Sofía soltó su copa en la mesa y se dejó llevar de la muñeca por Nicole.

La morena acercó bruscamente a la detective a su cintura y Sofía se volvió a intoxicar con su perfume. Era el de siempre, el mismo que llevaba cuando la conoció y el mismo que había intentado olvidar miles de veces.

La música era lenta y Nicole mecía suavemente a Sofía sin despegar sus ojos de ella. Su mirada era tan penetrante que la detective se sintió castigada, como si hubiera hecho algo mal.

Nicole acercó su rostro tanto al de Sofía que la detective pensó que estaba a punto de cometer una locura, pero en su lugar, la morena apoyó su mentón entre el cuello y el hombro de Sofía.

—Nicole, ¿qué haces? —preguntó sin separarse, rígida como una estatua.

Nicole no respondió, se limitó a sujetar la cintura de Sofía y a moverse junto a ella suavemente.

Sofía cerró los ojos y trató de retener en su memoria todo lo que estaba ocurriendo, por si se le olvidaba, por si no volvía a ocurrir.

—Hueles tan bien como siempre —dijo la morena mirándole a los ojos.

—Tú también.

—¿Te gusta Elena?

—No lo sé. ¿Te gusta Lola?

Nicole asintió.

—Pero nadie se te compara.

—Nicole.

—Es una pena que no podamos estar juntas, ¿no? —Sonrió con tristeza.

Sofía tragó saliva. No sabía qué responder.

—Es lo mejor —dijo finalmente.

—¿Lo mejor para quién?

—Para las dos. Para las tres.

—Eres una orgullosa.

—Sí, lo soy. Tienes que dejarlo estar, ¿vale?

—Tus deseos son órdenes.

Nicole soltó a Sofía y se separó abruptamente. Después fue a buscar a Lola al baño.

Sofía se quedó en medio de la pista sin saber qué hacer.

—¿Se puede saber qué ha sido eso?

Marta apareció de la nada junto a Sofía.

—Enhorabuena, Marta. Tenías razón. ¿Vamos a tomar el aire?

CAPÍTULO 18

Sofía no se lo pensó dos veces a la hora de aceptar la propuesta de Elena. La noche anterior lo había pasado tan bien con ella, que estaba deseando volver a verla. Así que, ahí estaba, teniendo una cita con la compañera de trabajo de Sara a pesar de estar destruida por la resaca y el cansancio.

La detective sabía perfectamente cuánto le gustaba a la doctora, por cómo la miraba, por cómo le hablaba y por cómo la buscaba. Y, después de tanto tiempo, le complacía sentirse deseada. La propia Sofía no había hecho ningún esfuerzo en los últimos meses por cuidar de su aspecto y, a duras penas, lo había hecho por cuidar su salud, así que, que alguien se interesara tanto por ella, la animaba a salir de casa y seguir adelante con su vida sentimental.

—¿Y cuánto hace que rompiste con Nicole?

Elena quería asegurarse de que no se entrometía en una relación complicada, así que, antes de lanzarse a por Sofía, quería comprobar que la detective lo tenía todo tan claro como ella.

—Hace más de un año. No sé exactamente. He perdido la noción del tiempo.

—Parece que ella todavía sigue sintiendo algo por ti, ¿no?

—No, qué va. Reconozco que puede ser un poco territorial a veces, pero lo mejor que hemos podido hacer Nicole y yo es separarnos. Ella está con Lola, la amiga de Claudia, que también es mi ex.

Elena abrió los ojos con sorpresa.

—¿Cómo llevas que tus ex estén juntas?

—Mejor que la mayoría, la verdad —respondió dando un sorbo a su refresco.

—Perdona que te pregunte, pero, ¿tú sientes algo por ella?

—¿Por quién?

—Por cualquiera de las dos. Por Nicole o por Lola.

—No. Tengo una relación cordial con ambas, pero cualquier otro sentimiento está muerto y enterrado. Además, ellas se quieren mucho, te lo aseguro.

—Genial. —Sonrió complacida.

—¿Por qué lo preguntas?

—Solo quiero que tengas las cosas tan claras como yo. Que quieras lo que yo quiero.

—¿Y qué es lo que quieres? —preguntó con una sonrisa de medio lado.

—Lo sabes.

—Dímelo.

—A ti.

—Vas a tener que currártelo más, no es la primera vez que me dicen eso —replicó desafiante.

Elena rio.

—Si algo me caracteriza, es ser una persona perseverante.

Las dos mujeres siguieron conversando hasta que las alcanzó la noche y la tensión sexual era tan rígida que Sofía creyó poder cortarla con un cuchillo. Estaba desesperada. Estaba desesperada porque Elena le dijera una sola palabra para conseguir de ella lo que tanto quería. Para entregarse a ella como si fuese un juguete. Pero para su desgracia, la doctora había decidido poner a prueba su paciencia fingiendo desinterés, haciendo que Sofía perdiera la cordura y dejándole solo la opción de rogarle para que la llevara a su casa y le arrancara la ropa. Estaba a

punto de hacerlo. Estaba a punto de suplicarle cuando su teléfono sonó.

Sofía respondió la llamada del número desconocido excusándose.

—Sofía —dijo aquella voz llena de tristeza.

—¿Nicole?

—¿Puedes venir, por favor?

Nicole se había echado a llorar y Sofía pudo notarlo a través del teléfono.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estás?

—Estoy en El Clavel.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

—Ven.

—Voy.

Sofía volvió a la mesa y cogió su bolso.

—Me tengo que ir, lo siento. Es una emergencia.

—Claro, tranquila. —Sonrió amablemente.

—¿Qué tal está tu compañera de celda?

Ya era la segunda vez que abordaban a Nicole en mitad de prisión y también era la segunda vez que lo hacían para hablar de Leyla.

La morena, que iba de camino a su celda, miró a aquella mujer. Tenía bolsas en los ojos y manchas en la cara, arrugas en el labio y unos profundos surcos al lado de los ojos. Era una mujer voluminosa, de piel morena, Nicole se fijó en su pecho y vio que aquella camiseta estaba a punto de estallar.

Había oído hablar de ella un poco y cada vez que la veía, tenía un grupo de internas a su alrededor que la seguían como perritos falderos. Leyla le había comentado alguna vez que era una de las veteranas, que se había pasado la mayor parte de su vida en prisión y que no le gustaba la idea de tenerla cerca, así que Nicole se había mantenido discreta y había decidido esquivarla. Por eso le sorprendía tanto que hubiera sido ella, Verónica, quien la buscara, sin previo aviso, sin conocerse de nada.

—No sé, eso deberías preguntárselo a ella, ¿no? —respondió esquiva, tratando de hacerse un hueco entre Verónica y la pared.

Pero fue en vano, la veterana la había arrinconado aún más y Nicole no tuvo sitio para escapar.

Verónica rio.

—Me imagino que ya sabrás que no es trigo limpio.

—Sí, eso he escuchado.

A la morena le molestaba profundamente que alguien se dedicara a hablar mal de su única amiga para ponerlas en contra. Por muchos errores que Leyla hubiera cometido, Nicole seguía considerándola una persona muy cercana y le albergaba un aprecio inmenso que, si se destruía, no iba a ser por culpa de terceros. Los esfuerzos de Verónica iban a ser inútiles, pero creía que, si le daba la razón, se la quitaría de encima cuanto antes.

—¿Y has pensado en cambiarte de celda? Quizá puedas pedirlo y quizá yo te pueda ayudar, se ha quedado un sitio libre al lado de…

—No me interesa, gracias. —Sonrió incómoda y trató de alejarse, pero cuando lo hizo, Verónica se acercó más a ella, presionándola contra la pared.

—Me parecer que no lo has entendido, Nicole. Te estoy diciendo que vas a cambiar de

celda.

La morena sabía que no era el momento de achantarse, que, si lo hacía, aquella mujer sabría que podría abusar de ella todas las veces que quisiera, presionándola y llevándola al límite poco a poco, así que, en lugar de agachar la cabeza, elevó el mentón y la miró a los ojos.

—Te he dicho que no me interesa. Ya tenemos una edad para ir y venir con cotilleos de patio de colegio, ¿no te parece? ¿No tenéis otra cosa que hacer que intentar ponerme a Leyla en contra? —Sus labios se descontrolaron y dijo más de lo que quería decir, pero una vez había empezado, no pudo parar.

Verónica sonrió de medio lado.

—Cuidado con lo que dices, yo solo te ofrezco no andar sola por ahí, puede ser peligroso.

—Si te aburres y no tienes nada mejor que hacer puedes irte a jugar a las cartas —dijo señalando a unas internas que jugaban en una mesa—, o buscarte otro hobby, estoy segura de que algo habrá qué hacer por aquí.

Verónica agarró del pelo a Nicole y tiró de su cabeza hacia atrás. Apretó sus dientes enfurecida mientras escupía las palabras.

—Aquí me obedece todo el mundo y tú no vas a ser diferente.

La tiró al suelo como si de un trapo de tratase, era mucho más fuerte que ella.

Nicole no tardó en levantarse, pero, tan pronto lo hizo, alguien vino por detrás y le dio una patada en la corva, haciendo que cayera al suelo nuevamente. Antes de que pudiera hacer nada, dos mujeres la agarraron de los brazos y la levantaron, como si estuviese crucificada. Una de ellas era Bea.

Justo cuando Verónica había levantado el brazo para propinarle un golpe en el estómago, Leyla apareció corriendo, espetando palabras en árabe que Nicole no pudo entender, pero que bastaron para que la veterana se detuviera.

Leyla le dio un empujón y la apartó de la morena.

—¿Y vosotras qué? ¡Eh! ¿No tenéis nada mejor que hacer que seguirle los juegos a esta? —Señaló con gesto furibundo a Verónica—. Sois patéticas, no sois nadie sin ella y nunca lo vais a ser. Cobardes. ¿Por qué no vienes a por mí, eh? —dijo instigando a Bea.

Bea soltó del brazo a Nicole y se acercó a Leyla. Pero antes de que pudiera hacer nada, esta última, le golpeó a la altura del ojo con todas sus fuerzas e hizo que se tambaleara.

Bea no tenía nada que hacer en una pelea física contra Leyla, así que fue Verónica la que se acercó a su espalda y la agarró del cuello para cortarle la respiración.

Nicole trató de levantarse, pero tropezó con sus propios pies. Leyla tenía cada vez más dificultad para escapar y justo cuando Nicole estaba a punto de lanzarse sobre Verónica, las voces con eco de unos guardias, se escucharon a lo largo del pasillo.

Leyla fue liberada de inmediato y las tres presas que habían comenzado todo se dispersaron.

Los guardias pasaron de largo mientras las dos mujeres intentaban recomponerse con disimulo.

—¿Estás bien? —preguntó Leyla.

Nicole trataba de recuperar el aliento. Se recolocó su melena y se sacudió el polvo.

—Sí, ¿y tú?

—Sí, más o menos —dijo agarrándose el cuello. Aún le dolía del forcejeo que acababa de tener.

No fue hasta que las dos consiguieron erguirse cuando se miraron a los ojos y sonrieron.

—Supongo que intentaban ponerte en mi contra —añadió aún jadeante, con los brazos en

jarra.

—Sí, pero no te preocupes, ni me fío de ellas ni soy tan influenciable.

—Lo sé.

—Gracias por salvarme el culo, pensaba que esta vez no iba me iba a librar —dijo recordando la tortura a la que la sometió su hermano unos meses atrás.

—Para eso están las amigas, ¿no?

Y en su voz sonó un leve tono de lamento que solo alguien como Nicole podría percibir.

—Leyla —Nicole se acercó.

—Ahórratelo, no te me pongas cursi.

—Solo…

—Shh.

—Lo siento mucho.

—Lo sé. —Su expresión se volvió seria, creía las palabras de Nicole.

Nicole tragó saliva, quería seguir diciéndole lo mucho que lo sentía, los injustos que fueron sus reproches, que se había comportado como una idiota y que valoraba su amistad por encima de todas las cosas, pero no pudo, no fue capaz. La mirada y las palabras de Leyla le habían dejado claro que ella no quería escuchar nada más, así que se conformó con que reconociera su disculpa.

—¿Qué tienen en tu contra? ¿Por qué no te dejan en paz?

—Es por lo de Durán, se creen que me acuesto con él porque saco beneficio. El único beneficio es que no mate a mi hermana. Verónica también está celosa, desde que entró, quería a Durán para ella, pero no sé si no sabe cómo es o si simplemente no le importa. Por desgracia, Durán no tiene ojos para ella, si los tuviera me dejaría un poco más tranquila.

Nicole pensó en Bruno. Se sentía identificada con todo lo que había dicho Leyla y no pudo evitar sentirse culpable.

En ese momento sonó la alarma que indicaba que empezaba la hora del almuerzo.

—Vamos, anda. —Leyla le dio una palmadita en el brazo—. Hora de comer.

Nicole escuchó cómo la puerta del bar se abría, pero estaba tan borracha y hundida en los recuerdos de Leyla, que no se molestó en girarse, como si no hubiera sido ella misma la que había llamado a Sofía.

La detective había entrado como una exhalación en El Clavel. Miró a un lado y a otro hasta que vio a la morena en la barra con la cabeza hundida en sus brazos.

—Nicole. —Sofía sacudió su hombro, pero la morena no respondió—. ¿Qué ha pasado, Mario?

—Creo que ha bebido demasiado. Estaba tirada en la puerta del bar y le he dicho que entrase a esperarte.

Sofía observó a Nicole y vio que tenía las piernas sucias y llenas de rasguños.

—Gracias.

Mario le dedicó una sonrisa y se retiró a la cocina.

—Nicole.

Sofía cogió a Nicole de las mejillas y la miró a los ojos.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó la morena.

—No he tardado, he venido lo más rápido que he podido.

—¿Estabas con Elena?

Sofía asintió.

Nicole volvió a hundirse en la barra.

—Vamos, te llevo a casa de Lola.

La agarró del brazo y tiró, pero la morena se resistió.

—No quiero ir a casa de Lola. No quiero ir a ningún sitio.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha pasado algo?

—Un hombre me ha intentado robar el bolso —protestó—. Voy a mandar a mi hermano que lo mate.

—Me imagino que no has bebido por eso. ¿Has discutido con Lola?

—¿Quieres dejar de hablar de Lola? ¿De verdad estás tan ciega? ¿De verdad no ves más allá?

—No te entiendo.

—Déjalo. No importa.

—¿Por qué me has llamado?

—Me encontraba mal. Mario me ha dicho que llame a alguien para recogerme. No creo que pueda conducir.

—No, mejor que no. Vamos fuera.

Sofía consiguió finalmente que Nicole se levantara y cuando lo hizo, la morena tropezó y cayó en los brazos de la detective.

—Me gusta mucho este lunar que tienes aquí —dijo señalándole el pómulo—. ¿Te lo he dicho alguna vez?

—Sí, alguna vez lo has mencionado —respondió cargando con el cuerpo de Nicole.

—También me encanta tu carácter de mierda. —Le agarró de las mejillas—. Eres una borde que te cagas —añadió con una sonrisa.

Sofía se quedó mirando los ojos borrachos de Nicole y no supo qué contestar.

Se la llevó de la mano al exterior.

—Espera, Sofía.

Nicole frenó en seco y la detective la miró expectante.

—Cuando fui a SOMBRA, no creías que iba a matarte, ¿no?

—Bueno, me apuntaste con una pistola, sí que lo dudé.

La morena agachó la cabeza y se acercó despacio a Sofía.

—Solo quería ganar tiempo y distraer a mi hermano para proteger a Lola. No tenía ningún plan, solo sabía que no quería hacerte daño. Sabes que nunca te haría daño, ¿verdad?

—Me has hecho más daño del que me ha hecho nadie jamás.

Nicole suspiró y comprendió que era inútil seguir discutiendo con Sofía.

—Pero creo que es porque nunca he querido a nadie como a ti —añadió.

Nicole tragó saliva y sus ojos se iluminaron. Se acercó más.

Jugó con la chaqueta de Sofía.

—¿No me echas en falta a veces? Porque yo a ti sí. ¿No piensas mí? —preguntó con los ojos colmados y las lágrimas a punto de brotar.

—Tu no me echas de menos. Tú quieres a Lola.

—¿Entonces por qué cada vez que me meto en la cama pienso en ti?

Sofía quería responder, pero sus argumentos se desmoronaron y solo supo mirar a Nicole.

—No lo sé. No sé qué responderte.

—Dime lo que quiero oír.

—No puedo.

—¿Porque no lo sientes o porque no quieres reconocerlo?

Sofía dio un paso atrás y Nicole no intentó retenerla.

—Sé que tú tampoco me harías daño por mucho que me amenaces y por mucho que te hagas la dura. También sé que preferirías que las palabras te quemaran la garganta antes que reconocer lo que sientes por mí. Pero yo ya me he cansado. Me he cansado de perseguirte y de intentar que me busques. De intentar que te comuniques. Sé que no tenemos nada, pero esto se acabó. Yo le pongo fin. Por mí.

Sofía agachó la cabeza y permaneció muda.

—¿Puedo llevarte a casa de Lola, al menos?

Nicole negó con la cabeza.

—Puedo ir sola. Adiós.

Nicole se alejó con firmeza y Sofía se quedó plantada frente al Clavel.

Era el momento de deshacer la peor decisión que había tomado.

CAPÍTULO 19

Después de insistir hasta la saciedad, Sofía había conseguido que le pusieran al teléfono con Adriano. Sabía que, por mucho que informara al Dorado, no tenía ninguna autoridad ni poder sobre dicha organización criminal. Por eso precisamente le habían dado un número de teléfono que casi nunca contestaban y con el cual solo podía llegar hasta el súbdito más insignificante de Adriano.

—Sofía, *amore,* ¿cómo estás? Me han dicho que tienes información importante para mí.

—Sí, es sobre Nicole Mendoza, la hermana de Gabriel. Le hablé de ella la primera vez que nos reunimos.

—¿Qué pasa con Nicole?

—Bueno, al parecer no está involucrada en La Salvación como yo pensaba. No tiene relación con el crimen y no tiene sentido ir a por ella —mintió.

—¿Por qué me dices esto ahora? No estarás mintiendo, ¿no? No me gustaría tener que hacer daño a mi chica favorita.

Sofía reprimió el gesto de asco y se concentró en la conversación.

—No. En SOMBRA creíamos que Nicole tenía un papel relevante y que ayudaba a Gabriel, pero hemos descubierto que no es así. Solo es la hermana tonta a la que le gusta gastar dinero, no ha hecho daño a una mosca en toda su vida. Es inocente e inofensiva.

—Pero, aunque sea inocente, a Gabriel no le gustará que le hagamos daño. Y ante todo queremos hacer enfadar a Gabriel. Humillar y matar a Nicole es solo un entrante, digámoslo así.

—Que Nicole muera es demasiado arriesgado. Si Gabriel se enfada puede empezar una guerra mucho mayor. Pueden sacar toda la artillería pesada y puede acabar en desastre tanto para La Salvación como El Dorado. Creo que es mejor ir directamente a por él. Será un golpe mucho más duro y podríais eliminar a un líder. Además, si El Santo se entera de la muerte de Nicole, las consecuencias pueden ser trágicas.

Silencio. Y después la respiración de Adriano. Eso fue lo que escuchó Sofía tras su discurso y mientras los segundos pasaban, rogó a todos los astros que la respuesta fuera positiva.

—Está bien —dijo la voz ronca—. Tiene sentido. Iremos directamente a por Gabriel.

Sofía tapó el micrófono de su teléfono y suspiró aliviada.

—Genial, creo que es lo mejor.

Adriano no respondió antes de colgar y Sofía miró la pantalla confundida.

La detective guardó el teléfono en su bolsillo y puso rumbo a la consulta de Marta.

Marta escuchó el sonido de la puerta y se preparó para recibir al siguiente paciente, pero cuando abrió, se encontró de bruces con Sofía.

—Sofía. —Marta no pudo disimular la sorpresa en su rostro cuando vio a su amiga en su consulta—. ¿Qué haces aquí?

—¿Puedo pasar? ¿Tienes tiempo?

—Claro, pasa. —Marta la invitó a entrar con la mano—. Tengo unos minutos hasta que venga el próximo paciente. ¿Ha pasado algo?

—Te he hecho caso.

—Eso sí que es una novedad. Caso, ¿en qué?

—He cancelado el asesinato a Nicole. He hablado con El Dorado y les he convencido de que la dejen en paz y se centren en Gabriel —dijo asintiendo repetidamente como si así pudiese

convencerse a sí misma.

—Vaya —Marta frunció el ceño—, ¿y crees que te van a escuchar?

—Sí. O al menos eso me han dicho.

Sofía estaba de pie con los brazos en jarra. Respiraba con dificultad por la prisa que se había dado para llegar hasta el lugar de trabajo de Marta. Miraba al suelo y a su amiga alternativamente.

—Pero entonces, ¿os habéis reconciliado? ¿Ya os lleváis bien?

—Algo así. Digamos que ambas hemos cesado en nuestros intentos de matar a la otra. —Sofía hizo una pequeña pausa—. Nicole me llamó anoche.

Marta se inclinó hacia delante en la silla y abrió los ojos con sorpresa.

—¿Nicole? ¿Y qué quería?

—Me llamó borracha para que fuera a recogerla al Clavel.

—¿Al Clavel? Este Mario… Le tengo dicho que me cuente las cosas importantes.

—¿Y por qué no llamó a Lola?

—No lo sé. Me dijo que no quería ir a casa de Lola ni a ningún sitio. Estaba… rara. Rara y triste.

—¿Rara cómo? ¿Qué quieres decir?

—Estaba cariñosa. Me dijo que me echaba de menos y que pensaba en mí.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Nada. Me ofrecí a acompañarla a casa de Lola, pero no quiso.

—¿De verdad no le dijiste nada?

Sofía negó con la cabeza.

—¿Qué le iba a decir? No se me ocurría nada. No me esperaba que ella se sincerara conmigo tampoco.

—¿Has pensado que igual es momento de que tú también te sinceres contigo misma?

—¿A qué te refieres?

Marta inclinó levemente el cuello y parpadeó lentamente como respuesta.

—¿Qué quieres decir, Marta?

—¿Qué sentiste cuando Nicole te dijo que te echaba de menos?

Sofía arrugó los labios y miró al techo tratando de recordar.

—No lo sé. No me gustó. Me incomodó.

—¿Por qué?

Sofía suspiró.

—Supongo que me asusté. Supongo que vi la posibilidad de tener a Nicole tan cerca otra vez que me asusté. No quiero volver a caer.

—¿Por qué temes caer? —Marta entrecomilló con los dedos—. Si no quieres, no tienes que estar cerca de Nicole.

—Es que, a veces pienso que… —Sofía dejó de hablar e inspiró.

—¿Qué? ¿Qué es lo que piensas?

—Que no me importaría estar con ella. Que no me importaría estar como antes —dijo finalmente.

Marta observó a su amiga.

—Ya… ¿Entonces sientes algo por Nicole?

Sofía asintió.

—Nunca he dejado de sentirlo por mucho que me haya esforzado.

Marta sonrió.

—Si sientes algo por ella y dices que no te importaría que estuvierais juntas, ¿por qué no se lo dices? ¿Quién sabe? A lo mejor volver a estar como antes es más fácil de lo que parece.

—Te lo he explicado mil veces. No quiero estar con ella, me ha hecho mucho daño. Está involucrada en la muerte de Samuel y, de alguna manera, en la de mi madre. ¿De verdad crees que podría estar con ella sin recriminarle? ¿Que estaría tranquila sabiendo que estoy traicionando a Samuel y a mi madre? Para colmo, además de todo lo que te acabo de decir, te recuerdo que está saliendo con Lola.

Marta giró el cuello y rio.

—Sofía…

—¿Qué? —dijo a punto de perder la calma.

—Que estoy segura de que solo le tienes que decir a Nicole que quieres estar con ella para que ella vuelva contigo sin pensarlo dos veces.

—Ella quiere a Lola.

—Ella te quiere más a ti. Parece que lo vemos todos menos tú. Estoy segura de que hasta la propia Lola lo sabe.

—Me da igual. No me importa. No podemos estar juntas. Parece que solo yo me doy cuenta.

—Solo quiero que sepas que no estás traicionando a nadie por estar con Nicole. Y que Nicole quemaría toda La Salvación por ti.

—¿Por qué sientes esta especie de afinidad por ella?

—Digamos que me cae bien.

—Ya me doy cuenta —dijo con un suspiro—. Creo que debería avisarle sobre El Dorado. Tiene que tener cuidado.

—Sí, yo también lo creo.

Sofía marcó el número de Nicole, pero al otro lado del teléfono solo escuchó el tono de llamada.

—No contesta.

CAPÍTULO 20

Nicole recobró la conciencia y no comprendió dónde estaba. Alzó la cabeza y algo tan simple como ese movimiento resultó doloroso. Miró a su alrededor y solo vio cuatro paredes sucias. Cuando trató de levantarse de la silla, se dio cuenta de que estaba maniatada. Se zarandeó, pero no sirvió de nada. Cuando comprobó que escapar de ahí no iba a ser tan fácil, entró en pánico. Sacudió tanto la silla que lo único que consiguió fue caer al suelo y una vez con la mejilla en el pavimento, la puerta que estaba frente a ella se abrió.

—Nicole, Nicole… —dijo la voz con un tono burlón—. Ten más cuidado, la próxima vez puede que no haya nadie para ayudarte a levantarte.

El hombre sujetó a Nicole del cuello y la incorporó junto a la silla.

La joven reconoció ese rostro de inmediato y comprendió lo que estaba pasando. El Dorado la había secuestrado y el siguiente paso sería acabar con ella.

Nicole lo miró fijamente como si estuviera contemplando la imagen más repugnante que había visto en toda su vida. Era cierto que Adriano no destacaba por su belleza, pero la grima que le producía era, quizá, algo desorbitada.

—¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien?

—Mi hermano te va a matar —pronunció sin apartar la vista de él, como si pudiese desintegrarlo con la mirada—. Me hagas lo que me hagas, mi hermano te va a matar y, antes de hacerlo, se va a asegurar de que sufras. Si quieres tener una oportunidad, lo único que puedes hacer es dejarme ir.

—Eres buena negociadora, se nota que lo llevas en la sangre —respondió con una sonrisa de medio lado—. Pero me temo que solo queremos mandar un mensaje a tu hermano. Tú solo eres un entrante de todo lo que podemos hacer.

Nicole volvió a zarandearse y la silla se tambaleó.

—Nicole. —Adriano la sostuvo de las mejillas—. Te he dicho que no te muevas.

La respuesta de Nicole fue escupir a Adriano. Su paciencia se había agotado hace tiempo y, si la iba a matar, prefería que lo hiciera ya.

Adriano se limpió la saliva con el exterior de la mano y sonrió.

—Sofía ha hecho que sea muy fácil encontrarte. Antes de que habláramos con ella no sabíamos casi nada de ti.

La expresión de Nicole cambió drásticamente y pasó de ser toda ira a genuina sorpresa.

—¿Qué… qué? —balbuceó.

—Tenemos que estarle muy agradecidos, quizá tengamos que hacerle un regalo.

Nicole intentó que las palabras de Adriano no la envenenaran. Ese discurso podría ser una estrategia para hacerla sentir débil, desprotegida y confundida. Pero algo en un rincón de su corazón se rompió, ¿de verdad Sofía deseaba tanto su muerte que había encargado su asesinato al Dorado?

—Ahora te voy a desatar y te vas a portar bien, ¿verdad?

Nicole no contestó. Se limitó a atravesarle con la mirada.

Adriano se acercó a su espalda y aflojó las cuerdas hasta que la morena quedó liberada y, tan pronto lo hizo, Nicole se lanzó hacia él como si fuese su presa.

Lo golpeó con todas sus fuerzas. Le propinó una patada en la entrepierna hasta que el hombre viejo cayó al suelo.

Adriano gritó y no tardaron en aparecer dos hombres armados que inmovilizaron a Nicole en un abrir y cerrar de ojos. Después comenzaron a darle una paliza y el jefe del Dorado abandonó la sala, dejando atrás el lamento de la morena.

—Han secuestrado a Nicole —dijo tan pronto entró en las oficinas de SOMBRA.

Tras pronunciar esas palabras, todas las cabezas presentes se giraron hacia ella.

—¿Qué? —preguntó Paula.

—¿Cómo lo sabes? —añadió Claudia.

—No me contesta las llamadas. Eso es muy raro en ella.

—Bueno, pero eso no quiere decir que la hayan secuestrado. Puede que esté con Lola —sugirió Hugo.

—Yo le pedí a Adriano que acabara con ella cuando tuvimos nuestra primera reunión.

Todos se quedaron en silencio sin saber qué decir.

—¿Y ahora quieres rescatarla? —preguntó Paula.

—Pues claro que quiero rescatarla, ¿qué pregunta es esa? He venido aquí para que me ayudéis.

—Sofía, eso es demasiado arriesgado —dijo Claudia.

La indignación cobró vida en el rostro de la detective.

—¿Me lo estás diciendo en serio, Claudia? ¿Si fuera Sara dirías lo mismo?

—¿Cómo vamos a enfrentarnos solos al Dorado? No sabemos casi nada de ellos, ni sus localizaciones, ni sus hombres…

—Que no tenemos recursos lo sabemos desde el principio. No es excusa para dejar a Nicole a su suerte. Igual que tampoco abandonamos a Lola —dijo más calmada—. No importa, si tengo que ir sola, iré yo sola.

—Sofía —pronunció Paula levantándose de la silla.

Sofía no hizo caso y salió de las oficinas.

Cuando estuvo en la calle, consultó su teléfono móvil, ella sí se podía hacer una idea de dónde estaba Nicole. Por supuesto, no iba a entregar todo lo que conocía y amaba al Dorado sin antes haber hecho su propia investigación particular. Sofía conocía al Dorado y sus movimientos mucho mejor de lo que Adriano o Claudia podrían pensar, así que, si tenía que buscar a Nicole ella sola, así lo iba a hacer.

No perdió ni un segundo más y se encaminó a una de las casas de Adriano. Palpó su chaqueta y se aseguró de que tenía su pistola consigo. Después fue en busca de su coche.

Antes de que pudiera seguir avanzando, antes de que pudiera recordar dónde había aparcado, la furgoneta de SOMBRA con Claudia al volante, frenó frente a ella. Claudia bajó la ventanilla.

—Sube, anda.

Hugo abrió la puerta corredera y le hizo un gesto con la mano para que subiera.

—¿De verdad creías que te íbamos a dejar sola? —dijo Paula.

Sofía no lo dudó y subió al vehículo.

—Tú me guías —dijo Claudia antes de ponerse en marcha.

Nicole siguió arrastrando los pies por la tierra. Las piernas estaban a punto de cederle y sabía que en cualquier momento iba a caer. Si lo hacía, con suerte le dispararían y pondría fin a todo ello. Sus pies estaban sucios y heridos, dar un solo paso se convertía en una tortura. Tenía la vista nublada y lo único que le consolaba en esos momentos era perder el conocimiento y dejar de ser consciente de su situación. En vista del ataque a Adriano, la habían vuelto a maniatar y, a

pesar de todos los golpes que había sufrido en su vida, aquel paseo hacia la muerte se estaba convirtiendo en el momento más humillante de toda su vida.

Una diminuta hendidura en el suelo bastó para hacerla caer. Y durante un segundo conservó la esperanza de que la dejaran ahí tirada, de que la abandonaran a su suerte para poder morir a solas.

Pero no fue así.

Uno de los hombres que le había estado apuntando a la espalda, la agarró con fuerza del brazo y la obligó a levantarse. Apenas recorrieron unos metros más hasta llegar a su destino. Unos metros que a Nicole le parecieron kilómetros.

—Aquí está —dijo Adriano con una sonrisa—. Comienza a cavar. —Señaló una enorme pala apoyada en un árbol.

—¿Yo? —preguntó Nicole con voz temblorosa. Hacía tiempo que se le había secado la garganta.

—¿Quién si no? Cava.

Nicole obedeció y cogió la pala. Al hacerlo, casi cayó al suelo. Estaba malherida, desnutrida y cansada, y aquella herramienta era increíblemente robusta. Cuando pudo sostenerla en sus manos trató de cavar el suelo y, después de dos intentos, tuvo que detenerse porque estaba a punto de desfallecer.

—¿Qué haces? Sigue —protestó él.

—No puedo —respondió con la respiración entrecortada.

Adriano le dio un bofetón y Nicole cayó al suelo. Una vez en la Tierra, una lágrima resbaló por su mejilla y la sangre volvió a brotar de su nariz y sus labios.

Uno de los hombres desató el nudo de sus muñecas y comenzó a propinarle latigazos en la espalda. Justo cuando estaba a punto de perder el conocimiento, justo cuando todo estaba a punto de terminar, sintió cómo levantaban su cuerpo y lo metían en el agujero de tierra.

Nicole no tenía aliento para protestar, la iban a enterrar viva, pero no era capaz de hacer ningún movimiento ni de pronunciar una palabra. Lo único que pudo sentir antes de que todo se volviera oscuro, fue la tierra húmeda cayendo sobre su cuerpo.

Derrapando, no tardaron en llegar a la finca de Adriano. Claudia se aseguró de aparcar la furgoneta a una distancia prudente para no levantar sospechas. Y, por primera vez en su carrera, entraron sin ningún plan, sin cámaras para vigilar, solo con sus armas y con la idea de arrasar con quien se pusiera en su camino hasta encontrar a Nicole.

Todos bajaron del vehículo y cargaron las pistolas. Estaba oscuro y solo podían dejarse guiar por su intuición. Por su intuición y por las tenues luces del interior. Trataron de ser sigilosos, pero las hojas crujían bajo sus suelas.

Hugo encendió entonces la linterna e iluminó unas cuerdas ensangrentadas que se encontraban en el suelo.

—Hugo, ¿qué haces? Apaga la linterna —dijo Sofía.

Pero ya era demasiado tarde y lo supieron cuando los hombres de Adriano salieron de la casa y comenzaron a disparar contra ellos. La primera bala impactó en el hombro de Claudia y los demás se pusieron a cubierto.

—¡Claudia! —A Sofía le aterrorizó la posibilidad de perder a su amiga de un momento a otro.

Claudia lanzó un quejido y se arrastró hacia un árbol para esconderse. No se permitió el lujo de detenerse y, mientras sangraba, comenzó a disparar a sus rivales.

Sofía, Hugo y Paula hicieron lo mismo hasta que el sonido de las balas cesó y los

hombres de Adriano quedaron tirados en el suelo.

Cuando tuvieron el coraje de salir de su escondite, por la puerta principal salió un hombre viejo que Sofía reconoció de inmediato. La detective no lo dudó y disparó, pero la bala no tomó el camino que ella quería y acabó perdiéndose en el aire. Adriano corrió y entró en un coche que le estaba esperando. No tardó en perderse en la lejanía.

—Claudia, ¿estás bien?

Hugo corrió y se arrodilló junto a su compañera e improvisó un torniquete. Sofía miró hacia atrás y cuando vio que Claudia estaba en buenas manos se acercó a las cuerdas que había iluminado su compañero previamente. Se agachó y las recogió, y cuando lo hizo, vio que la tierra a sus pies comenzó a moverse.

Sofía comenzó a excavar con sus propias manos, pero por más que removía la tierra, no encontraba nada.

—¡Aquí! ¡Aquí hay algo!

Paula se acercó y comenzó a excavar junto con Sofía. Las dos mujeres no se detuvieron hasta que no vieron el rostro dormido de Nicole.

A Sofía casi se le desencajó la mandíbula cuando vio aquella imagen y, cuando se recuperó del shock, excavó con más rapidez hasta desenterrar por completo el cuerpo de la morena. Paula y Sofía cargaron con ella en sus brazos.

—Vámonos de aquí —dijo Paula.

Hugo ayudó a Claudia a levantarse y caminaron hasta la furgoneta.

CAPÍTULO 21

Paula y Hugo cargaron con el cuerpo de Nicole desde la furgoneta hasta la puerta de Sofía donde, para alivio de todos, Sara ya estaba esperando. Sofía estaba segura de que, solo con saber que habían herido a Claudia, Sara había desarrollado algún tipo de superpoder y se había teletransportado hasta la casa de la detective.

Sofía corrió a abrir la puerta y dejó pasar a sus compañeros. Después ayudó a Claudia a bajar del vehículo y, cuando Sara la vio, corrió hacia ellas.

—¿Cómo estás, mi amor? —Sara hizo un amago de acariciar a Claudia, quería hacerle saber que estaba ahí para ella, pero supo que era mejor no tocarla más de lo necesario.

—Me duele mucho —dijo en un quejido—. Pero no estoy mal del todo. Creo que tienes que atender a Nicole primero.

Sara asintió y corrió al interior.

Hugo y Paula colocaron el cuerpo de Nicole en la cama de Sofía y las sábanas blancas no tardaron en empaparse de sangre. Sara sujetó la muñeca de Nicole y comprobó el pulso.

—Buenas noticias, está viva.

Sara limpió, curó y cosió las heridas de Nicole. Administró varios medicamentos por vía intravenosa y después pidió a Hugo que le ayudara a darle la vuelta a su cuerpo. Cuando Nicole se encontraba bocabajo, Sara cortó su camiseta con unas tijeras y al revelar las profundas heridas que le habían provocado los latigazos, todos apartaron la mirada repugnados.

—Joder —dijo Sofía a punto de vomitar.

En ese momento, la puerta sonó en el piso de abajo y todos se miraron alarmados.

—Sofía, ¿has cerrado la puerta? —preguntó Paula.

—Sí. O eso creía.

La detective sacó su arma y apuntó hacia la puerta de la habitación. Pero cuando vio entrar a Marta, bajó el arma y suspiró.

—Marta, eres tú. No me des estos sustos.

—¿Qué ha pasado? ¡Aj! —exclamó al ver la espalda de Nicole—. Dios mío, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó mirando a Claudia que también se encontraba lesionada.

—Han secuestrado a Nicole —susurró—. No me dio tiempo a avisarle de que El Dorado estaba sobre ella. Adriano me mintió —dijo a punto de echarse a llorar.

Miró a Marta a los ojos y esta también sintió la tentación de derrumbarse.

—¿Se va a recuperar? —preguntó mientras veía trabajar a Sara.

—Creo que sí. Quiero pensar que sí. Pero van a pasar días. Cuando se entere de que todo esto es mi culpa…

—Estoy segura de que Nicole no es tonta. Tenía que saber que El Dorado iba tras ella —añadió Marta más por justificar a su amiga que porque creyera realmente sus propias palabras.

—Eso no importa. Les he regalado a Nicole y me han mentido. Este acuerdo se ha acabado. El Dorado también va a caer.

—Sofía… ¿No crees que es un plan un poco ambicioso?

—También lo era ir a por La Salvación y mira dónde está la hermana de Gabriel Mendoza. Tú solo dame tiempo.

—Ven, vamos a dejar a Sara trabajar y a tomar una tila.

Las dos amigas bajaron al primer piso y bebieron del agua caliente. Marta hizo todo lo

posible por distraer la mente de Sofía de Nicole, pero no sirvió de mucho. La detective fingió que la estaba escuchando y esperó pacientemente.

Después de una hora, escuchó la voz de Sara que la llamó desde el piso de arriba.

—¡Sofía! Nicole ya está.

Sofía subió, pero ni siquiera se atrevió a entrar a su propia habitación. Compartir el mismo aire con Nicole le generaba una culpabilidad terrible, así que permaneció apoyada en el marco de la puerta junto a Marta.

Nicole dormía profundamente, Sofía pensó que, para recuperarse de algo así, la morena necesitaría dormir toda una vida.

—¿Por qué siempre le tienen que pasar estas cosas a ella y no a mí?

—Te recuerdo que hace poco te dieron dos puñaladas —replicó Marta.

—Eso no fue nada —replicó cansada.

Marta extendió las manos con incredulidad. Abrió la boca para hablar, pero no sabía qué responder a eso.

Sofía miró a Sara, que se agachó a los pies de Claudia. Estaba sentada en una silla con el brazo inmóvil. Había palidecido y su torso se había bañado en sangre. Sara estaba a punto de llorar también, pero fingía calma y para Sofía no pasó desapercibido.

Retiró suavemente el torniquete que había improvisado Hugo.

—¿Quieres ir al hospital? —preguntó sin esperanza alguna de que Claudia aceptara la propuesta.

—No. Van a hacer demasiadas preguntas. Haz lo que tengas que hacer.

—Sara, podéis ir a la habitación de al lado. Hay otra cama —propuso Sofía—. Gracias por salvar a Nicole.

Sara le dedicó una sonrisa cansada y salió de la habitación junto con su esposa.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Marta.

—Quedarme en esa silla hasta que se despierte.

—¿No prefieres echarte un poco en el sofá? Igual te conviene descansar.

—No… Sé que no voy a descansar. Además, puede que Nicole se asuste cuando se despierte.

—Yo me voy a ir, ¿vale? —Marta posó una mano en el hombro de Sofía—. Si pasa cualquier cosa, llámame.

—Sí.

Sofía amaneció en la misma silla incómoda en la que se había sentado la noche anterior. Y cuando se estiró, todas las vértebras de su columna crujieron. No recordaba haber pasado una noche tan incómoda en mucho tiempo.

Nicole seguía bocabajo con la espalda cubierta por el vendaje que le había colocado Sara.

Abrió un ojo y Sofía saltó de la silla para arrodillarse junto a ella.

—¡Nicole! ¿Cómo estás? ¿Necesitas algo?

—¿De verdad me querías ver muerta? —dijo con la voz áspera.

—¿Qué?

—¿De verdad me querías ver muerta? Adriano me dijo que le diste información sobre mí. ¿Es verdad?

Sofía asintió.

Nicole trató de levantarse, pero fue inútil y Sofía impidió que se moviera.

—Para. ¿Qué haces? No puedes moverte.

—Sí que puedo. Me quiero ir de aquí.

—Te irás, pero recupérate antes. Sara ha dicho que no debes moverte.

—Me da igual lo que diga Sara. Déjame levantarme.

Para fortuna de las dos, Sara entró por la puerta en ese momento.

—¡Nicole! —Sara corrió y sujetó a la morena—. Si te mueves ahora puede ser muy peligroso —dijo enfatizando la palabra *muy*—. No te levantes. Estás más delicada de lo que crees.

—¿Puedo al menos tumbarme sobre mi espalda? Estoy cansada de estar en esta posición.

—Sí —Sara ayudó a Nicole a tumbarse mientras Sofía observaba la escena sin saber qué hacer—. De hecho, tengo que mirarte esas heridas —añadió y levantó el apósito que tenía Nicole en la frente.

Sara comprobó el resto de las curas que había hecho la noche anterior.

—¿Cómo está Claudia? —preguntó Sofía.

—Está bien —suspiró cansada—. Cabezona, como siempre.

—¿Qué le ha pasado? —intervino Nicole.

—Ayer le dispararon cuando fuimos a rescatarte.

—¿Vinisteis todos? —preguntó con sorpresa.

—Pues claro.

—¿Qué pasó con Adriano?

—Escapó. Matamos al resto, pero él fue más rápido.

Nicole suspiró estresada.

—Lo peor no ha empezado.

—Aquí estás a salvo. Nadie te va a volver a tocar —respondió Sofía con determinación.

—Eso está por ver —replicó.

—Bueno, yo os dejo. Claudia y yo nos vamos a casa. Más tarde me paso para echarte un vistazo.

—Gracias, Sara. Descansad.

Sara se fue y Sofía y Nicole se miraron sin hablar.

—No te preocupes, en cuanto Sara me diga que me puedo mover, me voy de aquí —dijo Nicole con enfado.

—Te puedes quedar cuanto quieras —respondió Sofía sentándose en la cama junto a ella —. Después de todo, esta casa la pagaste tú.

—Eso fue un regalo. La casa es tuya.

—Ya, ya lo sé.

Sofía sujetó con delicadeza la mano de Nicole y esta observó el gesto. Cuando la detective notó el peso de la mirada de la morena, la soltó.

—Perdón. —Carraspeó.

—¿Es esa tu madre? —preguntó señalando con el mentón el marco que había en una de las mesitas de noche.

—Sí.

Nicole estiró el brazo para alcanzar la foto, pero no pudo. Así que Sofía le dio el marco. Nicole observó la imagen.

—¿Cómo se llamaba?

—Amelia.

—¿Sabes quién la mató?

—No. Solo que fue uno de los hombres de tu padre.

—No os parecéis mucho.

—No, la verdad es que no. Os llevaríais bien, ella también era una fumadora empedernida.

Nicole rio.

—¿La echas de menos?

Sofía sonrió con tristeza.

—Claro. Todos los días. Empecé a estar sola cuando ella ya no estaba.

Una fina lágrima resbaló por la mejilla de Nicole.

—Lo siento. Lo siento mucho. Por todo.

Sofía volvió a colocar el marco donde estaba.

—Lo sé. No fue tu culpa, Nicole. —Hizo una pausa—. Sé que no fue culpa tuya.

De todas las palabras que le podía haber dicho Sofía a Nicole, había escogido las mejores. Con ellas había aliviado un poco el peso de su corazón. Esas palabras significaban todo y Nicole sintió que había vuelto a nacer.

—Tampoco sé muy bien cómo pedirte perdón por mandar que El Dorado fuera a por ti. Solo quiero que sepas que estoy muy arrepentida. Estaba muy dolida en ese momento y tomé la medida más drástica porque pensaba que lo mejor era no volverte a ver, que desaparecieras.

—¿Te sientes mejor ahora? ¿Te ha gustado saber que casi muero?

Sofía negó con la cabeza.

—Me siento peor, de hecho.

—Si lo que quieres es no volver a verme, solo tienes que pedírmelo. Yo tampoco quería verte a ti.

—¿Y ahora? —preguntó—. ¿Ahora tampoco quieres verme?

Nicole sonrió de medio lado, pero no contestó.

Sofía sonrió hacia el suelo.

—Deberías ser más rencorosa. Casi hago que te maten.

—No me importa. Lo único que quiero es tu atención. Ven aquí.

Sofía se quitó la chaqueta y se metió bajo la manta. Se acercó al cuerpo caliente de Nicole y lo abrazó. Colocó su mano en el abdomen de la morena y acercó su pelvis a sus caderas.

Nicole gruñó de dolor y Sofía se retiró.

—¿Te hago daño?

—No, no te muevas. Quédate así hasta que me duerma.

Sofía obedeció y Nicole cerró los ojos. Solo pasaron unos segundos hasta que ambas cayeron rendidas por el agotamiento.

Lola subió las escaleras corriendo. Ante la desaparición de Nicole y Sofía, la pelirroja había llamado a Claudia y esta le había explicado lo sucedido.

Estuvo a punto de gritar, a punto de llamar el nombre de alguna de las dos, pero la imagen tan pacífica que vio al entrar a la habitación de Sofía hizo que ahogara un grito.

Una imagen pacífica a la vez que triste. Nicole no había avisado a Lola, no había necesitado que ella viniese para encontrarse mejor. Ver a Sofía abrazada a ella le hizo comprender que su presencia allí no era necesaria. Que quizá nunca iba a tener lo que tenían ellas dos.

No protestó, no habló y no hizo ningún ruido que pudiera despertarlas. Simplemente se retiró con un nudo en la garganta.

CAPÍTULO 22

Sofía se despertó en la misma posición en la que se había dormido. No tardó en darse cuenta de que Nicole seguía sumida en un sueño profundo por el ritmo lento y hondo de su respiración. Había perdido la cuenta de las horas que habían dormido, pero haber pasado la noche en esa silla incómoda y las lesiones de Nicole, solo permitían descansar como actividad principal.

Retiró la mano del vientre de la morena y salió de la cama para ducharse y cambiarse de ropa. Cuando terminó, llamó a Sara, que le había dejado un mensaje preguntando cuándo podría pasarse para curar y observar las lesiones de Nicole. Trató también de llamar a Lola, pero la pelirroja no contestó, así que le dejó un mensaje de voz contándole todo lo que les había pasado y que Nicole estaba en su casa recuperándose.

La detective fue a la cocina y preparó café, calentó un poco de pan y revolvió unos huevos en la sartén. Llevó el desayuno a la cama y Nicole ya se había despertado. La morena se incorporó y Sofía colocó la bandeja en la cama.

—Toma, para que cojas un poco de energía. Llevas días sin comer.

—Gracias. Esto del desayuno en la cama siempre me ha parecido una incomodidad.

Sofía rio.

—Lo sé, pero no creo que puedas ir muy lejos. ¿Cómo estás? ¿Te duele algo?

—Así, para resumir, todo el cuerpo.

—¿Qué te han hecho?

—No quiero entrar en detalles.

Sofía contempló el rostro golpeado y enrojecido de Nicole mientras desayunaba y se quiso morir. No era capaz de imaginar por todo lo que había pasado y verla fingir entereza le rompía el corazón. Pero no quiso insistir, si Nicole quería hablar del tema, ya lo haría más adelante.

—¿Y esto? —Sofía levantó la tela del pantalón de Nicole al ver un rastro de tinta en la piel del tobillo—. ¿Te has hecho un tatuaje? Pide que te devuelvan el dinero, no ha salido muy bien.

Nicole sonrió con tristeza.

—Sí, es un poco feo la verdad.

—¿Cuándo te lo hiciste?

—Me lo hizo Leyla cuando estuve en prisión.

—¿Leyla? ¿Quién es Leyla?

—Leyla es la única amiga que he tenido. Era mi compañera de celda.

Nicole le contó a Sofía todos los detalles de su relación con Leyla, cómo había asesinado a un guardia por intentar hacerle daño y el enorme apoyo que había sido para ella día tras día.

—¿Cuándo sale? —preguntó entusiasmada por conocerla.

Nicole agachó la cabeza y negó. Sofía no necesitó más para comprender que algo pasaba, que el destino de Leyla no había sido el deseado.

—No…—comenzó a decir—. No importa.

La detective quería hacer mil preguntas, quería seguir indagando, pero la tristeza de Nicole se lo impidió.

—No me dio tiempo a despedirme de ella —se lamentó.

Sofía recordó a Samuel.

—Lo siento.

—A veces pienso que me lo merezco. Por Samuel, por todo lo que he hecho.

—Para. No digas eso. Deja de castigarte.

Sofía recogió la bandeja y la colocó en el escritorio.

—Tengo que reconocer que me sorprendió que tu hermano te dejara pasar tanto tiempo en la cárcel. Pensé que te sacaría antes. Supongo que quería castigarte.

—Sí. Por estar contigo, por intentar dejar La Salvación. Solo me sacó cuando se enteró de que El Dorado iba a por nosotros.

Sofía se tumbó en la cama y sus cabellos mojados humedecieron la almohada. Como atuendo, había optado por una camiseta de tirantes blanca y unos pantalones largos de color negro. Hacía calor, así que no se cubrió con la manta, simplemente se colocó las manos en la nuca y miró el techo.

Nicole se acercó a su cuerpo y no tardó en percibir la enorme cicatriz con forma de G y M que Sofía tenía cerca del hombro. Una cicatriz que no había visto antes, y de eso estaba segura, porque había memorizado hasta el último centímetro de su cuerpo.

—¿Y esto? ¿Qué te ha pasado? —Nicole pasó con suavidad sus dedos por la cicatriz y pudo notar el relieve.

—Digamos que Gabriel me dejó un recuerdo el día que entraste en la cárcel. Se presentó en mi otra casa y… bueno. Me dio una paliza.

—¿Qué? —Nicole se incorporó. Estaba escandalizada—. ¿Te ha puesto la mano encima?

Sofía asintió.

—Lo que me sorprende es que no me matase teniendo la oportunidad.

—Sabe que si lo hace yo misma acabaría con La Salvación.

—¿Acabarías con La Salvación?

Nicole puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza como si no le hubieran hecho una pregunta más fácil en toda su vida.

—Acabaría con el mundo entero.

Sofía sonrió y dejó que la morena se recostara en su hombro. Acarició su melena azabache y retiró los cabellos de su rostro.

—Esto me resulta tan familiar que a veces se me olvida que estoy con Lola.

—Lo sé. A mí también —respondió con culpabilidad—. ¿Tú estás bien? Te noto diferente. Más… triste.

—Sí, bueno. Estos últimos meses no han sido fáciles. Por primera vez no he tenido privilegios y a nadie le ha importado que perteneciera a la organización criminal más importante del mundo. Desde que Bruno… —Nicole dejó de hablar de repente. No sabía si era el momento de entrar en temas que le causaban tanto dolor.

—¿Qué? Desde que Bruno, ¿qué? —preguntó mirándole a los ojos.

Pero ya no importaba guardar un secreto que le quemaba. Si podía confiar en alguien era en Sofía.

—Bueno…—sonrió con tristeza—. Cuando Bruno se enteró de que tú yo estábamos juntas —Nicole fue incapaz de continuar sin romper a llorar—, me…

—¿Te qué? ¿Qué te hizo?

—Se puso muy violento y… me atacó —dijo en un tono de voz apenas audible—. Me agarró del cuello, me empujó sobre la cama, se echó sobre mí y…

—¿Te violó? —preguntó incrédula.

Nicole asintió.

Sofía se levantó con ímpetu de la cama y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Te violó? —volvió a preguntar como si eso fuese a cambiar la respuesta de Nicole.

—Sí, Sofía. Deja de repetirlo —dijo asqueada.

—No puede ser —añadió negando con la cabeza.

—Sofía, ya está muerto, de nada sirve que te enfades.

—Y si no lo estuviera, yo misma lo mataría.

Nicole seguía llorando. Sofía trató de dejar la ira a un lado y volvió a sentarse en la cama.

—Perdóname. Tienes razón. ¿Tu hermano lo sabe?

—No, si se hubiera enterado no sé qué hubiera hecho con él. Lo mató por no haberte matado a ti. Si además se llega a enterar de lo que me hizo a mí, estoy segura de que le habría dado una muerte más cruel. —Hizo una pausa—. Eso no es todo.

Sofía la miró como si no creyera que le pudiera pasar nada peor. Sorprendida porque todavía hubiera más vivencias dolorosas.

—¿Qué más, Nicole?

—Me quedé embarazada.

La tez de a detective se volvió más pálida que de costumbre, como si acabara de enfermar de un segundo a otro. Nicole vislumbró la gota de sudor helada que le cayó por la sien.

Miró el vientre de la morena y comprobó que seguía plano como siempre. Era imposible que hubiera dado a luz y se hubiera recuperado tan pronto, así que solo quedaba una opción.

—Y… ¿qué pasó? —preguntó intuyendo la respuesta.

—No me dejaron ir a un hospital así que Leyla y otra de las prisioneras me ayudaron a abortar.

—¿Qué? Dios mío, eso es peligrosísimo.

—No quiero tener hijos, estaba dispuesta a todo.

Sofía asintió tratando de mostrarse comprensiva.

—Ni por un segundo pienses que nada de esto ha sido tu culpa. Te han obligado a jugarte la vida.

—Lo sé —respondió, aunque a veces dudaba si estaba siendo castigada por todas las cosas que había hecho a lo largo de su vida.

—Nicole.

Nicole miró a Sofía.

—Eso se acabó, ¿vale? Nadie te va a volver a atacar.

—Eso no lo sabemos. Las dos estamos muy perseguidas. Pero no me importa. No tengo miedo. ¿Tú tienes miedo?

—No —mintió.

Sofía estaba aterrorizada. Pero no por ella misma, sino por Nicole y por toda la gente que le rodeaba. La historia de su vida podría acabar muy mal.

Nicole sujetó su mano y le dedicó una tierna sonrisa.

—Voy a matar a Adriano —Sofía dijo sin previo aviso.

Nicole soltó su mano.

—¿Qué?

Se colocó la americana que solía llevar y se ató el pelo en una coleta.

—Van a volver a por ti. Mira lo que te han hecho. No puedo dejar que esto pase otra vez.

—Sofía, ¿estás loca? No puedes tú sola contra él. Quédate aquí por favor, podemos organizar esto de una manera mejor.

—De eso se trata, no quiero organizar nada. No quiero que se lo espere. Voy a acabar con esto rápidamente. Llamaré a Marta o a Lola para que no estés sola.

—¡Sofía! —protestó—. ¿Me estás escuchando? No quiero que hagas esto.

—Adriano se va a arrepentir de lo que ha hecho. —Besó la frente de Nicole—. Adiós.

Sofía entró en SOMBRA sin ni siquiera detenerse a saludar. Echó un vistazo rápido a sus compañeros que trabajan y apenas les devolvió el saludo. Entró a la armería y cogió un fusil de asalto que cargó con munición y se llevó otra caja de repuesto. Salió empujando la puerta con fuerza y caminó todo lo rápido que pudo, pero rápidamente las miradas de sus compañeros cayeron sobre ella.

—Sofía, ¿a dónde vas? —dijo Hugo interponiéndose en su camino.

—Aparta.

Paula y Claudia no tardaron en acercarse.

—Sofía, ¿por qué llevas un fusil de asalto?

—¿Podéis dejar de hacer tantas preguntas? Tengo cosas que hacer.

Trató de abrirse paso, pero Claudia se interpuso.

—¿Dónde vas, Sofía? —preguntó.

—Voy a matar a Adriano.

—¿Qué? ¿Tú sola? ¿Sin ningún plan?

—Mi plan es encontrarlo y pegarle un tiro. O varios.

—Deja que planeemos esto. Podemos ayudarte. —Claudia movió las manos de arriba abajo tratando de transmitirle calma.

—Os lo agradezco, pero quiero hacerlo rápido.

—¿Rápido? Rápida va a ser tu muerte como te presentes allí tú sola.

Entonces uno de los trabajadores de la oficina se tropezó y cayó al suelo. Sofía aprovechó la distracción y corrió a la salida. Se montó en su coche y aceleró como si estuviera huyendo de la policía.

Sus compañeros corrieron tras ella, pero no tuvieron oportunidad de alcanzarla.

—¿Qué hacemos? —preguntó Hugo.

—Evitar que cometa una locura —respondió Paula.

Pasaron las horas buscando a Sofía en todas las posibles localizaciones, pero no tuvieron suerte. A estas alturas debía haber muerto o estar a punto de hacerlo.

Nicole quiso llamar a Claudia o a cualquier otra persona de SOMBRA que pudiera ayudarla, pero no tenía ningún número de teléfono que le fuera útil. A decir verdad, ni siquiera tenía su propio teléfono móvil, lo había perdido durante el secuestro y no iba a volver a verlo.

Escuchó la puerta de la entrada y cuando tenía el corazón en la garganta, suspiró aliviada al ver que era Marta quien había llegado.

—Nicole, ¿qué ha pasado? ¿Qué te ha pasado? Sofía me ha dicho que viniera deprisa.

—Sofía es idiota, eso es lo que pasa.

Nicole le contó lo que había pasado y Marta solo se puso más nerviosa. Quería llorar y, al mismo tiempo, quería matar a Sofía con sus propias manos. Pero no podía y ahora no sabía si iba a volver a verla.

—Vamos a buscarla. —Nicole salió de la cama con dificultad.

—¿Qué dices? Nicole, apenas te puedes mover.

—¿Quieres volver a ver Sofía? Pues sígueme.

García no tardó en aparecer con el deportivo de Nicole en la puerta de Sofía. Bajó del coche y se acercó a las dos mujeres.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene tanta urgencia? —preguntó el muchacho.

—Es un poco largo de explicar. En resumen: vamos a rescatar a Sofía. ¿Vienes?

García asintió y entró en el vehículo. Marta tomó el asiento delantero. No tardó en arrepentirse, si le hubieran dicho que Nicole era una auténtica kamikaze al volante, se lo hubiera pensado dos veces antes de formar parte de aquella absurda operación de rescate.

La morena llegó a una de las casas de Adriano y aparcó a una distancia prudencial. Solo pasaron dos minutos cuando llegó la furgoneta de SOMBRA y dio un frenazo. Nicole se giró asustada cuando escuchó el chirrido de los neumáticos, pero al ver que Hugo abrió la puerta, se tranquilizó.

—¿Está aquí? —preguntó el muchacho.

—Eso creo —respondió Nicole.

Marta seguía en el coche abrazada a su bolso. No podía entender en qué momento había acabado en la casa de un mafioso jugándose la vida, especialmente cuando ella no tenía nada que ver con esos mundos.

Claudia, Hugo y Paula cogieron sus armas de la furgoneta y las cargaron. Le dieron una a Nicole y García empuñó la suya.

Preparados para entrar, preparados para asaltar la mansión de uno de los criminales más importantes de la humanidad, sus planes se torcieron cuando escucharon una enorme explosión en el interior que hizo que todo volara por los aires.

Se quedaron atónitos, boquiabiertos, contemplando el caos sin saber que hacer. El fuego comenzó a prender la maleza que rodeaba la casa y los vehículos ardieron.

Marta salió del coche de Nicole con las piernas temblando, a punto de desfallecer. Las gruesas lágrimas resbalaron por su rostro sin previo aviso.

Pero el shock fue aún mayor cuando Sofía se abrió paso entre el humo. Todos permanecieron inmóviles, incapaces de caminar o pronunciar palabra. Sofía estaba bañada en sangre, teñida en rojo de la cabeza hasta los pies, y adherido a su piel, el polvo negro de la explosión.

Arrastró sus piernas como si pesaran toneladas y, con los ojos entrecerrados y, sin distinguir nada a su alrededor, se acercó a Nicole.

—Adriano está muerto.

Y no pudo decir nada más. Sofía cayó en los brazos de Nicole y esta la sostuvo con fuerza.

CAPÍTULO 23

Se despertó en la misma cama en la que se había recuperado Nicole hacía unos días. Se preguntó qué hacía allí y no tardó en recordar que había matado a Adriano, a decenas de sus hombres y que los problemas estaban a punto de empezar.

—Nunca podemos tener un día tranquilo tú y yo, ¿verdad?

Sofía sonrió al ver a Nicole apoyada en el marco de la puerta. Llevaba puesta su ropa, su uniforme por defecto: unos pantalones negros, una camiseta blanca y una americana. Sofía pensó que ni siquiera a ella misma le quedaba tan bien su propia ropa.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Cuántos días han pasado?

—Dos. Te has despertado algunas veces, pero bueno… digamos que no estabas muy presente.

Sofía se sentó en la cama y, al hacerlo, gruñó de dolor.

—¿Hay noticias?

—No. Por ahora todo está muy tranquilo, lo cual es inquietante. Sofía. —La detective miró a Nicole—. Has matado a Adriano Caruso.

—Te dije que no te volvería a atacar.

—Podrías haber muerto. De hecho, todos pensamos que te habíamos perdido. No sé si eres consciente de lo que has hecho. Es una locura.

—¿Me estás regañando o me estás felicitando? —preguntó.

—Las dos cosas. Me alegro de que estés viva, pero al mismo tiempo te quiero matar.

Sofía esbozó una sonrisa.

—Yo también me alegro de que estés bien. Deberías descansar. Aún no te has recuperado del todo.

—He estado en la habitación de al lado descansando. Estoy bien, aunque no lo parezca —dijo haciendo alusión a todos los golpes y heridas que aún conservaba en el rostro.

Nicole se sentó en la cama junto a Sofía.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo te has enfrentado a un ejército tú sola y has ganado?

—El poder de la ira, supongo.

—Venga ya.

—Creo que no esperaban visita. Entré como si nada y arrasé con todo el que se me puso por delante. Me golpearon, me dispararon y, no sé cómo, hubo una explosión enorme. Maté a Adriano de un disparo en la cabeza. No le di tiempo a reaccionar. No pudo hablar. Me vio y antes de que pudiera moverse disparé.

—¿Por qué? ¿Por qué hiciste todo eso? Lo podías haber planeado mucho mejor, en SOMBRA te habrían ayudado.

—Lo hice por ti, porque estaba furiosa. Estoy cansada de que los hombres malos se quieran aprovechar de ti, de que te traten como un trapo. Eres una persona y tienes dignidad.

Nicole tragó saliva.

—Siento haberte asustado. Tú y los de SOMBRA teníais razón, podría haber salido muy mal. No suelo ser impulsiva, pero… No sé, cuando te vi aquí sin poder moverte, algo se apoderó de mí. Solo quería venganza, nada más. De lo único que me arrepiento es de no haber hecho que Adriano sufra más.

Nicole balbuceó. Trató de decir algo, pero nada con sentido salió por su boca.

—Lo volvería a hacer, Nicole. Te voy a proteger siempre.

—Y yo a ti —respondió cogiendo su mano.

En el piso de abajo, se escuchó un portazo y Sofía hizo el amago de levantarse.

—Tranquila, es Marta.

Marta subió las escaleras a toda velocidad y, sin aliento, entró a la habitación y le dio un manotazo a Sofía.

—¿Estás mal de la cabeza? ¿A ti no se te ocurre pensar antes de actuar? ¿Tienes que estar haciéndome sufrir siempre?

—¡Ah! Marta, me vas a hacer daño.

—Y más que te voy a hacer si sigues así —resopló—. Y tú —dijo mirando a Nicole— a ver si la próxima vez haces que entre en razón. Si alguien puede convencerla de algo, eres tú.

—Te juró que lo intenté —respondió poniendo las manos en alto.

—Pero estoy viva —añadió Sofía con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Encima te cachondeas?

—Bueno, antes de que salga mal parada me voy a ir —intervino Nicole—. Mi hermano me reclama. Nos vemos pronto. —Soltó su mano—. Mejórate.

Marta se aseguró de que Nicole se había ido y después miró a Sofía con los ojos entrecerrados.

—¿Habéis vuelto? ¿Estáis juntas?

—No…—tartamudeó— No, no hemos vuelto. Además, te recuerdo que Nicole y Lola son las que están juntas.

—Bueno, a eso sí que no le he visto futuro nunca. ¿Pero vais a volver? ¿Tú quieres volver?

—¡Marta! Deja de hacer preguntas tan difíciles de contestar.

—Es más fácil de lo que parece.

—Las dos sabemos que no me conviene estar con Nicole.

—Es peligroso, desde luego, pero conociéndola, sé que cualquiera tendría que pasar por encima de su cadáver para hacerte daño a ti.

—No sé, es un tema complicado —dijo antes de volver a hundirse en las sábanas.

—¿Qué quieres? —preguntó Nicole al entrar al despacho de su hermano.

Gabriel estaba sentado en la enorme silla de su escritorio y junto a él, García estaba de pie jugueteando con unas llaves. El muchacho sonrió a Nicole, hacía días que no la había visto y comenzaba a estar preocupado por ella.

—Se saluda al entrar —respondió Gabriel.

—¿Qué quieres? —repitió.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—El Dorado me secuestró. Pero parece que tú estabas muy ocupado para rescatarme.

—Sí, he tenido mucho trabajo, no te lo voy a negar. ¿Y cómo has salido?

—Aproveché una distracción y me escapé —mintió—. Me iban a matar para enviarte un mensaje.

—Pues ya no va a hacer falta. Parece que tenemos un problema menos. Adriano ha muerto —dijo sonriente.

—Sí, ya lo sé. Ha salido la noticia en todas partes.

—Una bendita explosión ha carbonizado a todas las personas que había allí dentro.

Nicole no sabía si era buena idea que Gabriel supiese quién había acabado realmente con Adriano Caruso. Si se enteraba, solo había dos opciones: que le concediera un poco de

tranquilidad y se olvidara de ella temporalmente o, la más probable, que matara a Sofía por haberle robado a su presa.

—Y ahora, tengo un trabajo para ti. Un trabajo que no terminaste.

Nicole frunció el ceño.

—¿Qué trabajo?

—Deberías saberlo. —Dio una calada a su cigarro—. No solo no mataste a Sofía, también sacaste de aquí a tu amiga. Te estoy dando una oportunidad de redimirte o, a partir de ahora, tú y yo seremos enemigos de verdad.

«Como si no lo fuéramos ya», pensó.

—Ven aquí.

Gabriel se levantó de la silla y Nicole lo siguió por los pasillos de la mansión hasta que llegaron a un sótano que Nicole no había visto antes. En la planta baja, solo se encontraba una puerta metálica que albergaba una habitación desconocida.

Samuel abrió la puerta y desveló el interior.

Se trataba de un cubículo sin nada que destacar, un retrete rudimentario y un lavabo. Tampoco tenía ventanas y, dentro, no podría vivir más de una persona. Era un zulo, una habitación de los secuestros más. Nada que Nicole no hubiera visto antes.

—¿Por qué me enseñas esto? —preguntó.

—Esta vez no voy a secuestrar a tu amiga la pelirroja, no le voy a dar una oportunidad. —Hizo una pausa—. La voy a matar. Y aquí. —Señaló el interior—. Es donde vas a pasar el resto de tus días si no matas a Sofía. Es hora de que muestres lealtad por la organización a la que le debes todo.

Nicole sintió miedo de Gabriel por primera vez en mucho tiempo. Sabía que lo que estaba diciendo iba muy en serio y no estaba segura de poder soportar toda una vida en un cubículo en el que ni siquiera entraba la luz natural. Por no hablar de la muerte certera de Sofía y Lola.

—Tienes veinticuatro horas. El tiempo empieza ya.

Gabriel se retiró y, mientras subía las escaleras, sus pasos resonaban por toda la planta.

García miró a Nicole con torpeza, no sabía qué decir. Ella tenía la mirada perdida en el suelo.

—¿Te sientes orgulloso participando en todo esto? —dijo con derrotismo.

García negó con la cabeza.

—No, hace tiempo que me quiero marchar de aquí, pero no sé cómo.

—Te dije que esto no era ningún juego.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Intentar que sufra la menor gente posible.

—¿Vas a matar a Sofía? —se alarmó.

—No digas tonterías. No sé lo que voy a hacer, pero no quiero hacer daño a nadie.

Juntos subieron las escaleras y, durante el trayecto hasta la habitación, conversaron.

—¿Ha mejorado entonces tu relación con ella?

—Se puede decir que sí. Al menos ya no nos guardamos rencor.

—Vaya, eso ya es mucho.

—Sí, la verdad es que sí.

Llegaron a la habitación de Nicole.

—¿Entonces sois…?

—No, no somos nada. No estamos juntas. De hecho, yo sigo con Lola.

García asintió.

—Venga ya, haz la pregunta —dijo Nicole después de un silencio de varios segundos.

—¿Qué sientes por Sofía?

Nicole sonrió con timidez.

—Lo que te imaginas.

—¿Te gusta? —García titubeó—. ¿Sigues enamorada de ella?

—Sí —respondió con suavidad—. Como siempre.

—¿Vas a hacer algo al respecto? ¿Sofía lo sabe?

—Creo que sí. No me he esforzado mucho en ocultarlo, desde luego.

—¿Entonces qué pasa con Lola?

—Eh… no lo sé. Yo quiero mucho a Lola, pero algo no funciona. No quiero hacerle daño, pero tampoco sé cómo actuar.

—Quizá tengas que hablar con ella.

—Sí, quizá. ¿Tú crees que ella…?

—Creo que siente exactamente lo mismo. O al menos se le da fatal disimularlo.

—No me gustaría hacerme ilusiones en vano.

—No te las hagas, pero habla con Lola. Con las dos.

—Me confundes —dijo Nicole.

—¿Por qué?

—No sé si eres sincero conmigo y me dices todas estas cosas de buena fe o si me estás manipulando y en realidad estás de parte de mi hermano.

—Nunca te he mentido.

—Eso espero. ¿Vas a ayudar a mi hermano a encerrarme?

—Creo que deberías huir con Sofía, o con Lola, o con las dos. Estás a tiempo, escápate. Yo puedo distraer a tu hermano, o intentarlo.

—Mi hermano me buscaría hasta debajo de las piedras. Y lo peor es que me encontraría. Sus hombres están repartidos por el mundo.

—Tienes que intentarlo. No puedes quedarte esperando a que te maten.

—Tengo veinticuatro horas para pensar. Por ahora voy a resolver unos asuntos.

En El Clavel solo quedaba una tenue luz encendida, todo estaba recogido y no quedaba ni un solo cliente, tan solo Mario tras la barra secando los vasos con un trapo. A Nicole no le importó y se acercó a la barra.

—¿Me servirías una copa antes de cerrar?

Mario estaba agotado, quería volver a casa cuanto antes, pero reconoció a Nicole. Sabía que tenía algún tipo de relación extraña con Sofía y que pertenecía a algún tipo de organización criminal muy peligrosa con la que no quería problemas, así que respondió a la morena con una sonrisa.

—Claro, ¿qué vas a tomar?

—Lo que sea, lo que tengas a mano.

Mario cogió una botella de whisky barato y sirvió una pequeña porción a Nicole.

Nicole bebió el contenido de un trago ante la mirada atónita de Mario que no había tenido tiempo ni de cerrar la botella.

—Otro, por favor.

Mario obedeció y volvió a rellenar el vaso, esta vez ofreciendo una cantidad más generosa de licor.

—¿Puedo fumar aquí? —preguntó colocándose un cigarrillo en los labios, a punto de encenderlo.

Mario examinó el exterior y las calles estaban desiertas.

—Sí, no creo que venga nadie a estas horas.

Nicole prendió el tabaco y dejó que el humo llenara sus pulmones. Luego exhaló con cansancio.

—¿Un día duro? —preguntó Mario.

—No sabes cuánto.

Antes de que la conversación pudiera seguir, Lola entró por la puerta en busca de Nicole. Cruzaron miradas y permanecieron en silencio. Lola agarraba su bolso como si eso le proporcionara algún tipo de seguridad. Su expresión era una mezcla de tristeza y enfado y Nicole supo que estaba a punto de llorar.

Pero la que derramó la primera lágrima fue ella. Nicole cogió su copa y se acercó a Lola.

—Ven, vamos a sentarnos aquí.

Lola aceptó y siguió a la morena hasta una de las mesas.

—¿Qué pasa, Nicole? ¿Por qué me has hecho venir aquí? Hace días que no sé nada de ti.

—Lo sé, siento haber estado tan ausente.

—¿Dónde estabas? —preguntó fingiendo inocencia.

—He estado con Sofía, ha estado lesionada. Antes de eso, me secuestraron a mí y me llevaron a su casa.

Lola enarcó las cejas fingiendo sorpresa.

—Vaya, sí que tienes una vida intensa.

Nicole frunció el ceño. Lola no parecía en absoluto escandalizada por todo lo que le estaba contando.

—¿Qué sabes, Lola?

—Os vi. —Hizo una pausa—. A ti y a Sofía durmiendo en su cama.

—Lola, si estás pensando que te he engañado…

—No me importa, no importa lo que yo piense. Ni siquiera me llamaste, no quisiste ni necesitaste mi compañía cuando peor te encontrabas. Me tuve que enterar de lo que te había pasado por Claudia.

Lola comenzó a llorar.

—Tienes razón —respondió.

Lola juró escuchar su propio corazón hacerse añicos.

—No necesitaba tu compañía. Solo quería estar con Sofía.

—¿Estaba en lo cierto entonces? ¿La quieres a ella?

Nicole asintió.

—A ti también. Nunca he fingido. Pero lo de Sofía… no sé, es otro mundo. No creo que pueda sentir por nadie lo que siento por ella.

—Para. ¿De verdad piensas que quiero escuchar esto?

—Lo siento —dijo agachando la cabeza.

—Has jugado conmigo, Nicole. Has sido muy cruel. Me he estado jugando la vida por ti, tu hermano casi me mata y tú…—Lola sollozó—. No te importa nada, Sofía tenía razón, eres una caprichosa y una egoísta. Espero no volver a verte.

Lola salió por la puerta con la fuerza de un huracán. Nicole se quedó en la mesa con las manos en la cabeza gimoteando. La ceniza de su cigarrillo ya se había consumido. Bebió el contenido de su vaso y pidió más licor a Mario.

Mario no estaba muy seguro de que fuera buena idea que Nicole siguiera bebiendo, pero tan solo por evitarse un enfrentamiento a esas horas de la madrugada, vertió el líquido en el vaso

de cristal. Antes de que la morena pudiera seguir embriagándose, volvió a escuchar el sonido de la puerta y, por un momento, pensó que Lola le pondría las cosas más difíciles y le pediría volver.

Para su fortuna, Sofía apareció con alas blancas y un halo en la cabeza, o al menos así lo imaginó Nicole.

La detective buscó a la morena con la mirada, hasta que la vio en un rincón oscuro rodeada de humo y acompañada por un vaso. Sofía se acercó corriendo y sujetó a Nicole por las mejillas. La máscara de pestañas había formado dos ríos negros en su rostro.

—Nicole, ¿qué te ha pasado? —preguntó angustiada—. ¿Gabriel te ha hecho algo?

Nicole negó con la cabeza.

—Bueno, en realidad sí.

Sofía frunció el ceño.

—Me ha vuelto a encargar que te mate o, si no, seré enemiga de La Salvación.

Las pupilas de Sofía se movieron con rapidez de izquierda a derecha. Tenía la boca abierta, pero no sabía qué decir.

—Me ha dado veinticuatro horas —añadió.

—¿Qué vas a hacer?

Nicole se alejó de Sofía y la miró como si no comprendiera la pregunta.

—¿Qué voy a hacer? ¿De verdad has pensado, por un segundo, que voy a intentar matarte? —preguntó ofendida—. Eso solo se te ocurriría a ti.

Sofía agachó la cabeza avergonzada.

—Lo siento.

—No, perdóname tú a mí. No sé qué voy a hacer. —Se volvió a llevar las manos a la cabeza—. Me voy a volver loca.

—¿Cuánto tiempo tienes?

—Hasta mañana por la mañana. A las once habrán pasado las veinticuatro horas y mi hermano irá a por ti, a por Lola y después me encerrará para siempre.

—¿Qué?

—Me lo ha dicho él mismo. Mi hermano no bromea.

—Te dije que quien quiera llegar hasta ti va a tener que pasar por mí primero.

—Sofía, mi hermano tiene a todos los hombres que quiera a su disposición, no tiene que esforzarse para acabar con nosotras. No es sensato enfrentarlo.

—¿Qué quiere hacer entonces?

—Ahora mismo besarte —reconoció—. Tenemos una última noche juntas. Nadie nos la puede quitar.

Sofía se acercó con delicadeza a Nicole, como si tan solo con su respiración pudiese hacerle daño. Retiró sus rizos azabaches de su rostro. Le acarició el cabello y se lo colocó detrás de la oreja. Nicole permaneció inmóvil, esperando a que Sofía tomara las riendas, a que fuera ella la que impidiera que pasara el aire entre ambas. Sofía memorizó hasta el último centímetro de la piel de Nicole, como si se le hubiese olvidado. Pero no. Ahí estaba todo. Las cicatrices, los lunares, las manchas en la piel, las pecas, y todavía conservaba algunos rasguños frescos. Nicole le permitió que se tomase su tiempo, que la observase. Ella también se regodeó, hacía tiempo que no tenía los labios de Sofía tan cerca y ya comenzaba a sentir el calor que emanaban. Sus labios cálidos de siempre. El resto de su piel era fría y blanca como la nieve, pero sus labios siempre ardían. No sabía si era un efecto que ella misma provocaba, pero le daba igual. Se sentía poderosa cuando Sofía la miraba, era el único ser al que Sofía miraba con miedo, con ternura,

como si temiese de verdad que pudiese desaparecer. Quizá por eso la detective la había evitado tanto, porque era débil cuando estaba cerca de Nicole. Sus muros se caían y eso la hacía sentir vulnerable, expuesta, rendida.

Y rendida ante la morena, fue como Sofía atrapó sus labios. Las sospechas de Nicole eran ciertas, su boca le quemó, pero lo último que pensaba hacer era separarse. Nicole prefería arder con ella durante toda la eternidad. El calor se expandió rápidamente por el resto de su cuerpo. Agarró con fuerza el cuello de Sofía y devoró sus gruesos labios. Después los acarició con la lengua, como si así pudiese reparar el daño que le hacía con sus pequeños mordiscos. Sofía sentía dolor y placer, si Nicole quería hacerla sangrar, no se lo iba a impedir. Siguió besándola y por un momento sintió que iba a llorar al sentir de nuevo el sabor de Nicole, un sabor que creyó que jamás volvería a probar. La morena era completamente ajena a cómo se le erizaba la piel a Sofía, a la manada de bisontes que sentía en el estómago, lo único quería era sus labios, quería hacerlos suyos, como si pudiese llevarlos con ella para siempre y que no se pudiesen escapar. Lo que sentía Nicole era fuego, fuego quemándole las entrañas.

Mario salió de la cocina, pero apenas tardó un segundo en darse cuenta de que sobraba. Así que volvió a entrar y a continuar con lo que sea que estuviera haciendo allí dentro.

Nicole se estaba echando cada vez más sobre el cuerpo de Sofía y la detective no sabía cuánto tiempo más iban a resistir sus brazos. La morena se echó hacia delante con fuerza y el vaso se tambaleó salpicando parte del contenido, lo que hizo que se separan abruptamente.

—Vámonos de aquí —pidió Nicole.

Sofía asintió.

Nicole se levantó y dejó un billete de cien euros sobre la barra. Después cogió de la mano a Sofía y la arrastró consigo hasta el exterior.

CAPÍTULO 24

Entraron en la habitación sin hacer ruido, como si alguien pudiera escucharlas, pero estaban completamente solas y nadie podía encontrarlas en ese momento. Nicole cerró la puerta con suavidad, sin dejar de mirar a Sofía, como si fuese su presa. Sofía vio cómo la miraba Nicole y no pudo evitar sentirse como un pedazo de carne cruda en la jaula de un león. Sin embargo, no trató de salvarse, permaneció inmóvil para dejarse apresar.

Nicole se acercó despacio. Retiró con suavidad la americana de Sofía. La detective se quedó en camiseta de tirantes y Nicole acarició los rasguños de sus brazos robustos. Sofía no era una persona corpulenta, pero en sus brazos delgados y ásperos, los músculos se pronunciaban, eran duros y resistentes a los golpes. Retiró también la goma elástica de su pelo y desveló la larga melena color café que Sofía tanto se empeñaba en ocultar. Nicole la agarró de las mejillas y se mordió el labio inferior como si no pudiese esperar más. Después besó a Sofía con suavidad y firmeza. Con delicadeza y decisión.

—Quítate la ropa —ordenó Nicole.

Sofía no tardó en obedecer y se deshizo de la última prenda que le quedaba en el torso, dejándolo al desnudo. Igualó las condiciones y le quitó a Nicole el atuendo que le había robado. La americana, desabrochó uno a uno los botones de la camisa y cuando solo le quedaba el sostén, acarició uno de sus pechos fantaseando con retirar la tela. Nicole perdió antes la paciencia y ella misma desabrochó el sujetador y lo tiró al suelo. Besó a Sofía y unieron sus cuerpos, el frío y el cálido que provocaron un sonido como el de un siseo.

Sofía se separó de Nicole para quitarse los pantalones. Cuando quedó en ropa interior, se acercó a la cremallera de la morena y la deslizó hacia abajo. Se arrodilló y bajó la tela poco a poco, después besó la ropa interior de Nicole que no pudo evitar estremecerse. Retiró la lencería y la llevó de la mano a la cama. Bajo las sábanas, Sofía besó los labios de Nicole y, lentamente, deslizó su mano por el torso hasta la entrepierna, donde entraron sus dedos que le arrancaron un gemido. Aquel gemido solo hizo que Sofía se impacientase más, quería complacerla así que aceleró los movimientos mientras la morena se retorcía de placer. La detective aceleraba y frenaba, torturando a Nicole, obligándola a que le rogara, haciéndole perder la cordura.

Cuando Nicole lanzó su último gemido y tembló, después de quedar extasiada, besó los labios de Sofía, deslizó su boca por su cuello, por sus pechos, por su vientre, hasta que llegó a su destino. Cuando usó su lengua entre sus muslos, Sofía se retorció en la cama, gimió y colocó la palma de su mano en la cabeza de Nicole, si ahora se retiraba, la iba a matar. Pero no se movió, siguió las instrucciones de la detective y siguió usando su boca en ella hasta que llegó al orgasmo.

Sofía jadeó, estaba a punto de llorar. Por un momento, había olvidado lo mucho que la echaba de menos. Nicole volvió a aparecer entre las sábanas y depositó un tierno beso en los labios de Sofía.

—Te echaba de menos —dijo Nicole.

—Y yo a ti. —Volvió a besarla.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —preguntó Nicole atisbando la sutil expresión de Sofía.

—Sí, es que… No me puedo creer que le hayamos hecho esto a Lola.

Nicole acarició su mejilla.

—Lola y yo no estamos juntas.

—¿Qué?

—He roto con ella antes de que tú llegaras, en El Clavel.

—¿Qué? —repitió incrédula—. ¿Y cómo está?

—Enfadada. Enfadada y triste.

—Ya… imagino. ¿Qué le has dicho?

—Que a quien quería era a ti.

Los ojos de Sofía se iluminaron y sus labios temblaban.

—¿Qué? ¿Qué he dicho?

—Nada. Siempre has estado tan segura de lo que sientes por mí que no puedo evitar sentirme abrumada.

—¿Tú no lo estás?

—Sí, claro que lo estoy. Es solo que me cuesta más demostrarlo y me preocupa no estar a la altura. Que te canses y te vayas. Creo que no he sabido demostrarte en todo este tiempo que quiero que estés cerca de mí.

—Te conozco perfectamente. Sé que estás coladita por mí —bromeó—. Nunca podría cansarme de ti, Sofía. Antes me cansaría de respirar.

—Lo siento por todo —dijo la detective.

—Lo sé.

Nicole sostuvo la mano de Sofía por debajo de las sábanas. Y antes de poder darse cuenta, el sueño las venció.

La detective se despertó, consultó su teléfono y vio la hora. Eran las seis de la mañana. Habían dormido unas tres horas. Ahora les quedaba poco tiempo para huir.

—Nicole. —Sofía sacudió el brazo.

Nicole hizo un sonido gutural en señal de protesta.

—Nicole, son las seis. Tenemos que salir de aquí, tenemos que salvar a Lola.

Nicole se levantó de un salto y comenzó a vestirse.

—Mierda, mierda, mierda… Nos hemos quedado dormidas. Mi hermano va a estar aquí en cualquier momento.

—Todavía faltan cinco horas para las once.

—¿De verdad te fías de su palabra? Si me dio veinticuatro horas, en realidad serán la mitad.

Sofía imitó a Nicole y volvió a ponerse la ropa del día anterior.

Bajaron las escaleras a toda velocidad y justo cuando rozaron el pomo, la puerta se abrió de golpe. Nicole no titubeó y disparó el arma que había llevado durante las últimas veinticuatro horas. Dio de pleno en la cabeza de uno de los hombres de Gabriel, que cayó al suelo ya muerto. Cogió a Sofía de la mano y se atrincheraron tras la encimera de la cocina.

—Nicole, no hagas esto más difícil. Sal de una vez —dijo Gabriel.

La morena volvió a disparar el arma, pero esta vez, la bala chocó contra una de las paredes.

Sofía alcanzó su bolso, que estaba tirado en el suelo y cogió su pistola. Disparó y derribó a otro de los hombres. Los demás comenzaron a disparar contra ellas y ambas comprendieron que no tenían oportunidad de salir de allí con vida. Las balas no tardaron en agotarse y, cuando quedaron indefensas, uno de ellos se acercó y cargó con Nicole en sus brazos. Nicole pataleó y gritó, pero no sirvió de nada.

Sofía salió de su escondite a toda prisa y antes de poder intentar rescatar a Nicole, Gabriel le apuntó con un arma y ella frenó en seco.

—Quieta.

Cuanto más se alejaba Nicole, más rápidas eran sus pulsaciones. Había perdido la guerra contra Gabriel Mendoza. Ahora solo bastaba con que apretara el gatillo para acabar con todo.

Su suerte fue interrumpida cuando García apretó el gatillo contra el hombre que retenía a Nicole. La morena cayó al suelo y usó todas sus fuerzas para quitarse ese cadáver de encima. Samuel volvió a disparar y otro de los hombres cayó. Todos giraron sus miradas hacia él y Sofía aprovechó la distracción para correr al exterior con Nicole. Antes de que García volviera a atacar a uno de ellos, Gabriel disparó su arma y acabó con la vida del joven.

Nicole miró hacia atrás y lo vio tirado en el suelo rodeado de sangre.

—¡No!

—Vamos, Nicole. —Sofía tiró de su brazo—. No es el momento de pararse.

Subieron al coche dela detective y condujeron a toda velocidad a casa de Lola. Sofía abrió la puerta sin tan siquiera llamar al timbre. Lola estaba dormida en el sofá con la televisión encendida.

—Lola, despierta. Tenemos que irnos.

Lola se despertó sobresaltada y las miró confundida.

—¿Sofía? ¿Qué hacéis aquí? Dejadme en paz.

—Lola, el hermano de Nicole te está buscando, tienes que venir con nosotras.

Lola se levantó rápidamente y las siguió hasta el coche.

—¿Se puede saber qué he hecho yo ahora? ¿Se puede saber por qué no me deja en paz tu hermano? —preguntó desde el asiento de atrás.

—Quiere hacerme daño a mí y para eso quiere destruir todo lo que me rodea —respondió Nicole—. Siento haberte metido en esto.

—Yo sí que lo siento —dijo con enfado—. ¿Dónde vamos?

—A SOMBRA. Necesitamos refuerzos. Tenemos que planear algo rápido si queremos librarnos de esta.

A máxima velocidad, esquivando peatones y mobiliario urbano, llegaron a SOMBRA, donde todo transcurría con normalidad.

Los trabajadores dirigieron su atención a la estampida de la entrada protagonizada por las tres mujeres jadeantes. Claudia fue la primera que se levantó de su silla con un gesto preocupado. ¿Qué significaba que Lola y Nicole estuvieran allí?

Fue Hugo el primero que se acercó e hizo la pregunta.

—Sofía, ¿qué pasa? ¿Qué hacéis aquí?

—Gabriel se ha presentado en mi casa con un ejército de hombres. Ha intentado matarme a mí y secuestrar a Nicole, también quiere asesinar a Lola.

—¿Cómo habéis escapado? —preguntó Paula.

—García se ha sacrificado para salvarnos. Gabriel lo ha matado.

Nicole no pudo reprimir las lágrimas al escuchar esas palabras. Recordó a su ex pareja. La última imagen que tenía de él, era su cadáver rodeado de sangre y los pies de Gabriel y sus hombres a su alrededor.

—Tenemos que hacer algo, tenemos que acabar con él antes de que él acabe con nosotros. Está furioso y no tardará en actuar.

—Sofía tiene razón —añadió Nicole—. Se le ha agotado la paciencia. La Salvación está en peligro y no va a dejar que eso pase.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó la detective.

—Esta noche es la negociación y el posible intercambio de dinero entre La Salvación y

Los Cuervos —dijo Claudia—. Es un evento que Gabriel no se va a perder. Durante ese tiempo no debería atacarnos, podemos aprovechar la distracción y acabar con él antes de que llegue tan siquiera al intercambio en la playa.

—¿Sabes algo Nicole? ¿Sabes si hoy es la reunión? —preguntó Sofía.

Nicole negó con tristeza, sus ojos seguían colmados de lágrimas.

—No tengo ni idea. Hace semanas que no hablo con mi hermano. Creo que ha optado por no informarme de nada.

Sofía se dirigió a Claudia.

—¿Sabes algo más? ¿Tienes una hora?

—No, solo sé que será esta noche, por lo que debemos actuar antes. Tenemos un par de horas, no mucho más.

—Vale, ¿tenéis algo pensado?

Todos negaron con la cabeza.

Sofía caminó por la oficina pensativa. Se alejó de sus compañeros y tomó un vaso de agua. Después se mojó la cara y se miró al espejo. Trató de arreglar su melena desaliñada y, cuando terminó, caminó hacia la armería. Contempló el arsenal de armas, municiones y explosivos. Aunque consiguieran un ejército de personas, no tendrían armamento ni recursos suficientes para enfrentarse a La Salvación.

Pero sus planes cambiaron de un momento a otro cuando vio unos explosivos que jamás habían sido utilizados en la historia de SOMBRA, por eso había tan solo cuatro cartuchos. Eran explosivos extremadamente caros y potentes, y, para su fortuna, jamás se habían encontrado en una situación en la que habían tenido que utilizarlos. Quizá había llegado el momento. Quizá era hora de acabar con Gabriel a lo grande. Sofía cargó con todos ellos en sus brazos y con los detonadores. Cuando volvió a la sala principal con ellos, todos sus compañeros se alejaron.

—Sofía, ¿qué haces con eso? —preguntó Claudia.

—¿Qué es eso? —añadió Hugo confundido.

—Son explosivos —dijo Paula.

—¿Los que tenemos prohibido tocar?

—Sí —respondió Sofía—. Ha llegado el momento de hacer uso del mayor gasto de presupuesto de la historia de SOMBRA.

—¿Qué se te ocurre?

—Evitar que Gabriel llegue a esa reunión. Colocar los explosivos en los vehículos, vigilar por cámara sus movimientos y, cuando llegue el momento, detonarlos.

—Ya, ¿y cómo vamos a hacer eso? ¿Crees que será tan fácil entrar? Gabriel nos tendrá vigilados.

—Creo que para nosotros será prácticamente imposible entrar —reconoció—. Solo tenemos a una persona que pueda hacerlo y pasar desapercibida.

La mirada de Sofía se dirigió a Nicole y el resto de miradas la siguieron.

—¿Qué? No, no, no. ¿Queréis que haga un atentado en mi propia casa? ¿Se os ha olvidado que puede haber personas que quiero mantener a salvo? ¿Que estáis hablando de mi hermano?

Todos la miraron sin saber qué responder.

—Si no haces esto tu hermano me va perseguir hasta matarme —dijo Lola—. A Sofía también, y a todas las personas que hay aquí. —Su voz temblaba, estaba aterrorizada de verdad —. Me lo debes.

—Nicole —la llamó Sofía—. Eres nuestra única esperanza.

Nicole miró todos los rostros confundida. Si accedía, perdería a su hermano, a su única familia y todo lo que conocía hasta la fecha. Su seguridad, su dinero, sus lujos y privilegios dejarían de existir para siempre y toda su vida se derrumbaría con ella.

Sus ojos se encontraron con los de Sofía. El mayor privilegio que había conocido lo tenía frente a ella, mirándola con ojos desesperados por su ayuda. Sabía que no se lo iba a volver a pedir, sabía que no iba a insistir, pero tan solo arriesgarse a que esta batalla la ganase su hermano y que eso significase que perdería a Sofía para siempre, le hacía sentir náuseas. Era un riesgo que no estaba dispuesta a asumir.

—Está bien, lo haré.

Nicole pudo ver como los hombros de todos los presentes se relajaron. Hugo suspiró aliviado y Sofía miró al techo como si le estuviera agradeciendo al cielo.

—Pero mi hermano habrá mandado a sus hombres que me vigilen, si me ven entrar van a ir a por mí.

—¿Hay tan solo una persona que esté dispuesta a ayudarte? ¿A dejarte entrar?

—Sí, Elsa. Es mi… Era mi niñera. Es como mi madre, puedo convencerla fácilmente.

—Entonces, ¿nos vas a ayudar? —preguntó Sofía.

—Me debes una, Sofi. —Nicole le guiñó un ojo, después se acercó y cogió los explosivos de las manos de Sofía.

—Mantente a salvo, por favor.

—Lo haré.

CAPÍTULO 25

Nicole fregaba el suelo concienzudamente. Llevaba varios minutos concentrada en la misma mancha, frotando con todas sus fuerzas, pero esta no se iba. Era consciente de que, probablemente, era la única interna que se tomaba tan en serio la limpieza de los suelos del baño y de que a nadie le importaba aquella mancha que permanecía en la baldosa desde el día en que ella había entrado, pero era incapaz de dejarla ir, quizá porque su vida volvería al vacío cuando se concentrara en otra cosa que no fuera en que el suelo quedara impoluto o quizá porque quería sentir que hacía algo bien. Por un motivo u otro, cada vez se sentía peor porque aquella forma negra no desaparecía.

—Joder… —Suspiró.

Estaba tan enfadada que las lágrimas estaban a punto de escapar de sus ojos.

—Hola.

Esa voz grave. La había escuchado antes. Supuso a quién pertenecía, estaba casi segura de saber quién era, pero quiso que no fuera cierto.

Alzó la mirada.

—Lo que me faltaba —murmuró para sí misma cuando vio a Durán.

Nicole fingió no escucharlo y siguió fregando.

—Me han comentado que tu amiga y tú os habéis peleado por mi culpa —dijo con una sonrisa de medio lado.

La morena arrugó la nariz asqueada. El olor que ascendía de los desagües no era nada en comparación con la presencia de Durán.

—Pues te han informado mal —respondió con desgana y siguió frotando.

—Ah, ¿sí? —ronroneó.

Se aproximó a Nicole y, antes de que esta pudiera salir de allí, la agarró por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—No te tienes que poner celosa, Mendoza. Tengo amor para ti también.

«Otra vez no, otra vez no, otra vez no», pensó.

Aunque se había esforzado en enterrar ese recuerdo en el lugar más profundo de su mente, había jurado y perjurado que ningún hombre la iba a volver a tratar como lo hizo Bruno. Se había prometido que, antes de que eso pasara, ella misma acabaría con su propia vida. Que nadie le humillaría así otra vez, que ningún otro hombre se saldría con la suya.

Pero Nicole no tenía nada. Ni un arma, ni una herramienta que pudiera usar contra él. Lo único que le quedaba era la fregona que ya estaba en el suelo, imposible de alcanzar.

Durán abrió los primeros botones de la camisa de la morena y dejó su escote al descubierto, acarició sus pechos y los miró como un perro salivando delante de un plato de carne.

—Si me tocas te voy a matar, te juro que te voy a matar.

Incapaz de disimular el pánico en su voz, Nicole trató de creerse sus propias palabras, aunque en el fondo no confiaba demasiado en ellas. Pero estaba desesperada y lo único que quería era quitarse a ese hombre de encima.

Durán no escuchó nada, seguía mirándola como si estuviera a punto de devorarla, sin importarle lo que Nicole sintiera o pensara. Era como si la morena no estuviera presente, solo su cuerpo, un objeto de usar y tirar.

Durán bajó las manos hasta los pantalones y desabrochó el botón, pero no pudo hacer

nada más porque en ese preciso instante, Leyla se lanzó sobre él como un guepardo y clavó un trozo de hierro oxidado en su cuello.

La sangre comenzó a salir a borbotones y rápidamente Durán y las dos mujeres se empaparon de rojo. El guardia no pudo decir nada más, lo último que hizo fue desplomarse al suelo.

Nicole estaba boquiabierta, con los ojos a punto de salir de sus órbitas. No porque fuera la primera vez que presenciaba un asesinato, sino porque lo último que esperaba era que Leyla pusiera en riesgo su libertad y su vida por salvarla a ella. Durán ya no estaba, pero ¿a qué precio?

—¿Qué has hecho? —dijo casi sin voz.

—Lo que alguien tenía que hacer desde hace mucho tiempo —respondió sin apartar la mirada del cadáver de Durán.

Leyla empuñaba con fuerza el pedazo de hierro afilado, como si estuviera preparada para usarlo de nuevo.

Nicole corrió a una de las duchas y vomitó. Cuando terminó, la expresión de Leyla había cambiado, la miraba como si hubiese visto un monstruo y eso la desconcertó.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nicole…

Nicole inclinó levemente la cabeza, tratando de adivinar a qué venía ese síntoma de alarma que su compañera mostraba de repente, pero por más que buscó en sus ojos, no logró entender qué quería decirle.

—Creo que estás embarazada —añadió sin apartar la vista de su vientre.

—¿Qué?

Fue lo único que supo decir. Había escuchado perfectamente las palabras de Leyla, pero el huracán de ideas que se le estaba viniendo a la mente le impedía pensar con claridad.

Colocó su mano en la barriga y supo que Leyla tenía razón.

—No puede ser.

El aire no llegaba a sus pulmones. Mientras tanto, el cuerpo de Durán seguía tirado en el suelo y el torrente de sangre se hacía cada vez más grande.

—Bruno… —murmuró.

—Nicole, ayúdame con esto, rápido —dijo agachándose a recoger el cadáver—, más tarde solucionamos lo tuyo.

Nicole despertó de un momento a otro y arrastró el cuerpo a una de las duchas junto con Leyla. Después, las dos mujeres limpiaron la sangre y dejaron que los desagües la absorbieran.

—¿Y ahora qué hacemos con este? —preguntó señalando a Durán.

—No sé… ¿lo dejamos aquí?

—¿Estás loca? Saben que me toca limpiar el baño, de la primera persona de la que van a sospechar va a ser de mí.

—Es verdad.

Los pasos que escucharon aproximándose hicieron que ambas entraran en pánico. Leyla corrió al exterior para evitar que aquella persona entrase, pero no fue lo suficientemente rápida y en el baño apareció María.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó sorprendida al ver el cadáver.

—Matar a Durán —confesó Leyla—. No te preocupes, María es de fiar —le dijo a Nicole que se había quedado paralizada.

—Ya era hora de que alguien se cargara a este hijo de puta. ¿Qué vais a hacer con él?

—No sé, pero tenemos que sacarlo de aquí, ayúdanos.

—Podemos llevarlo al armario de limpieza y que se lo encuentre otra persona, de todas formas, no vais a poder ir muy lejos sin que os vean.

—Tenemos que limpiarlo.

Nicole repartió unos pares de guantes a cada una y, con un trapo, limpiaron todo rastro de huellas del cuerpo de Durán, lo metieron en el armario que había junto al baño y lo volvieron a limpiar.

—¿Y las cámaras? —preguntó Nicole.

—Esa cámara lleva años sin funcionar, es un secreto a voces. —María señaló a la cámara que apuntaba a la puerta del armario—. Vámonos de aquí.

Las tres mujeres se dispersaron tomando caminos distintos.

—¿Qué vas a hacer con tu embarazo? —preguntó Leyla.

Leyla le había dado veinticuatro horas a Nicole para que volviera a sacar el tema y, dado que no lo había hecho, se había lanzado a hacer la pregunta que tanto quería.

—No lo quiero. No quiero tener un hijo, es lo último que me gustaría.

Leyla asintió.

—Sabia decisión.

—Pero no sé qué hacer. —Nicole rompió a llorar—. He hablado con el director y no me ha hecho ni caso. —Se llevó las manos a la cara—. Siento que se me acaba el tiempo, cuanto más tiempo pasa más difícil será revertir esta situación, es una cuenta atrás.

—Nicole, ni el director ni los guardias te van a escuchar. Hace unos meses, antes de que tú entraras, una de las presas dio a luz en la celda porque ni le permitieron abortar ni la dejaron ir al hospital.

Nicole tragó saliva. Ella, que tenía todo el dinero del universo y había podido tener el mundo a sus pies, ahora ni siquiera disponía de los recursos dignos para mantener el buen estado de su salud. No podía creer a dónde había llegado y, ni siquiera recordaba cómo había acabado tocando fondo.

—Leyla, ¿qué estás diciendo? No me estás ayudando. No quiero tener un hijo, ¡no quiero un bebé!

—Hay otra opción, pero es muy arriesgada, no creo que sea buena idea.

—¿Qué? ¿Un aborto clandestino? —Se destapó la cara para mirar a Leyla.

Leyla asintió.

—¿Y cómo lo haríamos?

—María ha ayudado a otras presas a abortar antes, pero es muy *muy* doloroso.

—Sería más doloroso tener una persona a mi cargo por el resto de mi vida. Tenemos que hacerlo.

Sus deseos fueron órdenes y, dos días después, Nicole se encontraba abierta de piernas en el baño con María frente a ella empuñando un tubo de plástico y otro instrumental que prefirió no ver.

—Toma, por si te duele mucho. —Leyla le puso una toalla en la boca a Nicole para amortiguar los posibles gritos.

Nicole estaba más aterrorizada que nunca y era incapaz de dejar de temblar.

—¿Lista?

Asintió. Mordió la toalla y dejó que las lágrimas resbalasen por sus mejillas mientras se retorcía del dolor.

Leyla sujetó su mano y Nicole la apretó con tanta fuerza que casi se la arrancó. Pero Leyla no protestó, se dejó maltratar porque era lo único que podía hacer por su amiga.

Los alaridos no cesaron hasta pasadas las dos horas, cuando todo acabó. La vida de Nicole había estado en peligro varias veces y lo seguía estando, pero se podía concluir que la interrupción del embarazo había finalizado con éxito.

Leyla limpió las lágrimas de las mejillas de Nicole.

—Ya está, Nicole, ha terminado todo y estás aquí con nosotras.

Nicole no fue capaz de contestar, no tenía fuerzas, así que se rindió a la fatiga y cerró los ojos.

Estaba otra vez frente al enorme portón de rejas mientras este se abría lentamente. Miró al suelo como si eso le ayudase a pasar más desapercibida y, después, a su alrededor para comprobar que los súbditos de su hermano no estaban cerca. Si el portón no se abría del todo ya, era cuestión de tiempo que uno de ellos apareciera y todo el plan se viniera abajo. Divisó a Elsa cerca de la puerta de la entrada fingiendo que estaba realizando sus tareas cotidianas. La mujer a la que Nicole tanto apreciaba, había cumplido su parte sin titubear y había derramado agua con jabón sobre los monitores que controlaban las cámaras y había abierto la puerta. Desde la distancia, le guiñó un ojo a Nicole y se ocultó en el interior de la mansión.

Cargaba con una pesada mochila que albergaba los explosivos. Había cometido muchos crímenes a lo largo de su vida, pero debía reconocer que este era el que más insegura le estaba haciendo sentir, con diferencia. Aunque era necesario un detonador para hacer estallar los explosivos, no sabía hasta qué punto era seguro cargar con ellos a sus espaldas mientras la mochila rozaba paredes y otros objetos.

Su paciencia alcanzó su límite cuando las rejas tuvieron un hueco lo suficientemente grande por el que pudo deslizarse. Tratando de evitar que la atención recayese sobre ella, caminó lo más rápido que pudo con la cabeza gacha hasta el garaje.

En SOMBRA, todos podían ver sus movimientos a través de la cámara del dron que flotaba sobre ella.

—Nicole, ¿va todo bien? —preguntó Sofía a través del pinganillo.

Nicole abrió la puerta del garaje con la llave y esta comenzó a hacer ruido.

—Perfectamente —respondió mirando a su alrededor.

Entró y volvió a pulsar el botón de la llave para cerrar la puerta.

—Vale, coloca los explosivos en la parte de abajo de los coches —indicó Claudia—. Son muy potentes, basta con que coloques dos de ellos y volarás parte de la casa.

Nicole no podía creer que estuviera a punto de acabar con la vida de su hermano. ¿Cómo se lo explicaría a su padre más tarde? ¿Podría hacerle creer que no había sido ella? ¿Cuáles serían las consecuencias? Prefería no pensar en ello en esos momentos. Si hacía el balance otra vez, entre la vida de su hermano y la de Sofía, Sofía siempre salía vencedora. Así que trató de convencerse de que estaba haciendo lo correcto antes de arrodillarse junto a uno de los vehículos.

Abrió la mochila y, cuando introdujo la mano en el interior, escuchó unas voces que se aproximaban.

—Nicole, cuidado, van hacia el garaje.

Se levantó con rapidez y se metió en uno de los armarios. Su respiración comenzó a agitarse y el vaho no tardó en humedecer el estrecho espacio.

—No sé, creo que son rumores —dijo una de las voces masculinas.

—¿De verdad? Cuando el río suena…

—No tiene pinta de lesbiana. Además, no es ningún secreto que se tira todo lo que se le pone por delante. Mira Bruno.

Nicole frunció el ceño.

En SOMBRA, Sofía miró a sus compañeros confundida.

—A ver si me pongo yo por delante, podría hacer que se olvidara de la tal Sofía rápidamente.

—¿Contigo? ¡Ja! No le durarías ni dos asaltos y menos con esa cara que tienes. Mejor yo.

Nicole se lamió los dientes. Tuvo que reprimir el impulso de salir y hacer con ellos lo que tantas veces habían hecho con los enemigos de La Salvación.

—Puto pervertido, seguro que te la has imaginado más de una vez ahí…

Nicole no vio desde el interior del armario, pero pudo imaginarse qué tipo de gestos y posturas estaban haciendo aquellos hombres. Unos hombres a los que ella ni siquiera había prestado atención desde que comenzaron a trabajar para su hermano.

—Cómo para no imaginármela, ¿has visto ese culo? Pronto iba a averiguar lo que es un hombre, no tardaría en cambiarse de bando.

—Sí que tiene que ser guarra en la cama sí.

—Y, si le gusta Sofía Quirós, nos lo podemos pasar bien los tres, si yo no soy celoso.

Sofía arrugó la nariz y sintió arcadas, como si estuviese oliendo un cadáver putrefacto. Sus compañeros la miraron sin saber qué decir.

—No quiero ni saber lo que está pensando Nicole —dijo.

—Esperemos que no haga nada impulsivo —añadió Claudia.

Nicole escuchó cómo los pasos se acercaban y, a través del minúsculo hueco entre las dos puertas del armario, pudo ver a uno de los hombres caminando de espaldas, frente a ella

—Nicole, ten cuidado. Se están acercando.

Nicole no meditó demasiado su decisión. Abrió las puertas con un golpe, agarró por el cuello a aquel hombre y apuntó el arma silenciada a su sien.

El otro no tardó en apuntar a Nicole.

—Baja el arma —ordenó ella—. ¿De verdad vas a disparar a Nicole Mendoza? ¿A la mano que te da de comer? Suelta el fusil y ponlo en el suelo.

Aquel hombre hizo caso omiso y mantuvo el arma en alto.

—¿Cómo vas a explicarle a mi hermano que me has disparado? Baja el arma.

Su interlocutor obedeció y puso el fusil en el suelo.

—Ahora da unos pasos hacia atrás, aléjate.

Siguió las órdenes y puso las manos en alto.

—¿Por qué no repetís ahora lo que estabais diciendo? ¿Cómo era? ¿eh?

La morena presionó el arma contra la cabeza de aquel hombre que se agarraba al brazo de Nicole desesperado por coger un poco de aire.

—Repítelo o disparo. Que me tiro a todo lo que se me pone por delante ¿y qué más?

—Y que eres una gu…

Nicole disparó y bañó en sangre todo su cuerpo y todo lo que le rodeaba. El hombre cayó al suelo.

—Quieto —dijo apuntando al único que quedaba.

El desconocido hizo el amago de alcanzar su fusil, pero se detuvo.

Nicole dio dos pasos hacia el frente y encañonó el mentón del trabajador.

—Ni a Sofía le gustan los hombres, ni a mí me gustan los hombres como tú. La única forma en la que nos divertiríamos con vosotros sería volándoos la cabeza. Cuando acabe contigo, ella y yo lo celebraremos, pero tú no estarás invitado. Ahora te puedes llevar el secreto a la tumba. O, mejor dicho, a la fosa común.

Nicole disparó el arma y el estropicio fue aún mayor. Tenía dos cadáveres a sus pies que

habían bañado de sangre todo el garaje, incluyendo los vehículos.

Hugo tragó saliva.

—No se puede decir que no sea de armas tomar —dijo con cierto nerviosismo.

Sofía sonrió.

—Tenemos una cita pendiente entonces —dijo la detective por el pinganillo.

—Espero a que me recojas cuando acabemos con todo esto —respondió la morena.

Nicole miró al suelo y, hasta entonces, no se percató del estropicio que había formado en cuestión de minutos. Dos cadáveres que le resultaría imposible mover a ella sola y una laguna de sangre que le llevaría días limpiar.

—Joder, ¿qué voy a hacer con todo esto? —murmuró sofocada.

—Nicole, todo va a volar por los aires cuando los explosivos detonen. No tienes de qué preocuparte, no va a quedar rastro.

—Tienes razón.

—Date prisa.

Nicole se volvió a arrodillar, sus piernas cayeron inevitablemente sobre la sangre de aquellos hombres y ya no quedaba rastro de su tela que no estuviera teñida de rojo. Pegó uno de los explosivos bajo el coche y repitió el mismo proceso con el otro. Se levantó lo más rápido que pudo, pero resbaló con la sangre y cayó de bruces en el suelo. Ahí fue cuando escuchó la puerta abrirse.

—Nicole —pronunció la voz grave de Gabriel—. Me habían dicho que estabas aquí, pero no me lo quería creer.

Se levantó despacio y ni siquiera trató de huir. Permaneció inmóvil de pie.

—Cogedla —ordenó El Príncipe.

Dos hombres la agarraron, cada uno de un brazo y ahí fue cuando opuso resistencia.

—¡No! ¡Espera!

La morena forcejeó, pero fue en vano.

—¡Soltadme!

En SOMBRA lo único que vieron fue a un hombre apuntando hacia el dron y disparando una bala con un fusil que dio de lleno en el aparato volador, haciendo que estallase en pedazos. Después, todo en las pantallas se volvió negro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sofía angustiada.

—Creo que la han pillado —apuntó Claudia.

—¿Qué hacemos ahora? Tenemos que ir a por ella, tenemos que rescatarla.

—Si vamos a por Nicole, no vamos a poder impedir el intercambio de La Salvación con Los Cuervos. —Claudia miró a Sofía fijamente para asegurarse de que le estaba entendiendo—. Si vamos a por Nicole, Gabriel se va a salir con la suya.

Sofía meditó las opciones. Cuanto más pensaba, más oscura era la nube de ideas que rondaba por su mente.

—Pero ¿cómo la vamos a dejar ahí? La van a matar.

—Gabriel nunca mataría a Nicole —añadió Paula—. Quizá la encierre, pero no acabaría con ella, tiene mucho que perder. ¿Qué diría El Santo si su hijo mata a su querida hija?

Todos permanecieron en silencio, las palabras de Paula tenían sentido, pero no podían evitar sentir cierta inseguridad dejando a Nicole a su suerte.

—Voy a ir a por ella.

Sofía se levantó repentinamente, cargó su arma y la metió en la pistolera.

—Sofía. —Claudia la llamó con tal tono de voz que la detective frenó en seco—. Que

una vez te haya salido bien, no quiere decir que a la segunda también. Lo que quieres hacer es muy peligroso y ya es un milagro que sobrevivieras al Dorado. Vamos a tomárnoslo con calma. Cuando tengas a Gabriel controlado, podemos ir a rescatar a Nicole. Vamos a acabar con él y después seremos libres.

Sofía observó la cicatriz que Claudia conservaba en el hombro y recordó que su vida había estado en serio peligro cuando rescataron a Nicole. Tanto ella como Sara habían sufrido por su estado y, afortunadamente, Claudia se recuperó bien y no tuvieron que lamentar ninguna baja. La detective la miró a los ojos, sabía que la informática era una persona prudente, la más sensata y cautelosa que había conocido nunca, así que hizo lo que no hacía nunca: dejarse guiar por otra persona y entender que quizá Claudia le estaba diciendo lo que le estaba diciendo por su propio bienestar. Aquello no era un juego y no quería jugarse la vida de una forma tan imprudente.

Sofía volvió a colocar la pistola en la mesa y pudo ver cómo los hombros de sus compañeros se relajaban, como si hubiesen sido liberados de un peso enorme.

—Tienes razón. Vamos a por Gabriel. Pero después, pase lo que pase, vamos a rescatar a Nicole.

—De acuerdo.

—¡Suéltame! —gritó Nicole—. ¡Vas a pagar! ¡Esta vez te juro que vas a pagar! Yo misma voy a acabar contigo y a hacerme con el control de La Salvación.

Ni Gabriel ni sus hombres les dieron importancia a las palabras de Nicole, después de todo, no era la primera vez que la veían haciendo un berrinche y lanzando amenazas al aire.

Pero la morena no recordaba haberse sentido tan segura de sí misma en mucho tiempo, tan segura y furiosa. Estaba desatada, había desarrollado una especie de fuerza sobrehumana que le había permitido escurrirse de las manos de sus captores en más de una ocasión, aunque no habían tardado en volver a atraparla.

Se sentía perdida, desesperada y sin un ápice de esperanza de ser salvada cuando aquellos hombres la arrastraron por el pasillo como si de un trapo se tratase. Si su hermano la encerraba en aquel cubículo que le había mostrado, Nicole no tenía ninguna posibilidad de escapar, más allá de apelar a la piedad de su hermano, una característica que no lo definía precisamente.

—¡Te voy a matar! ¿Me oyes? ¡Te voy a matar! —gritó zarandeándose una última vez antes de que los hombres se detuvieran frente a la puerta de su habitación.

Nicole los miró confundida. Faltó poco para que les preguntase si estaban seguros de lo que iban a hacer y si no preferían encerrarla en el cubículo que Gabriel le había enseñado, del que, sin duda, no podría escapar. Pero supuso que su hermano tenía prisa, llegaba tarde al encuentro con Los Cuervos y eso era algo que no se podía permitir, causar mala impresión a sus vendedores. La morena estaba segura de que, si se lo proponía, no tendría demasiadas dificultades para salir ilesa de la habitación, así que ahora solo quedaba que su hermano se marchara de allí.

—Soltadla —ordenó Gabriel con firmeza.

Nicole dejó de sentir la presión en sus brazos al fin y, antes de que pudiera girarse para hablar con su hermano, fue empujada bruscamente y casi cayó al suelo.

—¿Qué coño haces?

Nicole se encaró a su hermano, pero se detuvo cuando lo tuvo de frente. No recordaba que fuera tan alto ni que su figura impusiera tanto. Quizá era un detalle que había pasado por alto por el hecho de ser su hermano y no haberle temido nunca, al menos hasta ahora. Su rostro era impasible, se mantuvo firme como una roca y eso fue suficiente para que Nicole no hiciera nada

de lo que pudiera arrepentirse.

—Me encargaré de ti más tarde —dijo esbozando una especie de sonrisa—. Así sabrás cómo actuar en el futuro y te alejarás de ciertas personas. Has conseguido que de tu amiga Sofía me encargue yo.

Nicole sonrió de medio lado y se mofó.

—Amiga…—murmuró.

Gabriel se inclinó hacia delante, muy cerca del rostro de su hermana.

—¿Cómo has dicho? —preguntó retándole a que volviese a hablar, a que le replicase, no porque le interesase lo que tenía que decir.

—A veces dudo —pronunció.

Gabriel frunció el ceño.

—A veces dudo de si realmente eres así de estúpido o si solo te lo haces para despistar.

Nicole percibió cómo la mandíbula de su hermano se movía con tensión y eso le dio la satisfacción que estaba buscando.

Pero Gabriel no hizo ningún gesto con las manos, ni se movió. Para sorpresa de Nicole no hizo ni tan siquiera el amago de golpearla, aunque su cara era un poema a pesar de sus esfuerzos por disimular la ira que se estaba abriendo paso dentro de él. Se limitó a esperar a que su hermana siguiera hablando y así lo hizo.

—Se te dan bien los negocios, pero debo decir que tienes la inteligencia emocional de una planta. Quizá eres un psicópata sin diagnosticar —dijo con sorna.

Gabriel se armó de paciencia y permitió que Nicole continuara. Si seguía hablándole de esa manera tendría la excusa perfecta para hacer lo que quisiera con ella.

—Sofía y yo no somos amigas —dijo con una enorme sonrisa en la cara. Estuvo a punto de echarse a reír, pero logró reprimirse—. Nunca lo hemos sido.

Gabriel frunció el ceño. No entendía lo que Nicole trataba de decirle y estaba comenzando a hartarse.

—Pero bueno, supongo que no hay más ciego que el que no quiere ver.

—¿Qué es lo que quieres decir, Nicole? —preguntó furioso.

—Sofía es mi novia. —Hizo una pausa que llenó el silencio de su hermano—. Mi pareja. Estamos juntas. Lo que hacemos no es cosa de amigas, y por ella me voy a cargar La Salvación y a ti. Si no lo hace ella antes, claro. —Enarcó una ceja—. Tiene tanta razón odiándote.

Nicole enrojeció. Se colocó la melena hacia atrás y trató de respirar hondo.

—Ya estás muerto. Me hagas lo que me hagas estás acabado. Tú y todos estos esclavos —dijo dedicándoles una mirada llena de desprecio a todos los presentes—. Te van a matar. —Lo miró fijamente a los ojos y se acercó para asegurarse de que la estaba escuchando, después, con el tono de voz firme habló—. Hagas lo que hagas te van a matar.

Ni Gabriel meditó antes de reaccionar, ni Nicole fue capaz de predecir sus movimientos cuando su hermano sacó una pistola y le disparó en la pierna. Nicole cayó al suelo y de sus ojos estallaron lágrimas de puro dolor. Gabriel le cerró la puerta en las narices.

—No dejéis que salga —les indicó a los mismos hombres que habían arrastrado a la morena hasta la habitación.

Gabriel se marchó y Nicole se arrastró por el suelo hasta apoyarse en el somier. Tiró de las sábanas y arrancó un trozo de la tela para improvisar un torniquete. Gimió de dolor.

Ahora Sofía tendría que apañárselas sin su ayuda.

CAPÍTULO 26

Llegaron al cabo cuando había anochecido por completo. Debían ser las once o doce de la noche, se habían apurado tanto para alcanzar su destino que ni siquiera habían podido consultar la hora, pero la oscuridad en el cielo era tal, que, a duras penas, podían ver por dónde pisaban.

Bajaron de la furgoneta con todo el sigilo que se les permitió y cargaron con sus armas. Eran Claudia, Sofía, Hugo y Paula contra dos organizaciones criminales. Lo único que podían hacer era ser precavidos. Sofía se acercó al borde y echó un vistazo al mar y a la arena, pero no vio a nadie, ni un solo movimiento sospechoso.

—¿Qué hacemos? ¿A dónde vamos? —susurró Hugo.

—Tenemos que movernos de aquí. Nos van a ver al llegar —apuntó Paula.

No tenían ningún plan más allá de ir a por Gabriel. Aquella intervención se había desarrollado de manera imprevista y apresurada. Debían dar las gracias si salían con vida de allí.

—Detrás de esas rocas.

Claudia señaló unas rocas a la orilla del mar que estaban pegadas a la pared del cabo, la única manera que tenían de ser vistos era si alguien llegaba por el mar, pero dadas las circunstancias aquello no tenía sentido, así que dieron un rodeo y bajaron por la pared del cabo.

Sofía asomó la cabeza por una de las rocas, pero la playa estaba completamente vacía y no sabía si eso era una buena noticia o no. Si Gabriel no aparecía pronto, no podrían acabar con él y, por ende, no podrían rescatar a Nicole.

—Aquí no hay nadie —observó Hugo.

—Paciencia, tienen que estar a punto de llegar, el encuentro era aquí —aseguró Paula.

—¿Y si han cambiado los planes porque saben que lo sabemos?

—No los han cambiado.

Todos se giraron cuando Sofía habló, y lo que vieron les quitó el aire. Una decena de lanchas hicieron su entrada por el mar en el otro extremo de la playa. Algunos de los recién llegados bajaron y otros comenzaron a pasarles paquetes envueltos en cinta aislante desde las lanchas, formando una larga hilera de personas que cargaba con los bultos desde el mar hasta la arena.

—¿Esos son Los Cuervos? —preguntó Sofía.

A decir verdad, la detective no había estado demasiado pendiente de la nueva organización criminal que asolaba El Puerto de Teira, había delegado todas sus funciones a sus compañeros y ni siquiera sabía qué aspecto tenía el mandamás de Los Cuervos. Había estado demasiado ocupada en su batalla personal intentando olvidar a Nicole y tratando de dejar de sufrir por el recuerdo de Samuel y la seguridad de Lola. Si le hubieran dicho que SOMBRA había colapsado y que La Salvación se había mudado del país, le hubieran hecho un favor. Hubiera podido dedicarse a descansar y quizá buscar otro trabajo. Habría dado aquella batalla incansable por terminada y su mente podría haber alcanzado algo de paz. Pero nada de eso había pasado y allí se encontraba, en El Cabo del Puerto a punto de intervenir una de las operaciones más importantes de La Salvación.

Claudia miró a través de los prismáticos y enfocó a uno de ellos.

—Sí, ese es Luján, el dueño de todo.

—¿Qué están haciendo? ¿No iban a vender unos edificios?

—Eso pensábamos —dijo Paula—. Quizá no sea lo único que van a vender, quizá sea un

dos por uno.

—Todo eso tiene que valer una millonada —intervino Hugo que era incapaz de apartar la vista de todos los bultos que se amontonaban en la arena—. Si ganamos, quizá podamos darnos un capricho.

Paula le dio un golpecito a Hugo en la cabeza para que dejara de hablar. Hugo se giró y la miró molesto mientras se rascaba la cabeza.

—¿Dónde están? —murmuró Sofía consultando su reloj.

No tenían una hora exacta, pero sabía que habían pasado unas dos horas desde que atraparon a Nicole y Gabriel debería haber llegado ya.

—Ahí están.

Claudia señaló hacia arriba, por la misma zona por la que había aparcado su furgoneta. Un grupo de hombres armados comenzó a hacer su aparición por la parte más alta del cabo mientras Los Cuervos seguían con su trabajo ajenos a los recién llegados. Eran decenas, muchos más que los de las lanchas y cargaban con sus armas sin disimulo, más bien al contrario, como si quisieran que todo el mundo las viera.

—Ese no es Gabriel, ¿no? —preguntó Hugo.

La respuesta a su pregunta fue ver cómo uno de ellos se arrodillaba en el césped y apuntaba con la mira de su fusil a Los Cuervos, después apretó el gatillo y la bala atravesó la cabeza de uno de ellos con una precisión asombrosa.

Todos ahogaron un grito y contemplaron atónitos la escena. El caos estaba a punto de desatarse.

—¿Quiénes son? —murmuró Sofía.

Paula respondió como si no estuviera sorprendida.

—El Dorado.

Elsa sabía que Nicole se encontraba tras la puerta, que estaba en casa y que había sido forzada a permanecer en aquella habitación, pero cuando entró con la bandeja de comida, no esperaba ver a la joven inconsciente, con un baño de sangre en las manos y sus extremidades inferiores. Seguía en la misma posición en la que se había colocado tras recibir el disparo, sentada en el suelo con las piernas estiradas y la espalda apoyada en el colchón. Lo sorprendente era que no se hubiera caído hacia un lado.

Elsa tiró la bandeja al suelo y no tardó en arrodillarse junto a Nicole. Le sujetó la cabeza a la joven y comprobó que seguía respirando. Después le dio unas suaves palmadas en la mejilla.

—Señorita Mendoza, señorita Mendoza —dijo angustiada.

Nicole parpadeó, puso los ojos en blanco y volvió a perder el conocimiento.

—¡Señorita Mendoza!

Elsa optó por tirarle lo que quedaba del vaso de agua en la cara y Nicole despertó abruptamente.

Miró a su alrededor confundida, todo estaba difuminado, incluida la cara de Elsa.

—¿Elsa? ¿Qué haces aquí?

—¿Qué le ha pasado? —preguntó observando el agujero de la bala.

—No lo sé —gimoteó—. Pero me duele mucho.

Nicole se agarró la pierna con fuerza, estaba muy dolorida.

—Creo que ha sido mi hermano. Elsa, tienes que ayudarme.

Elsa estaba atemorizada y su mirada lo manifestó. Sabía que, si se inmiscuía en los asuntos de Gabriel y hacía algo más que limitarse a sus funciones básicas como llevarle la comida a Nicole, su trabajo y su vida estaban en peligro.

—Si no lo haces, me voy a desangrar —añadió al percibir el gesto dubitativo de su interlocutora.

—¿Qué puedo hacer?

—Llama al Doctor.

—¿Qué?

—Llama al Doctor. Dile que es urgente, que lo estoy buscando. A mí me obedecerá.

Elsa salió de la habitación con la mente llena de dudas, incluyendo la duda de si su vida estaba en juego por no limitarse a realizar las labores del hogar. Con el rostro lleno de temor, siguió las instrucciones de Nicole, que tampoco podía evitar preguntarse si las órdenes que le había dado a una persona a la que tenía en tan alta estima eran las mejores. Buena idea o no, la morena no podría salir de ahí sin la caridad de los demás, así que trató de tranquilizar su mente con ese pensamiento.

Se estiró hasta alcanzar el primer cajón de la mesita de noche y cogió una pistola que ahora se había convertido en un recuerdo desagradable. Era la de Bruno, la misma a la que le había quitado la munición para evitar que asesinara a Sofía, y ahora estaba ahí, a punto de salvarla. ¿Quién se lo hubiera dicho? Ni siquiera ella se había imaginado que algún día podría serle útil. Cargó el arma con la munición del cajón inferior y esperó a que el Doctor llegase, cuando lo hizo, lo apuntó con la pistola ante la mirada atónita de Elsa.

—Opérame —dijo con tono firme.

El Doctor tragó saliva. Entró con su maletín sin estar seguro de que aquella fuera la mejor idea, pero dado que estaba siendo apuntado con un arma de fuego, no se podía permitir protestar.

—Hay que subirla a la cama.

Elsa y El Doctor cooperaron ante los quejidos de Nicole. Extendieron su cuerpo en la cama y él cortó su pantalón con unas tijeras hasta desvelar la perforación en el muslo.

—Si no me necesitan, creo que me voy a marchar —dijo Elsa espantada ante aquel baño de sangre.

Elsa se marchó y el Doctor examinó la herida.

—La bala ha salido, pero necesita una transfusión de sangre y cerrar esta herida. Es urgente.

—Llévame al quirófano, rápido —dijo volviendo a levantar la pistola—. Y cuidado con lo que haces, si no despierto mi hermano va a hacer que acabes mucho peor que yo.

El Doctor salió y habló con los guardias de la puerta.

—Tengo que llevarla a quirófano. Son órdenes de Gabriel, se está desangrando.

Los guardias se miraron confundidos y se apartaron para dejar que el Doctor cargase con el cuerpo de Nicole hasta el quirófano. Allí anestesió a Nicole y la operó.

Los Cuervos observaron atónitos el cuerpo abatido de su compañero y cuando cayeron en la cuenta de lo que estaba pasando, Luján alertó de que estaban siendo atacados y que era el momento de ponerse a cubierto. Sacaron sus armas y dispararon hacia arriba, a los hombres del Dorado, pero estos tenían una posición ventajosa y estaban bien ocultos entre árboles y rocas, además de la perspectiva clara con la que contaban de la playa y de sus rivales.

Mientras el tiroteo se desataba, Paula, Sofía, Hugo y Claudia permanecieron ocultos tras las rocas, salir en ese momento hubiera sido un suicidio.

—¿Dónde está Gabriel? —preguntó Claudia que estaba comenzando a perder la paciencia.

Como si lo hubiese invocado, Gabriel y sus hombres aparecieron disparando contra El Dorado y, poco después, en la playa, no se distinguía nada más que humo y polvo.

Sofía miró a la orilla del mar y, junto a las lanchas, decenas de hombres de los cuervos yacían muertos. Era lo único que se podía percibir tras la nube de pólvora, eso y la arena teñida de rojo. La detective trató de buscar a Luján con la mirada, pero era muy difícil diferenciar a unos hombres de otros. A quien sí distinguió fue a un niño de unos catorce años que cargaba con un fusil que era la mitad de su tamaño. Era como si estuviese metido en una caja blindada transparente, las balas no le alcanzaban, o quizá nadie quería disparar a un crío. Su edad le permitió pasar desapercibido por la playa, nadie se enredó en una pelea con él.

—¿Quién es ese niño? —preguntó Sofía alarmada.

Al oír la palabra «niño» todos giraron la cabeza y lo buscaron entre la pólvora, quedaron espantados cuando comprobaron que aquello no eran imaginaciones de Sofía.

—Es el hijo menor de Claudio —desveló Claudia.

—¿Qué hace aquí?

—Venganza, supongo. No queda casi nadie del Dorado por culpa de La Salvación —dijo Paula—. Bueno, y por tu culpa. —Apoyó una mano en el hombro de Sofía—. Será mejor que no te vean.

—Es el único heredero —añadió Claudia—. Luca Caruso.

Luca se deslizó entre las balas sin demasiada dificultad y aprovechando que nadie le estaba prestando atención, disparó su fusil contra la cabeza de Luján, que cayó de golpe al suelo.

—¡Joder! Acaba de matar a Luján —exclamó Sofía que no podía creer lo que había visto.

Todos sus compañeros habían sido testigos de la escena. Si en lugar de haberlo visto, alguien se lo hubiera contado, jamás habrían podido creer un acto violento de tal magnitud por parte de un adolescente. No solo magnitud, también se trataba de la importancia que tenía aquella baja para las organizaciones criminales del Puerto de Teira, no solo para Los Cuervos, sino también para la propia Salvación.

Ya no quedaba ni un solo miembro de Los Cuervos con vida en esa playa. Una vez más, eran El Dorado y La Salvación los que se enfrentaban. Y Sofía no sabía cómo sentirse al respecto. Era lo más fácil que se mataran entre ellos, pero no podía soportar la idea de que alguien acabara con Gabriel Mendoza en sus narices y que no fuera ella.

Aun así, permaneció tras las rocas por su propia seguridad, mientras el intercambio de disparos entre ambas organizaciones criminales continuaba.

Casi dos horas después de la operación, Nicole se despertó de la anestesia. Apenas abrió los ojos, comprobó que todo le daba vueltas y cuando hizo el amago de levantarse, sintió que estaba a punto de vomitar. Miró a su alrededor, estaba sola y desarmada. El silencio hubiese sido abrumador si el monitor de constantes vitales no estuviese allí. Cinco minutos fueron los que sus oídos pudieron aguantar aquel pitido, después se arrancó todos los cables que la envolvían y se sentó en la camilla. Con las piernas temblorosas, apoyó el pie en el suelo y, tan pronto lo hizo, cayó de bruces. Se tomó unos minutos para levantarse y, para su sorpresa, logró cojear hasta la puerta, pero las sombras de los recién nombrados sus guardianes hicieron que se detuviera. Si la veían salir por su propio pie, iban a hacer lo que fuera necesario para cumplir con las órdenes de Gabriel e impedir que escapara.

Cuando escuchó aquellos pasos por el pasillo, se dio toda la prisa que pudo para volver a la camilla y allí espero a que entraran. Nicole suspiró aliviada cuando vio que se trataba de Elsa.

Le hizo un gesto con la mano para que se apurara y se acercara a ella.

—Elsa, necesito que me ayudes.

Elsa negó desesperada cuando escuchó a Nicole.

—Deje de meterme en líos, señorita, por favor.

—Tengo que salir de aquí, mi hermano va a matar a mi… a una amiga. Tengo que impedirlo.

—Usted no está para impedir nada, mírese, no debe moverse.

—Elsa, por favor, no tengo tiempo, ayúdame a salir de aquí.

Elsa miró a su alrededor. Estaban solas. Se preguntó si estaba tensando la cuerda demasiado.

—¿Qué quiere que haga?

—Quiero que dejes la salida libre, que distraigas a esos dos que están fuera. Si no, no voy a poder salir de aquí.

—¿Y cómo lo hago?

Nicole se llevó la mano a la cabeza pensativa. Ni siquiera a ella se le ocurría cómo escapar de allí.

—Puedo dar la alarma de incendios. Quizá corran asustados.

—Buena idea. Haz eso. Rápido —dijo mientras se levantaba de la camilla.

Pasaron los minutos y el caos se desató cuando la alarma de incendios sonó. Una alarma que no había sonado en toda la historia de esa casa y que hizo que los integrantes corrieran asustados hacia la salida principal. Nicole no lo había pensado, pero aquello implicaba que no podría escapar por la salida más próxima sin ser vista.

Justo cuando estaba a punto de alcanzar la puerta, se topó de bruces con Elsa que casi le provocó un infarto.

—He dejado la puerta del garaje abierta —susurró y le dedicó un guiño a Nicole antes de irse.

Nicole sonrió y sus ojos cobraron vida por primera vez desde que se había despertado de la anestesia. Cojeó hacia el garaje, si su pierna no cooperaba más de lo que lo estaba haciendo, le iba a resultar imposible alcanzar su objetivo.

No tenía su teléfono consigo, hacia días que lo había perdido y ni siquiera recordaba la última vez que lo había visto. No podía contactar con Sofía ni con nadie, pero podía sospechar dónde se iba a producir el tan ansiado intercambio de su hermano, así que caminó, con toda la agilidad que sus piernas le permitían, hasta la playa que, para su fortuna, no estaba demasiado lejos de su casa. De hecho, fue el sonido de las balas lo que la guio hacia su destino mientras atravesaba calles cada vez más pobladas en las que la gente la miraba sin discreción alguna.

CAPÍTULO 27

Sofía llevaba dudando en salir de su escondite varios minutos. No eran pocos los amagos que había hecho y tampoco las veces que sus compañeros la habían frenado. Dar la cara no era, ni de lejos, la idea más sensata, pero tener a Gabriel tan cerca resultaba de lo más tentador, especialmente porque ninguna bala le estaba alcanzando y no podía esperar a ponerle fin a su buena racha.

Era difícil distinguir quién iba ganando, pero lo que sí podía ver, con claridad, eran las decenas de hombres que caían abatidos al suelo. Aquella estaba siendo la mayor masacre que había presenciado en todos sus años de carrera. Hacía rato que la nube de polvo se había disipado y ya solo podía ver cartuchos cayendo al suelo y la sangre salpicando la playa.

Eran unos treinta segundos los que habían pasado sin volver a escuchar un solo disparo, por lo que la detective se aventuró a observar la escena con más detalle. En pie estaba Gabriel, como siempre, ileso. Cinco hombres lo rodeaban y, a los pies de todos ellos, había demasiados cuerpos sin vida como para contarlos.

El silencio que ahora reinaba cerca del mar era ensordecedor. Sofía estaba segura de que si alguien pisaba una hoja seca resonaría por toda la ciudad.

—¿Ya están todos? —preguntó unos de los hombres de Gabriel jadeante. Se agarraba el brazo y por él corría la sangre hacia abajo que terminaba cayendo en forma de gota al suelo donde se perdía en el resto de aquel mar rojo.

—Aquí queda uno.

Cuando todos los hombres escucharon las palabras de su camarada, no esperaban que a quien se refería era un niño de catorce años. Lo cogió por el cuello de la camiseta, lo levantó del suelo y lo empujó a la arena.

—¿Y este quién es? —preguntó Gabriel con una sonrisa de medio lado. Parecía divertirle aquella situación.

—Es el hijo de Claudio Caruso —contestó otro de ellos.

—Ah, ¿sí? —Gabriel se agachó a la altura del niño—. ¿Y cómo te llamas?

La respuesta de Luca fue un escupitajo en la cara que El Príncipe se limpió con la mano.

—Vaya…—se lamentó—. Yo que quería darte una oportunidad.

Gabriel alzó su pistola y apuntó al muchacho.

Sofía no se había dado cuenta de en qué momento Luca había quedado desarmado, pero ahora estaba de rodillas en la arena completamente indefenso. Y antes de pensar, su cuerpo actuó.

—Quieto.

La detective salió por fin de su escondite apuntando a Gabriel con una pistola.

—Sofía, ¡no! —murmuró con urgencia Paula.

Pero ya era tarde, Gabriel la había visto y la sonrisa que esbozó al girarse, les heló la sangre a los demás.

—Sofía Quirós. Cuánto tiempo. Espero que hayas tenido oportunidad de despedirte de mi hermana porque no te va a volver a ver.

Sofía no entró en provocaciones e ignoró las palabras de Gabriel. En ese momento, lo único que le importaba era mantener con vida a Luca Caruso.

—Si le haces daño, estás muerto.

—Si me disparas, no vas a salir viva —dijo y señaló con la mano a todos sus hombres que la apuntaban con fusiles.

—No me importa, habré cumplido con mi misión.

—No está sola.

Uno de los hombres de Gabriel sacó a Hugo de entre las rocas y lo apuntó con el arma en la sien. El Príncipe se burló, pero lo único que hizo Sofía fue sujetar su pistola con más fuerza.

«Mierda», pensó e hizo todo lo posible por ocultar el temblor de sus extremidades.

Hugo no dijo nada, pero su expresión facial habló por sí sola. Estaba aterrado, la boca le temblaba y había comenzado a sudar. Sofía no tenía ni idea de dónde se habían metido Claudia y Paula, pero ahora solo podía alegrarse de que no las hubieran encontrado.

—Perfecto. Vamos a jugar a un juego. —Gabriel se colocó a espaldas del chico y le puso la pistola en la nuca—. Tienes una oportunidad para disparar. Si me disparas a mí, se salva el niño, si le disparas a él, se salva tu amigo. Si matas a uno de nosotros, el resto te va a disparar.

Sofía sabía a la perfección que, disparase a quien disparase, acabaría muerta. No le darían la oportunidad de escapar y, a decir verdad, le estaba sorprendiendo que no hubieran intentado acabar con ella ya. Pero así era Gabriel Mendoza, retorcido.

La detective miró a Luca. Estaba impasible. No había producido ni un solo sonido desde que Gabriel lo había apuntado. Era como si supiera que aquel era su destino, como si lo hubiera estado esperando todo ese tiempo y no le importara que hubiese llegado.

Hugo, sin embargo, era todo lo contrario. Su rostro era de lo más expresivo, su lenguaje corporal le decía todo lo que le tenía que decir, que estaba desesperado por ser salvado, que, si lo sacaba de allí, veneraría a Sofía durante el resto de su vida, pero al mismo tiempo, en sus ojos no quedaba ni un atisbo de esperanza. La mirada que le dedicaba a Sofía era una mirada de despedida. Estaba a punto de echarse a llorar y estaba tratando de decirle adiós a la que había sido su jefa durante tantos años.

Sofía quería actuar, ya no le importaba el desenlace, quería acabar con aquella tensión de una vez por todas, pero la bala de aquel fusil se le adelantó, produciendo un estruendo por todo el cabo.

Nicole sabía con certeza que no estaba demasiado lejos del cabo del Puerto, pero al ritmo al que caminaba, parecía que no iba a ser capaz de llegar nunca. Al principio sentía tanta adrenalina que no le importaba estar llamando la atención de todos los transeúntes, pero llevaba tanto tiempo atravesando las calles que las miradas comenzaban a pesarle. Estaba cada vez más irritada, sabía que su aspecto era llamativo, que sus ropas estaban rotas, que sangraba, pero le costaba creer que aquellas personas no tuvieran nada mejor que hacer que quedársele mirando.

La imprudencia de no recuperarse en cama le estaba comenzando a pasar factura, la pierna y el resto del cuerpo le dolían cada vez más y, si seguía así, iba a tener que interrumpir su recorrido. Y así fue cuando aquellos policías la forzaron a detenerse. Nicole pasó de largo con la esperanza de que la ignoraran, pero aquel no estaba siendo su día de suerte.

—Disculpe, joven —dijo uno de ellos.

Nicole siguió caminando como si no hubiese escuchado nada, pero su pierna no le permitió alejarse todo lo que quería y aquel policía trotó hacia ella y le puso una mano en el hombro para que se detuviera.

—¿No me ha escuchado?

—¿Qué? No, no… estaba pensando en mis cosas. —Sonrió incómoda.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, perfectamente. Bueno, me duele un poco la pierna, pero estoy bien. Es que todavía

no tengo muletas.

El policía observó la pierna de Nicole que chorreaba sangre y la morena sintió como si se le parara el tiempo.

—¿Qué le ha pasado?

La morena trató de cubrirse la pierna con la tela rota de su pantalón, pero fue en vano.

—Nada, un accidente doméstico.

—¿Alguien le ha hecho esto? ¿Su pareja? ¿Está por aquí cerca?

—¿Se encuentra en peligro? —preguntó el otro.

—No, de verdad, estoy bien, de hecho, tengo un poco de prisa. —Trató de avanzar, pero uno de ellos se interpuso en su camino.

—¿A dónde se dirige?

Nicole suspiró con cansancio y se armó de paciencia para lidiar con aquel policía que parecía que no le iba a poner las cosas fáciles.

—Eh… —vaciló—. A casa de mi madre.

—¿Cuál es su dirección?

Nicole respondió con la dirección de la casa de Sofía porque era la única que era capaz de recordar en ese momento.

—Siento decirle que tenemos que acompañarla a un hospital. Su herida no tiene buen aspecto, tenemos que ayudarla.

—¿Qué? Si estoy bien, de verdad. Me acaban de dar el alta, de hecho.

—¿En serio? ¿De qué hospital?

«Joder», pensó.

Nicole suspiró y respondió con el nombre del único hospital que había en el puerto. Mientras el policía procesaba sus respuestas, Nicole se preguntó si merecía la pena coquetearle, engatusarlo y librarse de él a su estilo, pero francamente, prefería acabar en un calabozo que ligar con cualquiera de los dos. Hacía tiempo que eso se había acabado, ni siquiera se encontraba con las fuerzas para fingir.

—Vamos a hacer una cosa, la acompañamos al hospital a que le echen un vistazo y, cuando nos digan que está todo bien, la dejamos seguir su camino.

—Es que tengo mucha prisa, de verdad, estoy bien. Tengo que llegar pronto.

Nicole volvió a tratar de zafarse de los agentes, pero esta vez fue el otro quien se lo impidió.

—Un momento, su cara me resulta familiar —dijo entrecerrando los ojos.

A Nicole se le heló la sangre. Si descubrían quien era, sí que no tendría oportunidad de escapar de aquella situación. Solo pensar que podría volver a la cárcel le hacía volverse loca.

Al pronunciar esas palabras, el otro agente cayó en la cuenta de quién tenía delante como una especie de revelación y su rostro se volvió blanco.

—Es…

—Soy Nicole Mendoza, la hija del Santo y dueña de La Salvación. Si queréis que hagamos las cosas fáciles, dejadme seguir mi camino, si insistís en llevarme a un hospital o arrestarme tendrá consecuencias. Vosotros decidís.

Uno de ellos consultó su teléfono móvil y no tardó en encontrar decenas de artículos y noticias que hablaban sobre la primera y única detención de Nicole. Su frente se perló, trató de hablar, pero tartamudeó, se limitó a mostrarle la pantalla del dispositivo a su compañero y, tras compartir una mirada de duda, se apartaron de su camino.

Ambos la saludaron agarrándose la gorra.

—Que tenga un buen día.

Nicole siguió cojeando hacia delante. Aquel coraje para amenazar a los policías le había surgido del pecho. Era como si de repente hubiese recordado quién era y el poder que tenía. No podía evitar seguir sorprendida de la eficacia de sus palabras. Amenazar no era su modus operandi, más bien el de su hermano, era la primera vez que lo hacía y había funcionado.

Decidió sentarse, necesitaba reposar. La pierna le ardía y, si seguía forzándola, estaba a punto de infligirse daños irreversibles, así que paró en el primer banco que vio, mientras que la gente que paseaba por la zona seguía observándola sin disimulo.

Sofía creyó que su corazón iba a dejar de latir cuando escuchó el disparo y, por un momento, se imaginó a Hugo con un agujero de bala en la cabeza, tirado en el suelo mientras se desangraba, pero afortunadamente solo fue eso: su imaginación. Hugo estaba más vivo que nunca, suspiraba como si estuviese a punto de quedarse sin aire. La confusión se hizo presente en el lugar para todos. Sofía miró hacia arriba, de donde provenía el disparo, y vio a Claudia apuntando y recargando su fusil. Después miró al suelo y vio al hombre que había retenido a Hugo muerto, con un agujero de bala en la cabeza.

Cuando comprendió lo que estaba pasando, Gabriel disparó contra Sofía y esta se lo devolvió al mismo tiempo, pero ninguno de los dos acertó. Gabriel se puso a cubierto y la detective se centró en esquivar los disparos de los demás.

—¡Luca! —llamó al niño que seguía arrodillado en la arena —. ¡Escóndete! ¡Ve a esas rocas! —Señaló el sitio en el que ella y sus compañeros se habían estado escondiendo unos minutos atrás.

El chico se quedó paralizado y Sofía suspiró exasperada. Paula apareció de la nada y disparó contra los hombres de Gabriel. Hugo se recompuso rápidamente y atacó. Claudia seguía en su posición y apuntaba a Gabriel mientras corría por la arena, pero por más que disparó, no logró alcanzarlo.

La detective corrió hacia Luca y se lo llevó del brazo. Quería alejarlo de allí, esconderlo. Sintió un instinto protector que no recordaba haber sentido nunca, pero quizá aquel niño tenía una oportunidad de no ser como su padre, como el resto de su familia, ahora que había perdido todo lo que conocía. Corrieron hacia las rocas, Sofía no se atrevía a mirar a aquel intercambio de disparos, lo único que hizo fue rezar porque sus compañeros estuvieran bien.

—No te muevas de aquí, ¿vale?

Luca observó a Sofía y esta lo miró confundida.

—¿Tú mataste a mi tío? —preguntó.

Sofía quedó boquiabierta y sus pupilas se movieron con rapidez a izquierda y derecha.

—Eh…—balbuceó.

Antes de poder contestar, antes de poder dar alguna excusa, la sombra que apareció delante de ambos la puso en alerta y, cuando se giró, Gabriel estaba apuntando la cabeza del chico. Sofía trató de alcanzar su arma, pero, para cuando lo hizo, Gabriel ya había apretado el gatillo y Luca se había derrumbado en la arena.

Apuntó a Gabriel, pero él fue más rápido y le quitó el arma de un manotazo dejándola indefensa con las manos en el suelo arrastrándose por la arena. El Príncipe alzó su brazo y apretó el gatillo, pero lo único que se escuchó fue un clic del arma que estaba vacía. La detective trató de levantarse y correr, pero Gabriel la cogió del cuello y la volvió a tirar al suelo. Caminó lentamente hacia ella, regocijándose en el momento.

—Levántate —dijo dándole una patada en el abdomen.

Sofía palpó la arena hasta que encontró un objeto lo suficientemente robusto, lo cogió y

se giró con velocidad golpeando a Gabriel en la cara. Aprovechó el aturdimiento de él para ponerse de pie, pero Gabriel se había recuperado demasiado rápido, apenas tenía un rasguño en la mejilla y contratacó con un puñetazo que casi vuelve a derribar a Sofía. Sofía intentó devolverle el puñetazo, pero Gabriel no tuvo demasiado problema en esquivarlo y volvió a golpearla. La detective estaba perdiendo y tenía todas las de acabar muerta en la playa si Gabriel no se detenía. Era el doble de su tamaño, si quería podía tratarla como si fuese un trapo, y eso estaba haciendo. El cuerpo a cuerpo era absurdo, Gabriel iba a acabar matando a Sofía y a asegurarse de que sufriera en el proceso. Mientras estaba tumbada en la arena, él se colocó encima de ella, la agarró de ambos brazos con una sola mano y le golpeó la cara una y otra vez hasta teñirla de rojo. Cuando creía que todo estaba a punto de acabar, Claudia volvió a intervenir con un disparo certero que atravesó el omóplato de Gabriel.

—Mierda —murmuró. Había apuntado a la cabeza, pero desde aquella distancia no era nada fácil dar en el blanco.

Volvió a apretar el gatillo, pero ya era tarde. Ella también se había quedado sin balas.

Gabriel había recibido el disparo como si hubiese sido un simple golpe. Seguía sentado sobre Sofía, con la diferencia de que ahora no podía seguir golpeándola con tanta brutalidad.

Con la mano temblorosa, ensangrentada y dislocada, la detective alcanzó el cuchillo que guardaba en su pantalón y, antes de que Gabriel pudiera reaccionar, se lo clavó en el muslo y lo extrajo. El Príncipe gritó y Sofía volvió a clavarle el cuchillo. Cuando Gabriel se dio cuenta de lo que había pasado, le arrebató el arma a la detective y apuntó a su pecho. La hoja descendía lentamente mientras Sofía sujetaba temblorosa las muñecas de Gabriel para intentar frenar el recorrido, pero ya podía sentir cómo rozaba la tela de su camiseta. Gabriel se desangraba y Sofía podía notar cómo cada vez tenía menos fuerza. Agarró el cuchillo por la hoja y la sangre comenzó a descender por las palmas de sus manos, el dolor era intenso, pero con un poco de esfuerzo logró tirar el filo a la arena. Empujó a Gabriel, que no opuso resistencia alguna a causa de sus heridas, y logró quitárselo de encima. Sofía se arrastró por la arena con su último aliento. Tenía a Gabriel a unos centímetros de distancia, pero era incapaz de reunir la fuerza para acabar con él. Solo podía huir y hasta eso se le estaba convirtiendo en una tarea imposible. Mientras avanzaba con extrema lentitud, pudo ver cómo Paula y Hugo disparaban sus armas contra dos de los hombres de Gabriel, supuso que el resto estaban muertos. A Claudia la había perdido de vista hace rato, no tenía ni idea de dónde estaba y no estaba segura de querer saberlo. Después de avanzar varios metros en los que parecía que el tiempo no pasaba, consiguió ponerse de pie, pero no tuvo tiempo de lograr nada antes de que aquella explosión la hiciera volar por los aires y volviese todo negro.

Sofía ya casi había terminado de hacer la maleta. Su relación con la universidad había terminado antes de lo previsto y había decidido que era el momento de volver a casa para poder empezar a trabajar en SOMBRA junto con su padre. Estudiar no era para ella y no porque no tuviera las capacidades para hacerlo, sino porque no existía ningún campo de estudio que le motivara en absoluto. Tener que esforzarse día tras día, año tras año, en aprobar asignaturas que no le despertaban el más mínimo interés para obtener un título que no le iba a llevar a ninguna parte, le resultaba agotador y eso, junto a la distracción que todavía le suponía la muerte de su madre y querer dar con los culpables, había conseguido que dejara los estudios y convencer a Fernando de que lo mejor era dedicar su vida a acabar con La Salvación.

Se sentó sobre la maleta para intentar cerrarla, pero había tanta ropa dentro, que el equipaje estaba a punto de estallar y salir volando por los aires. Ya casi lo tenía, las dos cremalleras estaban a punto de unirse cuando sonó el timbre.

Sofía resopló y caminó hacia la puerta. La abrió y Samuel apareció frente a ella.

Un año, ¿o era más? Un largo año sin saber nada del que había sido su mejor amigo y ahora él aparecía sin previo aviso en su casa. No habían cruzado una palabra, los dos se habían limitado a ignorarse por los pasillos de la facultad y ahora Sofía no sabía qué hacer ni qué decir.

—Hola —dijo él primero.

—¿Qué quieres?

—¿Puedo pasar?

Sofía no respondió. En su lugar se hizo a un lado para que Samuel entrara.

—Cuanto tiempo —añadió con una sonrisa nerviosa.

—Sí… es lo que tienen las despedidas definitivas, —explicó incómoda—, que no te vuelves a ver. ¿Quieres algo?

—He roto con Isa.

Sofía enarcó las cejas y asintió lentamente.

—Vaya… qué sorpresa —dijo con sarcasmo.

Samuel se tomó la libertad de sentarse en una de las sillas del comedor.

—Tenías razón.

—Lo sé. Por suerte o por desgracia la suelo tener.

—¿Puedes parar?

Sofía frunció el ceño.

—¿Parar de qué?

—De eso que haces siempre, de reprocharme y de ser sarcástica —respondió alterado.

—¿Y qué quieres que haga? —Sofía cruzó los brazos y se inclinó hacia él—. ¿Recibirte dando palmas?

—¡Lo estás haciendo otra vez!

—Es lo que tiene, —lo miró a los ojos y se acercó—, es lo que tiene tratarme como a una desconocida después de tantos años y no confiar en mí.

—Sí que confiaba en ti.

—No, no lo hacías. No te engañes. Y, sobre todo, no intentes engañarme a mí.

—Eres muy orgullosa.

—¿Y así vienes a hacer las paces?

—¿Quién te ha dicho que he venido a hacer las paces?

—¿A qué has venido entonces?

—A hacer las paces —admitió con la cabeza gacha—. Me han dicho que dejas la universidad.

Sofía asintió.

—Esto no es para mí.

—¿Es por lo de La Salvación?

—Entre otras cosas. —Miró hacia un lado pensativa.

—Yo…—Samuel tragó saliva—. Quería pedirte perdón.

—¿Por qué?

—Por no hacerte caso durante tantos años, por dejar que nuestra amistad muriera, por dejar que Isa te tratara tan mal. Quiero que seamos amigos, como antes.

Sofía estaba a punto de hablar, pero frenó sus palabras cuando Samuel sacó un marco de su mochila y se lo entregó.

—Te he traído esto.

La detective miró la foto. En ella solo estaban Samuel y Sofía, vestidos con ropa de

invierno, con gorros de lana y guantes, equipados para hacer senderismo. Era una fotografía del primer viaje que hicieron en el primer curso de universidad.

Sofía no pudo evitar sonreír.

—Es del viaje de primero.

—Sí… —Observó hasta el último detalle la imagen—. Esto es muy bonito, Samuel…

—¿Pero?

—Pero no creo que sea buena idea —Lo miró con los ojos inundados de tristeza.

—¿Por qué?

—Yo lo pasé muy mal cuando nos separamos y también durante los últimos años de nuestra amistad, no quiero volver a sufrir.

—Ya he aprendido la lección, te lo prometo. No te voy a volver a tratar mal.

—Es que ya no confío en ti —respondió con sequedad—. No me interesa —Dejó el cuadro en la mesa—. Creo que es mejor que nos quedemos como estamos y busquemos amistad en otras personas. La nuestra ya está desgastada.

—¿Entonces se acabó? ¿De verdad? —preguntó incrédulo.

Sofía asintió.

—Eso me temo.

Samuel resopló, se levantó malhumorado y se fue. Cuando lo hizo, Sofía no sintió ni un ápice de tristeza, solo alivio.

Cuando despertó, no era capaz de averiguar si habían pasado horas, minutos o segundos. No veía más que manchas difusas y lo único que pudo distinguir eran los bultos tirados en la arena, el rojo de la sangre y el vehículo ardiendo que había provocado la explosión. Todo le daba vueltas, pero aun así intentó moverse. Sus esfuerzos fueron en vano, pues cuando miró al suelo, se dio cuenta de que estaba suspendida en el aire y que sus pies no tocaban la arena. Tardó unos segundos en comprender lo que estaba pasando, todo por el dolor que le perforaba el pecho. Una de las piezas de la furgoneta que había explotado, había ensartado a Sofía contra la pared del cabo y la había inmovilizado. Notó cómo de su oído corría la sangre hasta su mejilla y comprendió rápidamente que había perdido cierta capacidad auditiva. El metal, además de impedirle escapar, hacía que le hirviera la sangre, junto con la paliza de Gabriel, la habían debilitado tanto que carecía de la fuerza necesaria para extraerlo. Además de ello, si lo hacía, corría el peligro de desangrarse. Si aquel pedazo se le hubiera clavado unos centímetros más abajo, le habría atravesado el corazón y el resto hubiera sido historia para ella. Se preguntó si en algún momento sería capaz de salir de allí y volver a su casa, pero, por el momento, se conformaba con volver a desmayarse, con dejar de sentir aquel dolor inmenso, con dejar de ser consciente de lo que estaba viviendo. Miró a su alrededor, pero no distinguió nada nuevo, los disparos habían cesado, no vio ningún movimiento y tampoco escuchó las voces de sus compañeros. ¿Habían muerto ¿Ellos también? No podía ser. No podía quedarse tan sola en este mundo. Aquella pesadilla tenía que acabar.

Por si fuera poco, parecía que la pesadilla estaba llegando a su punto más álgido. Por primera vez desde que había despertado, a pesar de su reciente pérdida de audición, escuchó el movimiento de la arena a sus pies. Alzó a cabeza, o lo intentó, y aunque todo seguía nublado, su vista era lo suficientemente clara como para distinguir a Gabriel. ¿Seguía vivo? Sus ojos viajaron a su pierna y las heridas seguían donde ella las había infligido, Gabriel tenía los vaqueros empapados en sangre, al igual que su camisa. Sin embargo, seguía en pie. Sofía se preguntó si estaba tratando con un humano, quizá su pesadilla era que Gabriel jamás podría morir, sin

importar cuántas veces lo matase, aparecería para atormentarla una y otra vez.

—Por fin te tengo donde quería. Estoy seguro de que ahora me pondrás las cosas mucho más fáciles —dijo desenfundando el mismo cuchillo con el que Sofía le había apuñalado.

Sofía no respondió, apenas podía mantener los ojos abiertos. Emitir sonido alguno no era una opción.

Nicole sacó fuerzas de flaqueza y caminó a toda velocidad, la adrenalina no le permitía sentir dolor. Aquella explosión la había alertado tanto que, sin darse cuenta, había llegado al cabo. Reconoció de inmediato la furgoneta de SOMBRA aparcada y, a su alrededor, decenas de vehículos. Reconoció algunos que pertenecían a su hermano, pero el resto no sabía de dónde provenían, así que, para acabar con aquella intriga se apresuró al borde del cabo. Lo primero que vio fueron los cadáveres repartidos por toda la playa y no consiguió comprender en qué momento la negociación con Los Cuervos se había torcido de aquella manera. Después, el único movimiento que vio fue lo que más le llamó la atención. Divisó a su hermano con lo que probablemente sería un arma en la mano, y pendiendo de la pared, a Sofía, inmóvil, a merced de Gabriel Mendoza. Las pulsaciones se le dispararon tanto que casi se precipita por el borde del cabo. Tenía que hacer algo, tenía que sacar a Sofía de allí, pero estaba sola, sola y desarmada mientras que la detective estaba desamparada, a manos de su hermano. No era capaz de imaginar cuántas veces habría fantaseado su hermano con aquel momento y pensar en su desenlace hizo que el corazón se le subiera hasta la garganta. Nicole solo escuchaba sus propios latidos mientras que Gabriel cogía a Sofía del cuello.

—¡No! ¡Gabriel, para!

Nadie la escuchó.

Su cuerpo estaba dejando de funcionar, cada vez era más doloroso realizar cualquier movimiento, pero Sofía era la prioridad, el motivo por el que estaba allí. Nicole decidió emplear sus últimas fuerzas en bajar por el cabo. Puso un pie en la pared inclinada, después el otro y, cuando creyó que lo tenía todo controlado, cayó rodando y perdió el conocimiento tras golpearse la cabeza con una roca.

—¿Sabes una cosa? —dijo Gabriel acariciando la hoja del cuchillo—. Nicole me ha confesado que sois más que amigas.

Sofía escuchó aquellas palabras en la lejanía de su mente, pero era incapaz de moverse o responder. Tenía la cabeza gacha y ni siquiera era capaz de distinguir si ya estaba muerta o no, si estaba soñando o en otra vida. Pero, para su desgracia, aquello era muy real y las palabras de Gabriel se lo corroboraron.

—Eso solo hace que te mate con más ganas —continuó—. Te tengo que confesar que pensaba que opondrías más resistencia.

Sujetó el mentón de la detective y la obligó a levantar la cabeza.

—Matamos a tu madre, mataron a tu amigo y ahora te toca a ti. Es lo que pasa con la escoria, hay que limpiarla.

Gabriel colocó el cuchillo en el cuello de Sofía y comenzó a cortar. La sangre resbaló rápidamente y, a pesar de la amarga derrota, Sofía solo podía alegrarse de que todo llegara a su fin, de que aquella lucha, que desde un principio estaba perdida, terminase. Si algo le dolía, era no poder salvar a Nicole, no poder sacarla del zulo en el que la había encerrado su hermano, así que, para no perder la cordura, confió en que Claudia, Hugo, Paula o Elsa, la sacarían de allí en algún momento. Le gustaría poder haberse despedido, decirle que lo sentía por todo, pero sobre todo por no estar ahí cuando más la necesitaba.

Justo cuando estaba pensando que ya era demasiado tarde para las despedidas, una silueta borrosa apareció detrás de él y, antes de que pudiera terminar lo que había empezado, le golpeó violentamente con una barra de hierro en la cabeza. Gabriel perdió el equilibrio y casi cayó al suelo, así que, aquella silueta volvió a golpearle para terminar de derribarlo. Se acercó a Sofía y pudo comprobar que era Claudia quien le había salvado la vida.

Claudia agarró el trozo metálico que había inmovilizado a Sofía y, con decisión y un movimiento rápido, lo extrajo. Sofía gritó.

—Sofía, tenemos que irnos, Sara te curará.

Antes de que la detective pudiera aceptar u oponerse, Gabriel agarró a Claudia con el brazo y le puso el cuchillo en el cuello. Sofía quería hacer algo por ayudarla, pero lo único que hizo fue caer de rodillas al suelo. Entonces, una bala pasó cerca de la cabeza de Gabriel, pero no le alcanzó. Era Hugo.

—Suéltala o disparo —amenazó.

—Hugo. —Sofía jadeó—. Dame la pistola.

Hugo miró dubitativo a su jefa y después a Claudia, que asintió para que el chico obedeciera. Le entregó el arma.

Gabriel estaba demasiado débil y Claudia lo podía notar. Cada vez sujetaba su cuello con menos fuerza y había dejado de sentir la presión del cuchillo, así que aprovechó y, con un movimiento rápido, se zafó de sus brazos. Gabriel cayó al suelo, arrodillándose ante los tres.

Sofía levantó el arma lentamente. Saboreó el momento. Intentó pensar en algo ingenioso, unas palabras que contuvieran el odio que sentía por Gabriel, lo mucho que se alegraba de que fuera a morir, pero no se le ocurrió nada. Así que se limitó a apretar el gatillo.

Clic.

El arma no disparó ninguna bala. Sofía la miró incrédula y sacó el cargador. Estaba vacío. Se le aceleró el corazón, no podía creer que aquello le estuviera pasando justo en ese momento. Pensó rápido en cómo podía acabar con la vida de Gabriel y vio la barra de hierro que Claudia había usado para golpearle en el suelo.

—¡Corred! ¡Están viniendo!

Todos se giraron al escuchar la voz de Paula que señalaba el mar. Incontables lanchas se acercaban a toda velocidad a la costa.

Sofía se agachó para coger la barra de hierro, pero Claudia se lo impidió. La detective miró a su compañera y esta negó con la cabeza.

—Es demasiado arriesgado, corre.

Sofía no se movió, pero no porque no quisiera, sino porque colapsó en la arena y todo se volvió negro.

CAPÍTULO 28

La casa de Marta había sido la elegida por temas logísticos. Era la más cercana. Los compañeros de Sofía no se podían permitir perder más tiempo si querían salvarle la vida a su compañera. Cuando recogieron el cuerpo inconsciente de la detective y cargaron con él hasta la furgoneta, se sobresaltaron al toparse con una Nicole inconsciente en la playa. ¿En qué momento había llegado allí? ¿Cómo había acabado inconsciente? Y, sobre todo, ¿cómo era posible que siguiera con vida?

Marta corrió las cortinas de su sala de estar cuando escuchó unas voces frente a su casa. Estaba prevenida, así que abrió la puerta cuando vio a Claudia y a Paula bajar de la furgoneta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras los de SOMBRA entraban a su casa cargando con los cuerpos de Sofía y Nicole.

—Larga historia —respondió Claudia—. ¿Ha llegado Sara?

—Sí, está arriba.

A Marta se le revolvió el estómago cuando vio el estado en el que se encontraba Nicole. A Sofía no había querido ni mirarla, pero la morena estaba empapada en sangre, con una herida repugnante en la pierna y un agujero en la cabeza. Quería preguntar si seguía con vida, pero no se atrevió.

—¡Estoy aquí! —exclamó Sara desde la habitación.

Colocaron a cada una en una cama. Sara se dirigió primero a Nicole y le tomó el pulso.

—Está viva. No sé cómo, pero está viva.

Hizo lo mismo con Sofía.

—Sofía también.

Sara examinó la pierna de Nicole y no pudo evitar arrugar la nariz ante la imagen tan violenta.

—Dios mío, ¿qué es esto?

Limpió la sangre para poder ver con un poco de claridad.

—La han operado hace muy poco, pero se le han saltado todos los puntos. Parece una herida de bala.

Sara se ocupó de Nicole y después de Sofía. Ninguna protestó a pesar del dolor porque aún no habían recuperado la conciencia. Salió de la habitación y buscó a Marta.

—¿Qué pasa? ¿Cómo están?

—No están mal del todo, pero hay que observarlas.

Marta examinó el rostro de Sara y vio las ojeras más profundas que había visto en mucho tiempo.

—Yo me tengo que ir a trabajar, Marta, pero si notas algo raro, lo que sea, llámame, y si no respondo, llama a una ambulancia. ¿Vale?

Marta asintió y Sara y los de SOMBRA se marcharon. Claudia posó una mano en el hombro de Marta al salir.

—Ánimo. Se va a poner bien.

Marta ni siquiera la miró y apenas la escuchó. Seguía en shock, todo había pasado demasiado rápido y no era capaz de confiar del todo en que Sofía se recuperaría.

Cuando la detective abrió los ojos y vio a Nicole en la cama de al lado no comprendió lo

que estaba pasando. Estaba segura de haber muerto. Lo último que recordaba eran las palabras lejanas de Gabriel y cómo aseguraba que iba a matarla. Estaba convencida incluso de haber sentido el filo del cuchillo en su garganta, pero ahora estaba allí. En casa de Marta. ¿Por qué estaba Nicole en la cama de al lado? Solo pudo sentir alivio al escuchar su respiración profunda. Que Nicole estuviera viva era todo lo que podía pedir en ese momento. Sofía se preguntó cómo había escapado, si había logrado llegar a la playa y qué le habría pasado para acabar así. Observó su cuerpo, tenía un apósito enorme en la pierna y una venda en la cabeza. Supuso que aquello había sido obra de Sara. Se palpó el rostro y también sintió las heridas curadas por la esposa de Claudia. No sabía cómo iba a hacer para agradecerle todo aquello.

—¡Me voy a casa! —Nicole entró en la celda dando saltitos.

—¿Qué? ¿Ya? —Leyla cerró el libro que tenía en sus manos y observó a su compañera con temor en la mirada.

—Anda que te alegras por mí. —Nicole se detuvo decepcionada.

—Pues claro que me alegro. —Leyla se levantó—. Es solo que… no esperaba perderte tan pronto.

La sinceridad y la falta de sarcasmo en las palabras de Leyla, hizo que Nicole tuviera que reprimir sus lágrimas. Era la primera vez que escuchaba a su amiga hablar de esa forma, con seriedad, con esa calidez en la voz, con temor real de no volverla a ver.

—¿Pronto? Han pasado seis meses, ¿qué querías? ¿que me quedara aquí a vivir? —bromeó.

—Bueno, no estaría mal —sonrió.

Nicole sentía que Leyla quería decirle muchas cosas más, que no había terminado su discurso, pero no quiso insistir, sabía que era una persona a la que le costaba verbalizar su aprecio por los demás, así que, para no incomodarla, cambió de tema.

—Toma —Nicole le entregó el libro que Leyla le había prestado en su primer día—, el libro que me dejaste.

—Ah… —Leyla tomó el libro con tristeza.

—Gracias.

—De nada. ¿Cuándo te vas?

—Mañana.

—Despídete antes de irte.

—Pues claro —sonrió—. Y no te quiero ilusionar, pero cuando salga voy a sacarte de aquí, voy a usar todos mis contactos ahora que no estaré aislada.

—Tú lo has dicho, mejor no me ilusiones.

Seis meses, un asesinato y un aborto clandestino después, había llegado el momento que Nicole había ansiado tanto. Contra todo pronóstico, habían salido ilesas de todas las complicadas situaciones que habían vivido allí dentro. Nicole se había recuperado de su interrupción del embarazo, aún no habían encontrado a la culpable del asesinato de Durán y casi no habían vuelto a ver a Verónica y las demás. Todo había salido mejor de lo que jamás hubieran imaginado, pero había llegado el momento de despedirse.

Le quedaban diez minutos para irse, si no comenzaba a salir por sus propios medios, pronto la iban a sacar a patadas. El problema es que llevaba media hora buscando a Leyla y no la encontraba.

En ese momento, María pasó de largo por la celda.

—¡María! —María frenó en seco y se colocó en la puerta—. ¿Has visto a Leyla?

—No. No la veo desde ayer. ¿Por?

—Nada, es que me he despertado esta mañana y no la he visto.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Quieta!

María y Nicole dirigieron sus miradas hacia el sonido, después volvieron a mirarse y salieron corriendo hacia el escándalo que provenía del baño.

Una mezcla de guardias y prisioneras forcejeaban y las más curiosas observaban la escena. Nicole no podía ver nada, no podía entender a qué se debía el alboroto, había demasiada gente. Lo único que pudo ver fue a dos presas escandalizadas mirando al suelo, se cubrían la boca como si estuvieran observando algo terrorífico.

Nicole se estaba poniendo cada vez más nerviosa. Se abrió paso entre la gente y por fin consiguió una posición cómoda para ver. Pero lo que vio no era lo que esperaba, lo que vio era lo último que quería haber visto. Deseaba poder volver el tiempo atrás y haberse marchado antes de poder haber sido testigo de aquella escena.

Leyla estaba muerta en el suelo del baño, rodeada por un charco de su propia sangre. Y de pie, junto a ella, estaba Verónica con un cuchillo en la mano salpicada de sangre. Cuando hizo contacto visual con Nicole, sonrió.

—Mendoza, hora de irnos —dijo la voz grave de un guardia tras ella.

Nicole se acercó al cadáver con el rostro descompuesto. Su tez morena se había vuelto pálida, transparente. Justo cuando estaba a punto de arrodillarse junto a su amiga, la mano de aquel guardia la detuvo.

—No, espera. Déjame tocarla —rogó—, déjame tocarla, por favor.

—No es buena idea, tenemos que irnos.

Tiró de ella hacia atrás y la obligó a alejarse de Leyla.

Nicole estiró el brazo, pero ni siquiera llegó a rozarla.

—Por favor, ¡por favor!

Su llanto no fue escuchado y, mientras se alejaba de allí, los guardias y prisioneras volvieron a opacarle la visión hasta que la imagen de su mejor amiga desapareció para siempre.

Frunció el ceño y arrugó la nariz, angustiada por el recuerdo de Leyla, pero cuando abrió los ojos y vio a Sofía mirándola, se tranquilizó. Usó las pocas fuerzas que tenía para sonreírle.

—Estás viva —dijo aliviada.

—¿Por qué estás aquí? ¿Qué te ha pasado?

—Casi me muero intentando que no te maten.

Sofía frunció el ceño.

—¿Qué? —preguntó desconcertada.

—Mi hermano me pilló cuando estaba intentando colocar los explosivos, me encerró en una habitación y me disparó en la pierna para que no pudiera salir. Obligué a uno de sus hombres a que me operase y, cuando me desperté de la anestesia, fui a buscarte.

—¿Qué? ¿Recién operada? ¿Estás loca?

Nicole asintió.

—El problema es que, cuando llegué, mi hermano ya te tenía arrinconada, grité, pero nadie me escuchó. Cuando intenté bajar por el cabo me caí rodando y me di un golpe en la cabeza.

—Nicole…

Sofía se desesperó, quería reprenderle, pero no sabía qué decirle. Se había jugado la vida por ella así que solo supo callarse para no protestar.

—No era necesario que hicieras todo lo que has hecho.

—Sí que lo era. Lo que no entiendo es cómo te salvaste al final.

—Yo tampoco, creo que fue Claudia… o Hugo. O los dos. Solo sé que si no hubiera sido por ellos estaría muerta.

—¿Y mi hermano? ¿Está muerto? —preguntó con un ápice de miedo en su voz.

—No lo sé. Sospecho que no. Si lo está, pronto lo sabremos.

—Os habéis despertado —Marta suspiró aliviada y se sentó en la cama junto a Sofía—. Sara vendrá mañana para echaros un vistazo. ¿Cómo estáis?

Sofía y Nicole se miraron con complicidad.

—Hemos estado peor, así que te diré que bien —respondió la detective.

—Eso es lo que quería oír. Me habéis dado un susto de muerte, cuando os vi entrar…—Marta sacudió suavemente la cabeza—. No sabía si estabais vivas o muertas.

—¿Hay noticias? ¿Sabes si mi hermano ha muerto? —preguntó Nicole.

—No. En la televisión solo hablan de una masacre en la playa entre varias bandas. También ha muerto un niño —respondió Marta.

—El hijo de Claudio, lo mató Gabriel delante de mis narices.

—Supongo que si estuviera muerto ya lo habrían anunciado, Nicole.

—Ya…

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Sofía—. ¿Vas a volver?

—Claro que no. Estoy segura de que me he convertido en *persona non grata* en La Salvación y en casa de mi hermano. Lo que más me apetece ahora es meter la cabeza bajo tierra y esperar a que todo pase.

—Bueno…—dijo Marta—. Aquí tenéis vuestra madriguera hasta que queráis salir.

Sofía esbozó una sonrisa.

—Gracias, Marta.

Marta hizo una especie de reverencia como respuesta y salió de la habitación.

—Ven aquí —susurró Nicole dando golpecitos en el colchón.

—¿Estás segura? Casi no cabemos en la cama.

—Ven, seamos lesionadas juntas.

Sofía se metió en la cama de Nicole y quedaron apretujadas mirando el techo.

—¿Qué vamos a hacer, Nicole? —dijo entrelazando los dedos de su mano con los de la morena.

Nicole suspiró y siguió contemplando el techo.

—No sé. Matar a quien se nos ponga por delante, como hemos hecho hasta ahora.

Sofía sonrió.

—Es un buen plan.

—Estoy cansada, Sofía. Quiero dejar de luchar, de intentar sobrevivir, quiero estar tranquila. Que mi vida y la tuya estén en peligro constante no me deja vivir en paz.

—Lo sé. Yo también quiero estar tranquila. Pronto acabaremos con todo esto.

Nicole dejó de mirar el techo para mirar a la detective a los ojos.

—¿De verdad quieres matar a mi hermano? ¿Tanta necesidad tienes? —preguntó.

Sofía intentó ser lo más cuidadosa que pudo y se limitó a asentir.

—Quizá si lo dejas en paz él nos deje en paz.

Sofía soltó su mano.

—Nicole, no me puedo creer que me estés diciendo esto ahora. ¿Se te ha olvidado todo lo que nos ha hecho tu hermano? Hasta que no esté muerto no va a parar —exclamó—. Parece

mentira. Tú lo deberías conocer mejor que nadie.

—No finjas que haces esto por mí, lo haces por venganza. He estado a punto de matar a mi hermano por ti y parece que no te importa.

Sofía abrió la boca, pero por mucho que las buscó, no encontró las palabras. Se levantó de la cama y miró a Nicole con incredulidad.

—Pues claro que quiero venganza, nunca lo he ocultado, quiero a tu hermano bien muerto, pero eso no tiene nada que ver con lo que siento por ti. Puedo querer a tu hermano muerto y puedo quererte a ti, no puedo amoldar mis sentimientos. Sois personas diferentes y eso es lo que importa. Pero lo cierto es que tu hermano va a estar haciéndonos la vida imposible a las dos mientras viva. No te olvides de lo que ya te ha hecho.

Nicole no conseguía ser tan rencorosa como la detective y eso era algo que a Sofía siempre le había molestado.

—Lo que no entiendo es cómo tú quieres dejarlo con vida, ¿es que no lo conoces?

—Lo conozco perfectamente, sé de lo que es capaz, pero Sofía, es mi hermano, no sé las consecuencias que puede tener su muerte para mi familia y para mí. No todo es blanco o negro, yo no puedo tomar decisiones tan radicales cómo tú.

—Tú no tienes que tomar ninguna decisión. La decisión ya está tomada, voy a matar a tu hermano con todas las consecuencias que eso tenga.

Un silencio largo se abrió paso entre ellas mientras se miraban fijamente.

—¿Hay algo que te pueda decir para convencerte de que te tomes las cosas con más calma?

Sofía negó con la cabeza.

—Entonces ya está —dijo Nicole dando la conversación por finalizada.

Sofía salió enfadada de la habitación, pero tan pronto puso un pie en el pasillo, Marta la empujó hacia dentro.

—¿Qué haces? ¿A dónde vas?

—Necesito tomar el aire —respondió sin mirarle a los ojos, con prisa por salir.

—Lo que necesitas es reposar. No lo digo yo, lo dice Sara. Es pronto para que estés de pie. Túmbate ahí —indicó señalando la cama con el mentón.

—Marta…—protestó cansada.

—Que te acuestes —ordenó—. ¿Qué pasa? ¿Habéis discutido? —preguntó mirando a Nicole.

Nicole asintió.

Marta siguió empujando a Sofía hasta que la obligó a sentarse en la cama.

—Tenéis tiempo para hacer las paces mientras os recuperáis. Me voy a trabajar, portaos bien.

Sofía no tuvo que luchar con sus impulsos de abandonar la casa, tan pronto se tumbó, sucumbió al cansancio y durmió durante días. Solo se levantó para ir al baño y comer, a duras penas, la comida que les preparaba Marta. Casi no había abierto los ojos durante los tres días que había descansado, pero estaba convencida de que Sara había aparecido en algún momento para cuidar sus heridas y administrarle medicación.

Al cuarto día despertó por la mañana y, por primera vez, sintió que no le dolía el cuerpo, que había recuperado la energía que había perdido en la pelea contra Gabriel. Miró a su lado y Nicole seguía durmiendo. Supuso que la morena había seguido una rutina parecida a la suya. Sofía consultó su teléfono y vio un mensaje que la sacó de la cama de un salto. Se puso su chaqueta y miró a Nicole una última vez antes de salir. Descansaba plácidamente, ajena al

encuentro que estaba a punto de tener. Miró su pierna y comprendió que aún le faltaba mucho más que a ella para recuperarse. No podría caminar con normalidad en semanas.

En la sala de estar, Marta estaba leyendo el periódico acompañada por una taza de café humeante y un cigarro. Marta era la única persona de su edad que conocía que aún leía el periódico, pero su amiga insistía en que la rutina de acercarse al quiosco y leer mientras fumaba y desayunaba, era una de las cosas que la mantenía con los pies en la tierra. Su momento de calma antes de enfrentarse al resto del día.

Sofía no quería interrumpirla, pero fue Marta la que giró la cabeza cuando escuchó la puerta de la habitación abrirse.

—Vaya, te has despertado. ¿Cómo estás? ¿Quieres desayunar?

Sofía negó con la cabeza y arrugó la nariz como si tan solo la idea de ingerir alimentos le produjese ganas de vomitar.

—No, gracias, he quedado —respondió ajustándose la chaqueta—. ¿Puedes echarle un vistazo a Nicole? Sigue durmiendo.

—Claro. —Sonrió amablemente—. ¿Esta quedada tuya implica peligro de muerte? ¿Disparos, violencia…?

—No, te lo prometo.

—Más te vale —añadió Marta antes de volver a su periódico.

—Nos vemos.

—Adiós.

Cuando Sofía llegó al parque, Lola ya estaba sentada en un banco agitando la pierna de arriba abajo con nerviosismo. Jugueteaba con el colgante de su collar. Llevaba un vestido rojo con flores blancas que se ponía a menudo, así había sido durante su relación y cada vez que pensaba en Lola, se la imaginaba con ese vestido puesto. Era su favorito y Sofía lo sabía.

Cuando la vio llegar, se puso de pie con ímpetu y dio un paso hacia delante hasta que la detective se acercó lo suficiente.

—Hola —dijo fingiendo confianza.

—Hola, ¿cómo estás?

Sofía le dio dos besos. Después de todo lo que había pasado en aquella especie de triángulo amoroso, le convenía usar la vía diplomática hasta agotarla. No tenía ni idea de por qué Lola la había citado después de tanto tiempo, pero se lo podía imaginar.

—Bueno, ya sabes… He estado mejor.

Sofía asintió fingiendo comprensión, aunque no estaba segura todavía de a qué se refería Lola.

—¿Nos sentamos? —preguntó señalando el banco.

—Sí.

—He oído lo del enfrentamiento entre La Salvación y otras organizaciones, ¿cómo estáis? ¿Nicole…?

—Está viva. Está en cama, pero se está recuperando en casa de Marta.

Lola suspiró aliviada y Sofía vio cómo se relajó todo su cuerpo.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Bien, aunque no lo parezca —dijo refiriéndose a los moratones de su cara y el vendaje en el antebrazo—. Recuperándome, como siempre.

—Me alegro, quizá algún día dejes de tener rasguños en la cara.

Sofía sonrió.

—Sí, quizá.

—¿Su hermano sigue vivo?

Sofía miró al cielo con cansancio y frunció los labios.

—Eso parece. No se ha confirmado nada, pero si la noticia de su muerte no está en todas partes quiere decir que no ha muerto.

—Vaya… Me imagino. Todavía tengo miedo —admitió avergonzada.

Sofía le cogió la mano.

—Es normal, tranquila. Sabes que no te va a pasar nada mientras SOMBRA siga en pie. Te rescatamos una vez y lo haríamos mil veces más.

Lola estiró los labios, pero no llegó a esbozar una sonrisa.

—No hacíamos tan mala pareja.

Sofía sonrió y le soltó la mano.

—Fue bonito mientras duró. Pero me imagino que no me has escrito porque estabas nostálgica, ¿no?

—En realidad sí que estoy nostálgica, pero no por lo nuestro.

—¿Por Nicole?

Lola asintió y Sofía no supo qué decir. Quería consolarla, pero sabía que Nicole solo la quería a ella y que no tenía ni una oportunidad de recuperarla y, aunque la tuviera, Sofía no estaba dispuesta a perderla tan fácilmente. No otra vez.

—¿Habéis vuelto? —preguntó mirando al suelo, no muy segura de querer saber la respuesta.

—Sí. Quería habértelo dicho, pero todo pasó muy rápido, Gabriel nos estaba persiguiendo y…

—¿Me engañó contigo?

—¿Qué? No, claro que no.

—Venga ya, puedes decirlo, ya no importa.

—Lola, Nicole no te ha engañado, ni conmigo ni con nadie. Sabes que yo no miento.

Lola sonrió con sarcasmo.

—Ya, claro, por eso estabais encerradas en una habitación en mi casa solas, solo os faltó tener una cama.

—¿Qué estás diciendo? ¿De verdad crees que si hubiéramos querido engañarte lo hubiéramos hecho en tu casa? —preguntó con incredulidad—. ¿De verdad vas a ser tú quién me reproche una infidelidad?

Sofía se arrepintió de aquellas últimas palabras. Era cierto que Lola le había sido infiel, pero para cuando aquello pasó, su relación ya pendía de un hilo, estaba a punto de derrumbarse y aquello solo fue el último golpe. Siendo del todo honesta, para entonces no sentía nada por Lola, solo apatía y nunca había estado realmente dolida porque la hubiese engañado. Solo lo dijo por reprocharle, porque nunca había tenido la oportunidad de hacerlo, pero Sofía no era una persona ruin y comportarse de aquella manera era impropio de ella.

Lola se mordió el labio y asintió encajando el golpe, no dijo nada. Sofía quería disculparse, pero no sabía cómo hacerlo sin hacer que la situación fuese más incómoda, así que también calló.

—Mira, Lola, sé lo difícil que es perder a Nicole, pero que ella y yo estemos juntas no es culpa de nadie y eso no quiere decir que no vayas a encontrar a otra persona.

—Sofía, por favor, ahórratelo, estás encantada, no hace falta que disimules. Tengo lo que me merezco, ¿no? —preguntó mirándole a los ojos.

Sofía suspiró cansada y miró al suelo.

—Nicole no te engañó y yo no te guardo ningún rencor por engañarme, solo creo que has tenido mala suerte, nada más —dijo—. Me gusta nuestra amistad, me gustaría que siguieras en mi vida, si quieres, claro.

Lola se levantó del banco y se acomodó el vestido.

—No sé, déjame pensarlo.

—Claro —respondió Sofía imitándola.

—Adiós.

—Adiós.

Sofía entró a la habitación y se encontró con la mirada penetrante de Nicole. La detective esbozó una sonrisa al verla despierta.

—¿Dónde estabas?

—Lola quería verme.

Nicole se irguió al escuchar las palabras de Sofía y su expresión se volvió preocupada.

—¿Qué quería? ¿Está bien?

—Quería saber si estábamos juntas.

—¿Y qué le has dicho?

Sofía frunció el ceño confundida.

—Que sí. Estamos juntas, ¿no?

—No sé… No me has pedido que sea tu novia.

Sofía rio y se sentó en el suelo junto a la cama de Nicole. Cogió su mano y la acarició.

—Nicole Mendoza, ¿me harías el honor de ser mi novia hasta que la muerte nos separe? —dijo con un tono dramático.

Nicole sonrió de medio lado.

—Déjame pensarlo…—Nicole miró al techo y fingió estar pensando—. Sí, solo si es hasta que la muerte nos separe.

—Trato hecho.

Nicole se inclinó y besó los labios de Sofía.

—¿Cómo estás?

—Mucho mejor, Sara ha estado aquí hace un rato. Pronto podré volver a andar con normalidad.

—Qué bien, me alegro.

—He pensado que quizá es momento de que nos vayamos de aquí, no quiero molestar más a Marta.

—Lo creas o no, Marta está encantada de que estés aquí. Pero estoy de acuerdo, ¿vamos a mi casa?

Nicole asintió sonriente y volvió a besar a Sofía.

CAPÍTULO 29

Habían pasado las semanas juntas en casa de Sofía y la detective ni siquiera había sido consciente del paso del tiempo. Había estado demasiado ocupada siendo la enfermera particular de Nicole y cuidando de ella como si estuviese en un hospital. Le había llevado el desayuno a la cama, le había ayudado a ducharse, la había obligado a sentarse en el jardín para tomar el aire y Nicole se había comportado como la mejor de las pacientes. Durante los últimos días se estaba encontrando lo suficientemente bien como para moverse en casa por sí sola, había estado cojeando por las estancias mientras Sofía iba detrás de ella reprendiéndole por no usar las muletas que Sara había tomado prestadas del hospital.

No habían recibido noticias de Gabriel ni de La Salvación y solo podían alegrarse de ello. Que no las hubieran atacado cuando más débiles estaban era un auténtico milagro y Nicole no logró entender por qué las habían dejado tan tranquilas. Por si acaso, Sofía había bloqueado su casa por todas partes para atrincherarse en ella y apenas había descansado vigilando que no apareciera nadie para darles una desagradable sorpresa.

Aquella mañana, se había despertado antes que Nicole y, desde entonces, había estado dándole vueltas al mismo tema sin parar. No sabía si lo mejor era comunicarse con Nicole o actuar y asumir las consecuencias más tarde. Por si acaso, se había vestido para salir, se había atado fuerte una coleta y se había guardado las llaves del coche en el bolsillo de la chaqueta.

Entró a la habitación y se acercó a la mesita de noche para coger su teléfono y la voz de Nicole la sorprendió.

—¿Vas a salir?

—Sí, más tarde.

—¿A dónde?

—Al supermercado, la nevera está vacía.

Nicole entrecerró los ojos y miró a Sofía con sospecha.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así?

—Porque hiciste la compra hace dos días.

—Eh…

Sofía balbuceó, pero antes de que pudiera encontrar una excusa, escuchó la puerta de casa abrirse. Nicole y ella se miraron preocupadas. Sofía se llevó el índice al labio y sacó su pistola. Dio un golpe a la puerta y apuntó el arma al intruso.

—¡Sofía, hija!

—¡Papá! —dijo bajando el arma—. ¿Qué haces aquí? Podría haberte disparado.

—Ya te veo, ¿pasa algo? ¿Por qué estás tan alerta? ¿Es por la masacre de la playa? ¿Tuvisteis algo que ver con eso?

Sofía guardó la pistola en su cintura.

—Entre otras cosas.

—¿Cómo van las investigaciones? Hace mucho que no me cuentas nada.

—Ya, es que todo va muy rápido, últimamente no tengo tiempo ni siquiera para dormir.

—Imagino que Gabriel sigue con vida, no encontraron su cadáver en la playa.

—No por mucho tiempo —aseguró.

—Sofía, no hagas ninguna locura, tienes un equipo que está dispuesto a ayudarte en todo.

—Lo sé.

Sofía estiró el brazo hacia atrás y, sin dejar de mirar a su padre, cerró la puerta de la habitación.

—¿Sabes que tenía una hermana? —dijo cambiando de tema—. Me enteré hace meses por la noticia de su arresto. Supongo que en SOMBRA ya lo sabíais.

—¿Qué? Ah, Gabriel. Sí, tiene una hermana, pero no sabemos mucho de ella. Nos estamos centrando en él.

—Sigue siendo una Mendoza, os tenéis que encargar de ella más adelante.

—Poco a poco —respondió con incomodidad.

—Si matáis a Gabriel, no veo por qué a ella no.

—Claro.

Pero entonces la puerta tras ella se abrió, más rápido de lo que Sofía pudo reaccionar y lo único que pudo hacer fue agachar la cabeza y limpiar su frente perlada en sudor.

—Sofi, he pensado que… Ah, hola —dijo cuando alzó la cabeza y vio a aquel hombre.

Fernando no respondió, entrecerró los ojos y miró a Nicole, estaba seguro de haberla visto antes en algún lado.

—¿Es tu padre? Os parecéis mucho. Hola, soy Nicole.

Nicole puso su mejor sonrisa y estiró la mano para saludar, pero se quedó pendida en el aire sin que nadie la estrechara.

—¿Nicole… Mendoza?

Nicole dio un paso hacia atrás y balbuceó. Ni siquiera se le había cruzado por la mente la idea de que aquel hombre podía saber quién era.

La respuesta de Sofía fue colocarse entre su padre y la morena.

—Sofía, ¿qué significa esto? —preguntó apuntando a Nicole con el índice.

Fernando se acercó a su hija y Nicole dio otro paso hacia atrás.

—Es muy largo de explicar.

—Pues me lo vas a explicar ahora mismo si no quieres que llame a la policía.

—No vas a llamar a nadie, ¿vale? —dijo mientras gesticulaba con las manos para intentar tranquilizar a su padre—. Nicole nos ha estado ayudando a acabar con Gabriel, está de nuestro lado, de mi lado.

—¿Te crees que soy tonto? Yo también he hecho mi propia investigación, sé perfectamente quien es y la culpa que tiene en todo esto.

—Eso era antes, Nicole está conmigo. No te tienes que preocupar por ella.

—Sofía, sácala de aquí antes de que la saque yo.

—¿Qué estás diciendo? Tú no vas a hacer nada. Nicole y yo estamos juntas y eso no lo va a cambiar ni tú ni nadie.

—¿Y no había más mujeres en el mundo, hija mía? —dijo a voces.

Hacía tiempo que Nicole no se había sentido tan incómoda. Quería intervenir para defender a Sofía, pero no quería hacer ningún comentario hiriente que pusiera a la detective o a su padre en contra. Así que se quedó ahí quieta observando la discusión y deseando que se acabara lo más rápido posible.

—Creo que es mejor que me vaya para que podáis seguir hablando.

—¡Quieta ahí! —ordenó Sofía.

Nicole se sobresaltó y permaneció rígida tras la detective.

—¿Para qué hemos hecho este trabajo todos estos años? ¿Para qué fundé SOMBRA? ¿Para que te vayas con ella? ¿Con el enemigo? Dime qué sentido tiene nuestra lucha.

—Nuestra lucha sigue intacta. Lo único que ha hecho Nicole ha sido ayudarme, así que

se va a quedar aquí conmigo te guste o no.

—Ah, ¿sí? Dime, ¿qué te parece que queramos matar a tu hermano? —preguntó dirigiéndose a Nicole.

La morena no contestó. Se limitó a mirarlo fijamente con los ojos llenos de ira.

—Papá, vete, por favor.

—No puedo creer lo que estoy escuchando, ¿es que no piensas en tu madre?

Nicole sonrió con sarcasmo.

—Tu hija ya es mayorcita para que intentes manipularla así, ¿no te da vergüenza?

—¡Tú no te metas! —replicó él.

Fernando se acercó furibundo hacia Nicole y Sofía se puso más en medio, colocando las manos en el pecho de su padre para frenarlo.

—Nicole, por favor, no lo pongas más difícil —le pidió la detective.

—Yo no tengo nada que ver con la muerte de la madre de Sofía.

—Sois todos la misma basura.

—¡Ah! —gritó Nicole—. Estoy tan cansada de que me tratéis como si fuese el diablo. Amelia está muerta y no es mi culpa, ¡superadlo de una vez!

Nicole se encaminó hacia la puerta, pero Fernando fue más rápido. Quitó a Sofía del medio con un empujón y agarró a Nicole del cuello colocándola contra la pared.

—No vuelvas a mencionar a mi mujer.

Fernando presionó sus manos contra el cuello de Nicole.

Sofía se levantó como una exhalación y golpeó con el puño a su padre en la mejilla derribándolo al suelo. Fernando se llevó la mano a la herida y miró a su hija como si no pudiera creer lo que había hecho.

—Te he dicho que te vayas —dijo sin tan siquiera elevar el tono, con la voz firme.

Fernando se levantó y se acercó a ella. Sofía sacó su pistola y lo apuntó.

—Vete. Ahora me encargo yo de La Salvación.

—Me has decepcionado, hija —añadió antes de alcanzar la salida.

Sofía se giró y vio a Nicole recuperándose del forcejeo.

—¿Estás bien? Lo siento, nunca lo había visto así.

—Sí, tranquila —respondió jadeante—. Cuando dijiste que me ibas a proteger siempre no pensé que lo dijeras tan en serio.

Sofía agarró las mejillas de Nicole y palpó su cuerpo para comprobar que todo estaba en orden.

—¿A dónde ibas antes cuándo me has dicho que ibas a salir?

La detective soltó a Nicole y dio un paso hacia atrás.

—¿Por qué llevas una pistola si vas al supermercado?

—Ya sabes a dónde voy.

—No lo hagas, es peligroso, ni siquiera sabes dónde está.

—Sí que lo sé.

Escondido como un animal herido era dónde estaba Gabriel. La mayoría de sus hombres habían muerto en la masacre de la playa y, a pesar, de las semanas, no había conseguido reemplazarlos a todos ellos. Eso era algo que llevaría mucho tiempo, por eso era el momento de atacar, ahora, cuando más débil estaba. Sofía no escuchó las advertencias de Nicole y tampoco escucharía las de sus compañeros de SOMBRA a los que ni siquiera se había molestado en avisar.

Introdujo la llave que le había dado la propia Nicole en la cerradura y esta se abrió sin

oponer resistencia.

—Toma, si vas a hacer esto, quiero ponerte las cosas un poco más fáciles —le había dicho.

Nicole extendió su mano y mostró una llave.

—Es una copia de la llave de casa de mi hermano, no deberías tener problemas para entrar.

—Gracias —fue lo único que fue capaz de articular Sofía.

Ni por un segundo había pensado la detective que Nicole volvería a participar en el asesinato de su hermano después del atentado fallido, así que, que le hiciera entrega de aquella llave era lo más preciado que podría hacer por ella en esos momentos. Mucho más de lo que Sofía podía pedir.

—Solo prométeme que vas a volver sana y salva.

—Te lo prometo. Aún tenemos mucho tiempo que recuperar.

—Haz lo que tengas que hacer rápido y llámame cuando acabes. Te iré a buscar.

—Está bien.

—Sana y salva —le recordó apuntando con su dedo, como si se tratara de una amenaza más que de una petición.

—Te veo luego, ¿vale? —dijo con voz dulce, acariciando la mejilla de Nicole.

Nicole asintió y besó los labios de la detective.

—Llámame. A la hora que sea.

Con la promesa de llamar a Nicole, Sofía empujó la puerta y se encontró con un silencio inmenso. Si Gabriel había salido, había escogido el peor momento posible para hacerlo, complicando mucho más esa tarea. Se adentró en la sala de estar y también estaba vacía. Aprovechó la ausencia de residentes para explorar la estancia. Se acercó a uno de los muebles y miró las fotos, entre todas ellas, destacaba una. Sofía cogió el marco y no tardó en darse cuenta de que eran Gabriel y Nicole de niños. A la detective le costó imaginar que pudiera sentir afecto por alguien más que él mismo. Miró la foto y pensó que, cuando se hizo, ninguno de los dos podría imaginar cómo iba a evolucionar su relación.

—¿A qué debo este honor? —preguntó Gabriel soltando su juego de llaves en el mueble de la entrada.

Sofía sonrió de medio lado al escuchar su voz y se dio la vuelta lentamente.

—Te echaba de menos. Hace mucho que no tenemos un encuentro íntimo tú y yo.

—Yo también tenía ganas de verte. ¿Cómo está Nicole?

—Bien. —Volvió a colocar el marco en el mueble—. Por suerte hay gente que sabe tratarla bien.

—¿Qué tal va lo de ser novias? Sabía que Nicole tenía malos gustos, pero no sabía que era una pervertida.

Sofía rio.

—Sí, bueno, no es ella la que va matando niños. Mejor pervertida que eso.

—Que no te engañe, mi hermana y yo somos iguales, con el tiempo te darás cuenta. —Hizo una pausa en la que observó el rostro serio de Sofía—. O no, si te mato antes.

Gabriel sacó su pistola antes que Sofía y la apuntó.

—Siéntate ahí —dijo señalando a la silla más cercana.

Sofía obedeció y Gabriel caminó hacia ella despacio. Dejó la pistola en la mesa. Acercó sus labios y susurró tan cerca que la detective pudo oler su aliento, mezcla de whisky y tabaco.

—¿Qué haces? —preguntó asqueada.

—Si me das un besito, puedo perdonarte la vida.

El tono y el diminutivo que empleó, bastaron para que a Sofía se le erizara la piel de todo el cuerpo.

—Vas a tener que matarme entonces.

Gabriel sonrió de medio lado y se alejó, cogió la pistola y antes de poder apuntar a Sofía, notó un pinchazo que lo paralizó. La sangre comenzó a brotar violentamente de su cuello y Nicole retorció el cuchillo para asegurarse de que aquella herida fuese insalvable, después lo extrajo. Gabriel se dio la vuelta y miró a su hermana atónito, con los ojos a punto de saltar de sus órbitas. No dijo nada, no tuvo tiempo, y Nicole tampoco. Solo lo vio desplomarse a sus pies, y la sangre empapar aquella alfombra poco a poco.

Sofía se levantó, pero tan pronto estuvo en pie, volvió a caer sobre la silla. Miró el cuerpo sin vida de Gabriel y no pudo comprender si lo que acababa de pasar era real o no. Ninguna habló durante un minuto en el que observaron a Gabriel perder toda la sangre que había en su interior.

—Nicole…

Nicole apretaba con fuerza el cuchillo en su mano. Su gesto era duro y sus labios temblaban. Estaba a punto de llorar, pero no se lo permitió.

—No quería ningún beso, solo quería humillarte. Te iba a matar igualmente —dijo.

—Lo sé.

Sofía se levantó, abrazó a Nicole, que permaneció inerte, y le retiró el cuchillo de la mano.

—¿Estás bien? —preguntó la detective.

—Sí, creo que sí.

—Tenemos que irnos antes de que venga alguien.

Nicole asintió y Sofía tiró de su mano hacia la salida.

CAPÍTULO 30

Sofía había vuelto a tomar consciencia del pitido intermitente del monitor de signos vitales. Las primeras cuatro horas que había pasado en la habitación de su padre, había logrado distraerse e ignorarlo por completo, pero ahora que había gastado todas las opciones de desviar su atención hacia otra cosa que no fuera él, aquel sonido irritante le estaba calando hasta las entrañas.

Un solo mes había pasado desde que había perdido a Samuel y ahora estaba a punto de perder a su padre. Si seguía perdiendo personas a ese ritmo estaba a punto de volverse loca. Aquel accidente de coche la había cogido por sorpresa y había derrumbado la poca estabilidad emocional que le quedaba. Solo pensar en la posibilidad de quedarse sola le cerraba la garganta y le impedía respirar, pero eso era algo que se le daba muy bien disimular cuando estaba con sus seres queridos.

Eso sí, siempre tendría a su mejor amiga.

—Marta.

Marta le dedicó una sonrisa cansada. Se colocó las gafas sobre la cabeza y retiró su pesado bolso del hombro.

—¿Por qué no te vas a descansar? Ya me quedo yo con tu padre.

—¿Qué dices? ¿Estás loca?

—Sofía, llevas días sin dormir, no vas a ser útil si no descansas. Ten el móvil cerca y yo te llamo con cualquier novedad.

Marta no tuvo que decir mucho más para convencer a su amiga, el agotamiento acumulado de varios días le estaba haciendo mella y ya apenas podía pensar con claridad.

Llegó a casa y vio un bulto inesperado sobre la mesa del salón. Al acercarse se dio cuenta de que era el último modelo de ordenador que le había pedido a su madre años atrás, el mismo que tuvo Samuel y que Sofía tanto envidiaba.

Samuel salió de la cocina con una sonrisa de oreja a oreja mientras que Sofía era incapaz de cerrar la boca.

—¡Tachán! ¿Qué te parece?

—¿Qué es esto?

—Un regalo. El ordenador que tanto querías.

—¿Cómo lo has pagado? Si eres estudiante.

—Bueno, no lo he pagado exactamente.

—¿Lo has robado? —preguntó escandalizada.

Samuel se llevó las manos a la espalda y asintió con timidez.

—Es un regalo, no te centres en los detalles. Tienes lo que querías que es lo importante.

Sofía no sabía qué decir, no estaba en sus planes de ese día reconciliarse con Samuel, pero tampoco lo estaba que su padre tuviera un accidente de coche.

—¿Y esto a qué se debe? No sé qué decir…

—Quiero pedirte perdón otra vez, sin presiones para que volvamos a ser amigos. Solo quiero decirte que eres la persona más importante de mi vida, que Isabel era una imbécil y que siempre tienes la razón —bromeó.

—Y que nunca conocerás a nadie como yo —añadió con una sonrisa de medio lado.

—Y que nunca conoceré a nadie como tú. —Asintió.

—Supongo que no me queda más remedio que perdonarte.

—Por favor, no quiero tener que robar más, han estado a punto de pillarme y me he puesto muy nervioso —admitió.

Sofía rio.

—En serio, Sofía, te echo de menos.

A Sofía aquellas palabras le dieron en el lugar exacto de su corazón. Era incapaz de olvidar a Samuel, de plantearse su vida sin su mejor amigo, de desechar todo lo que habían vivido.

Sofía abrió los brazos y dejó que el chico se acercara.

—¿Sofía Quirós me está permitiendo darle un abrazo? —preguntó sonriente mientras se acercaba a ella.

—Date prisa antes de que me arrepienta.

Samuel rodeó a Sofía con sus brazos y la estrujó.

El abrazo fue interrumpido por el teléfono. Era Marta. Fernando se había despertado y se encontraba bien.

Cuando el padre de Sofía salió del hospital, los tres amigos fueron al Clavel a celebrar que todo había quedado en un susto.

Ya en la segunda ronda de cerveza, Samuel decidió contarles a sus amigas algo que llevaba guardando un tiempo.

—Pues… he pensado que yo también podría unirme a SOMBRA —dijo, de repente, y las sonrisas de las dos jóvenes se convirtieron en un gesto serio.

—¿Qué dices, Samuel?

—Deja de beber, anda. —Marta trató de arrebatarle la cerveza a su amigo, pero ella estaba más borracha que él y falló en el intento.

—Tu padre me lo ha ofrecido, cree que se me puede dar bien.

—¿Pero eso a ti te interesa?

—Nunca me lo había planteado, pero suena más interesante que ser recepcionista durante toda mi vida.

—¿Hablas en serio?

Marta observaba el diálogo boquiabierta, le costaba creer que sus dos amigos de la infancia iban a acabar luchando contra el crimen. Nadie lo había visto venir.

Samuel asintió sonriente.

—¿Qué mejor que ir a por La Salvación los dos juntos?

—A ver, ¿pero eso no es muy peligroso?

—¿Qué es lo peor que puede pasar? Si morimos, moriremos como héroes —dijo alzando el vaso—. ¿Te unes, Marta?

—Quita, quita, yo prefiero estar tranquila en mi consulta tratando pacientes.

—Tú te lo pierdes —añadió Sofía.

—Cuando matemos al Santo, van a poner nuestros nombres en las calles del Puerto de Teira.

—Brindo por ello. —Sofía alzó su vaso y lo chocó contra el de Samuel.

—Condenados a estar juntos. —Samuel guiñó un ojo a ambas.

—Hasta que la muerte nos separe —añadió Sofía con un toque teatral.

Los días lluviosos habían quedado atrás y, por fin, el clima se había vuelto agradable, era lo único que podía hacer que aquella tarde fuese un poco menos dolorosa. Sofía limpió la arena de la tumba con la mano y colocó las flores cuidadosamente, después se puso de pie y leyó el

nombre de Samuel Martínez una y otra vez, incapaz de procesar que era su amigo el que se encontraba ahí dentro. Era la primera vez que visitaba su tumba desde el entierro, era la primera vez que había tenido el coraje para hacerlo. Era una tumba bonita y elegante, con acabados negros y dorados, Sofía pensó que Samuel estaría satisfecho con la elección de colores, después de todo, el negro era su color favorito. La madre de Samuel había hecho uso de todos sus ahorros para pagar el entierro más caro que había, por eso Sofía se había ofrecido a pagar la mitad, lo que había terminado de destruir su cuenta bancaria, aunque eso no le importó, era lo último que podía hacer por Samuel.

Quería hablar con él, quería contarle todo lo que había pasado en los últimos meses, pero no quería que la gente que pasaba por allí la viera como una loca que hablaba con las tumbas. Pensó que eso solo quedaba bien en el cine, así que se limitó a observar la lápida y pensar en todo lo que se había perdido su mejor amigo.

Diez minutos más tarde, siguió con su camino y volvió con Nicole que miraba la tumba de Leyla con lágrimas en los ojos. Era una lápida mucho más modesta, sin decoración, solo con el nombre de Leyla Dahir esculpido en la piedra. Sofía cogió la mano de Nicole y la apretó, apoyó la cabeza en su hombro y permaneció a su lado en silencio. Nicole se agachó y colocó las flores y aquella triste piedra gris cobró un poco de vida. Las últimas flores que habían dejado estaban secas, así que se tomó la libertad de tirarlas a la basura y sustituirlas por las que acababa de comprar.

—Aún me parece mentira que no la vaya a volver a ver.

—Me hubiera gustado conocerla.

—Me gustaría contarle todo lo que ha pasado, sacarla de ahí, comprar su libertad y que tuviera una buena vida aquí fuera.

—Eso es muy bonito, quizá en otra vida podáis hacerlo —dijo acariciando su espalda.

—A mí me gusta esta. —Miró a la cara a Sofía—. Si estuviera Leyla, lo tendría todo conmigo.

Sofía sonrió con ternura.

—Vas a tener que conformarte conmigo.

—¿Crees en otra vida?

—La verdad es que no, pero es reconfortante pensar que podemos volver a verlos.

—Tú y yo vamos a aprovechar esta vida —dijo con determinación.

—¿Vamos?

—Ve tú, tengo que ir a un sitio antes, te veo allí.

Sofía soltó su mano y Nicole emprendió su camino.

La casa estaba a unas calles de la cafetería en la que más tarde se iba a ver con la detective, así que pensó en aprovechar el viaje y terminar con aquel recado. Se acercó con temor a la puerta y levantó la mano para tocar el timbre, pero cuando estaba a punto de hacerlo frenó y caminó hacia atrás para asegurarse de que aquel número era el correcto. Leyó el nombre en el buzón.

—Merjan Dahir —murmuró.

Se aclaró la garganta y llamó al timbre. Una mujer de piel morena y cabellos rubios abrió la puerta y miró a Nicole confundida.

—¿Merjan?

—Eh… ¿quién eres?

Nicole percibió cómo Merjan cerró la puerta levemente.

—Soy Nicole, fui la compañera de celda de Leyla. Eres su hermana, ¿no? ¿Leyla Dahir?

—Nicole —Merjan abrió la puerta por completo.

Se acercó a Nicole y la abrazó. La morena recibió el abrazo sorprendida, pero cuando comprendió lo que estaba pasando, hundió a Merjan en sus brazos.

—Leyla me ha hablado mucho de ti.

—¿Hablabais? —Frunció el ceño.

—Poco, cuando encontraba un momento de soledad me llamaba. Me dijo que eras la persona más importante que tenía ahí dentro.

—Era mutuo —dijo con una sonrisa.

—¿Y qué haces aquí?

—Bueno, Leyla también me habló mucho de ti, me dijo que eras la única familia que tenía. Pensé que te gustaría saber que nunca se olvidó de ti, que siempre me hablaba de vuestra relación.

Merjan escuchaba atenta, sin poder evitar llorar.

—También he pensado que te gustaría tener esto.

Sacó de su bolso el libro que Leyla le había prestado el primer día, el mismo que Merjan le había regalado en una de sus visitas.

—Fue lo único que me dio tiempo a coger, salí el mismo día que murió. Es para que lo tengas de recuerdo —dijo extendiendo el libro.

Merjan tomó el libro en sus manos, y por su expresión, Nicole se dio cuenta de que lo reconoció de inmediato.

—No sé qué decir, Nicole, solo puedo darte las gracias. No era necesario que hicieras todo esto.

—Leyla me habló tanto de ti que también tenía curiosidad por conocerte. Eres lo más cercano a ella que puedo tener.

—Puedes venir a verme siempre que lo necesites.

—Lo tendré en cuenta. Te dejo mi número de teléfono por si alguna vez necesitas algo, no dudes en llamarme —dijo entregándole un papelito con su número de teléfono—. Adiós, Merjan.

—Adiós, Nicole.

Se dieron un último abrazo de despedida.

Nicole llegó a la cafetería y Sofía ya estaba en la soleada terraza tomando un café. Estaba protegida por sus gafas de sol y cuando vio llegar a Nicole, su rostro se iluminó con una sonrisa.

—Ya pensaba que me habías dejado plantada.

—Eso nunca —respondió tomando asiento—. Un descafeinado, por favor —pidió a la camarera que recogía la mesa de otros clientes.

—¿Estás bien? Te noto diferente.

—He ido a ver a la hermana de Leyla —dijo colocándose las gafas de sol sobre la cabeza y revelando sus ojos cansados—. Ha sido raro.

—¿Emotivo?

—Sí. Me ha gustado hablar con alguien que también la conocía.

—Estoy segura de que a ella también le ha gustado conocerte. Siempre puedes volver a verla si echas de menos a Leyla.

Nicole dio un sorbo a su café y pensó que no le quedaba más remedio que conformarse con eso.

—¿Has recibido noticias de tu hermano?

Nicole había asesinado a Gabriel el día anterior y todavía no había mencionado el tema.

Sofía tampoco lo había hecho. Se sentía enormemente aliviada de que Gabriel estuviera muerto, no podía esperar a contárselo a sus compañeros de SOMBRA, si es que no se enteraban ellos antes por la prensa, pero al mismo tiempo no estaba segura de cómo le estaba afectando todo aquello a Nicole, así que optó por mantenerse cautelosa y no mostrarse demasiado efusiva. Después de acabar con su vida, habían vuelto a casa de Sofía, había descansado, y esa misma mañana, lo primero que había dicho Nicole era que quería ir al cementerio a ver la tumba de Leyla. Sofía le había seguido el juego y había fingido que nada había pasado. A la detective le costaba creer que hubiese sido Nicole, después de todo, quién hubiese matado a Gabriel, pero después de todo lo que había sufrido por culpa de su hermano, la detective pensaba que El Príncipe se lo tenía más que merecido.

Nicole negó con la cabeza.

—Estoy fingiendo que no ha pasado nada porque como empiece a pensar en eso me voy a volver loca.

—¿Y cómo te sientes?

—Más tranquila… De que no nos persigan, de que te dejen en paz. Al mismo tiempo estoy nerviosa porque no sé qué va a pasar conmigo.

—Sigues siendo la hija del criminal más importante del mundo, nadie se atreverá a tocarte.

—Hasta ahora no me ha servido de mucho. De todas formas, eso no me importa, no quiero que tú seas un objetivo.

—Ya sabes que hace falta mucho para quitarme del medio —dijo mostrando sus bíceps.

Nicole sonrió.

—Eso es verdad, eres dura de pelar. ¿Se lo has contado a los de SOMBRA?

—No, cuando lo haga, no se lo van a creer, y menos aún que has sido tú.

—Quiero que sepas que no me arrepiento —dijo sujetando con fuerza su taza de café y mirándola a los ojos—. De nada de lo que he hecho por ti, ni siquiera de matar a mi hermano. Cuando clavé el cuchillo, por un segundo pensé que lo había jodido todo, que estaba acabada, que quizá me arrepentiría de quedarme sola, pero después me di cuenta de que era lo mejor para las dos. Me siento aliviada y no me importa decirlo.

—No te tortures, has hecho lo mejor y nunca vas a estar sola.

Nicole se levantó de la mesa sin previo aviso.

—Ven, quiero enseñarte una cosa.

Sofía se puso de pie y, sin comprender a dónde iba aquello, cogió la mano de Nicole y la siguió por las calles. En pocos minutos llegaron al parque más famoso del Puerto de Teira, en el que paseaba toda la ciudad, en el que la gente se sentaba frente al lago y donde los árboles ofrecían cobijo en los días calurosos. También era el parque en el que Sofía había pasado su infancia y adolescencia con Marta y Samuel.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me has traído aquí?

—Mira esa placa —dijo señalando un letrero de mármol que colgaba en la entrada del parque.

Parque Samuel Martínez. En honor a uno de los héroes que combatió por erradicar el crimen en el Puerto de Teira.

Sofía se llevó la mano a la boca incrédula y los ojos comenzaron a brillarle.

—Eso no es todo.

Nicole tiró de Sofía hasta el lago en el que ahora había una estatua de su mejor amigo con

una inscripción en el suelo.

Samuel Martínez luchó contra el crimen toda su vida. Ejerció una labor impagable por proteger a las personas de esta ciudad y a sus seres queridos. Siempre será recordado.

—Nicole, ¿cómo has hecho todo esto? —preguntó con voz temblorosa.

—¿Se te olvida que soy millonaria? —dijo con una sonrisa orgullosa—. El dinero lo compra todo. O casi todo. Ya que no puedo traerlo de vuelta quería que tuvieras algo para recordarlo.

—Nicole…

Sofía trató de hablar, pero no pudo, lo único que hizo fue esconderse en el abrazo de Nicole que la sostuvo hasta que terminó de desahogarse.

—Gracias por esto, le hubiera encantado.

—De nada —respondió limpiando las lágrimas de su rostro.

Las notificaciones de mensajes en el teléfono de Nicole llevaban sonando toda la tarde, pero se había propuesto dedicar toda su atención a Sofía y no se sentía preparada para lidiar con todas las consecuencias que traería la muerte de su hermano. Pretendía seguir metida en su burbuja de ignorancia y felicidad todo el tiempo que pudiera. Pero los mensajes eran cada vez más frecuentes, así que sacó el móvil de su bolsillo dispuesta a apagarlo, sin embargo, su tez se volvió pálida cuando leyó el último mensaje que había recibido.

Para Sofía aquel cambio de expresión no pasó desapercibido.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —dijo separándose de su cuerpo.

—Mi padre está en España.

Fin del segundo libro

Libros de este autor

Una broma de mal gusto